

El asesinato del sábado por la mañana **BATYA GUR**

Siruela/ Policiaca



Batya Gur

**El asesinato
del sábado por la mañana**

Un caso psicoanalítico

Traducción del inglés
de María Corniero

 Siruela

Nuevos Tiempos/Policiaca

Índice

Cubierta	
Portadilla	
1	
2	
3	
4	
5	
6	
7	
8	
9	
10	
11	
12	
13	
14	
15	
16	
17	
Notas	
Créditos	

Habrían de pasar varios años, y Shlomo Gold lo sabía, para que dejara de sentir que una mano fría le estrujaba el corazón cada vez que aparcaba su coche frente al Instituto de la calle Disraeli. Incluso había llegado a pensar alguna vez que la asociación psicoanalítica debería trasladar su sede fuera de Talbieh sólo para que él se librara de aquella ansiedad recurrente. Como también se le había ocurrido la idea de solicitar un permiso especial para tratar a sus pacientes en otro lugar, pero sus supervisores opinaban que debía enfrentarse a la situación con sus propios recursos internos y no a través de cambios externos.

Todavía oía las palabras del viejo Hildesheimer reverberando en su memoria. El problema no era el edificio, había dicho el anciano; no era el edificio el causante de su ansiedad, sino los sentimientos que albergaba con respecto a lo ocurrido. Desde el día en que sucedió, Gold oía esas palabras, pronunciadas con marcado acento alemán, siempre que se acercaba al edificio. Sobre todo la frase relativa a que eran sus propias emociones a las que debía hacer cara, y no a las paredes de piedra.

Naturalmente, había afirmado Hildesheimer en aquella ocasión, la circunstancia de que la implicada fuera la psicoanalista de Gold había de tomarse en cuenta, y quizá –y en ese punto el anciano le dirigió una mirada penetrante e inquisitiva– debería tratar de «sacar el máximo partido posible de las dificultades de la situación». Mas Shlomo Gold, que antaño recibiera con tanto orgullo las llaves del edificio, ya no lograba entrar en su despacho del Instituto sin sufrir un ataque de ansiedad.

¡Y pensar en lo que le había costado que le confiaran las llaves! Hubo de esperar al final de su segundo año de estudios en el Instituto para que el Comité de Formación se reuniera y condescendiera a estimarlo apto para aspirar a convertirse en un verdadero psicoanalista y tratar a su primer paciente (bajo supervisión, claro está). Y ahora todo aquello era cosa del pasado: las llaves y su orgullo y la emoción de sentir el Instituto como algo propio cuando abría la puerta..., nada había vuelto a ser igual desde aquel sábado.

Había quien se burlaba de la actitud de Gold hacia el edificio de planta circular y estilo árabe donde el Instituto había instalado su sede. Hasta aquel sábado por la mañana, Gold había presumido de aquella casa de piedra ante cualquier visitante de Jerusalén que se le pusiera a tiro. Nunca ocultó el sentimiento de pertenencia que le inspiraba aquel lugar. Estiraba los brazos como si quisiera abarcar la achaparrada construcción de dos plantas y porche circular, su gran jardín con rosales cuajados de flores a lo largo de todo el año, su doble escalinata que ascendía hasta la entrada

curvándose desde ambos extremos del porche. Después, esperaba expectante los comentarios de aprobación, el reconocimiento de que el majestuoso edificio se adaptaba perfectamente a su función.

Y ahora aquella ingenuidad, la admiración sin reservas, el sentimiento de pertenecer a una tribu esotérica, el orgullo de tratar a su primer paciente, se habían desvanecido dando paso a la opresión y a la ansiedad que lo perseguían desde el «sábado negro», como lo llamaba para sí; el sábado en que se ofreció a preparar el edificio para la conferencia que iba a pronunciar la doctora Eva Neidorf, recién llegada de Chicago, donde había pasado un mes en casa de su hija.

Aquel sábado, Shlomo Gold se había acercado al Instituto sin sospechar que su vida estaba a punto de dar un giro radical. Era un sábado de marzo, el sol resplandecía, los pájaros piaban, y Gold, emocionado ante la perspectiva de ver a Eva Neidorf, había salido temprano de su casa de Beit Hakerem para arreglar el salón de actos, colocar las sillas plegables del almacén y llenar de agua el gran depósito de la cafetera. Todo el mundo querría tomar café un sábado por la mañana. La conferencia estaba programada para las diez y media, y, unos minutos antes de las nueve, el coche de Gold se deslizó suavemente ladera abajo.

La quietud del sabbath flotaba en el ambiente y en aquel antiguo barrio de Jerusalén, siempre tranquilo, reinaba un silencio absoluto. Al pasar ante la residencia del presidente, cercana a la calle Jabotinsky, Gold advirtió que ni siquiera allí había guardias de seguridad.

Aspiró el aire limpio y puro y esquivó cuidadosamente a un gato negro que cruzaba la calle con elegante desdén. Sonrió al pensar en las supersticiones de los seres humanos, a los que se tenía por racionales; sería su última sonrisa sobre aquel tema porque, también en ese aspecto, su actitud iba a cambiar desde aquel sábado.

Ardía de expectación pensando en la inminente conferencia: estaba a punto de ver a su analista después de un intervalo de cuatro semanas.

Desde que comenzara a psicoanalizarse con Neidorf hacía ya cuatro años, Gold había asistido a numerosas conferencias suyas. Todas y cada una de ellas habían sido apasionantes. Ciertamente es que siempre lo embargaba un vago sentimiento de insignificancia, la oscura sospecha de que nunca llegaría a ser un gran psicoterapeuta; mas, por otra parte, sabía que su experiencia de aprendizaje era única y que él, Gold, podía dar testimonio del extraordinario don divino que poseía Eva Neidorf: esa intuición maravillosa, esa capacidad para hablar en el momento preciso y guardar silencio cuando era necesario, esa percepción inequívoca del grado de cordialidad requerido; cualidades, todas ellas, de las que Gold había tenido la fortuna de disfrutar al ser psicoanalizado por la doctora.

En el programa del sábado estaba escrito el título de la conferencia de Neidorf: «Algunos aspectos de los problemas éticos y legales que comporta el tratamiento psicoanalítico».

Nadie se había dejado engañar por la expresión eufemística «algunos aspectos».

Shlomo Gold sabía que en la conferencia de aquel día, después de un modesto preámbulo, se ofrecería una exposición brillante y exhaustiva del tema en cuestión. Las revistas del ramo la publicarían y suscitaría acalorados debates, reacciones y contrarreacciones, y Gold ya anticipaba el deleite de ver los leves cambios que Neidorf introduciría en la versión publicada. Una vez más, tendría la oportunidad de gozar de la embriagadora sensación de «haber estado allí», semejante a la que puede tener quien escucha la retransmisión radiofónica de un concierto que ha presenciado en directo.

Gold aparcó en la calle semidesierta frente al edificio. Sacó de la guantera el manojito de llaves del Instituto: las llaves de la puerta principal, del candado del teléfono y del almacén. Abrió la verja verde de hierro, en la que una discreta placa identificaba la función del edificio. Ascendió por una de las escalinatas curvas hasta la puerta de madera, invisible desde la calle. Como de costumbre, no pudo resistirse a la tentación de volver la cabeza y, desde el porche, contemplar la vista de la calle y del amplio jardín cuajado de flores que embalsamaban el aire con aromas de jazmín y de madreselva; después, esbozando una sonrisa, abrió la puerta que daba paso al oscuro vestíbulo.

Las ventanas estaban cerradas y cubiertas por espesos cortinajes, que, ciertamente, desempeñaban bien su labor. Cada uno de los detalles invisibles del vestíbulo era tan familiar para Gold como el hogar de su infancia. Comunicaba con seis habitaciones, todas ellas cerradas con grandes puertas de madera.

Al rememorar lo sucedido, Gold recordó que todo había comenzado con el sonido de un cristal haciéndose añicos. Acababa de arrastrar la mesa de juntas hasta la pared y estaba descansando recostado sobre ella. Al oír que se rompía un cristal, ni siquiera tuvo que alzar la vista. A pesar de su parálisis momentánea, sabía perfectamente qué fotografía se había caído al suelo.

Después de haber estado en el salón de actos año tras año, escuchando presentaciones de casos y debates teóricos mientras su mirada vagaba por las paredes, sabía, como todos los demás, el lugar exacto donde estaban situadas todas las fotos.

Los retratos de los muertos cubrían por completo las paredes, y después de que, unos meses atrás, se colgara la última foto, alguien había comentado en broma que a partir de ese momento todos los demás estarían obligados a vivir eternamente. Gold había pasado muchas horas escudriñando la mirada de los muertos y no había ni un detalle de sus expresiones que desconociera. Recordaba, por ejemplo, los ojos risueños de Fruma Hollander, una supervisora del Instituto perteneciente a la generación posterior a la de los fundadores, fallecida súbitamente de un infarto a los sesenta y un años. Estaba colgada a la derecha de la entrada y cualquiera que se sentara en ese lado del fondo de la sala, podía verle los ojos sin que el cristal le

deslumbrara. A la izquierda de la puerta estaba colgado el retrato de Seymour Levenstein, que había llegado al Instituto desde la asociación de Nueva York y había muerto a la edad de cincuenta y dos años de cáncer. Las fechas correspondientes al nacimiento y a la muerte estaban grabadas bajo el nombre de los retratados en el marco. Mientras esperaban a algún paciente que se retrasaba, los terapeutas podían ir de un retrato a otro y contemplar las facciones de todos los muertos del Instituto.

La fotografía que se había caído era la de Mimi Zilberthal. Gold recordaba que el veterano psicoanalista al que le preguntó en cierta ocasión de qué había muerto Zilberthal le había dirigido una mirada fulminante mientras le interrogaba sobre la importancia que eso tenía para él. Tal vez otra persona habría persistido en el asunto, pero a Gold le dio la impresión de que allí se escondía algo muy desagradable y prefirió no descubrirlo.

Mas aquel sábado, cuando ya todo se había venido abajo, Gold alcanzó a oír un retazo de conversación entre Joe Linder y Nahum Rosenfeld. Blandiendo el marco sin cristal, Joe le dijo a Rosenfeld en tono desafiante, casi a gritos, que el hecho de que se hubiera presentado la oportunidad de deshacerse de aquel retrato no significaba que tuvieran derecho a prescindir de él. Y Gold recordaba las palabras exactas: «No se quita de la pared el retrato de alguien sólo porque se haya suicidado». Joe y Rosenfeld estaban en la cocina y no advirtieron la presencia de Gold junto a la puerta. Después de todo lo que había vivido aquella mañana, la nueva revelación no lo conmovió particularmente.

Gold se apresuró a barrer los fragmentos de cristal y colocó la foto en la cocina junto a la pequeña nevera; hecho lo cual, se dirigió al almacén para coger las sillas. Eran poco más de las nueve y le quedaba mucho tiempo por delante, aun cuando calculaba que necesitaría unas cien sillas (gente de todo el país vendría a escuchar la conferencia de Eva Neidorf). Una vez que hubo colocado las sillas plegables en filas semicirculares, observó su obra satisfecho, aunque decidió traer algunas más de las habitaciones contiguas.

Al entrar en las habitaciones del Instituto, y sobre todo cuando estaba solo en el edificio, no dejaba de sorprenderse de lo apropiadas que eran para la función que desempeñaban. El primer cuarto en el que entró, situado a la derecha de la entrada, estaba en penumbra, como los demás, y sus altas ventanas y el pesado mobiliario creaban un ambiente solemne, misterioso. Siempre que recorría las espesas cortinas, Gold veía en su imaginación el interior de una catedral gótica.

En todas las habitaciones había un diván y, detrás, un recio sillón para el psicoanalista, un sillón que no era tan cómodo como parecía. (Todos los miembros del Instituto se quejaban de dolor de espalda. Y muchos de los terapeutas se colocaban discretamente un almohadoncito detrás de la espalda durante las sesiones

de terapia.) En cada una de las habitaciones había cuadros de tonos desvaídos y algunas sillas de más que se utilizaban para los seminarios.

Los seminarios semanales se celebraban a última hora de la tarde, por lo general los martes, y todos los estudiantes del Instituto asistían a ellos. En esas ocasiones, los cuartos se iluminaban bien y el ambiente lóbrego se disipaba ligeramente. Las sillas se disponían en círculo y de la cocina emanaba un aroma a café y a pasteles, a la espera del descanso, cuando todo el mundo bajaría a tomar un tentempié.

Una vez a la semana, con gran satisfacción de Hildesheimer, que deseaba «ver el edificio vivo y respirando», un gran bullicio animaba el Instituto, la calle se llenaba de coches y, durante el descanso para tomar café, un rumor de conversaciones e, incluso, de risas resonaba en el aire, mientras los profesores y los alumnos confraternizaban y se contaban anécdotas de las experiencias vividas a lo largo de la semana.

Pero nada era comparable a los sábados.

Los días de los seminarios, nunca faltaba alguien que saliera de algún despacho en el último momento y les pidiera a quienes habían llegado pronto que se retirasen unos instantes a la cocina para poder acompañar a su paciente hasta la salida manteniendo en secreto su identidad. Mas los sábados, hasta los pájaros madrugadores encontraban las puertas abiertas de par en par y sabían que, si se les antojaba, podían silbar una cancioncilla sin inmiscuirse en el mundo interior de las personas que otros días ocupaban los divanes.

Cierto era que no había suficientes gabinetes para acoger a los treinta candidatos y a todos los pacientes.

Cierto era, también, que la asignación de los gabinetes resultaba problemática, así como la programación de las citas, pero siempre que se presentaban quejas en las reuniones del Comité de Formación, el viejo Hildesheimer insistía en que los candidatos siguieran viendo a sus pacientes en el Instituto hasta que se convirtieran en miembros de pleno derecho. Había que utilizar el edificio, había que habitarlo, decía, según le habían contado a Gold.

Aunque no se podía decir que la gente se peleara por las habitaciones, las diferencias de veteranía y de estatus que había entre los candidatos se ponían claramente en evidencia. Ni que decir tiene que a un candidato recién llegado se le asignaría el cuarto pequeño, mientras que un candidato veterano con tres pacientes podría elegir la habitación que más le conviniera.

En el cuarto pequeño había poco espacio, desde luego, pero su mayor inconveniente era que estaba situado junto a la cocina. Las voces de quienes conversaban en susurros mientras tomaban café en los breves intervalos entre paciente y paciente, el timbre del teléfono, la voz queda y vacilante de la secretaria contestando a las llamadas..., todos aquellos sonidos lograban penetrar en el cuarto

a pesar de los persistentes esfuerzos por aislarlo; como el de colgar una doble cortina por la parte interior de la puerta.

Los pacientes tratados en aquel cuarto nunca dejaban de reaccionar ante el fenómeno en cuestión. Gold pasó muchas horas dando distintas interpretaciones a su segundo caso, una mujer que nunca se sobrepuso a la sospecha de que sus palabras se oían en la habitación contigua.

Pero los sábados, cuando los miembros del Instituto se reunían para asistir a conferencias y realizar votaciones, todo estaba permitido. Las ventanas se abrían de par en par y la luz límpida y dorada de Jerusalén y del mundo exterior penetraba en los despachos. Aquel sábado, Gold entró silbando en el cuarto pequeño para coger la última silla. El cuarto pequeño, que era donde él trabajaba, tenía un aire familiar, amigable. Aunque Gold sentía afecto por «su» despacho, anhelaba el momento en que, en virtud de su veteranía, le permitieran trasladarse al primer cuarto situado a la derecha de la entrada; en la intimidad, se refería a él llamándolo el «despacho de Fruma», porque Fruma Hollander, una mujer soltera y sin hijos, había legado sus grandes y confortables muebles al Instituto; y los muebles, e incluso los mortecinos óleos de la habitación, retenían parte de la benévola cordialidad y de la alegría de vivir de su antigua dueña.

Gold se detuvo en el umbral del cuarto pequeño. Las cortinas estaban echadas y la oscuridad era tal que apenas si llegaba a distinguir el perfil de los muebles. Las recorrió mientras pensaba que todavía no había colocado las tazas de café ni distribuido los ceniceros. Él no fumaba, pero en el Instituto había fumadores.

El profesor Nahum Rosenfeld, por ejemplo, a quien los finos puros que siempre le colgaban de la comisura de la boca le daban un aire malhumorado y desabrido; si alguien no se tomaba la molestia de colocarle al lado un cenicero, Rosenfeld dejaba sembrado de colillas marrones el espacio que lo rodeaba. Su personalidad se dejaba entrever en aquella manera suya de aplastar un puro consumido contra el suelo y encender otro con la mayor indiferencia. A veces Gold se estremecía al identificarse compasivamente con el cigarro aplastado.

Gold se apartó de la ventana y echó un vistazo a la habitación. Su respiración se detuvo; literalmente dejó de respirar. Después, al tratar de describir cómo se había sentido, diría que había sufrido una conmoción, que su corazón se había saltado un latido.

En el sillón, el sillón del analista, estaba sentada la doctora Eva Neidorf. «Estaba allí sentada en persona», repetiría Gold con insistencia más tarde. Naturalmente, Gold no daba crédito a lo que veía. Se suponía que la conferencia iba a empezar a las diez y media y aún no eran las nueve y media; Neidorf había regresado de Chicago la víspera; y, además, nunca llegaba con antelación.

Estaba allí sentada muy quieta, recostada hacia atrás, con la cabeza levemente inclinada y la mejilla apoyada en la mano izquierda.

Así dormida, Neidorf le parecía a Gold alguien en cuya presencia no tenía derecho a estar. No sólo le inquietaba la sensación de estar entremetiéndose en su intimidad; también sentía que Neidorf se le estaba revelando bajo una luz diferente y prohibida. Recordó la primera ocasión en que la vio tomándose un café. Qué difícil le resultaba verla como una persona normal y corriente. Recordaba incluso el leve temblor de la mano con la que sujetaba la taza. Gold sabía, claro está, que aquella actitud inspirada por la analista era un aspecto importante de la psicoterapia, al que prestaban atención todas las teorías analíticas.

Se quedó parado meditando cómo debía dirigirse a ella. Susurró varias veces «doctora Neidorf», sin lograr que la analista reaccionara. Después explicaría que un impulso interior lo llevó a seguir adelante, a insistir en sus tímidos intentos de despertarla. No alcanzaba a entender a qué se debía aquel comportamiento; lo único que comprendía era la vergüenza que le inspiraba la idea de que Neidorf se iba a sentir incómoda cuando se despertara y lo viera allí.

Gold hizo una pausa y examinó el rostro de la psicoanalista. Tenía una expresión rara, nunca la había visto así. Una especie de languidez, pensó, tal vez incluso de falta de vida, en un semblante que siempre irradiaba un vigor que dominaba cualquier otra expresión. Aquella peculiar languidez se debía probablemente al hecho de que tenía los ojos cerrados. La fuente de la energía de Neidorf eran sus ojos, de mirada penetrante y muy especial. En las escasas ocasiones en que Gold se había atrevido a mirarla directamente a los ojos, aquella mirada lo había abrasado. Por primera vez, se permitió observarla con detenimiento y desde cerca, como un niño que contemplara a su madre mientras se viste creyendo que su hijo está dormido.

Todo el mundo coincidía en que Eva Neidorf era una mujer de excepcional belleza. La mujer más guapa del Instituto, como diría Joe Linder, para añadir después que aquello no era decir gran cosa. Mas lo cierto era que, a pesar de sus cincuenta y un años, todas las miradas se dirigían a ella cuando entraba en una habitación. Su belleza hacía reaccionar tanto a las mujeres como a los hombres. Aun sabiéndose guapa, Neidorf no era vanidosa; sencillamente concedía la atención y los cuidados necesarios a algo que lo merecía, como si su cuerpo fuera una entidad separada de ella. Su vestuario se comentaba largo y tendido, incluso entre los hombres. Nadie, ni candidatos, ni supervisados, ni analistas, se mostraba indiferente a su apariencia. Era de dominio público que hasta el viejo Hildesheimer tenía debilidad por Eva Neidorf. Durante las conferencias le dirigía sonrisas confidenciales. Y en los descansos Neidorf y él conversaban apartados de los demás, con aire de seriedad. Cuando sus cabezas se acercaban, la impresión de que estaban unidos por un vínculo muy estrecho recorría la sala como una onda de alta frecuencia.

En aquel momento, mientras Neidorf dormía en el sillón del analista, Gold pudo

someterla a un examen detallado. Su pelo, recogido en un moño sobre la cabeza, estaba veteado de gris y la espesa capa de maquillaje que cubría su tez era claramente visible, sobre todo en las delicadas mejillas y en el prominente mentón. También se había maquillado mucho los párpados. Desde tan cerca, Gold advirtió que había envejecido notablemente en los últimos tiempos. Pensó que ya era abuela, pensó en su hijo y en lo fatigada que se la veía desde la muerte de su marido. Gold se había detenido a pensar con frecuencia en las relaciones de Neidorf con su marido, pero cada vez que trataba de imaginársela en casa la veía vestida con alguno de sus elegantes atuendos, como el que llevaba en aquel momento: un vestido blanco aparentemente sencillo que se revelaba caro y especial incluso a su mirada inexperta.

Neidorf y Gold habían consagrado muchas horas a analizar la incapacidad de éste para relacionarse con ella como si fuera una persona normal y para imaginar su existencia fuera de las sesiones de psicoterapia. Gold afirmaba que era incapaz de «desvestirla» y que no lograba verla, por ejemplo, en la cocina. Y no era el único al que le ocurría eso. Nadie podía imaginar a Neidorf en bata. Y había quien defendía apasionadamente la tesis de que nunca comía.

Su capacidad como terapeuta era incuestionable. Y en cuanto a sus habilidades como supervisora..., era intocable. Todos los supervisados prestaban una atención escrupulosa a sus comentarios. Nunca se cansaban de alabar su «perspicacia», su «singular intuición» y sus «inagotables reservas de energía». Quienes pasaban por sus manos como supervisados siempre trataban de adoptar su estilo de terapia. Mas nadie lograba emular su sexto sentido, que le dictaba lo que había de decir en el momento adecuado.

Cuando Neidorf pronunciaba una conferencia en el Instituto algún sábado por la mañana, la gente acudía a escucharla desde Haifa y Tel Aviv, e incluso los dos miembros del Instituto que vivían en un kibbutz se desplazaban a Jerusalén desde las afueras de Beersheba. Sus conferencias nunca dejaban de suscitar acalorados debates y controversias; siempre tenía algo nuevo y original que decir. A veces algunas frases escuchadas en una conferencia se quedaban reverberando en la mente de Gold durante días y días, mezclándose con otras ideas expuestas durante las sesiones de terapia.

En aquel momento, Gold contuvo el aliento y le tocó cuidadosamente el brazo a la doctora Neidorf. El tejido de su vestido era suave. Gold se alegró de que estuvieran en invierno; la larga manga blanca evitaba que su mano entrara en contacto con la piel desnuda de la doctora. Aun así, hubo de refrenar el impulso de continuar acariciando la tela. Conmocionado por los impulsos y miedos contradictorios que lo asaltaban, pensó que nunca la habría imaginado capaz de abandonarse a un sueño tan profundo. Si se hubiera parado a pensar en ello, habría concluido con toda seguridad que Neidorf tenía un sueño ligero.

Volvió a preguntarse, casi en voz alta, qué estaría haciendo en el Instituto a una hora tan temprana. Como seguía sin despertarse, volvió a tocarla, esta vez con ansiedad.

De manera instintiva, según explicaría más tarde, le tocó la muñeca..., que estaba fría. Pero como la calefacción de gas no estaba encendida y Neidorf era tan delgada, en un principio no concedió gran importancia a ese hecho. Volvió a tocar la delicada muñeca, buscando inconscientemente el pulso, y de pronto se sintió transportado al hospital donde hacía largos turnos de noche cuando comenzó sus prácticas de psiquiatría. No detectó ningún pulso. Aún no había alcanzado a formular la palabra «muerta» en su mente; no pensaba más que en el pulso. Le vinieron a la cabeza multitud de anécdotas sobre casos similares, anécdotas a las que nunca había concedido gran credibilidad. La del terapeuta que estaba sentado en su sillón sin reaccionar mientras un paciente daba rienda suelta a los sentimientos reprimidos de ira que le inspiraba, hasta que, consumida la hora de la sesión, como el analista seguía sin decir nada, el paciente se sentó en el diván, lo miró y vio que estaba muerto. Y la historia del paciente que tenía cita a primera hora de la mañana y que, cuando nadie respondió a su llamada, abrió la puerta de la clínica y descubrió al analista muerto, sentado en su sillón, donde, por lo visto, había exhalado su último aliento después de hacer jogging como todas las mañanas.

Pero no eran más que anécdotas, casi se las podría calificar de folclore, mientras que, en aquel momento, Gold sentía un vacío terrible y muy real en el estómago. Se quedó quieto en medio de la habitación con la sensación de que tenía que hacer algo. Recapituló los hechos: Neidorf, el sillón, el Instituto, el sábado por la mañana, muerta.

Gold, que había terminado sus prácticas de psiquiatría en el Hadassah de Ein Kerem hacía poco tiempo, ya tenía experiencia de la muerte. En el hospital había logrado adoptar mecanismos de defensa que le permitían convivir con ella. Había intentado con relativo éxito, tal como le explicó a Neidorf en cierta ocasión, crear una saludable distancia emocional entre él y la persona muerta: siempre que le requieran para presentarse ante un difunto, un velo descendía sobre lo que él llamaba sus «glándulas de sentir».

Pero, en esta ocasión, el acostumbrado velo no descendió. En su lugar, un velo diferente bajó flotando por el aire. Todo quedó envuelto en la bruma de un sueño, que no era necesariamente desagradable; el suelo perdió su habitual solidez, la puerta se abrió como por sí sola y, a pesar de que sentía que sus extremidades habían dejado de pertenecerle, fue su mano la que cerró la puerta con suavidad y sus pies los que lo condujeron fuera de la habitación.

Se desplomó en una silla situada junto a la puerta y fijó la mirada en el retrato del difunto Erich Levin, que le sonreía jovialmente desde detrás del cristal. Después se dijo serenamente –o con lo que en aquel momento tomó por serenidad,

aunque era vagamente consciente de que sus reacciones se ajustaban a la sintomatología clásica de la conmoción descrita en los libros de texto— que tenía que hacer algo.

De manera consciente y, a la vez, inconsciente, se levantó, inclinó la cabeza, respiró profundamente y se las arregló para llegar hasta el teléfono de la cocina.

El aparato no sólo no tenía el candado puesto, sino que éste estaba al lado, con la llave todavía dentro. En aquel momento, Gold no se planteó quién podría haber dejado el teléfono sin candado o quién habría tenido tanta prisa como para olvidarse el llavero en la mesa de la cocina. Después recordaría claramente el llavero y su bonita funda de cuero repujado.

Más adelante recordaría otros muchos detalles: la taza de café casi llena que estaba en la pila (bajo el letrero impreso que decía: «Por favor, lave la taza que ha usado y no olvide desenchufar la cafetera. El mes pasado hubo que cambiar el depósito porque uno de sus componentes se había quemado»; y que estaba firmado por la secretaria, Pnina, con su imprecisa caligrafía); el grifo goteando. Pero en aquel instante Gold concentró su atención en el teléfono mientras marcaba un número y se desplomaba en la silla de la secretaria.

Al cabo de un rato que se le antojó interminable, alguien descolgó el auricular al otro extremo de la línea y una voz de mujer entrada en años dijo con plomizo acento alemán: «¿Diga?».

Gold era buen conocedor de las anécdotas que circulaban sobre frau Doktor Hildesheimer y una sola palabra pronunciada por teléfono le bastó para confirmar todo lo que le habían contado. Se decía que la señora en cuestión se relacionaba con el teléfono, con el timbre de la puerta y con el buzón como si fueran representantes de una potencia extranjera enemiga dispuestos a robarle a su marido, a matarlo con un sinfín de pretextos.

Alguien comentó que gracias a ella y sólo a ella Hildesheimer había logrado alcanzar su actual edad (cumpliría los ochenta el mes siguiente) sin sufrir una sola enfermedad grave; y, al decir esto, la persona que hablaba tocó madera.

El programa diario de actividades del anciano se había mantenido inalterado durante los últimos cincuenta años (ocho horas de trabajo al día durante los treinta primeros años, de las ocho a la una y de las cuatro a las siete; y seis horas durante los últimos veinte años, cuatro por la mañana y dos por la tarde; entre las dos y las cuatro, Hildesheimer dejaba de existir para el resto del mundo); y ella también era muy estricta con respecto a cuestiones de las que no suele estimarse que consuman tanta energía como los pacientes; por ejemplo, el número de conferencias a las que permitía asistir a su marido, ya fuera en calidad de conferenciante o de oyente, y el número de horas de clase que podía impartir en el Instituto. Según la leyenda era imposible ponerse en contacto con Hildesheimer sin obtener previamente la aquiescencia de su mujer.

Frau Hildesheimer dijo «¿Diga?» y Gold le comunicó automáticamente, con voz clara, su nombre y el hecho de que estaba llamando desde el edificio (como es lógico, ella no tuvo necesidad de preguntarle a qué edificio se refería). Tras una breve pausa, Gold se disculpó por molestarles un sábado y explicó que se trataba de una emergencia. Al otro lado del hilo se produjo un silencio y Gold no sabía si frau Hildesheimer seguía al aparato o no. Repitió las palabras «una emergencia» y, por fin, ocurrió el milagro.

La voz del anciano sonó como si nunca durmiera y estuviera permanentemente alerta y preparado para cualquier eventualidad. Gold sabía que Hildesheimer iba a asistir a la conferencia y supuso que había pensado ir andando. No vivía demasiado lejos del Instituto, y, cuando hacía buen tiempo, su mujer lo animaba a hacer ejercicio..., con moderación.

En cuanto Gold escuchó el saludo del anciano sintió que quedaba liberado de toda responsabilidad. Al no saber cómo decir lo que tenía que decir, volvió a comunicar que era Shlomo Gold, que estaba en el Instituto y que había ido allí temprano para preparar las cosas. Hildesheimer emitió un largo y expectante «Sííí», y cuando Gold, incapaz de encontrar las palabras adecuadas, dejó de hablar, el anciano dijo, en tono ligeramente preocupado: «¿Doctor Gold?», y éste le confirmó que seguía allí. Después añadió con premura que había sucedido algo espantoso, realmente espantoso..., la voz le temblaba..., creía que el doctor Hildesheimer debía acudir allí sin pérdida de tiempo. Transcurrieron unos segundos y, al fin, el anciano respondió: «Bueno, ahora mismo voy».

Sintiendo un gran alivio, Gold colgó el auricular. Después encendió la cafetera, lo que no tenía ningún sentido puesto que el agua tardaría una hora en hervir, pero la idea de hacer algo práctico lo tranquilizaba.

Fuera, al otro lado de las ventanas abiertas, los pájaros debían de estar cantando, pero la atención de Gold estaba centrada en un único sonido, que, cuando al fin se produjo, resonó en sus oídos como música celestial: el ruido del motor del taxi que traía a Hildesheimer. Gold se lanzó hacia la puerta principal y miró hacia fuera.

La curva de los dos tramos de escalera que conducían hasta el porche de entrada impedían ver a la persona que ascendía por ellos; de pronto la cabeza calva y redonda del doctor Hildesheimer asomó sobre el escalón superior de la escalinata de la derecha. Resultaba difícil creer que aún no eran más de las nueve y media.

Hasta el momento en que Hildesheimer apareció, Gold había evitado pensar en lo que iba a decirle. Mas tan pronto como divisó la cabeza calva sobre la escalinata, comprendió que tendría que comunicarle al anciano la muerte de Eva Neidorf, su antigua paciente, su antigua supervisada y su amiga íntima..., el gran amor de su vida, a decir de algunos; la persona que le sucedería en la presidencia del Comité de Formación. Cuando estos pensamientos se filtraron en su mente, el alivio que

sintiera tras la conversación telefónica comenzó a dar paso a la ansiedad y un pozo sin fondo volvió a abrirse en su estómago.

Hildesheimer se acercó a Gold, que estaba junto a la puerta principal, con una expresión inquisitiva y preocupada en el rostro. Gold descubrió que tenía la garganta muy seca y la lengua paralizada, y terminó por estirar la mano para indicarle al anciano que lo siguiera al interior del edificio.

Hildesheimer echó a andar con paso rápido detrás de Gold, que lo guió hasta el cuarto pequeño, a donde lo invitó a pasar extendiendo el brazo y echándose a un lado.

Ernst Hildesheimer salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Sentado en una silla entre el cuarto pequeño y la cocina, Gold esperaba ansiosamente su veredicto. El anciano estaba muy pálido, tenía los labios fruncidos y en sus ojos había una expresión que Gold no identificaría hasta más tarde como miedo. El rostro de Hildesheimer reflejaba una ira cuyo motivo Gold no acertaba a comprender.

Con un hilo de voz, le preguntó a Gold si había tomado alguna medida además de llamarlo a él. Gold lo miró aturdido y dijo que todavía no había pedido una ambulancia. Y Hildesheimer, sin dar muestras de sorpresa, masculló que comprendía que Gold prefiriese dejarle a él los tratos con la policía.

Con paso largo, el anciano se encaminó a la cocina y Gold lo siguió, sintiendo cómo se estrechaba el nudo que tenía en el estómago; y en la cocina, mientras observaba los nudillos del anciano, que se tiñeron de azul cuando se aferró al borde de la mesa, oyó por vez primera hablar de la pistola.

Más adelante sería incapaz de recordar toda la conversación, tan sólo guardaba en la memoria retazos de frases y palabras inconexas. Recordaba que la palabra «pistola» se había repetido varias veces, la voz de Hildesheimer diciendo «quizá» y también la palabra «accidente». Los fragmentos de información que penetraron en su conciencia mientras contemplaba al anciano en la cocina del Instituto arrojaron una luz tan espeluznante sobre la situación que, de pronto, se puso de pie, con la respiración entrecortada y sin ver nada más que círculos negros. Tenía la vista nublada y sentía que la sangre se le estaba subiendo a la cabeza; empezó a notar palpitaciones rítmicas en las sienes y supo que durante la hora siguiente no sería capaz de hacer nada porque estaba a punto de sucumbir a lo que después llamaría «la peor migraña de mi vida».

En su juventud, Gold había sufrido frecuentes migrañas. Hasta que comenzó a psicoanalizarse con Neidorf, no había logrado identificar el síndrome recurrente que las provocaba. Con Neidorf se había planteado la hipótesis de que las migrañas eran consecuencia de la ira no expresada. (Como si la tuviera a su lado, muy cerca, Gold oyó su suave voz diciendo «la ira que no ha expresado» y recordó haberle preguntado si se refería a la ira reprimida, y cómo, tras una breve pausa, ella le hizo notar delicadamente que habían acordado no emplear la terminología profesional con respecto a su propio caso; y, después, añadió que no, que no era eso a lo que se refería, sino a la ira para la que no había encontrado una vía de expresión.) Gold fue consciente de que, además de horror, sentía ira, quizá una ira semejante a la que

reflejaba el pálido semblante del viejo Hildesheimer. Pero tendría que pasar algún tiempo para que comprendiera que en aquel momento había sido presa de una rabieta infantil. La mañana se había echado a perder, el Instituto ya no era el de siempre. De momento el hecho de que Neidorf hubiera fallecido le resultaba tan irreal como para ser completamente irrelevante. Cerró los ojos, los abrió y se inclinó sobre el armarito de las medicinas que colgaba de la pared encima de la mesa de la cocina (tiritas, aspirinas, yodo, Panadol, «parece el botiquín de primeros auxilios de una guardería; sólo faltan los supositorios», comentaba secamente Joe Linder siempre que necesitaba alguna pastilla). La mera idea de tragar agua le producía náuseas, por lo que se tomó las aspirinas en seco.

Hildesheimer estaba de pie junto a la ventana sin decir nada. Ya eran cerca de las diez y Gold pensó angustiado, aunque también con cierto deleite malicioso, que el edificio no tardaría en llenarse de personas conmocionadas y asustadas. No acababa de entender el asunto de la pistola y de la policía, pero como a Hildesheimer se le veía tan ausente y remoto no cabía pensar en aproximarse a él de ningún modo y, mucho menos, en pedirle explicaciones. Por tanto decidió esperar estoicamente a que las cosas se aclarasen por sí solas y, justo entonces, oyó al anciano diciéndole que encontrar así a la doctora Neidorf debía de haber sido una experiencia terrible para él. Lo sentía mucho, dijo el anciano, y Gold, agradeciéndole todas y cada una de sus palabras, se maravilló de la entereza que estaba demostrando. Pero es que el viejo nunca deja de sorprenderte de una manera u otra, pensó. Cuando no es por su valor, es por su inteligencia, o por lo bien que lleva los años, o por su atención a los detalles, por su modestia, por su sencillez.

Antes de conocer a Hildesheimer, Gold nunca había imaginado que un mito pudiera encarnarse. Ahora, su mera presencia le transmitía la confianza de que aún no se había derrumbado todo: si Hildesheimer era capaz de decir las palabras que había que decir, todavía quedaba algo en pie. No obstante, hubo de reconocer que a las palabras del anciano les había faltado la cordialidad y el apoyo emocional que siempre acompañaban a sus reacciones; el autodominio que los había sustituido sobrecogió a Gold y le impidió expresar sin tapujos su desazón; era imposible, por ejemplo, hacer conjeturas en voz alta sobre la pistola. Decidió continuar a la espera.

Y cuando acababa de tomar la decisión de continuar esperando en silencio, estalló el alboroto, un alboroto cuyos ecos retumbarían en la cabeza de Gold siempre que se aproximara al Instituto después de aquel día.

El médico, que llegó en una ambulancia Estrella Roja de David acompañado por dos auxiliares de enfermería, llamó a la puerta, que estaba cerrada con llave, y Hildesheimer, con una agilidad asombrosa en un hombre de su edad, se puso en pie de un salto para ir a abrirla; a partir de ese momento ya nadie volvería a llamar a la puerta ni a tocar el timbre. La puerta, que siempre había estado cerrada contra el

mundo, la puerta que salvaguardaba el lugar que, en su fuero interno, Gold consideraba el mejor protegido del mundo, se quedó abierta toda la mañana y a través de ella se colaron muchas cosas que estaban fuera de lugar, cosas que hasta entonces habían pertenecido, como mucho, al mundo de los miedos y fantasías de los pacientes. Ahora se habían hecho realidad y ya nada estaba en su sitio.

A Gold le resultaba difícil seguir el ritmo de los acontecimientos. Moviéndose entre los grupitos de personas arracimadas en diferentes rincones, trataba de recoger fragmentos de información; pero no comprendía quién era quién, ni cuál era la función de las diversas personas que, corriendo de acá para allá, se estaban adueñando del lugar hasta el punto de que, al cabo de unos minutos, parecía que lo hubieran hecho suyo por completo. Ya nada pertenecía a los miembros del Instituto; el teléfono, las mesas, las sillas, y hasta las tazas de café, les habían sido confiscados.

Cuando aquella noche Gold intentó reconstruir los hechos ocurridos por la mañana en la secuencia correcta, recordó que, justo después del médico, había llegado un policía, cuyo rango le pasó inadvertido. Recordaba que el policía había entrado en el cuarto pequeño detrás del médico y de Hildesheimer, y también la rapidez con la que salió de allí para dirigirse corriendo, no hacia el teléfono, sino hacia fuera. Gold, que lo siguió hasta el porche delantero, oyó unas voces procedentes del coche patrulla, donde el policía se había agazapado con una radio en la mano. Y en la calle, todavía desierta, flotaron en el aire expresiones extrañas, desconocidas: «un P. A.», «departamento de Identificación Criminal», «lugar de los hechos» y otras expresiones no menos extravagantes.

El policía se quedó junto al coche; el silencio seguía reinando en la calle y Gold oía las voces que salían de la radio. La luz azul que brillaba sobre el coche le pareció absurda e incongruente. No quería volver a entrar en el edificio, donde el médico, los dos auxiliares y Hildesheimer, que, según Gold recordó de repente, también era médico, seguían ocupados y él se sentía amenazado y superfluo. Al fin y al cabo, se dijo a sí mismo, faltaban unos minutos para que comenzara a llegar la gente y, entretanto, podía quedarse en el porche, contemplando el jardín y fingiendo que no había pasado nada, podía observar la pista de tenis vacía anexa al Club de Inmigrantes, empaparse del sol de marzo y aspirar el aroma de la madreSelva, cuyo dulzor, sin relación alguna con los acontecimientos de aquella mañana, le hizo recordar la colonia alemana, lo que le llevó a pensar en Neidorf, y con este último recuerdo la agradable calidez del sol se desvaneció y transformóse en algo fastidiosamente brillante y desapacible. Entonces llegó otro coche, un Renault con matrícula de la policía, y un hombre alto descendió de él con movimientos lentos y deliberados, seguido de otro de menor estatura y pelo rizado y rojizo. El policía uniformado se alejó del coche patrulla y Gold le oyó decir: «No sabía que estabas de servicio hoy», y vio cómo el hombre alto le respondía algo que

no alcanzó a escuchar. Después el pelirrojo dijo en voz alta: «Eso te pasa por quedarte junto al Control buscándote problemas», y, como el hombro del policía alto quedaba casi fuera de su alcance, le dio una palmadita en el brazo. Los tres se encaminaron hacia la verja y Gold, sin saber por qué, se escabulló hacia el interior del edificio, dejando la puerta abierta de par en par. Tomó asiento en una de las sillas que seguían dispuestas en filas y se quedó observando a los policías. Advirtió que el alto, que entró pisándole los talones al policía de uniforme, iba vestido con unos vaqueros y una camisa de cuadros de distintos tonos azules. Sin pensar en lo que estaba haciendo, Gold se fijaba en todos los detalles, por pequeños que fuesen. Notó que, a pesar del aspecto juvenil que el policía alto transmitía desde lejos, de cerca daba la impresión de haber pasado de los cuarenta.

Aunque no había cruzado ni una palabra con él, a Gold le molestó la despreocupación y la calma con que movía su cuerpo juvenil y, sobre todo, le inspiraron hostilidad sus ojos oscuros y penetrantes, situados sobre unos pómulos marcados y bajo unas cejas largas y espesas. Los ojos del agente le llamaron la atención por primera vez cuando le preguntó si había sido él quien había notificado el hecho a la policía.

Sintiéndose de pronto bajito, rechoncho y fútil, Gold sacudió la cabeza y señaló hacia el cuarto pequeño, donde el trío entró después de que el agente uniformado le susurrase algo al alto, quien, dando media vuelta, le pidió a Gold que se quedara allí esperando. Después desapareció en el interior del cuarto y el pelirrojo lo siguió de cerca.

Poco después, un batallón de gente comenzó a llegar en oleadas al edificio y Gold se sintió perdido en el tumulto. Una muchacha cargada de correajes, de los que colgaban diversas fundas de aparatos, pasó deprisa y con aplomo ante él, acompañada por dos hombres; el detective alto, al oír el ruido, salió del cuarto pequeño y anunció a través de la puerta abierta que el laboratorio móvil había llegado. Y el fotógrafo también, añadió.

A continuación llegaron otras cinco personas, a quienes, como comprobó Gold con gran alivio, conocía bien; era la gente de Haifa, los primeros en llegar a la conferencia de Eva Neidorf. Como siempre, los que vienen desde más lejos llegan antes, pensó Gold mientras los más jóvenes del grupo lo acosaban con preguntas sobre los coches de policía aparcados ante el edificio y pretendían informarse de si había habido un robo en el Instituto.

Viendo junto a los jóvenes a la casi septuagenaria Litzie Sternfeld, cuya expresión reflejaba estupor, Gold se sintió incapaz de responder y llamó a la puerta del cuarto pequeño para pedirle a Hildesheimer que saliera a hablar con los recién llegados. Hildesheimer salió precipitadamente y se llevó a Litzie a la cocina, y poco después se oyeron exclamaciones de consternación en alemán, y suaves susurros masculinos, también en alemán, y ásperos sollozos guturales, presumiblemente

femeninos. Los otros cuatro miembros de Haifa se volvieron hacia Gold con una expresión de alarma en el rostro; habría sido imposible posponer más las explicaciones si en aquel momento no hubieran llegado otras tres personas. Gold no recordaba muy bien en qué orden preciso..., pero para entonces ya sabía que eran policías, pese a que fueran vestidos de paisano, y también dedujo que eran de mayor rango que los llegados hasta entonces; sin necesidad de que le preguntaran nada, Gold señaló la puerta del cuarto pequeño, mientras cavilaba sobre si cabrían todos allí. Los tres hombres eran, según supo más tarde cuando oyó cómo se los presentaban a Hildesheimer, el comisario jefe del subdistrito de Jerusalén (el que era gordo y bajo), el comisario jefe del distrito meridional (el que parecía bastante mayor) y el portavoz del subdistrito de Jerusalén (el joven rubio y con bigote).

Después llegó otro hombre, que se presentó a Gold diciendo que pertenecía al Servicio de Inteligencia y a continuación le preguntó: «¿Dónde está todo el mundo?», y se dirigió a toda prisa hacia el cuarto pequeño, del que en ese momento salía el pelirrojo para comunicar que se rogaba a todos los presentes que permanecieran fuera, en el porche, o, cuando menos, que tomaran asiento en el salón de actos; y, a continuación, procedió a indicar a los miembros del Instituto, que ya iban llegando en oleadas y estaban apelotonados junto a la puerta, que se quedaran en el porche.

Todos los que iban llegando querían saber qué estaban haciendo ahí fuera los coches de policía y a qué venía todo aquel jaleo. El pelirrojo, de quien el portavoz diría más tarde que era el «agente de turno», se volvió hacia otro policía recién llegado, a quien se dirigió llamándolo «señor», y, después de cruzar algunas palabras con él, asomó la cabeza por la puerta para anunciar que había llegado el agente de investigaciones interdepartamentales; hecho lo cual, se quedó fuera un momento. Para entonces, Gold estaba mareado con tantos cargos, jerarquías e iniciales, por lo que dejó de prestar atención al personal policial que seguía apareciendo en un reguero continuo.

Joe Linder, que había llegado mientras tanto, señaló que tal vez los ladrones por fin se habían colado en el Instituto para llevarse todos los sillones y que, a partir de entonces, allí se formaría una nueva generación de analistas que desconocerían lo que era el dolor de espalda. Durante un instante Gold deseó que le hubiera tocado en suerte a Linder encontrar a Neidorf. ¡Qué no habría dado por ver cómo se quedaba sin habla por una vez en la vida!

Pero nadie más estaba de humor para bromas; quienes entraban en la cocina en seguida salían despedidos de ella, y todos se miraban unos a otros inquisitivamente. Gracias a Dios, a nadie se le había ocurrido pedirle una explicación a Gold, que hacía todo lo posible por ver sin ser visto.

El médico salió del cuarto pequeño seguido por los dos auxiliares. Se marcharon del edificio sin pronunciar una palabra, y detrás de ellos salió el detective alto; le

susurró algo al agente de turno, el pelirrojo, que también se marchó afuera, aunque regresó al cabo de unos minutos, abrió la puerta del cuarto pequeño y anunció: «El forense está en camino y los de Investigaciones Criminales también».

Algunas personas se habían quedado de pie y otras se habían sentado en las sillas colocadas por Gold cuando todavía reinaba la normalidad. En medio de la multitud, Gold divisó durante una fracción de segundo a los dos miembros del kibbutz del sur. Junto a ellos había dos hombres cargados con sendos maletines de cuero de los que, una vez abiertos, extrajeron unos aparatos de pequeño tamaño que, al mirarlos mejor, resultaron ser grabadoras. El estrépito estaba volviéndose insoportable y Gold decidió retirarse a la cocina (no se le ocurrió la idea de abandonar el edificio) para alejarse de aquel clamor.

Allí la situación no era mejor. Se inmiscuyó en la intimidad de los dos ancianos, que estaban sentados muy juntos. Litzie Sternfeld se enjugaba los ojos con un pañuelo de hombre primorosamente planchado, que por lo visto había salido del bolsillo de Hildesheimer, y éste le acariciaba la mano, algo que Gold nunca le había visto hacer hasta entonces, aunque, evidentemente, era lo apropiado para la ocasión. De pronto el policía alto entró en la cocina y le preguntó a Hildesheimer: «¿Qué es exactamente este sitio?», haciendo mucho hincapié en «exactamente». El anciano le dirigió una mirada cansada, que después se volvió vivaz, y le explicó, escogiendo cuidadosamente las palabras, que aquél era un sitio donde se practicaba el psicoanálisis. La respuesta dejó al policía con una expresión interrogante en el rostro y Gold dio por hecho que el término psicoanálisis no le resultaba familiar, pero, después, ante su sorpresa, el policía despegó los labios para preguntar: «¿Se refiere a las psicoterapias con diván y toda esa parafernalia?». El profesor asintió y el policía esbozó una sonrisa, aunque se apresuró a reprimirla mientras decía, casi excusándose, que no sabía que esas cosas siguieran practicándose ni que existiera un instituto específicamente dedicado a ellas. Sin duda, se había dado cuenta de que al anciano no le divertían las bromas sobre ese tema, ni siquiera en la mejor de las circunstancias. En efecto, tan pronto como oyó el tono de disculpa del policía, Hildesheimer procedió a explicarle con su pronunciado acento alemán que en el Instituto se formaba a analistas para que trataran a sus pacientes aplicando ese método, y comenzó a ampliar el tema de qué era lo que se hacía «exactamente» en «aquel sitio».

En un principio, el rostro del policía reflejaba desconcierto, pero a medida que el anciano iba hablando esa expresión se trocó por otra de gran atención y parecía que estaba escuchando como si realmente le interesara. A Gold no le pasó inadvertido el asombro que le causaba la reacción del policía.

Se sintió un tanto avergonzado por aquel prejuicio, pero sus reflexiones sobre la necesidad de mejorar sus actitudes fueron interrumpidas por el potente sonido de una voz que llegó desde fuera. Se asomó por la puerta de la cocina y vio que el tipo

rubio con bigote, que se había presentado como el portavoz del subdistrito de Jerusalén y había insistido en que todo el mundo permaneciera fuera, había vuelto a entrar después de pasar unos minutos en el porche hablando con los miembros del Instituto allí congregados. Agarrando a los dos hombres provistos de grabadoras por el brazo, les increpó:

—Al decir que todo el mundo saliera del edificio, me refería a todo el mundo..., periodistas incluidos. Hagan el favor de esperar ahí fuera.

Horrorizado por el descubrimiento de que aquellos hombres eran periodistas, Gold decidió que era necesario notificárselo a Hildesheimer de inmediato. Pero antes de que pudiera hacer nada se inició un éxodo general desde el salón de actos; algunos de los presentes exigían a voces y con agresividad que se les explicara qué había ocurrido. El rumor de que alguien había muerto empezó a propagarse y en muchos semblantes apareció una expresión de alarma y de consternación. La gente se apiñó de dos en dos y de tres en tres en el porche, pero nadie se marchó.

Por el rabillo del ojo, Gold vio a los dos altos mandos, el comisario jefe del distrito y el comisario jefe de Jerusalén, saliendo del cuarto pequeño para dirigirse a la cocina, aparentemente en busca del policía alto, que seguía allí dentro con Hildesheimer. Gold se acercó a la cocina sin que nadie lo detuviera y se quedó junto a la puerta para oír la conversación. El policía alto expuso al jefe de la policía de Jerusalén lo que denominó el «problema de la publicidad». El problema era, según acababa de explicarle el doctor Hildesheimer, que, de momento, era necesario impedir a la prensa que publicara la noticia, dado que la difunta (Gold no soportaba aquel término) tenía pacientes en tratamiento a quienes habría de notificárseles la nueva con tacto. Habló con una expresión seria en el semblante.

El comisario jefe de Jerusalén expresó sus dudas sobre la posibilidad de prohibir que se diera cobertura periodística a lo que llamó el «suceso» y sugirió calmar a los chicos de la prensa con «alguna golosina». Hildesheimer lo interrumpió e inquirió con ira reprimida cómo se las habían arreglado los periodistas para llegar allí tan deprisa.

El policía alto le explicó pacientemente que era una cuestión de frecuencias de radio: las radios de los periodistas de sucesos tenían la misma frecuencia que las emisiones de la policía. Explicación que dejó a Hildesheimer con un rictus sombrío en la boca. Se volvió hacia Litzie, que había dejado de llorar, y se encogió de hombros con impotencia. Fue entonces, según recordaba Gold, cuando oyó que el jefe de la policía de Jerusalén le decía al policía alto:

—Vamos, Ohayon; tenemos que aclarar algunos asuntos.

Los tres, Ohayon y sus superiores, se dirigieron a una de las habitaciones, seguidos en solemne cortejo por todos los guardianes del orden que había en el edificio; más tarde, Gold recordaría esa escena como el único episodio cómico del día. Gracias a uno de los periodistas, que, después de colarse otra vez en el edificio,

se apostó junto a la puerta de la habitación y comenzó a hablar en voz alta para grabar lo que iba ocurriendo, Gold identificó a todos los personajes, enterándose de sus cargos y graduaciones.

El periodista, un enérgico individuo de baja estatura, informó a la grabadora de que el inspector jefe Michael Ohayon, subdirector del Departamento de Investigación del subdistrito de Jerusalén, había entrado en la habitación, seguido del comisario jefe del distrito meridional, el comisario jefe del subdistrito de Jerusalén y el portavoz del subdistrito de Jerusalén. El portavoz dirigió al periodista una mirada asesina, que le hizo callar durante un momento, aunque siguió hablándole a la grabadora en cuanto aquél hubo entrado en la habitación. Informó al pequeño aparato de que el agente de turno acababa de entrar en la sala, acompañado del personal del laboratorio móvil. Mencionó el nombre de una mujer cuyo cargo Gold no retuvo, así como los nombres del agente de Inteligencia, del agente de investigaciones interdepartamentales, del jefe de la Unidad de Grandes Delitos y del director del Departamento de Investigación de Jerusalén.

Cuando el cortejo salió de la habitación, el último en aparecer fue Michael Ohayon, que iba embebido en una conversación con su superior directo, el jefe del Departamento de Investigación de Jerusalén. Gold sólo logró captar retazos de la conversación, como, una frase que dijo Ohayon: «De acuerdo, esperaremos hasta que el laboratorio y el forense hayan terminado y, entonces, quizá sabremos algo más», y tres palabras de la breve respuesta de su jefe: «tu encanto personal...», pronunciadas en un tono bastante jocoso.

Después salieron fuera del radio de audición de Gold. Ohayon y los jefes del distrito y del subdistrito se dirigieron a la puerta, donde estalló un alboroto. Gold vio cómo los rodeaba una turbamulta de gente indignada exigiéndoles información a voz en cuello. Oyó al comisario del distrito alzando la voz para decir casi a gritos: «Señores, señores. Cálmense, por favor». Y después: «Éste es el inspector jefe Ohayon. Es el oficial que está a cargo de la investigación y responderá a todas sus preguntas a su debido tiempo». Y diciendo esto, se apresuró a salir de escena, dejando tras de sí una multitud impaciente.

Se hizo un silencio cargado de tensión que, a todas luces, no iba a durar más de unos segundos. Como si lo hubiera intuido, Ohayon se volvió hacia el profesor Hildesheimer, que estaba detrás de él, y le pidió que explicara a sus colegas lo que había sucedido. Le rogó que no entrara en detalles y se limitara a exponer los hechos esenciales. Gold observó a la gente entrando en el edificio y ocupando las sillas que había colocado horas antes. No se oía una sola palabra. Hildesheimer esperaba pacientemente junto a la mesita que debía haber ocupado la conferenciante.

Gold no pudo escuchar la explicación de Hildesheimer porque el inspector jefe escogió aquel momento para abordarlo y preguntarle con mucha cortesía si podía

hablar con él durante unos minutos en alguna de las habitaciones; y, sin esperar a que le respondiera, abrió la puerta del «despacho de Fruma».

Además del diván y del asiento del analista situado detrás de él, en el cuarto había dos butacas, que si bien solían estar en un rincón, ahora estaban colocadas formando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Esa disposición particular era la que siempre se utilizaba en la entrevista preliminar entre un paciente y su analista, la entrevista previa al inicio del tratamiento, y con ella se pretendía que, si así lo deseaba, el paciente no tuviera que mirar directamente al terapeuta. El analista siempre se sentaba en la butaca más cercana a la puerta. Y eso también tenía su razón de ser. Ahora, Ohayon tomó asiento en esa butaca, indicando a Gold que ocupara la otra. A Gold no se le ocurrió ninguna forma de manifestar una protesta. Ni siquiera habría sabido decir contra qué quería protestar exactamente; pero sí tenía plena consciencia de la formidable rabia que iba acumulándose en su interior contra aquel intruso displicente y relajado que, a sus ojos, había comenzado a representar la transgresión de todas las normas.

Al principio se produjo un silencio entre ambos durante el cual Gold se fue poniendo más y más tenso, sabiendo a ciencia cierta que el policía cada vez estaba más relajado. De pronto, el rostro de Ohayon le pareció tan feroz como el de una pantera, pero, en ese mismo instante, la voz queda y educada del inspector jefe irrumpió en sus pensamientos, refutando sus miedos y demostrando lo que en realidad eran: una proyección, así lo habrían expresado él y sus colegas; la proyección de su propia ansiedad sobre la persona que tenía enfrente. Una voz agradable y reposada le pidió que relatará los sucesos de aquella mañana con el mayor detalle y la mayor precisión posibles.

Gold tenía la garganta reseca y acartonada, mas como en aquel momento era impensable salir de la habitación a por algo de beber, carraspeó y trató de comenzar a hablar. Hubo de empezar la frase repetidas veces antes de pronunciar un sonido inteligible. Todavía le palpitaban las sienes debido a los restos de la migraña, que amenazaba con recrudecerse en cualquier momento. Ohayon dio muestras de una paciencia enorme. Recostado en la butaca, lo escuchó atentamente, con las piernas estiradas y los brazos cruzados; no abrió la boca hasta que fue evidente que Gold no tenía nada más que añadir. Entonces preguntó:

—Y cuando llegó aquí esta mañana, ¿no vio a nadie en los alrededores?

Gold revivió la imagen de la calle desierta y el gato negro, y negó con la cabeza.

Ohayon le preguntó si había visto algún coche. Gold le explicó que, como el Instituto estaba en lo alto de una cuesta, un vistazo bastaba para divisar toda la calle, y que no había habido ningún coche en las inmediaciones. No tuvo problemas para aparcar, comentó secamente. Y, entonces, el inspector jefe inició

una lenta y enervante reconstrucción de los hechos de la mañana, que se prolongó durante más de una hora.

Después Gold le hablaría a Hildesheimer de la humillación de haberse sentido como un sospechoso, obligado a demostrar que estaba diciendo la verdad; de las trampas que le tendió el inspector en un intento de sorprenderle en una contradicción; de las innumerables veces que le había pedido que explicara por qué se ofreció a preparar el edificio antes de la conferencia, que describiera todos y cada uno de sus movimientos desde que se levantó por la mañana, así como los de la noche de la víspera, que dijera dónde había adquirido sus conocimientos sobre armas de fuego (en su unidad de la reserva del ejército).

—Y todo lo imaginable —se quejó Gold aquella noche a su mujer—. No hubo nada sobre lo que no me interrogara; siguió insistiendo e insistiendo hasta que al final ni yo mismo estaba seguro de lo que era verdad y de lo que no lo era. Cuando terminó de darme el repaso, no quedó ni un minuto de la mañana sin examinar: que si había visto alguna huella, que si yo había dejado alguna huella, que si había visto un revólver, ¿que si había disparado un revólver!... Y, después de todo, ¿me quedé con la sensación de que no me creía!

Sólo cuando Ohayon le preguntó qué coche tenía la doctora Neidorf y Gold le describió minuciosamente su Peugeot blanco, el modelo, el año de fabricación, todo, sólo entonces comenzó a sentir que el interrogatorio cambiaba de rumbo.

—Hacia el final empezó a fastidiarme un poco menos —murmuró tumbado en la cama, escuchando la lluvia. Mina ya estaba profundamente dormida.

En su opinión, le preguntó el policía, ¿cómo habría llegado al Instituto la doctora Neidorf y dónde habría aparcado su coche?

No tenía ni idea. Quizá la hubiera traído alguien, dijo Gold, e inmediatamente se arrepintió, sin saber por qué. Se apresuró a añadir que quizá habría venido en taxi o andando. Neidorf vivía en la calle de Lloyd George, en la colonia alemana, a quince minutos a pie desde el Instituto. Le encantaba tomar un atajo que bordeaba el antiguo hospital de leprosos y después pasaba ante el teatro Jerusalén.

En ese punto comenzó a explicar que Neidorf había estado una temporada en Chicago y había regresado el día anterior, y después de especular sobre la posibilidad de que le hubiera dejado el coche a su hijo sospechó que estaba hablando demasiado y se quedó callado.

Entonces Ohayon le preguntó si podía contarle algo sobre la personalidad de Neidorf, e hizo hincapié en que debía decirle cualquier cosa que se le pasara por la cabeza; todo tenía importancia. Gold no daba crédito a sus oídos. La expresión «cualquier cosa que se le pase por la cabeza» era una de las frases clave utilizadas por los psicoterapeutas en el proceso analítico. Lanzó una mirada recelosa al rostro de Ohayon, intentando verificar si estaba burlándose de él o parodiándolo, pero no descubrió ninguna señal de ese tipo.

Gold sugirió que le hiciera esa pregunta al doctor Hildesheimer. En un principio planteó la sugerencia con agresividad, pero al ver que Ohayon no reaccionaba ante la agresión, pasó a explicarle que Hildesheimer conocía muy bien a la doctora Neidorf; de hecho, la conocía mejor que nadie. Entonces Ohayon sonrió por primera vez, una sonrisa indulgente, y dijo que ciertamente también se lo preguntaría al doctor Hildesheimer.

Gold comenzó a cavilar sobre lo que el policía sabría de él y sobre cuáles habrían sido sus fuentes de información. Recordaba que Ohayon se había encerrado en el cuarto pequeño con Hildesheimer; el viejo seguramente le habría facilitado su nombre y le habría informado acerca del carácter de la relación profesional que Gold mantenía con Neidorf, y también le habría revelado que había sido él quien había descubierto el cadáver. Ohayon guardaba silencio, pero era evidente que iba a insistir en que le hablara de Neidorf. No tenía sentido discutir.

Gold comenzó refiriéndose a la categoría profesional de la doctora. Hablando en presente, dijo que era una analista veterana, miembro del Comité de Formación del Instituto, una profesora con mucha experiencia y también..., y ahí hizo una breve pausa, y después decidió no molestarse en dar explicaciones; y lo que era más importante, una analista instructora.

Ohayon lo detuvo con un gesto y le pidió que le explicara qué significaba esa expresión.

Un analista instructor era el que estaba capacitado para tratar a quienes aspiraban a pertenecer a un instituto psicoanalítico, dijo Gold, y agregó con cierto orgullo que no había más que unos cuantos en el mundo entero, y que en Israel se contaban con los dedos de una mano.

¿Cómo se llegaba a ser analista instructor?, inquirió Ohayon, ¿y por qué era necesario recibir ese tipo de instrucción? Le quedaría muy agradecido si se lo explicaba todo pausadamente, añadió en tono de disculpa, ya que no estaba familiarizado con esa terminología.

Entonces, por primera vez desde el descubrimiento del cadáver de Neidorf, Gold se sintió relajado, hasta cierto punto al menos, y se lanzó a dar una explicación exhaustiva. La formación de los aspirantes a ingresar en el Instituto incluía el requisito de someterse a un análisis. A los candidatos no se les permitía comenzar a tratar pacientes si ellos mismos no estaban analizándose: Gold había dado con la fórmula que parecía resumir la cuestión.

Michael Ohayon, que, sin apartar la vista de Gold, estaba jugueteando con una caja de cerillas que había sacado de su bolsillo, preguntó cuánto duraba ese proceso, una pregunta que hizo sonreír a Gold. Respondió que eso dependía. A veces cuatro años, a veces cinco o seis, a veces siete.

—¿Y cuánto dura el período de formación en el Instituto? —preguntó el policía.

Volviendo a sonreír ante aquella pregunta, Gold dijo que, con un gran esfuerzo,

era posible completar la formación en siete años. En ese punto dirigió la mirada hacia Ohayon y le preguntó vacilante si no sería adecuado que tomara notas, dada la complejidad del tema.

El inspector jefe respondió que, de momento, no estimaba necesario tomar notas. Sintiéndose humillado, Gold enmudeció y se quedó a la espera.

La puerta se abrió, el fotógrafo entró y dijo que, en su opinión, ya había concluido su labor y preguntó si hacía falta que se quedara.

–Sólo hasta que se la lleven –respondió Ohayon, y Gold sintió un escalofrío.

Después una voz de mujer dijo desde el umbral:

–Michael, ya he terminado. ¿Quieres algo más? –Ohayon giró la cabeza y Gold también dirigió la vista hacia el semblante franco y de mejillas sonrosadas que no conseguía asociar a la profesión elegida por la dueña del rostro. Cuando Ohayon respondió con una negativa, la mujer añadió–. Por lo que a nosotros se refiere, la habitación queda a tu disposición. Le he pedido a Lerner que se ocupe de que no entre nadie. Si necesitas algo más, ya sabes dónde voy a estar –Ohayon se levantó y se dirigió a ella, la agarró del brazo y se la llevó fuera. Gold oyó su voz vivaracha y jovial diciendo–: El forense también se quiere marchar.

A continuación la puerta se cerró. Un momento después se abrió de nuevo y el inspector jefe volvió a sentarse frente a Gold, en ángulo de cuarenta y cinco grados.

La reacción que Gold solía observar ante el tipo de información que acababa de facilitarle a Ohayon era casi invariablemente una mezcla de asombro, incredulidad y regocijo. Cuando hablaba sobre la duración y el carácter de la formación impartida en el Instituto a algún «extraño», como él los llamaba, primero venían las preguntas y después las bromas, tan predecibles unas como las otras: «¡Hay que estar loco para hacer algo así!». «Quien esté dispuesto a pasar por eso, realmente necesita psicoanalizarse.» Los peores eran sus amigos médicos, sobre todo los que se habían especializado en psiquiatría sin elegir la vertiente psicoanalítica. Gold estaba acostumbrado a oír comentarios como: «Y eso después de pasar tantos años estudiando medicina y especializándote; hay que estar loco. Fíjate en mí... Ya soy director del departamento de Psiquiatría». Ése era el estilo de las respuestas a las que se había acostumbrado. Sus padres, por ejemplo, nunca habían llegado a comprender bien en qué consistía realmente su trabajo.

Pero Ohayon no reaccionó como los demás. No hizo un solo comentario sarcástico ni una sola broma, ni expresó el menor asombro..., sólo interés puro y llano. Estaba tratando de familiarizarse con el tema y comprenderlo, ni más ni menos.

Sin embargo, por alguna razón misteriosa, el policía conseguía que Gold se sintiera inseguro. Con la actitud de un estudiante aplicado, le pidió a Gold que continuara describiendo el proceso de aprendizaje y le recordó que la pregunta era: ¿Cómo se llegaba a ser analista instructor?

Sobreponiéndose una vez más a sus aprensiones, Gold se atrevió a preguntarle por qué le interesaba tanto esa cuestión si, al fin y al cabo, no tenía nada que ver con el asunto.

Por toda respuesta, Ohayon expresó sus expectativas con la paciencia de alguien que sabe que acabará por conseguir lo que quiere y, una vez más, Gold comprendió que había hablado más de la cuenta; era el mismo tipo de tensión y de inseguridad que en algunas ocasiones sentía en presencia de Hildesheimer.

—Bueno —dijo, vacilante—, en principio, el Instituto acepta como candidatos a los psiquiatras y psicólogos clínicos que tengan algunos años de experiencia —y añadió en seguida—: pero tampoco es que acepte a todos.

—¿Cuántos son aceptados? —fue la siguiente pregunta de Ohayon, que, sin retirar la mirada del rostro de Gold ni un instante, no paraba de jugar con la caja de cerillas. Gold respondió que, como máximo, quince cada curso—. Cada curso; ¿los cursos son anuales? —preguntó Ohayon, y a continuación vació la caja de cerillas sobre la mesa que estaba entre ellos. Sacó del bolsillo de su camisa un despachurrado paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Utilizó la caja de cerillas a modo de cenicero.

No, no eran anuales. Los cursos duraban dos años, respondió Gold mientras rechazaba el maltrecho cigarrillo que le ofrecían. No había fumado nunca, explicó; en sus treinta y cinco años de vida jamás había tocado un cigarrillo.

El inspector jefe le indicó con un gesto de la mano que prosiguiera y Gold trató de retomar el hilo de su explicación. A través de la puerta llegaba el sonido de voces amortiguadas. Se sentía cansado, muy cansado, y le habría gustado estar al otro lado de la puerta, en compañía de quienes habían llegado al Instituto un par de horas más tarde que él.

¿Cómo se seleccionaba a los aspirantes?, insistió el inspector jefe, y recibió una detallada explicación sobre las cartas de recomendación que habían de presentar todos los candidatos y sobre las tres entrevistas a las que debían someterse. Entrevistas largas y agotadoras, de las que el entrevistado salía con retortijón de tripas. Posteriormente, el Comité de Formación convocaba a los candidatos y los seleccionaba en función de la impresión que hubieran producido a sus entrevistadores. La siguiente pregunta caía por su propio peso.

—¿Quiénes son los entrevistadores? —preguntó Ohayon, como si ya supiera la respuesta.

—Los entrevistadores son los analistas veteranos y los analistas instructores.

—Lo que nos lleva de nuevo —Ohayon sonrió— a la pregunta inicial: ¿Cómo se llega a ser analista instructor?

A Gold le vino a la memoria el comentario que le había hecho hacía un par de años otro paciente de Neidorf con el que estaba intercambiando impresiones. «Es como un bulldog», había dicho el candidato. «Se aferra a algo que has dicho y no

lo suelta hasta que llega al meollo.» La perseverancia de algunas personas, pensó Gold, es agotadora, e incluso pensar en su perseverancia es agotador. El policía que tenía enfrente lo estaba dejando exhausto. Estaba claro que nunca olvidaría ni pasaría por alto ninguna pregunta. Lo único que no estaba claro era por qué Gold sentía tal resistencia y renuencia a contestar.

Dijo que, después de un número de años no especificado, el Comité de Formación del Instituto decidía quién podía convertirse en analista instructor.

—Ah —el inspector jefe exhaló un suspiro de comprensión y, quizá también, de leve desengaño—. Es simplemente una cuestión de veteranía.

Gold explicó que no era exactamente así. Aunque a un observador que viera las cosas desde fuera le pudiera parecer que se trataba de una decisión arbitraria, de una simple cuestión de procedimiento, la realidad era otra. El Comité elegía a las personas que le parecían adecuadas. Por una mayoría de dos tercios, agregó para demostrar que se trataba de un asunto serio.

¿Y quiénes eran los miembros de ese comité que tomaba tantas decisiones importantes?, preguntó Ohayon. Le gustaría formarse una idea sobre las jerarquías internas.

El Comité de Formación estaba compuesto por diez personas, elegidas entre los analistas cualificados a través de una votación secreta. No, los candidatos no participaban en la votación, desde luego, ni tampoco en ninguna otra votación. Sí, el actual presidente del Comité de Formación era Hildesheimer. Desde hacía diez años. Siempre lo reelegían a él.

Ohayon preguntó si podían volver al tema de Neidorf.

Gold no quería volver al tema de Neidorf; quería marcharse del edificio, que parecía estar desierto. A pesar de todo respondió que Neidorf había sido su analista. Advirtió que había comenzado a hablar en pasado. Echó un vistazo a su reloj y vio que eran las doce.

Ohayon se vio obligado a repetir la pregunta. «¿Enemigos?, dijo Gold haciendo eco de la última palabra de la pregunta, como si no pudiera dar crédito a lo que oía. «Pero, ¿qué es esto? ¿La televisión?» No, claro que no; todo el mundo la admiraba. Habría quien le tendría envidia, como persona, como mujer, como profesional, pero «nadie le deseaba ningún mal, como dicen en las novelas de detectives».

Él ni siquiera se había dado cuenta de que le habían pegado un tiro. Y, desde luego, no había visto ninguna pistola. Pensó que había muerto de repente de un infarto de miocardio o algo semejante. Sí, claro que era médico, pero no había tenido la presencia de ánimo necesaria para tocarla. No, no había sentido miedo; aquello no tenía nada que ver con el miedo, sino con la relación que había entre ellos. ¡Neidorf era su analista! Las últimas palabras fueron pronunciadas casi en un grito y, después, Gold bajó la voz para decir, apenas susurrar, que para él Neidorf era una persona intocable.

El policía formuló la pregunta siguiente mientras encendía otro cigarrillo, sin retirar la vista de Gold, que, a su vez, había fijado la mirada en la caja de cerillas rebosante de ceniza y de colillas. Estuvo a punto de pegar un salto. ¡No, no había ni que pensar en el suicidio! ¡Y, para colmo, en el Instituto! Meneó la cabeza con furia mientras pronunciaba la palabra «no», que luego repitió: «No, no era ese tipo de persona». «No, ella nunca habría hecho algo así.» «No, totalmente descartado.» Caramba, continuó argumentando en contra de aquella hipótesis ultrajante, si tenía que pronunciar una conferencia esa misma mañana. ¿Una persona tan responsable como ella? Ni hablar.

Y a continuación se produjo la situación más irritante de todas, cuando Ohayon le pidió que acompañara al agente de turno (para entonces Gold sabía muy bien que era el pelirrojo) a la comisaría del barrio ruso para firmar una declaración. En un principio, Gold trató de sugerir que aplazaran el asunto hasta el día siguiente, pero Ohayon le explicó con cortesía y firmeza que el procedimiento así lo establecía y abrió la puerta que daba al vestíbulo, donde el pelirrojo estaba esperándolo. El agente sonrió a Gold e incluso le abrió la puerta principal para que pasara.

—¿Cuánto tiempo voy a tardar? —le preguntó Gold a Ohayon, que los estaba mirando.

—No mucho —dijo el pelirrojo, y lo condujo hasta el Renault del que Ohayon se había bajado horas antes.

La escena que Gold presenció antes de abandonar el edificio permanecería grabada en su memoria largo tiempo: en el salón de actos estaban sentados los miembros del Comité de Formación alrededor de la redonda mesa de juntas, que alguien había puesto de nuevo en su lugar, en el centro de la habitación. Las sillas plegables habían desaparecido. Hildesheimer, con una taza humeante en las manos, alzó la vista y le hizo una seña a Ohayon para que se uniera a las personas que aguardaban inquietas en torno a la mesa, preparándose para abordar un problema al que nunca se habían enfrentado antes. A Gold no le pareció que tuvieran demasiada entereza; de hecho, tuvo la impresión de que no estaban más enteras que él.

El sol seguía calentando la calle. Después de una semana de lluvias, el Instituto conservaba por fuera el mismo aspecto de siempre: la puerta verde que daba paso al amplio jardín, el porche redondo y elevado y, detrás del porche, el gran edificio de estilo árabe. Era imposible eludir el banal pensamiento de que aquello no había sido más que un mal sueño; quizá no había ocurrido en realidad, quizá no habían sido más que imaginaciones de Gold, una especie de delirio psicótico. Pero el coche en el que se montó era de lo más real, como el pelirrojo que se sentó al volante, y las personas que estaban junto a la verja enjugándose los ojos también eran reales.

No había lugar a duda: Gold supo con absoluta certeza que el mundo nunca volvería a ser el mismo.

Tan sólo son seres humanos, se dijo con expresión impasible Michael Ohayon, al darse cuenta de que las nueve personas que estaban sentadas en torno a la gran mesa redonda no eran otros que los miembros del Comité de Formación del Instituto.

De las habitaciones contiguas le llegaban amortiguadas las voces de los dos técnicos del laboratorio móvil, a quienes había pedido que inspeccionaran todo el edificio «centímetro a centímetro».

Hildesheimer, que estaba sentado a su lado, le informó en susurros de que, al comienzo de la reunión, había explicado a los miembros del Comité que la doctora Neidorf había sido encontrada muerta en el edificio, pero no había mencionado la pistola, pensando que quizá el inspector jefe preferiría comunicárselo él mismo. Con esa idea en mente, le había pedido que se uniera a ellos en «ese foro». Las manos del viejo se cerraron con fuerza sobre la taza de café mientras le decía que todo el mundo había encajado muy mal la noticia. Michael le preguntó si había advertido alguna reacción sorprendente o extraña y el anciano, después de un instante de silencio, le dijo que no recordaba nada de particular..., de momento, añadió cautamente; había habido algún que otro arranque emocional, pero eso era previsible.

Subiendo la voz hasta un volumen normal, Hildesheimer le preguntó al inspector jefe si quería beber algo y Michael, aspirando el tentador aroma del café del anciano, respondió que, si no era mucha molestia, le gustaría tomar una taza de café. Un hombre menudo que estaba sentado al otro lado de Hildesheimer preguntó con un acento indefinible si prefería un café turco o un Nescafé sin leche, y Michael dijo:

–Turco –y añadió inmediatamente–: con tres cucharadas de azúcar, por favor.

El hombrecillo, que llevaba un jersey negro de cuello vuelto y tenía una cara aniñada de expresión malhumorada, enarcó una de sus finas cejas y repitió extrañado:

–¿Tres?

–Tres cucharadas –confirmó Michael sonriendo–, si la taza es de ese tamaño –y señaló el tazón de Hildesheimer.

A continuación, Hildesheimer procedió a presentarle a las personas sentadas en derredor de la mesa; a modo de preámbulo señaló que probablemente a Michael le resultaría difícil recordar todos los nombres.

El inspector jefe no le contradijo, pero fue mirando detenidamente a todos a

medida que se los presentaban. Recordar nueve nombres, uno de los cuales no era una novedad para él, no constituía ninguna dificultad para alguien que se había especializado en historia medieval y había sido la envidia de sus compañeros por su capacidad de recordar todos los nombres de los papas y las dinastías reales de Europa. Pero en la situación actual, prefirió guardarse para sí ese don, no por falsa modestia, sino porque era una carta que no quería mostrar en esa fase del juego.

El hombre que le trajo el café era Joe Linder..., el doctor Linder, naturalmente; allí todos eran doctores. Las dos mujeres que estaban sentadas una junto a la otra, pálidas pero sin lágrimas en los ojos, eran Nehama Zold (la más joven, vestida uniforme y severamente, rondaría los cuarenta y cinco años; tenía una expresión adusta, y, aunque era básicamente atractiva, parecía haber hecho un esfuerzo consciente por ocultarlo, según advirtió Michael) y Sarah Shenhar (una especie de hada madrina benevolente, con un jersey grandote echado sobre los hombros, tenía al menos sesenta años y una expresión alterada en el bondadoso rostro).

A continuación estaba sentado un hombre muy flaco y de lengua cabellera blanca llamado Nahum Rosenfeld, que nunca se retiraba de la boca un puro corto y fino, y que le trajo a Michael a la memoria una frase que su madre le había repetido a lo largo de toda su infancia: «Come, Michael, come, para que no termines sin carne en los huesos y con malos pensamientos en la cabeza»; frase que, sin duda, era el motivo de que siempre se sintiera incómodo y un tanto receloso en compañía de personas excesivamente delgadas. También había entre los miembros del Comité un hombre muy apuesto llamado Daniel Voller, que, como Rosenfeld, aparentaba andar por la cincuentena; sentados en la zona de la mesa redonda más alejada de Michael había cuatro hombres más, todos los cuales parecían sesentones, tres de ellos de sesenta y pocos años y otro, Shalom Kirshner, calvo y muy gordo, próximo a los setenta. Ninguno de ellos pronunció una sola palabra durante la reunión.

Nehama Zold estaba fumando cigarrillos, cuyas colillas dejaba manchadas de carmín; Joe Linder daba chupadas a una pipa, y Rosenfeld, claro está, fumaba un puro. Michael se sacó un paquete aplastado del bolsillo y alguien empujó un cenicero en su dirección.

Una vez que Hildesheimer hubo concluido de presentar a sus colegas, hizo la presentación de Michael, mencionando su rango, que no pareció impresionar a nadie, y diciendo que era el agente de la policía «encargado de investigar nuestra tragedia». A continuación dijo:

—El inspector jefe Ohayon se ha prestado amablemente a reunirse con nosotros para aclarar algunos asuntos, a petición mía, y ayudarnos en todo lo que pueda.

En el silencio que se hizo a continuación Michael se recostó en su asiento, dando caladas al cigarrillo, sin atreverse a tomar un sorbo del café caliente que tenía delante. Todos lo miraban de hito en hito y en el aire flotaba una desconfianza que

casi se podía palpar. Esta gente, pensó, no cree en mi capacidad para resolver nada y está cargada de prejuicios sobre la policía y, probablemente, sobre cualquier persona cuyos padres no fueran europeos.

En ese momento se llamó al orden y amonestó a su lado más débil para que no cediera a impulsos irrelevantes, como la necesidad de causar buena impresión. Había que poner manos a la obra.

Consciente de que todas las miradas estaban posadas en él, tuvo que hacer un gran esfuerzo para arrancar a hablar. Lo más prudente sería plantear en seguida la pregunta que había estado rondándole en la cabeza desde que Hildesheimer la sacara a relucir cuando estaban junto al cadáver. En la sala se hizo un silencio absoluto cuando terminó de preguntar qué estaría haciendo la doctora Neidorf en el Instituto a una hora tan temprana. Mientras tomaba el café a sorbos observó las expresiones de las personas sentadas en torno a la mesa.

Rosenfeld tenía una expresión ausente; Linder, de perplejidad; Nehama Zold, inquisitiva, y Sarah Shenhar, de miedo. Hildesheimer estaba ocupado observando a sus colegas, que se revolvían inquietos.

Joe Linder rompió el silencio para decir que tal vez había ido allí para repasar el borrador de su conferencia. La expresión con la que habló revelaba que ni él mismo creía en esa hipótesis. Nehama Zold se apresuró a refutarla, preguntando en tono nasal y arrastrando las palabras qué le habría impedido a Neidorf repasar la conferencia en su casa grande y vacía. Sarah Shenhar asintió con la cabeza y masculló algo sobre la paz y la tranquilidad que Neidorf había ganado después de que sus hijos se marcharan de casa.

Rosenfeld señaló que la conferencia estaba con toda seguridad redactada a la perfección. A nadie le eran desconocidos los esfuerzos que Neidorf consagraba a la preparación de sus disertaciones. Todos asintieron.

—Debía de tenerla lista desde hace semanas —aseveró Rosenfeld.

—¿Qué hay de su familia? —preguntó Nehama—. ¿Quién va a informar a sus hijos? —y se enjugó el ojo derecho con el dorso de la mano.

Hildesheimer explicó que el hijo de Neidorf estaba realizando un estudio biológico de campo en Galilea y que, por ese motivo, no había ido a recibir a su madre al aeropuerto. La policía, añadió, dirigiendo la vista hacia Michael, que se apresuró a asentir, estaba tratando de localizarlo en ese mismo momento.

—El marido de su hija, que regresó en el mismo vuelo que Eva, está en Tel Aviv, en casa de sus padres. Ya deben de habérselo notificado —y Hildesheimer posó la vista en Michael, que volvió a asentir.

A continuación, Michael preguntó si había alguna posibilidad de que Neidorf se hubiera citado con alguien en el Instituto aquella mañana.

La nueva pregunta provocó un barboteo de voces y las palabras «paciente» y «supervisado» resonaron en el aire. Una vez más fue Joe Linder quien interrumpió

los murmullos. La doctora Neidorf recibía a sus pacientes en la sala de consultas que tenía en casa, dijo, y no había ningún motivo para que se desviara de su práctica habitual, aunque, tal vez, después del viaje... La voz de Linder se volvió gradualmente más y más titubeante hasta que cesó. Hubo gestos dubitativos de asentimiento. Después de tomar el último sorbo de café y de encender otro cigarrillo, Michael preguntó si podrían facilitarle una lista de los pacientes de la doctora Neidorf.

Por el alboroto que se desató, cualquiera habría pensado que acababa de estallar una bomba en la sala. A excepción del doctor Hildesheimer, todos los presentes se pusieron a hablar a la vez, y un par de ellos a gritos. El tono general era de indignación. Rosenfeld se quitó el puro de la boca y dijo severamente que el inspector jefe Ohayon sin duda comprendería que estaba pidiendo algo imposible. Esa información era confidencial. Y no había más que hablar. Todos aclamaron su intervención.

—Sí —dijo Michael quedamente—, comprendo que esa información es confidencial, pero tenemos entre manos una muerte por causas no naturales. Por otra parte, tengo entendido que los pacientes son candidatos a ingresar en el Instituto y que el proceso de analizarse es un aspecto importante de su formación. ¿Sería alguien tan amable de explicarme por qué es todo esto tan confidencial?

Se hizo un silencio absoluto. Incluso Hildesheimer se quedó mirando a Michael de hito en hito, mientras el policía sacaba otro cigarrillo y se divertía observando la reacción de asombro de los psicoanalistas ante sus conocimientos.

—Todo parece indicar que Eva Neidorf ha fallecido a consecuencia de una herida de bala en la sien. En estas circunstancias, estoy seguro de que convendrán conmigo en que debemos averiguar quién ha estado con ella esta mañana. También cabe la posibilidad de que se haya quitado la vida. En ese caso deberíamos preguntarnos por qué la pistola causante de la muerte no estaba junto al cadáver. En cualquier caso, es evidente que, tanto antes como después de que muriera, había alguien con ella. Como es lógico, estamos buscando la pistola y lo que les pido es que hagan lo posible por cooperar conmigo y respondan a todas mis preguntas. Por ejemplo: ¿es concebible que se pegara un tiro? Y, en tal caso, ¿quién se llevó la pistola? —Michael se quedó callado y comenzó a examinar uno a uno los rostros que lo rodeaban: todos parecían paralizados por el horror.

Michael no les contó que, después de hacerle la habitual advertencia de que no estaría seguro hasta después de la autopsia, el forense le había dicho que, por la distancia a la que había sido disparada la bala, había que descartar la posibilidad de un suicidio; como tampoco les explicó que podía obtener una orden judicial para violar la confidencialidad médica. Se quedó pacientemente a la espera.

Con un gesto, Hildesheimer pidió permiso para hablar y Michael se lo concedió. Con un leve temblor en la voz, el anciano confirmó lo que había dicho el inspector

y, a continuación, pasó a describir con todo lujo de detalles los hechos de la mañana. El semblante de Rosenfeld, que había adquirido una palidez sepulcral, comenzó a crisparse espasmódicamente; Joe Linder se puso en pie de un salto; Nehama Zold empezó a sufrir violentas sacudidas. Hildesheimer se disculpó por la forma en que se habían enterado de la noticia; nadie dijo nada. Michael estaba pensando que eran un grupo de personas muy comedidas. Pasó un largo rato sin que tampoco él dijera nada. Escudriñó los rostros de los presentes sin descubrir nada que estuviera fuera de lugar: había expresiones de horror y de conmoción, de pena también, pero sobre todo vio miedo e incredulidad. Al final posó la vista en Joe Linder. Éste alzó los ojos y, siguiendo su mirada, Michael contempló con él las fotografías de los muertos.

—En el caso de que haya sido un asesinato —prosiguió Michael, como si no se hubiera producido un inciso—, lo que yo me pregunto es por qué el asesino no dejó el arma, una pistola, vamos a suponer, en la mano de la doctora Neidorf, para dar la impresión de que se había suicidado y desviarnos de su pista al menos en las fases iniciales de la investigación. Se mire por donde se mire, tiene que haber alguien implicado, alguien que sabe más de lo que sabemos nosotros —habló con gran lentitud, sin estar seguro de hasta qué punto sus oyentes serían capaces de asimilar lo que les decía dado lo afectados que estaban por la noticia.

Los miembros del Comité de Formación lo miraron y después se miraron entre sí. Joe Linder dijo que Eva no se había suicidado. Rosenfeld explicó que, aun cuando hubiera decidido quitarse la vida, algo que no estaba dispuesto a creer por ningún concepto, el Instituto sería el último lugar del mundo donde lo habría hecho. Tenía que entender, le advirtió a Michael, que el suicidio es un acto de venganza y de odio contra los allegados a la persona que lo comete. Eva Neidorf, dijo pausada y sonoramente, con voz estudiada y contenida, era una persona libre de todo odio. No era tan egoísta como para hacer una cosa así en el Instituto, ni tampoco en cualquier otro sitio, añadió, y con mano trémula, encendió otro cigarro. Aun cuando hubiera descubierto que sufría una enfermedad incurable, añadió dirigiendo una mirada alrededor de la mesa, habría esperado. Estaba convencido de ello.

En el atractivo semblante de Daniel Voller se pintó una expresión crítica, que fue acentuándose mientras Rosenfeld seguía hablando. Al final abrió la boca y la cerró sin haber dicho nada. Giró la cabeza y miró primero en dirección a la ventana y después a Hildesheimer.

Los demás mostraron unánimemente, con movimientos de cabeza y murmullos de aprobación, su apoyo a lo que había dicho Rosenfeld.

Joe Linder se puso de pie otra vez y declaró que no tendría sentido intentar ocultar la cabeza bajo tierra. Aun en el supuesto de que Eva Neidorf se hubiera suicidado, nunca lo habría hecho sin poner sus asuntos en orden: los pacientes, los

supervisados, la conferencia de esa misma mañana, su hija, que había dado a luz hacía un mes. De ninguna manera. Sabía que nuestro conocimiento de los seres humanos es limitado, era consciente de que siempre podía ocurrir algo imprevisto... Alzó la vista hacia la galería de retratos y una expresión de ira cruzó su rostro. No pretendía decir que los psicoanalistas fueran inmunes a la depresión o a los trastornos emocionales, o incluso al suicidio, pero Eva era distinta.

Hildesheimer fue el último en tomar la palabra y, después de resumir lo que los demás habían dicho hasta entonces, añadió, en tono de disculpa y a la vez firme, que dada la estrecha relación que lo unía a Eva Neidorf no podía imaginar que no le hubiera confiado cualquier cosa que pudiera estar preocupándole, que había hablado con ella la víspera, cuando llegó a casa desde el aeropuerto de Ben Gurion, y que la había notado alegre y optimista; un poco fatigada por el vuelo, desde luego, un poco tensa, pero contenta, en definitiva. Contenta por el nacimiento de su nieto, contenta de estar en casa e incluso contenta con su conferencia.

Michael exhaló un suspiro y preguntó si habían comprendido las implicaciones de todo lo que se había dicho.

Entonces todas las miradas se clavaron en Hildesheimer, que de pronto adquirió una gran semejanza con una morsa triste y bondadosa; el anciano dijo muy quedamente, casi en un susurro, que se temía mucho que el asunto se trataba de un asesinato; no tendría sentido negarlo o tratar de hablar de un accidente, porque ¿cómo podría ocurrir un accidente de esas características en el Instituto? Al fin y al cabo, dijo despacio, ¿cómo podría haber ido a verla allí alguien que no perteneciera al Instituto? Y ningún miembro del mismo tenía por costumbre pasearse los sábados por la mañana con un arma en el bolsillo.

—Lo siento terriblemente —dijo con voz ahogada— pero, además de llorar la pérdida de nuestra amiga y colega, hemos de enfrentarnos a este hecho espantoso.

Joe Linder preguntó si no cabía la posibilidad de que alguien se hubiera introducido subrepticamente en el edificio.

No, respondió Michael, no había señales de que se hubiera forzado ninguna entrada y, además, Neidorf debía de haber ido allí para ver a alguien. Tampoco había indicios de que hubieran trasladado allí su cuerpo desde otro lugar. Y ¿qué otro motivo podría haberla llevado al Instituto a una hora tan temprana?

Rosenfeld dijo con voz trémula que, suponiendo que Eva se hubiera visto con alguien en el Instituto, tendría que haberse citado previamente con la persona en cuestión.

—Y la cuestión es —dijo a modo de conclusión— que la mañana de una conferencia —y ahí hizo una pausa para reflexionar— sólo algo extremadamente urgente, algo que constituyera una emergencia, podría haberla traído al Instituto a una hora tan intempestiva.

—A no ser que el encuentro tuviera lugar ayer —dijo Joe Linder a la desesperada,

provocando un sobresalto general—. ¿Cómo podemos saber a qué hora nos dejó, es decir, murió? —e hizo un ademán brusco, como para espantar la palabra que se había atrevido a pronunciar.

Hildesheimer dijo que el médico que había examinado el cadáver opinaba que la muerte no se había producido hacía mucho, aunque, ciertamente, ese extremo estaba por confirmar.

Y Michael retomó el hilo de sus palabras donde lo había dejado. Se veía obligado a pedirles una vez más los nombres de todos los pacientes de la doctora Neidorf, así como los nombres de todas las personas relacionadas con el Instituto: miembros, candidatos, todo el mundo.

¿Y los supervisados?, quiso saber Joe Linder. ¿Por qué no estaba interesado en recibir una lista de los supervisados?

Michael repasó velozmente toda la información que le había facilitado Gold. No había mencionado en ningún momento a los supervisados. Miró con aire inquisitivo a Linder, quien a su vez le dirigió una mirada provocadora, como si quisiera decir: creía que estaba usted al tanto de todo lo relacionado con el Instituto; pero, bajo el escrutinio de Hildesheimer, Linder no tardó en recobrar su gravedad y en explicar que los candidatos tenían que someter a supervisión sus casos analíticos; un supervisor diferente para cada caso; «tres casos..., tres supervisores», concluyó con macabra fruición.

Ohayon preguntó quiénes eran los supervisores. ¿Era una tarea reservada a los miembros del Comité de Formación o estaba abierta a cualquier miembro del Instituto?

—Cualquiera a quien el Comité de Formación considere capacitado para supervisar —respondió Rosenfeld, que había recobrado la compostura. Las manos ya no le temblaban.

Michael se levantó y dijo que, más adelante, se entrevistaría con cada uno de ellos por separado; entre tanto le gustaría que le dieran sus direcciones y números de teléfono. Les quedaría muy agradecido si pudieran entregarle por escrito una breve descripción de sus movimientos durante las últimas veinticuatro horas, añadió, y encendió otro cigarrillo. Cuando parecía que alguien iba a protestar, Hildesheimer dijo en tono autoritario que esperaba una colaboración sin reservas por parte de todos los presentes; no tenían nada que ocultar.

—Hay que descubrir al culpable —dijo, y su voz reverberó en la amplia sala—. No podemos seguir conviviendo en tanto que este asunto no se resuelva. Son demasiadas las personas que están a nuestro cargo como para que podamos permitirnos no saber quién de nosotros es capaz de cometer un asesinato.

Por fin lo habían dicho, pensó Michael, e hizo un gesto afirmativo en dirección a los dos policías que finalmente habían terminado de registrar las habitaciones y se dirigían hacia el exterior del edificio para esperarlo allí, tal como habían acordado.

Volvió a examinar las fotografías de la muerta, repasándolas una por una mientras escuchaba al anciano, que estaba explicando cómo iba a depender de ellos, de los miembros del Comité de Formación, tres de los cuales también componían la Junta Directiva, enfrentarse a los problemas derivados de la muerte de Eva Neidorf: tanto del hecho en sí mismo «como de la espantosa manera en que nos la han arrebatado». Prosiguió diciendo que tendrían que ocuparse de todos sus pacientes y supervisados, ser capaces de prestar ayuda, sobrellevar la desconfianza que todos sentirían hacia los demás, y concluyó diciendo que estaban a punto de vivir «un período extremadamente difícil. Debemos hacer cuanto esté en nuestra mano para contribuir a que, cuando menos, el aspecto policial del asunto se resuelva lo antes posible. Les ruego que no se sientan ofendidos y hagan lo que el inspector jefe les ha pedido».

Joe Linder se excusó y le preguntó al inspector jefe Ohayon si le permitía cancelar una cita que tenía para comer, a la que ya no podría acudir, pero en todo caso tendría que comunicarlo, «a no ser que nadie pueda salir de la habitación hasta que se hayan confirmado todas las coartadas, como en las novelas de Agatha Christie».

Aquella broma no arrancó ninguna sonrisa. Michael acompañó a Linder a la cocina, donde estaba sentado un policía uniformado, a quien indicó con un gesto que dejara telefonear al doctor. Después se marchó de la habitación y se quedó a la espera cerca de la puerta, desde donde escuchó a Joe Linder diciendo en tono íntimo a alguien llamado Yoav que no podría acudir a la cita que habían concertado.

—No, no tengo una reunión del Comité —dijo Joe por teléfono—. Han encontrado a Eva Neidorf muerta en el Instituto —no mencionó la pistola. Ni tampoco el asesinato.

Se oyó un crujir de papeles cuando los miembros del Comité de Formación entregaron el escrito requerido por Ohayon. Uno tras otro fueron saliendo del Instituto. El último en irse fue Ernst Hildesheimer, que, sin saberlo, se había ganado un nuevo admirador aquella mañana.

Cuando consiguieron localizarlo ya era casi de noche. El inspector jefe Ohayon estaba regresando de Tel Aviv, donde había mantenido una breve conversación con el yerno de Neidorf, Hillel, que ahora tendría que llamar a su mujer a Chicago para comunicarle la noticia y, después, organizar el entierro; todo ello desde la habitación del hospital Ichilov donde su madre estaba ingresada a causa de un edema pulmonar provocado por un infarto de miocardio. Cuando el inspector lo abordó en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos, Hillel palideció y se quitó las gafas, pero Michael tuvo la sensación de que todavía no había asimilado la noticia. Al salir de la sala oyó cómo seguía murmurando: «No es posible. No lo puedo creer». Hillel no había proporcionado a Ohayon ninguna pista.

En el Centro de Control no lograban entender por qué la radio de Michael no había captado ningún mensaje hasta que llegó a Motza, el suburbio más próximo a Jerusalén. Se suponía que la frecuencia de emisión, como le recordó Naftali desde el Control, llegaba hasta Tel Aviv. Michael no le explicó el motivo: sólo había tenido que apretar el botón correcto para poder disfrutar de un rato a solas. Mientras trataba de ordenar sus ideas se vio arrastrado hacia su mundo interior y fue como si entre Tel Aviv y Jerusalén no mediara ninguna distancia. Su vida ya era bastante difícil sin la investigación que le había caído en suerte, pensó rebelándose contra el destino.

La mujer de la que estaba enamorado le había dicho en cierta ocasión que sólo quien lo conociera íntimamente podía advertir cuándo estaba preocupado: se le notaba cada vez más ausente, los ojos se le ponían vidriosos y sus reacciones se volvían mecánicas. «Estás desvaneciéndote otra vez; no tardarás en desaparecer por completo», le habría dicho aquella mujer si hubiera estado con él en el coche en ese momento. Michael conducía automáticamente, olvidado de los vehículos que transitaban por la carretera; ponía el intermitente, adelantaba y se ajustaba al límite de velocidad de manera inconsciente.

La semilla de la añoranza por aquella mujer fue hinchándose y creciendo en su interior, hasta que a la entrada de Abu Ghosh incluso creyó percibir un leve eco de su aroma en el coche. Al fin encendió la radio para escapar de la nostalgia y del dolor. Nunca se citaban los sábados; tal como ella lo había expresado años atrás: «Los ladrones no se reúnen el día del sabbath», y no se había reído al decirlo.

Desde el Control le dijeron que habría que revisar su radio en cuanto llegara. Michael les dio la razón.

—Vayamos al grano —dijo Naftali—, te están buscando, todo el mundo te está

buscando; los chicos de tu equipo y también un tipo de apellido muy largo que no para de llamar para hablar contigo.

Michael quiso saber el apellido de la persona que le estaba llamando; Naftali lo dijo a trompicones y después lo deletreó, y Michael comentó que conocía a la persona en cuestión.

Le pidió a Naftali que les dijera a los miembros del equipo de investigaciones especiales que se pondría en contacto con ellos desde la ciudad para informarles de su paradero, y luego le preguntó qué quería Hildesheimer.

—No lo ha dicho. Pero me ha dejado su número de teléfono.

Michael le pidió que se lo diera. Ya eran las ocho y media y la ciudad estaba llena de gente. Los sábados por la noche no eran el mejor momento para conducir por el centro de Jerusalén y Michael se desvió por Narkis, una bocacalle tranquila, y empezó a buscar una cabina telefónica.

Perdió tres fichas antes de encontrar un teléfono que funcionara. Hildesheimer respondió a la llamada como si la hubiera estado esperando con la mano en el auricular. Después de disculparse por lo tardío de la hora y por las molestias que estaba causándole, el anciano le preguntó si podría verlo. Michael quiso saber dónde le vendría bien citarse y el anciano inquirió dubitativamente desde dónde lo estaba llamando. Al final, el inspector jefe Ohayon se encontró de camino hacia el domicilio de Hildesheimer, situado en la calle Alfasi, en el corazón de Rehavia, que estaba a unos minutos de distancia.

Tal como podría haberlo imaginado, el piso de Hildesheimer estaba en una de las viejas casas ocupadas por los inmigrantes alemanes que llegaron al país en los años treinta. A diferencia de otros muchos edificios comprados por los acaudalados judíos ortodoxos de Estados Unidos que habían hecho Aliyah¹ después de 1967, la casa del psicoanalista no estaba rehabilitada.

En el primer piso del edificio de tres plantas, una pequeña placa anunciaba: «Profesor Ernst Hildesheimer, psiquiatra, especialista en enfermedades nerviosas y en psicoanálisis».

Después de llamar al timbre una sola vez, le abrió la puerta una mujer con la cabeza cubierta por una apretada mata de rizos grises y cuyos ojos azules eran penetrantes y hostiles. Resultaba imposible adivinar su edad o imaginar si alguna vez había sido hermosa. Su aspecto daba a entender que nunca se había preocupado por detalles como la edad o la belleza.

Con pronunciado acento alemán, la mujer le dijo que el profesor lo aguardaba en su estudio. Condujo a Michael hasta allí con la misma expresión que habría puesto si le hubieran estado retorciendo el brazo, mirando hacia atrás por encima del hombro de tanto en tanto y mascullando de manera ininteligible.

Hildesheimer abrió la puerta del estudio y le presentó a Michael a su mujer, a la que le pidió que les trajera algo de beber. La petición fue acogida con un gruñido,

que hizo sonreír de oreja a oreja a Hildesheimer. A Michael, la esposa del profesor le inspiraba un sentimiento muy cercano al pavor.

Mientras se dirigía a uno de los dos sillones que su anfitrión le había indicado, Michael comenzó a escudriñar la habitación. Había unas cuantas estanterías, todas repletas de libros, y, en un rincón, un escritorio grande y anticuado de madera oscura y compacta. Un grueso cristal verde cubría la parte superior del escritorio, y encima de él se veía un fino folleto de tapas verdes puesto boca abajo. A pesar de su gran agudeza visual, Michael no logró leer el título. Desvió la vista hacia el diván, que tenía aspecto de ser muy cómodo, y de allí al sillón de cuero de estilo escandinavo que había detrás. Ese sillón era la única pieza moderna del mobiliario que había en la habitación.

Michael alzó la mirada y la dirigió hacia los cuadros colgados entre las estanterías: pinturas de tonos apagados entre las que distinguió un retrato de Freud, un boceto hecho a lápiz y varios óleos de paisajes extranjeros. Sólo después de enfrascarse en desentrañar los títulos grabados en letras de oro en los volúmenes de cuero de la estantería situada detrás del sillón escandinavo, y de descubrir el nombre de Arnold Toynbee junto al de Goethe, advirtió de pronto la mirada de Hildesheimer posada en él. Sentado justo enfrente, el anciano esperaba pacientemente a que terminara de inspeccionar su estudio.

Avergonzado, Michael preguntó si el doctor Hildesheimer quería hablar con él de algo en particular.

Hildesheimer cogió un gran manojo de llaves que estaba sobre la mesa situada entre los sillones y se lo tendió, diciendo que esas llaves, que estaban enganchadas a un bonito llavero de cuero finamente repujado, habían pertenecido a Eva Neidorf y que las habían encontrado junto al teléfono de la cocina del Instituto. Se las había guardado en el bolsillo después de cerrar el candado del teléfono con la intención de entregárselas por la mañana, pero después se olvidó de ellas. Las últimas palabras fueron pronunciadas con desolación y perplejidad. Era evidente que el profesor Hildesheimer no estaba acostumbrado a olvidarse de nada.

Había estado intentando ponerse en contacto con el inspector jefe Ohayon desde el mediodía... –se acordó de las llaves en cuanto llegó a casa– pero había sido imposible localizarlo, prosiguió diciendo en tono de disculpa.

Michael parecía más interesado en el teléfono que en las llaves. ¿Qué relación había entre ambos? ¿Tenía un candado el teléfono del Instituto?

Sí, tenía un candado, respondió el anciano. En los últimos tiempos habían decidido instalarlo y distribuir llaves entre los miembros del Instituto y también entre los candidatos, porque sencillamente no podían permitirse pagar las facturas de teléfono, que eran «algo escandaloso».

No, tenía que admitir que la situación no había mejorado desde que se instaló el

candado. La pregunta de Michael le arrancó una sonrisa que hizo resplandecer su redondo semblante con inocencia infantil.

No, los miembros del Instituto y los candidatos eran los únicos que podían entrar en el Instituto, ya que tenían las llaves de la entrada además de las del teléfono.

—¿Y qué me dice de los pacientes? —preguntó Michael, haciendo lo posible por desentenderse de la oleada de afecto hacia el anciano que le iba inundando por momentos.

Hildesheimer respondió que los pacientes no tenían llaves; los terapeutas les abrían la puerta y les acompañaban a la salida al término de las sesiones. Sea como fuere, sólo los candidatos recibían a sus pacientes en el Instituto, y, en los últimos tiempos, debido a problemas de espacio, también se había permitido a los candidatos con cinco años de antigüedad trabajar fuera del Instituto.

La puerta se abrió, dando paso a la señora Hildesheimer, que venía cargada con una bandeja; un cacao caliente para su marido, cuyo aroma impregnó la habitación, y un té con limón servido en un delicado vaso de cristal para Michael. También traía galletas. Le dieron las gracias y ella se marchó mascullando, llevándose la bandeja.

Fuera se había desatado un vendaval y, a través de la ventana, cuyos postigos verdes de hierro estaban abiertos, se veían relámpagos. Bebieron en silencio, sin hacer ningún comentario sobre cómo había cambiado el tiempo.

Hildesheimer apoyó la barbilla en la mano y dijo, como si estuviera hablando consigo mismo, que llevaba todo el día preocupado por la cuestión de las llaves.

—En primer lugar —dijo—, es muy raro que Eva se dejara las llaves en la cocina. Por lo general los analistas —volvió a sonreír— son gente compulsiva, y ella —la sonrisa se desvaneció— era particularmente compulsiva y ordenada, de manera que habría sido algo inusitado que no cerrara el candado del teléfono, que se olvidara las llaves, a menos que... —y se quedó callado—. A menos que —repitió con aire pensativo— en ese momento alguien llamara a la puerta. No una persona cualquiera, sino alguien con quien hubiera concertado una cita y a quien no quisiera hacer esperar. De otra manera, no lo puedo comprender.

—Alguien que no tenía la llave de la entrada —apuntó Michael—. O, tal vez, alguien que prefirió no usar su llave...

—Y en segundo lugar —Hildesheimer siguió testarudamente el curso de sus propios pensamientos—, ¿por qué no hizo esa llamada desde su casa antes de salir? Lo que nos lleva de nuevo a preguntarnos —se enderezó en su asiento— con quién se había citado, por qué en el Instituto y a quién llamó —enunció las preguntas de un tirón, sin detenerse a respirar—. La cuestión de la hora también me tiene inquieto —dijo con un suspiro—. ¿A quién pudo llamar tan temprano por la mañana, y además un sábado? No debió de llamar a ningún familiar; esa llamada la habría hecho

desde casa; y tampoco me llamó a mí. Así que, ¿a quién llamó? Aparte de que me sentía muy unido a ella –prosiguió diciendo con lágrimas en los ojos–, me temo que lo que ha sucedido destruya el Instituto, su vida interior, el sentimiento de pertenencia que inspira a la gente. Quiero que el asunto se resuelva lo más deprisa posible –dijo en tono emocionado–. Y tenía mucho interés en consultarle una cosa: según su experiencia, inspector jefe Ohayon, ¿cuánto puede durar una investigación de esta índole?

Michael guardó silencio. Al cabo de un rato hizo un ademán con la mano y dijo que el caso llevaría su tiempo, desde luego, un tiempo que no se podía precisar. Quizá un mes, si alguien se ponía en evidencia, y, en caso contrario, tal vez un año.

Pese a la confusión sentida cuando el anciano se enjugó los ojos con la mano, Michael no apartó de él la mirada.

–Tengo que hacer hincapié –dijo Hildesheimer– en que estoy convencido de que no ha sido un suicidio.

Michael asintió con la cabeza y dijo que, a la luz de todo lo que había oído, le parecía una conjetura razonable, aunque en algunos casos era más fácil aceptar la idea de que se había producido un asesinato, o un homicidio, que un suicidio.

–Como en el caso de que una psicoanalista con mucha experiencia se suicide –dijo esforzándose en hablar con delicadeza.

–Ya ha ocurrido antes –le interrumpió Hildesheimer–. No era una psicoanalista veterana, desde luego; estaba dando los primeros pasos en la profesión, pero ya había tenido tres casos entre manos. Fue un golpe muy duro, durísimo. Tratamos el asunto con la mayor discreción posible, fue una conmoción, no puede negarse que lo fuera –suspiró–. Ocurrió hace bastantes años, cuando yo era más joven y quizá menos vulnerable. Y ahora me cuesta enormemente aceptar el hecho de que Eva nos ha dejado. Y no sé –prosiguió bajando la voz casi hasta un susurro– si no es todavía más difícil, o al menos igual de difícil, acostumbrarme a la idea de que hay un asesino entre nosotros.

–Tal vez –le corrigió Michael.

–Según los indicios de los que disponemos en este momento... –el anciano formuló aquella salvedad de una manera distinta pero no más consoladora.

Michael guardó silencio. Un silencio solidario, atento. Sabía cómo ejercer presión cuando era necesario. Había quien aseguraba que verlo en acción era un espectáculo que no resultaba fácil de olvidar. Pero, en aquel momento, sintió que debía proceder con toda delicadeza, pues ésa era la única manera de conectar con la persona que tenía enfrente y percibir esos detalles aparentemente triviales que se dicen entre líneas y a veces se callan y que, a la larga, proporcionan la clave para resolver un misterio. También estaba en juego lo que él llamaba en privado sus «necesidades históricas». Es decir, la necesidad del historiador de formarse una idea de conjunto, de ver todo lo que afecta a los seres humanos en el marco de un

proceso global, como un proceso histórico que posee sus propias leyes y que, como nunca se cansaba de explicar, nos concede los medios para llegar al centro de un problema cuando logramos comprender su significado.

En la fase inicial de una investigación, el aspecto fundamental, repetía Michael Ohayon a sus subordinados, sin lograr definir con precisión lo que quería decir pero demostrándolo en la práctica..., el aspecto fundamental, afirmaba obstinadamente, era comprender a las personas implicadas en el caso. Aun cuando, en un principio, ese conocimiento no pareciera desempeñar ningún papel en la investigación. Y por eso, él siempre intentaba penetrar hasta el fondo del mundo emocional e intelectual que estaba investigando. Esta tendencia se manifestaba superficialmente en el hecho de que las investigaciones que tenía a su cargo arrancaban muy despacio, en opinión de sus superiores. Ahora, por ejemplo, no intentó ponerse en contacto con los miembros de su equipo, ya que, aun cuando fueran a comunicarle un nuevo indicio, para él lo principal era ver a Hildesheimer. No quería escuchar una información que lo obligara a interrumpir su conversación con el anciano. Sabía que charlar con Hildesheimer lo ayudaría a comprender el espíritu del lugar donde se había producido el asesinato y las fuerzas que movían a los personajes mejor que cualquier descubrimiento de la investigación de campo. Como es natural, estaba experimentando un conflicto; estaba tenso y sospechaba que habría de pagar un precio por su ausencia: se vería obligado a dar explicaciones sobre su comportamiento y sabía de antemano que no lo comprenderían. Shorer, su superior inmediato, siempre estaba criticando sus «excentricidades». Pero él estaba convencido de que tenía razón: había que empezar despacio, haciendo una especie de introducción teórica, y sólo más adelante acelerar el proceso todo lo posible.

Hildesheimer cerró los ojos un instante y, al abrirlos, posó la mirada en Michael durante largo rato. Después dijo indeciso que se temía que iba a transgredir algunas normas. Aun cuando su mujer aseguraba que no comprendía en absoluto a la gente a no ser que fueran sus pacientes, él sentía que podía confiar en el inspector jefe Ohayon. No es que fuera a desvelar ningún secreto; sencillamente no estaba bien discutir los asuntos internos con extraños, mas, como ya había dicho, le interesaba que el caso se resolviera cuanto antes.

Michael siguió el curso de los pensamientos del anciano, preguntándose adónde iría a parar.

Por lo general, dijo el profesor, cuando cualquier persona del mundo psicoanalítico o ajena a él le preguntaba algo sobre el Instituto, extremaba las precauciones para averiguar los motivos que habían dado lugar a la pregunta. Había numerosas situaciones en las que una respuesta a la ligera podía tener consecuencias muy dañinas. Por otro lado, el inspector jefe Ohayon le había planteado unas preguntas cuyas respuestas serían sin duda dolorosas; no obstante, sentía que no podía por menos de responderle, dado que lo sucedido era

irreversible y el daño ya estaba hecho. Después se excusó por aquella digresión, con la que sólo pretendía que comprendiera el motivo de que, por principio, tuviera reservas a la hora de hablar del Instituto y por qué iba a apartarse de sus costumbres.

Cuando la lluvia comenzó a caer en grandes gotas silenciosas, Hildesheimer ya estaba enfrascado en su historia. El anciano comenzó hablando de los años treinta en Viena y de su decisión de emigrar a Palestina, y Michael, sin pedir permiso, encendió un cigarrillo de un paquete nuevo de Noblesse que se sacó del bolsillo, y, para cuando el profesor le estaba hablando de la casa del viejo barrio de Bujaran, próxima a Mea Shearim, tres colillas se habían acumulado ya en el cenicero que Hildesheimer había cogido de un anaquel de la mesita. Él también se levantó para sacar una pipa oscura del cajón de su escritorio y la cargó mientras hablaba. El agradable aroma del tabaco se extendió por la habitación y el cenicero de porcelana se fue llenando de cerillas quemadas.

Sin necesidad de que Hildesheimer se lo dijera explícitamente, Michael supo que estaba hablándole de la obra de su vida.

Los hechos más dolorosos le fueron comunicados en un tono absolutamente prosaico. La necesidad de que Michael se formara una idea de conjunto lo más precisa posible fue explicada en razón de que «la persona a cargo de este caso debe comprender con exactitud lo que tiene entre manos; no puede permitirse incurrir en errores. Tiene que ser consciente de la gravedad de su responsabilidad». A continuación, el profesor dijo que el futuro del Instituto Psicoanalítico dependía por completo de que se esclareciera si realmente alguno de sus miembros había cometido un asesinato, que las bases en que se asentaba su existencia se tambalearían si «se demostraba que era imposible saber de antemano de qué era capaz la persona que está delante de ti». (Michael pensó que, desde luego, eso era imposible, pero no comentó nada.) El anciano habló de su propia necesidad de descubrir la verdad, ya que estaba en juego algo a lo que había consagrado su vida entera.

Después de este preámbulo, y de mirar escrutadoramente a los ojos a Michael, se lanzó a referir su historia en tono monocorde.

En 1937, cuando ya era evidente lo que se avecinaba, Hildesheimer acababa de concluir su formación de psicoanalista y estaba a punto de iniciar su vida profesional. Decidió emigrar a Palestina.

Fue allí en compañía de un pequeño grupo de personas que se encontraban en la misma etapa profesional que él. Los había precedido Stefan Deutsch, un psicoanalista con mayores conocimientos y experiencia, «al fin y al cabo, se había psicoanalizado con Ferenczi, un discípulo y amigo personal de Freud». Con algún dinero que había heredado, Deutsch compró una gran casa en el barrio de Bujaran de Jerusalén.

Y fue en esa casa donde se alojaron Hildesheimer y su mujer, Ilse, así como los Levine, un matrimonio de analistas prácticamente sin experiencia. Con el transcurso del tiempo, continuó el anciano, la casa se convertiría, sin que nadie lo pretendiera, en la primera sede del Instituto Psicoanalítico. Ilse se ocupaba de la administración y los Levine y él practicaban el psicoanálisis, y todos vivían juntos en la casa del barrio de Bujaran. Esbozó una media sonrisa al rememorar los elevados techos circulares y el suelo de baldosas pintadas llenas de desconchones de la vieja casa árabe. Los inviernos, en los que la casa se llenaba de goteras, eran traumatizantes, pero los veranos resultaban agradables. Al caer la tarde solían reunirse a comentar las incidencias de la jornada en el patio descubierto y embalsamado por aromas de jazmín, rodeados por la colada puesta a secar en los tendederos de los vecinos. Transcurrieron muchos meses antes de que encontraran el piso de Rehavia donde todavía vivían, pero aún después de mudarse seguían pasando casi todo el tiempo en el barrio de Bujaran. Más adelante, nuevos recién llegados se unieron a ellos, sobre todo en 1938 y 1939.

La lluvia había arreciado. Hildesheimer dio una chupada a su pipa y, después de vaciar la cazoleta con una cerilla usada, la volvió a cargar. Como el cenicero de porcelana estaba desbordándose, lo volcó en una papelería situada junto a la mesa, hecho lo cual se puso en pie y, pese a que estaba diluviando, abrió la ventana. Michael se hundió más en su sillón y continuó escuchando el caudal de palabras con acento alemán.

Fue en aquellos años cuando llegó Fruma Hollander, por ejemplo, que todavía era muy joven, y también Litzie Sternfeld (Michael recordó la figura que había visto en la cocina). Ambas se psicoanalizaron con Deutsch y se quedaron en su casa una temporada larga, hasta que encontraron otro lugar donde vivir. Fruma ya había muerto y Litzie, como él mismo, ya no era ninguna jovencita.

La lluvia fue amainando mientras el viento cobraba más fuerza y la habitación se inundó de un agradable aroma a tierra húmeda que disipó el olor del tabaco.

Se mirara como se mirase, llevaban una vida dura: el proceso de formación psicoanalítica era extremadamente arduo y apenas si ganaban dinero. Deutsch se empeñó en que trataran a los niños y adolescentes llegados de Alemania sin sus padres, la juventud Aliyah, y, como es lógico, ellos no les podían pagar nada. De hecho, Deutsch mantenía a todos los... –buscó la palabra adecuada– candidatos, eso es lo que eran en realidad, tanto él como los Levine, Fruma y Litzie, candidatos a ingresar en un instituto que aún no existía como tal. Y Deutsch era su supervisor.

Hildesheimer hubo de trabajar durante cinco años antes de que Deutsch le permitiera tratar por su cuenta a los pacientes, y en aquellos tiempos también se celebraban seminarios clínicos, en los que los miembros del grupo exponían sus casos y Deutsch los comentaba. Llegado a ese punto, Hildesheimer hizo algunos

comentarios sobre Deutsch y sus grandes dotes profesionales, su seriedad, su sentido de la responsabilidad, y sobre lo mucho que aún sentía que le debía.

Tenían la sensación de estar abriendo nuevos caminos. En realidad los problemas económicos y la lentitud de sus progresos profesionales no preocupaban a nadie. Sí, ni que decir tiene que había tensiones, que derivaban básicamente de la personalidad dominante de Deutsch, y también de las condiciones de vida en Israel. El calor asfixiante. La sequedad de los veranos de Jerusalén. Y las dificultades de comunicación. Echó un vistazo a las estanterías llenas de libros y prosiguió hablando. Todos los seminarios se impartían en alemán, y las terapias se llevaban a cabo en una mezcla de idiomas, incluido el hebreo chapurreado... –volvió a desplegar su sonrisa infantil–. Claro que ahora resultaba difícil imaginar que hubiese habido un tiempo en el que no hablaba ni una palabra de hebreo, ¡sus esfuerzos le había costado! ¡Menudos esfuerzos! Hizo una pausa para preguntar a Michael si él había nacido en Israel.

No, pero había vivido allí desde los tres años.

Las lenguas no presentan tantas dificultades para los niños.

No, convino Michael, pero también había dificultades de otro tipo.

Sí, dijo el viejo, y le dirigió una mirada perspicaz.

Michael inhaló el aroma de los jazmines que debían de crecer justo debajo de la ventana y encendió otro cigarrillo. El sexto, según sus cuentas.

Con el tiempo, Hildesheimer y los Levine llegaron a ser auténticos analistas cualificados y comenzaron a supervisar al grupo que llegó al país después de la guerra. En aquel entonces Deutsch era el único analista instructor. En un principio sólo admitían a psiquiatras; después, también a psicólogos. E incluso aceptaron a alguien que procedía de un área totalmente distinta, algo que hoy sería impensable: Deutsch quedó tan impresionado con su personalidad y su intuición que él mismo se ocupó de formarlo del principio al fin. Hildesheimer supervisó su trabajo y, en la actualidad, esa persona era un miembro muy respetado del Instituto. Sin estar muy seguro de ello, Michael tenía la sensación de que debía enterarse de quién era esa persona, y de que, sin mencionar nombres, el anciano estaba tratando de ponerle sobre aviso de algo. Sabía que con el paso del tiempo llegaría a saber quién era el analista en cuestión. Aunque no se hubiera dicho nada explícitamente, Michael comprendió que a Hildesheimer no le gustaba ese «miembro muy respetado».

Y después, ya estaban a comienzos de los años cincuenta, llegaron a ser veinte analistas y cinco candidatos, y la casa se les quedó pequeña. Deutsch estaba cansado y quería mudarse a vivir solo. Los Levine estaban en Londres, asistiendo a un curso. Entre Deutsch y Hildesheimer encontraron el edificio en el que Michael había estado aquella mañana y que, andando el tiempo, Deutsch legaría al Instituto (por eso llevaba su nombre). Habían levantado una planta más cuando el actual edificio dejó de cubrir sus necesidades, prosiguió el anciano, porque ya había cerca

de ciento veinte miembros, incluidos los candidatos, y cuando se celebraba una conferencia, como aquella mañana (una expresión de angustia veló su rostro) casi no cabían. O cuando un candidato tenía que hacer una presentación... Se interrumpió al ver la expresión inquisitiva del inspector jefe.

Michael le preguntó qué era una presentación y el anciano le explicó que, una vez que un candidato había cumplido los requisitos, es decir, después de analizar a tres personas bajo supervisión, además de estar psicoanalizándose él mismo, solicitaba al Comité de Formación del Instituto permiso para exponer uno de sus casos; si éste no ponía ninguna objeción, y si los supervisores del candidato daban el visto bueno, se le indicaba que expusiera el caso por escrito y lo enviara al Comité de Formación. El Comité podía aprobarlo inmediatamente o pedir que realizara alguna corrección y, a continuación, se fijaba una fecha y el candidato imprimía el texto que había redactado y lo distribuía entre los miembros del Comité. Una vez que todos lo habían leído, el candidato pronunciaba una conferencia sobre el caso ante todos los miembros del Instituto.

El anciano prosiguió explicándole a Michael, que escuchaba atentamente la descripción de aquella vía dolorosa, que en ese momento la gente podía plantear preguntas, expresar críticas o elogios. Y después los candidatos salían de la sala, en la que sólo permanecían los miembros que no eran candidatos, y si había quórum (dos tercios de los miembros presentes, dijo Hildesheimer en respuesta a la pregunta no expresada de Michael), el candidato era aceptado como miembro asociado del Instituto Psicoanalítico.

Michael alzó las cejas y el anciano le explicó el significado del término «miembro asociado».

—¿Pero qué significa ser un miembro asociado desde el punto de vista práctico? —insistió Michael.

—Ach! —exclamó Hildesheimer en alemán puro. El candidato se convertía en analista independiente, dejaba de estar sujeto a supervisión y recibía la tarifa íntegra por los tratamientos que realizaba. Los candidatos sólo podían cobrar la mitad de la tarifa habitual y, además, en lugar de elegir personalmente a sus pacientes, se los asignaba el Instituto.

¿Y cómo se convertía en miembro de pleno derecho un miembro asociado?, quiso saber Michael.

—Ach so! —respondió Hildesheimer. Dos años después de la presentación inicial, los miembros asociados podían pronunciar otra conferencia, que debía incluir alguna innovación teórica, y entonces, tras una votación adicional, realizada según el modelo de la primera, se le podía aceptar como miembro de pleno derecho.

Michael asimiló rápidamente la nueva información. El silencio se prolongó algunos minutos, hasta que supo qué debía preguntar.

—Un candidato —recapituló Michael— se somete a una terapia de varios años,

trabaja por la mitad de la tarifa establecida, y tiene que recibir supervisión en cada caso... –el anciano añadió que además tenía la obligación de asistir a seminarios quincenales durante todos los años de formación–. Bien –dijo Michael–, añadiremos eso a la lista.

Y ahora quería saber qué función desempeñaba la votación que Hildesheimer había mencionado. ¿Por qué no bastaba la aprobación del Comité de Formación, que, si no había comprendido mal, era el órgano representativo?

Eran dos cuestiones completamente distintas, dijo Hildesheimer subrayando las palabras. El Comité de Formación podía estimar si alguien estaba capacitado o no para ser analista. Por su parte, los miembros del Instituto votaban para decidir si les interesaba tener como colega a determinada persona. ¡Dos cuestiones completamente distintas! Esa frase, repetida aún con mayor énfasis, seguía reverberando en la habitación cuando Michael planteó la siguiente pregunta.

¿Se había dado alguna vez el caso de que el Comité de Formación rechazara la incorporación de un candidato?

–Hubo un caso o, más bien, dos –dijo Hildesheimer con un leve aire de incomodidad–. Uno de los implicados se sintió tan agraviado que se apresuró a retirarse de la profesión para convertirse en un ardiente detractor del enfoque psicoanalítico; el otro se negó a rendirse. Reanudó su proceso analítico y, al cabo de unos años, volvió a someter un caso a la aprobación del Comité y, al final, fue aceptado; es uno de los miembros de pleno derecho con los que contamos hoy.

–¿Y ha ocurrido alguna vez que el Comité de Formación aceptara la incorporación de una persona y que el resto de los miembros votaran en su contra? –persistió Michael–. Quiero comprender si realmente utilizan su derecho a decidir sobre la base de la adecuación de las características personales.

Hildesheimer reconoció que nunca había ocurrido nada semejante. Hasta ahora, añadió con cautela. Y, desde luego, algunas personas se abstenían de votar; de vez en cuando algún miembro votaba en contra de un candidato, pero ningún candidato había tenido tantos oponentes como para impedir su incorporación.

–En ese caso –reflexionó Michael en voz alta–, ¿sería correcto decir que el Comité de Formación tiene una influencia decisiva sobre el destino del candidato? O, más bien, ¿que su destino está determinado por los votos del Comité de Formación?

–Sí –admitió Hildesheimer muy a su pesar–, del Comité de Formación y de los supervisores..., los tres supervisores de cada candidato. Ése es el motivo de que cada candidato tenga tres supervisores en lugar de uno; si los tres lo critican severamente o arrojan serias dudas sobre sus capacidades, el candidato no podrá convertirse en analista. Ahora bien, la función principal del Comité de Formación es formular la política del Instituto y estructurar su plan de estudios –

Hildesheimer suspiró y colocó su pipa en una esquina de la mesa. Después cruzó los brazos sobre el pecho, porque la habitación se estaba enfriando.

Michael preguntó qué tipo de supervisora había sido Neidorf.

¿Qué tipo de supervisora había sido Eva?, repitió Hildesheimer con una sonrisa. Las opiniones eran unánimes a ese respecto, al menos por lo que él sabía. Era una supervisora maravillosa. Aun siendo cierto que era bastante imperiosa, sus supervisados aceptaban de buen grado su autoridad, que derivaba de unos criterios terapéuticos y morales elevadísimos –y aquí levantó el índice y lo agitó en dirección a Michael–. Además, gracias a una energía y a un poder de concentración enormes, unidos a sus habilidades como terapeuta, Eva lograba sacar un rendimiento máximo a cada hora de supervisión. Mas estaban acercándose a los aspectos técnicos de la psicoterapia, le advirtió, y mucho se temía que era imposible resumir toda la teoría en el transcurso de una conversación breve.

Pero, teniéndolo todo en cuenta, le sondeó Michael, ¿qué impulsaría a la gente a someterse a un aprendizaje tan arduo y prolongado? ¿Cuál era, en definitiva, la diferencia entre ser psicólogo y ser psiquiatra o psicoanalista? Si le permitía expresar una opinión personal, dijo cautamente, y no sabía hasta qué punto válida... –hizo una pausa y el anciano asintió– le daba la impresión de que el Instituto tenía algo en común con los gremios de la Edad Media y el Renacimiento. Una cierta rigidez. A los candidatos se les dificultaba el acceso todo lo posible alegando que era necesario preservar los criterios de profesionalidad, pero no se podía por menos de advertir que había otro factor en juego: la competencia, económica y de clase. Al fin y al cabo, era imposible que hubiera un número infinito de psicoanalistas, sobre todo en un país tan pequeño como Israel. En resumen, dijo Michael, tenía la impresión de que estaban defendiéndose a sí mismos mediante un conjunto de normas que limitaban el número de participantes. El modelo profesor-alumno/maestro-aprendiz que existía en los gremios profesionales era particularmente aplicable a estas circunstancias.

Hildesheimer se tomó su tiempo para responder. Cuando lo hizo, sus palabras dejaron traslucir un esfuerzo evidente por ser sincero que conmovió a Michael. Mientras lo escuchaba, fue formulando la idea básica que encerraba el largo discurso, y tras prescindir del preámbulo («la mejor formación clínica que se puede encontrar... el nivel más elevado de aprendizaje formal»), resumió el contenido en una expresión que Hildesheimer había utilizado: «la soledad del terapeuta».

Cualquier profesional de la psicoterapia que no estuviera empleado en el servicio público de sanidad, en un hospital, un psiquiátrico o alguna otra institución, debía pasar interminables horas escuchando a sus pacientes día tras día; con un oído prestaba atención al argumento de las historias que le relataban, con el otro a las asociaciones que acompañaban a la historia, y con otro oído extra a la «música» del paciente, a su tono, mientras simultáneamente combinaba todo lo que oía en los

modelos de pensamiento característicos de la persona que estaba con él. El paciente, añadió, también hablaba del terapeuta, pero nunca lo veía tal como era. En la mente del paciente el terapeuta iba adoptando distintos disfraces. Representaba al mismo tiempo a todas las figuras significativas de su vida: a su madre y a su padre, a sus hermanos y hermanas, a sus profesores, a sus amigos, a sus hijos, a su jefe..., todo ello en consonancia con la proyección de la estructura de su personalidad.

—Como es bien sabido por cualquiera que posea un conocimiento mínimo de este campo —dijo el anciano—, nunca entablamos relaciones emocionales con personas «reales». Siempre estamos esclavizados por las pautas de relación que se establecen en las primeras etapas. En otras palabras, cuando el paciente se relaciona con el terapeuta de una forma similar a como se relaciona, digamos, con su mujer, debemos recordar que tampoco ve a su mujer «tal como es», sino «tal como es para él... A veces —prosiguió el anciano en un tono menos didáctico—, la actitud del paciente con respecto a la gente que lo rodea está totalmente divorciada de la realidad. Si la terapia cumple sus objetivos —Hildesheimer alzó la voz—, y sólo si los cumple, el paciente se relacionará con el terapeuta como si éste encarnara todos los modelos de interrelación de su vida; y, entonces, a veces odiará al terapeuta y lo atacará, mientras que otras veces lo amará, pero nada de ello tendrá ninguna relación con la realidad ni con la verdadera forma de ser del terapeuta.

Michael le pidió un ejemplo.

—Bueno —dijo el anciano—. Supongamos que un paciente te dice amargamente que nunca podrás comprender su sufrimiento porque tú eres un hombre felizmente casado, rico, guapo e importante, cuando en realidad tal vez eres viudo o estás divorciado, enfermo y abrumado por los impuestos. Eso es lo que llamamos «transferencia»; sin la transferencia, la terapia no existe. De hecho, en toda terapia se produce un cierto grado de transferencia, ya sea positiva o negativa. Pero lo principal es el contacto afectuoso y humano que permite que se establezca una relación de confianza entre el paciente y el terapeuta.

El psicoterapeuta, prosiguió el anciano, tenía que descifrar las pautas y repetir las mismas cosas una y otra vez, a veces exactamente con las mismas palabras. Ése era el papel que le correspondía en la situación terapéutica, donde no había lugar para la gratificación de sus propias necesidades manifiestas. Por ejemplo, personalmente, a él no le parecía bien que un terapeuta fumara durante las sesiones, pues ello suponía que estaba satisfaciendo sus propias necesidades; y siempre se lo había recalcado así a los candidatos a quienes supervisaba.

Cuando pasas hora tras hora con personas en cuya compañía te ves obligado a prescindir de tus necesidades, permitiéndoles que te lancen acusaciones infundadas, o que te amen por cualidades que nunca has poseído, comienzas a sentir una profunda necesidad de estar en compañía de tus colegas para intercambiar

impresiones, aprender, sentirte seguro y recibir ánimo y apoyo, e incluso para oír críticas objetivas: para tener la sensación de que perteneces a una estructura, de que hay una tradición que respalda tu trabajo.

En algunas ocasiones (Michael se fijó en el gesto de impotencia de Hildesheimer, que había abierto las manos) el terapeuta podía perder el sentido de las proporciones y, entonces, necesitaba una perspectiva nueva que sólo sus colegas podían ofrecerle. Por no mencionar el hecho de que siempre debía mantener la distancia con respecto a sus pacientes, evitando que descubrieran la mínima información sobre su vida privada, con objeto de permitir que la imaginación del paciente se moviera con libertad y proyectara todas sus fantasías sobre la figura del analista.

Michael habría de recordar el discurso completo casi de memoria. Podría haber citado la conclusión textualmente: «Estoy en condiciones de asegurarle que estos dos elementos, una formación profesional intensiva en el nivel más elevado posible y el sentimiento de pertenencia, son los dos motivos principales por los que los jóvenes acuden al Instituto».

Y después, a modo de interludio cómico, Hildesheimer le contó una anécdota. En una entrevista de admisión en el Instituto, cuando le plantearon la típica pregunta de «¿por qué quiere ser psicoanalista?», un candidato respondió: «Porque es un trabajo fácil, muy bien remunerado y que te permite irte de vacaciones siempre que te apetece», y sonrió con descaro.

Michael preguntó con curiosidad si lo habían aceptado. Hildesheimer repuso con otra pregunta. Antes de responder, le gustaría saber si el inspector jefe Ohayon lo habría admitido.

Michael dijo que sí. Y el anciano quiso saber sus motivos. Michael respondió que, a pesar de su impertinencia infantil, aquella respuesta era una provocación que demostraba valor, ya que se suponía que el candidato sabía que no era la respuesta que se esperaba de él y, con ella, había pretendido expresar cuánto le molestaba que le hicieran una pregunta tan banal. El anciano miró a Michael con una expresión que se podría haber descrito como afectuosa.

—¿Y qué le ocurrió en realidad? —inquirió Michael.

Sí, lo habían aceptado. Tenía cualidades que le permitirían ser un buen psicoanalista. Pero las consideraciones expuestas por el inspector jefe Ohayon también se habían tenido en cuenta. Con una amplia sonrisa, Hildesheimer agregó que habían preferido que descubriera por sí mismo lo equivocado que estaba.

Ya que habían comenzado a hablar de trivialidades, dijo Michael tentativamente, le gustaría preguntarle al profesor algo que sin duda le habrían preguntado muchas veces: ¿En qué se diferenciaban la psicoterapia normal (se abstuvo de decir que no le era desconocida) y el psicoanálisis? Es decir, en tanto que métodos terapéuticos.

¿Podría reducirse esa diferencia al hecho de sentarse en una silla en lugar de tumbarse en un diván?

¿Acaso la diferencia en cuestión le parecía insignificante al inspector jefe?, preguntó Hildesheimer secamente. ¿Podía equipararse un interrogatorio policial realizado en casa del sospechoso, tomando un café, a un interrogatorio llevado a cabo en el despacho de Ohayon bajo una luz cegadora?

Michael se excusó. No había pretendido restar importancia a los aspectos técnicos, pero le gustaría comprender las diferencias esenciales.

Ésa era una de las diferencias esenciales, dijo el profesor humorísticamente. En primer lugar, había que tener presente que no todo el mundo que solicitaba ayuda estaba preparado para psicoanalizarse. (Michael se preguntó si él estaría preparado. ¡Como si se tratara de demostrar sus cualidades!, se reconvino.) El psicoanálisis era un método terapéutico que exigía, entre otras cosas, tener un ego con mayores recursos que los requeridos por otros métodos. En segundo lugar, además de tumbarse en un diván, el paciente tenía que asistir a las sesiones cuatro veces por semana. Y esto tampoco era, dijo Hildesheimer escudriñando a Michael con la mirada, una simple diferencia cuantitativa. Estos dos factores, el diván y las cuatro sesiones semanales, permitían que el paciente llegara a profundizar más en sí mismo y reviviera las experiencias básicas de su pasado. Sería imposible explicarlo todo en un momento, pero, en pocas palabras, se podía decir que, en el psicoanálisis, el quid de la cuestión era la transferencia.

Como ya había dicho antes, la opacidad de la figura del terapeuta facilitaba la transferencia, y esa opacidad era a todas luces mayor cuando el terapeuta se sentaba a espaldas del paciente, de manera que éste no lo viera y se limitara a sentir su presencia y su apoyo.

—Pero no vaya a pensar que es como si el paciente estuviera hablando solo. Todo eso que se cuenta de pacientes hablando con ordenadores son tonterías inventadas por personas que no comprenden el aspecto básico: el hecho de que hay que apoyar al paciente, sostenerlo. Y todas esas caricaturas sobre psicoanalistas que se quedan dormidos detrás del diván no son más que un reflejo del miedo que sienten los pacientes a que, en realidad, el terapeuta no esté con ellos —dijo Hildesheimer sin sonreír—. Un buen psicoanálisis es aquel en el que el analista logra, precisamente gracias a que se citan cuatro veces por semana, que el paciente se sienta suficientemente apoyado para remontarse cada vez más en el tiempo y ahondar en sus experiencias primordiales, y llegue a enfrentarse a ellas desde una perspectiva nueva.

Transcurrió un minuto entero antes de que Michael preguntara si, a causa de la transferencia, el paciente podía acumular tal odio hacia el analista como para llegar a asesinarlo.

—Eso sería muy raro incluso en un pabellón de aislamiento de un psiquiátrico —

dijo Hildesheimer después de volver a prender su pipa-, y el psicoanálisis es un tipo de terapia dirigida a personas relativamente sanas, a lo que llamamos neuróticos. Un paciente sometido a psicoanálisis quizá fantasee con la posibilidad de cometer un asesinato, pero todavía me queda por oír que se haya llevado a cabo un intento real de asesinato. En realidad un paciente que está psicoanalizándose se haría daño a sí mismo antes que a su analista –después de dar una chupada a la pipa, el anciano prosiguió diciendo–: y no debe olvidar que la mayoría de los pacientes de Eva son gente del Instituto, candidatos, porque hay muy pocos analistas instructores. Eva tenía muy pocos pacientes que no estuvieran relacionados con el Instituto.

–Tal vez cabría pensar en la posibilidad –divagó Michael en voz alta– de que un analista tuviera información confidencial o comprometedor sobre un paciente, y que éste sintiera miedo. Que se sintiera amenazado, en peligro.

Hildesheimer guardó silencio un instante y luego dijo que ése era exactamente el tema de la conferencia de Eva.

–Un momento –solicitó Michael–. Antes de hablar de la conferencia, necesito saber algunas cosas sobre la doctora.

–¿Qué quiere saber? –preguntó Hildesheimer vaciando la pipa en el cenicero de porcelana.

–¿Cómo llegó al Instituto? ¿A qué se dedicaba antes? – Michael sintió que se iba poniendo tenso sin saber por qué.

Eva había trabajado varios años de psicóloga en la sanidad pública. Había llegado al Instituto a una edad relativamente avanzada. Treinta y siete años era el tope máximo de edad para aceptar a un candidato y Eva tenía treinta y seis cuando se unió a ellos. Sus grandes dotes se hicieron patentes desde el principio. Hacía seis años se había convertido en analista instructora. Y ya era miembro del Comité de Formación desde antes; Hildesheimer pensaba que Eva lo sucedería en la presidencia del Comité después de su jubilación; iba a jubilarse el mes siguiente y todo indicaba que la elegirían a ella.

Cuando Michael quiso informarse sobre la vida familiar de Neidorf, el anciano le contó que su difunto marido se dedicaba a los negocios, que no valoraba el trabajo de su esposa ni comprendía que era una gran profesional. Eso había sido una fuente de dificultades para Eva, dificultades de las que sólo Hildesheimer tenía noticia. Eva había mantenido unida a su familia mientras luchaba por sus derechos: su marido incluso se oponía a que trabajara. Al final, dijo el anciano con un deje de orgullo, el marido había llegado a apreciar su valía como mujer independiente.

–Estaban muy unidos– agregó con tristeza.

Eva había sido su paciente y, después, su colega, y algo más especial. Su marido murió repentinamente, hacía tres años; le sacaba unos cuantos años a Eva y había muerto de un ataque apoplético durante un viaje de negocios, en el aeropuerto de

Nueva York. Eva tuvo que ir allí para recoger el cadáver. Y después surgieron problemas con la herencia, porque a Eva no le interesaban en absoluto los negocios y su marido estaba metido en muchos negocios, y su hijo..., en fin, su hijo se había convertido en un loco de la naturaleza y el ecologismo, y su principal interés en la vida era la Sociedad Protectora de la Naturaleza. Un buen chico, inteligente, pero sin el menor interés por los negocios. Al final, con gran alivio para todos, el yerno de Eva, el marido de su hija, se prestó a encargarse de los asuntos económicos.

Michael le preguntó entonces qué relación tenía Eva con sus hijos. Hildesheimer respondió, escogiendo las palabras con cuidado, que estaba muy unida a su hija. A veces le había dado la impresión de que estaban excesivamente unidas. Nava dependía mucho de su madre y nunca daba un solo paso sin consultárselo antes. Ahora bien, desde que Nava y su marido se trasladaron a Chicago, la situación había cambiado; en su opinión, a mejor. Siempre había pensado que el punto débil de Eva eran sus hijos. Con el hijo la relación era más compleja; tenían menos cosas en común, y no sólo en lo relativo a sus esferas de interés. Además estaba el problema de que él se identificaba con su padre y con las objeciones que ponía a la profesión de Eva, pero también eso había mejorado una vez que el chico consiguió un trabajo en la Sociedad Protectora de la Naturaleza.

—¿Y el yerno? —preguntó Michael—, ¿cómo eran las relaciones con su yerno?

Correctas, en opinión de Hildesheimer, quizá no particularmente cordiales, sobre todo si se comparaban con la relación que Eva tenía con su hija, pero el yerno la admiraba mucho y, por su parte, Eva le estaba muy agradecida por haberla liberado de toda responsabilidad con respecto a los negocios familiares. Michael le pidió que, si era posible, le aclarara más en qué consistían esos negocios. No mencionó que ya había visto a Hillel Zehavi, el yerno, en Tel Aviv.

Hildesheimer no estaba al tanto de los detalles. Tan sólo sabía que Eva y Hillel habían vuelto juntos desde Chicago para asistir a una importante junta directiva que estaba prevista para el domingo por la mañana. Lo sabía porque Eva se había tomado un día más de permiso con objeto de asistir a esa junta. Cuando habló con ella por teléfono, Eva se había quejado de que en el vuelo a Tel Aviv se enteró a la fuerza de todas las cosas que no había querido saber durante años. Hillel estuvo explicándole a lo largo de cuatro horas los asuntos que se iban a decidir en la junta y cómo debía votar. Tanto Eva como Hillel tenían derecho a firmar documentos.

Sin cambiar de postura ni de tono de voz, haciendo un gran esfuerzo para no manifestar su excitación, Michael preguntó si habían discutido.

El anciano lanzó una carcajada ronca y sonora.

—¡Eva discutiendo por asuntos de negocios! Quería dejarlo todo en manos de su yerno desde hacía tiempo, pero Hillel se negaba en rotundo; siempre insistía en que le diera su consentimiento para tomar la menor decisión. Eva se quejaba mucho de eso —Hildesheimer dirigió una mirada penetrante a Michael al comprender de

pronto el curso de sus pensamientos. Meneó la cabeza con aire incrédulo y dijo que Michael estaba sobre una pista falsa.

Michael señaló la posibilidad de que alguien hubiera cometido el asesinato en el Instituto con idea de que las sospechas recayeran sobre sus miembros. Hildesheimer repuso que, si bien por razones obvias preferiría creer que había sido alguien ajeno al Instituto, era imposible pensar en Hillel; no tenía ningún motivo, y menos de carácter económico. Sacudió la cabeza varias veces y empezó a mirar a Michael con otros ojos, como si estuviera replanteándose la primera impresión que le había causado. Michael dijo que era necesario indagar todas las posibilidades. El anciano se removió inquieto en su sillón hasta que, al cabo, recobró la compostura. Michael se sentía culpable por no haberle desvelado su entrevista con Hillel, que tenía una coartada sin fisuras: desde que aterrizó en el aeropuerto de Ben Gurion, había estado haciendo compañía a su madre en la unidad de cuidados intensivos. Michael no acababa de entender por qué se había contenido, y seguía conteniéndose, para no revelárselo al anciano.

Había llegado el momento de informarse acerca de la conferencia. ¿Era verdad que la doctora Neidorf siempre preparaba sus conferencias con mucha antelación, como le habían explicado esa mañana?, preguntó Michael en tono casual.

Hildesheimer respondió que quienquiera que le hubiese informado sobre ese punto no tenía ni idea del asunto. No había nadie, absolutamente nadie, que tuviera conocimiento del miedo y de la ansiedad con que Eva se enfrentaba a cada una de sus conferencias. Hacía docenas y docenas de borradores antes de pasar el texto a máquina, y después...

—¿Quién lo pasaba a máquina? —le interrumpió Michael.

—Ella misma —dijo el anciano. A veces él se había visto obligado a leer todas y cada una de las versiones, palabra por palabra. Y, claro está, Eva quería que se las comentara de cabo a rabo. Cuando al fin se sentía satisfecha con una versión, hacía tres copias. Una para su propio uso... Siempre leía las conferencias. Eva no era una persona espontánea y no se le daba bien improvisar.

—¿Y las otras copias? —preguntó Michael, sintiendo que empezaba a sudar por la espalda.

La segunda copia era para él, dijo Hildesheimer, y Eva guardaba la tercera copia en el despacho de su casa, «para andar sobre seguro». Hildesheimer solía bromear sobre esa manía, y Eva también se lo tomaba a broma.

—Era una perfeccionista incorregible, en todos los aspectos de su vida —dijo con un suspiro—. Pero sólo en lo que la atañía a ella —añadió. Exceptuando las cuestiones morales, en eso sí se podría decir que tenía una actitud rígida. Eva se mostraba inflexible con respecto a lo que ella denominaba «comportamientos no éticos». Mas no quería transmitirle una falsa impresión al inspector: no era una mojigata pagada de sí misma, ni una entremetida mandona. Se trataba básicamente

de una cuestión de exigencias profesionales: el bienestar del paciente, la discreción y ese tipo de cosas. Hildesheimer casi siempre estaba de acuerdo con ella.

La conferencia, preguntó Michael, la copia que tenía Hildesheimer, ¿se la podría enseñar?

Imposible, respondió el anciano, y Michael contuvo la respiración. En esta ocasión no tenía una copia. Eva había preparado la conferencia en Estados Unidos y, como habían convenido en que ya iba siendo hora de que Eva se liberara de su dependencia hacia él, Hildesheimer se había negado a ver cualquier versión que no fuera la definitiva, a la que Eva debería llegar por sí sola. Aunque Eva no había cesado de alegar que esta vez se enfrentaba a un problema adicional, Hildesheimer insistió en que le diera una sorpresa.

Michael preguntó si alguien más conocía la costumbre de Eva de mostrarle los borradores de las conferencias y su versión definitiva. Hildesheimer se encogió de hombros. Aunque él nunca lo había comentado con nadie, en el Instituto había pocos secretos. Y Eva, con su habitual honradez, nunca olvidaba agradecerle la ayuda que le había prestado al comenzar una conferencia.

Michael notó cómo la sangre se le retiraba de la cara aun antes de que el anciano le preguntara si se encontraba bien.

Él le preguntó a su vez dónde estaba la copia de Neidorf. Hildesheimer respondió que presumiblemente la habrían encontrado entre sus objetos personales. Se le veía muy triste.

—¿Cuál era, exactamente, el tema de la conferencia?

La respuesta fue breve: las cuestiones morales y legales. Dicho de otra forma, una problemática que venía desconcertando a los psicoterapeutas desde el nacimiento de la profesión. Un dilema clásico. ¿Era correcto que un terapeuta guardara los secretos de su paciente aun cuando éste hubiera transgredido la ley? No se refería a delitos como asesinatos o robos, sino a cuestiones relacionadas, por ejemplo, con la ética profesional. La información revelada durante una terapia, o la información que un supervisado transmitía a su supervisor. Pero no tenía sentido continuar especulando. En el bolso que había visto en el Instituto junto a la silla de Eva, el inspector Ohayon encontraría el texto de la conferencia y podría leerlo por sí mismo.

Ése era precisamente el problema, dijo Michael. No habían encontrado nada, ni la conferencia, ni papeles, ni tampoco ninguna llave, sólo la habitual parafernalia femenina, documentos personales y algún dinero.

Por primera vez, Hildesheimer pareció un anciano despistado, alguien que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Pero esa imagen no duró más de un segundo, pues en seguida se recuperó y le pidió al inspector jefe Ohayon que, por favor, se explicara mejor.

Durante toda la tarde, o más bien desde el momento en que comenzaron a

registrar el edificio mientras Michael todavía estaba en el salón de actos con el Comité de Formación, un equipo especial se había dedicado a buscar en el Instituto cualquier cosa que se pareciera al borrador de una conferencia. Él mismo había registrado el bolso minuciosamente en cuanto el médico de la policía concluyó su examen. Y también el personal del laboratorio, del departamento de Identificación Criminal..., todo el mundo lo había intentado. Tenía una lista detallada del contenido del bolso, comenzó a decir, pero el anciano lo interrumpió con un ademán impaciente. Dijo que sin duda podrían encontrar otra copia en el estudio de la casa de Eva. Sabía que tenía otra copia allí; lo sabía porque Eva le había prometido dársela después de la conferencia para que la conservara.

Michael Ohayon consultó el reloj y vio que eran las once en punto. Se había desatado un viento muy fuerte que ahogaba el sonido de la lluvia. Se puso de pie y el anciano hizo lo propio, mientras le preguntaba si pensaba ir a casa de la doctora Neidorf directamente. Michael captó la indirecta y le preguntó si le gustaría acompañarlo, añadiendo algo relativo a lo tardío de la hora y al mal tiempo. Con un ademán, Hildesheimer desechó las objeciones y dijo que, en su opinión, ya había vivido bastantes años y que, en cualquier caso, esa noche no le iba a ser posible conciliar el sueño. Mientras hablaba, condujo a Michael hacia un perchero situado en un rincón del largo pasillo, descolgó de él un grueso abrigo y se lo puso. La casa estaba a oscuras y en silencio cuando salieron de ella. Fuera hacía mucho frío. Michael, que no se había quitado la chaqueta en ningún momento, sintió que el viento le propinaba un bofetón helado y se alegró de subirse al Renault de la policía.

Conectó la radio, que en seguida comenzó a emitir. Desde el Control, una fatigada voz femenina estaba tratando de decirle algo; la escuchó pacientemente. Todo el mundo lo estaba buscando, todo el mundo decía que era urgente.

–Bueno, diles que me pondré en contacto con ellos más tarde. Y dile a mi equipo que ahora mismo estoy ocupado.

–Así lo haré –dijo la voz del Control con un suspiro.

Hildesheimer se sentó a su lado, sumido en sus pensamientos, y Michael tuvo que repetirle la pregunta antes de que el anciano hiciera un gesto de asentimiento y le diera la dirección de la doctora Neidorf, la misma dirección que Michael había visto en el carnet de identidad de la doctora mientras aquella mañana registraba el contenido de su bolso una y otra vez.

La casa estaba en una callejuela de la colonia alemana. Casi siempre que pasaba por la calle Emek Refaim, Michael pensaba en los caballeros templarios alemanes que fundaron ese barrio en 1878. Qué patéticas eran sus esperanzas de redención, simbolizadas por los restos del molino que todavía se veían en una esquina. Michael maniobró con el Renault por los angostos callejones y aparcó cuidadosamente. Abrió la puerta de Hildesheimer y lo ayudó a bajarse del pequeño

coche. Lado a lado, atravesaron la puertecita del jardín y echaron a andar por el sendero que conducía a la entrada, donde el anciano se apartó para que Michael abriera la pesada puerta de madera.

Michael probó todas las llaves, primero a la luz de una farola y después a la luz de las cerillas que quedaban en la caja y que Hildesheimer fue encendiendo una tras otra con pulso admirablemente firme. Al final, ambos se resignaron a aceptar la evidencia de que la llave de la casa no estaba en el llavero. Ninguno comentó nada sobre dónde podría estar.

Michael se dirigió al Renault y regresó al cabo de unos segundos con un objeto puntiaguado en la mano. Masculló algo sobre las habilidades que se adquirían a lo largo de la vida y, sin más, se puso a hurgar en la cerradura. Hildesheimer continuó encendiendo cerillas (Michael había traído una caja llena del coche) y, diez minutos más tarde, entraban en la casa de Neidorf.

Michael cerró la puerta.

En el vestíbulo fuertemente iluminado vio que el anciano había empalidecido. El sombrío rictus de sus labios expresaba lo que ambos habían comprendido: alguien se les había adelantado.

La sala de consultas estaba en el ala opuesta de la casa y, al llegar a la puerta, con la mano ya en el picaporte, Michael se detuvo, pensando en el disco desgastado y lleno de ralladuras de un quinteto con clarinete de Brahms que estaba colocado en el plato del tocadiscos.

En el amplio salón, con su pesado mobiliario de tonos pálidos, imperaba una atmósfera refinada y comedida. Los grandes cuadros abstractos de colores brillantes, las flores que crecían en multitud de tiestos y en las jardineras de la ventana, como si en Jerusalén nunca fuera invierno, la alfombra espesa y oscura, no lograban disipar la impresión de frialdad. Pero el quinteto con clarinete colocado en el tocadiscos destapado que había en un rincón, junto a la puerta acristalada de dos hojas, revelaba un apasionamiento que no había encontrado expresión en ningún otro lugar del cuarto.

En cuanto hubieron entrado en la sala de consultas, Michael le hizo una pregunta sobre el disco a Hildesheimer, que se había desplomado en una butaca... Su cuerpo grandote parecía haber encogido y tenía el semblante pálido y extenuado.

—Sí —respondió el anciano suspirando, mientras se ceñía más el grueso abrigo, del que no se había desprendido al entrar en la casa—. Siempre me pareció que Eva tenía su lado sentimental. Su música preferida era la romántica. Solíamos bromear sobre ello.

Sonrió con melancolía y pareció sumirse en sus pensamientos. Sintiendo una necesidad casi física de protegerlo, Michael se apresuró a reprimirse y se sentó junto al escritorio, una pieza antigua. Se sacó un par de guantes del bolsillo, se los calzó laboriosamente en sus largas manos y comenzó a abrir los cajones uno tras otro, manejándolos con sumo cuidado, a la vez que le explicaba a Hildesheimer que debían tratar de no dejar huellas. Vació el contenido de los cajones en un sofá que estaba pegado a la pared, enfrente del escritorio.

Cuando llegó al tercer cajón, Hildesheimer, que estaba observándolo con suma concentración, le dijo que allí encontraría una lista de los pacientes y supervisados de Eva. Se levantó de la butaca diciendo que debajo de los papeles del tercer cajón había una lista de nombres y números de teléfono. Lo sabía porque, cuando estaba en el extranjero y surgía algún imprevisto que le impedía regresar a tiempo, Eva siempre le pedía que informara del retraso a sus pacientes. En esas ocasiones tenía que ponerse en contacto con la criada, ir a casa de Neidorf y, lista en mano, llamar a sus pacientes. El anciano hundió el rostro en las manos abiertas. Transcurrieron

varios minutos antes de que se recuperara y se enjugase los ojos con un gran pañuelo que sacó del bolsillo de su abrigo.

Michael señaló los papeles amontonados sobre el sofá, advirtió a Hildesheimer que no los tocara, y comenzó a mostrárselos uno por uno, con cuidado de no desordenarlos. Todavía de pie, el anciano los fue examinando mientras Michael los iba depositando en la espesa alfombra que había al pie del sofá y en la que se veía polvo acumulado.

—No, no la veo. La lista no está aquí —dijo Hildesheimer con voz trémula y el rostro inquietantemente pálido.

Michael se apresuró a vaciar el resto del contenido del escritorio, acumulando papeles sobre el sofá. Entre los dos fueron examinándolos uno a uno. Eran una mezcolanza de facturas, notas para conferencias, recortes de periódicos, talonarios de cheques, estados de cuentas bancarias, cartas y todo lo que suele guardarse en un escritorio. Pero no había ningún borrador ni ningún ejemplar mecanografiado de la conferencia que debía haber pronunciado aquella mañana. Como tampoco había otra lista que no fuera la de los miembros del Instituto y los candidatos, que Michael colocó aparte sobre el escritorio. Y tampoco encontraron la agenda de direcciones que Hildesheimer había descrito con todo detalle; se sacó del bolsillo un cuadernito con tapas azules de plástico y dijo:

—Es así..., como ésta —y se la entregó a Michael mientras añadía—: Pero la tendría en el bolso, claro; siempre la llevaba en el bolso.

—Tendremos que tratar de encontrarla aquí, en la casa, porque como ya le he dicho antes en su bolso no había ninguna agenda —dijo Michael con tacto.

Michael miró el cuadernito y Hildesheimer le dijo:

—Puede abrirlo si lo desea.

Pasó la primera página de la agenda y Hildesheimer, asomándose por encima de su hombro, le explicó que allí estaba el orden del día: la programación de las sesiones con los pacientes y sus números de teléfono. Michael examinó el escritorio de arriba abajo, sin olvidar un compartimento secreto que se abría mediante un resorte, una peculiaridad de la mayoría de los escritorios antiguos. Vacío su contenido. El anciano dijo muy excitado que en ese cajón secreto Eva guardaba las notas tomadas después de las sesiones preliminares con los nuevos pacientes.

—Las dos primeras sesiones —explicó sin resuello— son lo que llamamos la «toma de contacto» y suelen dedicarse a tratar los aspectos..., digamos de tipo biográfico, la información objetiva, como la edad y la situación familiar, quiénes son los padres del paciente, si está casado, a qué se dedica, además de comentar los motivos que le han llevado a tratarse. En fin, hay quien toma notas durante esas sesiones preliminares. Personalmente, yo estoy en contra de esa costumbre. Eva tomaba notas, pero lo hacía una vez que había concluido la sesión.

Entre los dos examinaron el contenido del cajón, sin encontrar las notas.

Michael miró a su alrededor. Había hecho un inventario mental de todo lo que había en la habitación nada más entrar en ella. Al igual que en la sala de consultas de Hildesheimer, en la de Neidorf había dos butacas, un diván con el sillón del analista detrás, una estantería (sólo una, con bibliografía profesional) y unas cuantas lámparas. Las pantallas de pergamino amarillo conferían a la habitación una atmósfera cálida y acogedora. En la estantería destacaba un pequeño compartimiento cerrado con la llave metida en la cerradura, que resultó contener una pila de folletos con las cubiertas de diferentes colores. Hildesheimer le explicó que eran todas las historias de casos que Eva había expuesto en el Instituto. Michael hojeó los folletos y echó un vistazo a los títulos escritos en la cubierta, todos los cuales ocupaban al menos dos líneas; excepción hecha de las preposiciones y los artículos, no comprendió una sola palabra. Todos los folletos llevaban la inscripción «Confidencial, interno».

Hildesheimer le explicó que la identidad del paciente se encubría a la hora de presentar su caso: el nombre era un seudónimo, no se mencionaba su empleo y se cambiaban todos los detalles por los que se le hubiera podido identificar. Y también se tomaba la precaución añadida de entregar los folletos en mano a los miembros del Instituto en lugar de enviárselos por correo.

Michael cogió una hoja escrita con una letra diminuta y apretada del montón de papeles acumulados sobre el sofá. La examinó con atención y le preguntó a Hildesheimer si era la letra de Eva. El anciano respondió afirmativamente. Era una lista de títulos de libros, la bibliografía del curso que tenía previsto impartir en el Instituto durante el último trimestre del año. El nombre de Freud fue el único que Michael reconoció. Ya no quedaba ningún lugar en la habitación donde buscar documentos, listas de nombres, notas para una conferencia, agendas de direcciones, u otra fuente de información.

Michael encendió un cigarrillo, el primero desde que entrara en la casa. En la mesa colocada entre los dos sillones había un cenicero. Y, a su lado, una caja de pañuelos de papel. Advirtió el inspector jefe que, pese a la semejanza entre la sala de consultas de Hildesheimer y la de Neidorf, el ambiente de ambas era muy distinto. Estaban en una habitación femenina. Los colores dominantes en las cortinas, la alfombra y la tapicería del sofá eran el rojo y el marrón. Aunque los sillones eran más claros, en esa sala no había ni rastro de los tonos pálidos que imperaban en el salón. Tampoco se veía nada semejante a los impresionantes cuadros abstractos de gran tamaño que decoraban las paredes del salón, pinturas que Michael no comprendía pero cuyo colorido lo había cautivado. Aquí los cuadros eran de color blanco y negro, grabados y dibujos a lápiz.

Le preguntó a Hildesheimer dónde estaba el dormitorio. El anciano le respondió, en tono seco y directo, que estaba en el segundo piso. Michael se sintió un tanto molesto al fracasar en su intento de no especular sobre el tipo de relación

que habría mantenido el anciano con la doctora Neidorf. Mientras ascendían por la escalera le preguntó si tenían por costumbre verse con frecuencia. De la respuesta del analista dedujo que se habían visto a menudo en casa de Eva y que no solían salir juntos. También llegó a la conclusión de que habían mantenido una relación como la de un padre y una hija, y algo más. No se atrevió a preguntar en voz alta qué podría ser ese «algo más».

Ya en el umbral del dormitorio, Hildesheimer no dio muestras de incomodidad, sino tan sólo de desolación. Una amplia ventana, una cama grande, hecha con primor, un tocador, objetos de maquillaje, un armario enorme. Cuadros de piscinas de Hockney, una maleta sobre la alfombra. La mirada de Michael barrió la habitación como una cámara de cine y tomó un primer plano de la maleta.

Estaba cerrada. Michael se arrodilló y vació cuidadosamente su contenido sobre la alfombra que estaba al pie de la cama: ropa, lencería, cosméticos. Le sorprendió que aquella mujer superordenada no hubiera deshecho la maleta nada más llegar a casa y pensó que, a juzgar por el quinteto con clarinete puesto en el tocadiscos y por el cenicero lleno de colillas que había junto a una de las butacas del salón, quizá no hubiera usado el dormitorio en absoluto.

Registró todos los compartimientos de la maleta y, al concluir, se volvió hacia Hildesheimer, que no se había movido del umbral, e hizo un gesto negativo con la cabeza. Ni agenda, ni conferencia, ni notas, nada de nada.

Eran las dos de la mañana cuando el inspector jefe Michael Ohayon llamó al Centro de Control desde el dormitorio de la doctora Eva Neidorf, les dio su dirección y pidió que le enviaran a su equipo para registrar la casa.

—Y mandadme también al experto en huellas dactilares de Investigación Criminal —añadió con voz fatigada. Repasó con mirada escéptica la habitación, que parecía sin vida, como si llevara mucho tiempo sin ser ocupada y, sin embargo, tenía varias superficies sin rastro de polvo. Comprendiendo demasiado bien lo que eso significaba, colgó el auricular y le dijo a Hildesheimer que, sin lugar a dudas, alguien se les había adelantado, alguien que había realizado su labor con gran meticulosidad y sin dejar huellas.

Bajaron al salón para esperar a la policía.

Hildesheimer se acurrucó en uno de los butacones. Michael estuvo rondando inquieto por la habitación mientras se preguntaba qué le daba ese aire tan elegante. Miró el elevado techo, las hornacinas rematadas por un arco, la colección de discos, los adornos, y pensó en el tiempo, el dinero y la energía que se habían invertido en aquella casa. Indagando los motivos, pensó que algunas personas encontraban en la decoración de sus casas una salida para sus impulsos artísticos. Por razones que prefirió no tener en cuenta, esa idea generaba en él hostilidad, mas a pesar de ello no podía evitar que le inspirase admiración.

Por enésima vez se hizo la misma pregunta de siempre y terminó por preguntarle

a Hildesheimer si no se le ocurría quién podría explicarles qué contenía la conferencia para haberla hecho desaparecer de la faz de la tierra. El anciano negó con la cabeza y dijo que no tenía ni idea, como tampoco tenía ni idea de dónde podrían estar las notas. No lograba pensar en otra cosa, dijo con voz cascada.

Hacía mucho frío en la habitación y los dos se arrebujaron con sus abrigos a la espera de que sonara el timbre de la puerta. Michael se levantó de un salto y fue a abrir en cuanto lo oyó. Fuera, bajo la lluvia torrencial, estaban Eli y Tzilla, los miembros de su equipo habitual, y detrás de ellos, Shaul, del Instituto de Investigación Criminal.

Tzilla tenía la boca abierta de par en par, dispuesta para decir algo que Michael adivinaba de antemano, básicamente que dónde demonios se había metido durante toda la noche, pero se le adelantó ofreciéndoles una descripción detallada de los últimos acontecimientos. Mirándolos a la cara mientras hablaba, Michael vio cómo asimilaban la importancia de que hubieran desaparecido la agenda de direcciones y las notas de la conferencia. Concluyó con las palabras:

–Fuera de la casa también: huellas de neumáticos o de pisadas; dentro, hasta el mínimo pedacito de papel... Ponedlos en orden, no tiréis nada y no os mováis de aquí hasta que vengan a relevaros; contestad las llamadas telefónicas, pero tened cuidado –y los tres pasaron como una exhalación por delante de Hildesheimer y echaron a correr escaleras arriba hasta el segundo piso.

Hildesheimer se había quedado aparte y en silencio, estudiando los rostros de los recién llegados mientras Michael les daba instrucciones. Una vez que se hubieron ido, éste le explicó que el equipo iba a registrar todas las habitaciones, buscando también huellas dactilares, aunque, en vista de la escasez de polvo que había en la planta baja y en el dormitorio, albergaba escasas esperanzas de que encontraran algo en ese sentido.

Por su expresión, se diría que Hildesheimer no albergaba ninguna esperanza en ningún sentido. Comentó que Eva había sido una persona muy reservada y encerrada en sí misma y que ahora su mundo se estaba viendo sometido a una invasión implacable. Concluyó exclamando un «ach» desesperado. Michael se ofreció delicadamente a llevarlo a casa, pero el anciano rechazó el ofrecimiento con impaciencia. Quería quedarse para ver si descubrían algo. Michael asintió, se quitó los guantes, los guardó en el bolsillo y comenzó a husmear por la habitación.

Hildesheimer le preguntó si pasaba muchas noches como ésa y recibió un suspiro a modo de respuesta. ¿Cómo podía soportarlo?, preguntó el anciano, y Michael respondió que trataba de descansar entre caso y caso. Cuando el profesor le preguntó sobre su vida familiar y sobre cómo podía resistir las tensiones de «un trabajo como ése», Michael se encogió de hombros y dijo:

–¿Quién ha dicho que las resista? –y con una sonrisa de tristeza añadió que, desde que se había divorciado, lo que le resultaba más difícil era conservar la

relación con su hijo; después de reflexionar durante un minuto, agregó que él también tenía un trabajo solitario.

Hildesheimer asintió y abatió la cabeza, sin preguntar nada más, y Michael reanudó la inspección del espacioso salón. Se detuvo delante de un cuadro, de una estatuilla, y al final entró en la cocina y clavó la vista en una mesa redonda de estilo rústico. De pronto sintió un escalofrío que le hizo aproximarse a la ventana, y lo que vio entonces lo llenó de ira contra su propia torpeza.

—¡Shaul! ¡Shaul! —dijo a voces saliendo de la cocina.

Shaul llegó corriendo, y pisándole los talones apareció Tzilla. Eli estaba en la otra ala de la casa y no había oído las voces. Michael los arrastró hacia la ventana. Vieron que faltaba uno de los cristales y que había esquirlas de cristal en el suelo; los barrotes blancos de la reja estaban doblados.

—Apartaos; me quitáis la luz —dijo Shaul aproximándose.

Tzilla y Michael se retiraron hasta la entrada de la cocina. Hildesheimer se levantó y se colocó a su lado (entre la cocina y el salón no había puerta, tan sólo un amplio vano). Shaul salió de la habitación y regresó al cabo de un momento cargado con un gran maletín. Después de calzarse unos guantes de goma y de examinar los hallazgos, de realizar mediciones (con ayuda de unos polvos, una lente de aumento y un poderoso foco) y de sacar unas fotos, volvió a salir; oyeron cómo se abría la puerta de la casa y, unos minutos después, la cabeza de Shaul asomó por el otro lado de la ventana de la cocina, donde repitió el procedimiento anterior.

Sin ningún esfuerzo, Shaul retiró la reja de la ventana y le pidió a Michael que saliera a donde estaba él. Desde la cocina le oyeron darle la siguiente explicación:

—Fíjate en la reja; la han doblado y la han arrancado, después han roto el cristal para abrir la ventana y colarse dentro. Y aquí se ve dónde el hombre en cuestión arañó la pared con el zapato al trepar al alféizar. Y mira cómo han removido la tierra debajo de la ventana; quienquiera que lo haya hecho se tomó la molestia de cubrir sus huellas, de usar guantes y de marcharse por donde había venido, volviendo a colocar la reja en su sitio.

—¿Qué crees que utilizó para desencajar la reja? —le oyeron decir a Michael con voz queda los que estaban en la cocina.

—Probablemente una barra de hierro. Quizá la encuentres en los alrededores, si es que no se la llevó.

Las voces comenzaron a alejarse y, unos minutos más tarde, Shaul y Michael reaparecieron en la cocina. Shaul se arrodilló junto a la ventana y, con ayuda de un cepillito, comenzó a recoger los fragmentos de cristal en una bolsa de plástico, que guardó cuidadosamente en su maleta.

—Ya veis —dijo—, el cristal roto cayó hacia dentro, y quienquiera que lo rompiera lo barrió, pero se le escaparon algunas esquirlas. Además trató de enderezar la reja

desde fuera, y volvió a colocarla en su sitio. ¿Dónde está la basura? –se volvió hacia Hildesheimer, que señaló el lugar donde suelen guardarse los cubos de basura: bajo la pila de lavar.

Entonces Shaul se incorporó y abrió con cuidado la puerta del armario que había bajo la pila, sacó el cubo de la basura y lo cubrió de polvos, comentando que como mucho lograrían encontrar huellas de guantes.

–Ahí están los cristales –dijo señalando el interior del cubo. Después añadió que estaba seguro de que, con una luz decente, lograría descubrir alguna pisada, y salió en dirección a la furgoneta de la policía. Regresó con dos focos de gran tamaño y le entregó uno de ellos a Michael–. Antes de pedirnos que me echéis una mano, vamos a ver si descubrimos alguna huella.

Tzilla se recostó contra la pared y dirigió la vista hacia fuera, donde no tardaron en aparecer dos grandes haces de luz moviéndose de un lado a otro. Al cabo de un rato Michael gritó desde el extremo más alejado del jardín:

–¡Shaul! ¡Shaul!

Y unos minutos más tarde éste entraba en la cocina y volvía a marcharse cargado con su gran maletín negro. Cuando regresaron, Shaul traía un molde; se lo enseñó orgullosamente a Tzilla diciendo:

–Cualquiera que piense que, después de una semana de lluvias, puede borrar su rastro sin salir volando por los aires tendría que volver a pensárselo. Mira qué suela.

Tzilla observó el molde con curiosidad y preguntó si la huella tenía algo de especial.

–No –dijo Shaul, con una voz de la que se había desvanecido ligeramente el tono triunfal–. Parece una zapatilla de deportes normal y corriente, pero por las mañanas siempre me siento más inspirado –colocó el molde sobre la mesa rústica diciendo que tenía que terminar de fraguar y se limpió las manazas frotándolas una contra otra.

–Un momento –dijo Hildesheimer repentinamente–. Aquí hay algo que no entiendo. El hombre en cuestión había cogido la llave de la casa del llavero, ¿no es así? En el llavero faltaba la llave de la casa. Entonces, ¿cómo es que tuvo que colarse por la ventana?

Hubo un silencio general. Michael fue el primero en romperlo, titubeando, como si estuviera hablando consigo mismo:

–Primero, ni los papeles ni las llaves estaban en el bolso. Después vinimos a buscar aquí una copia de la conferencia y en el llavero faltaba la llave. No encontramos la susodicha copia, ni la lista de los pacientes, ni la agenda de citas, y ahora resulta que alguien se ha colado por la ventana de la cocina y ha tratado de no dejar huellas. La cuestión es: ¿estarían buscando algo además de los papeles? ¿Ha notado si faltaba algo de valor? –le preguntó a Hildesheimer.

—A primera vista, no —dijo el viejo doctor meneando la cabeza—. Los cuadros son valiosos, pero están todos en su sitio. Aunque supongo que tendrá que consultárselo a la familia. Todavía no entiendo por qué la persona que tenía la llave se ha visto obligada a entrar por la ventana.

Michael respondió vacilante que no lo sabía. Sólo podía tratar de imaginárselo: quizá la llave no encajaba y el culpable no logró forzar la puerta. Tendría que meditar sobre ello.

—Si faltara algún objeto, si hubiera señales de desorden como suele ser el caso después de un robo, cabría pensar que nos enfrentamos a dos hechos aislados —dijo Tzilla—. Pero tal como parecen estar las cosas ahora mismo, no encuentro ninguna explicación, como no sea que la llave estuviera estropeada.

Michael le pidió a Hildesheimer que volviera a echar un vistazo, sólo para asegurarse, y comprobara si no faltaba nada de valor; ambos se dirigieron hacia el salón. El anciano repasó con la mirada los muebles, los cuadros, la alfombra, que era china, tejida a mano, explicó, y valía una fortuna, y las dos estatuillas de marfil, cuyo valor también resaltó. Comentó que dos óleos eran originales y muy valiosos, y mencionó los nombres de los artistas, que Michael no había oído en su vida. Al final, respondió a una pregunta de Michael relativa a las joyas de Neidorf:

—Siempre que se iba al extranjero dejaba las joyas en una caja fuerte del banco, sólo se llevaba unas cuantas, y como acababa de regresar el viernes, dudo que tuviera tiempo de recogerlas. Además, creo que algunas joyas las dejaba siempre guardadas en el banco, porque no le gustaba ponérselas. Pero tendrá que preguntárselo a sus hijos.

Cuando dieron su labor por finalizada ya eran las cuatro de la mañana. En el vestíbulo había un montón de sacos. Michael ayudó a Eli a cargarlos en la furgoneta. Tzilla comentó que en esa fase era imposible descubrir nada; tendrían que analizarlo todo más adelante, en la oficina. Shaul dijo que había encontrado varias huellas dactilares distintas; presumiblemente, algunas serían de Michael y del doctor, y señaló a Hildesheimer con un gesto mientras dirigía a Michael una mirada reprobadora; pero habría que verificarlas todas.

El anciano al fin se prestó a que Michael lo llevara a casa una vez que todos hubieron salido afuera.

Por el camino, Michael trató una vez más de averiguar si los colegas de Hildesheimer estaban al tanto de su costumbre de ayudar a Neidorf en la preparación de las conferencias. Y de nuevo se quedó con la impresión de que su acompañante no comprendía la pregunta, y la reformuló en otros términos: ¿Era posible que alguien pensara que Hildesheimer tenía una copia de la última conferencia de Neidorf?

Esta vez el anciano lo comprendió. Sí, le parecía muy posible que la gente lo pensara, aunque nadie le había preguntado nada al respecto.

—Todavía no —dijo Michael—, todavía no. Pero me temo que quizá lleguen a preguntárselo, y no sólo a preguntárselo.

El anciano se limitó a mascullar un «ah» para darse por enterado. No se le veía sorprendido ni nervioso y, desde luego, no estaba asustado. Era como si simplemente hubiera comprendido un nuevo detalle técnico. Por su parte, Michael estaba bastante preocupado, pensando en los extremos a los que había llegado el asesino de Neidorf para deshacerse de los distintos ejemplares de la conferencia y de las listas de pacientes.

Examinando el rostro del anciano que iba a su lado con la mirada perdida, Michael se preguntaba hasta qué punto debía confiarle sus pensamientos y terminó por pedirle que no le dijera a nadie que no tenía un ejemplar de la conferencia. Aunque así quizá se pusiera en peligro, tal vez lograrían sacar partido de ese peligro, dijo, y sintió el regusto amargo de la mala conciencia.

El anciano asintió distraídamente, sin demostrar tampoco entonces la menor ansiedad, lo que hizo que Michael se sintiera aún peor.

Dejó al doctor a la entrada de su casa y esperó hasta que, en respuesta a la solicitud que había hecho por radio, vio aparecer un coche blanco con dos policías de paisano dentro.

Después de asegurarse de que la casa estaría vigilada veinticuatro horas al día, regresó a su despacho. Eran más de las cinco de la mañana, todavía no había amanecido y la lluvia había cesado. Hacía un frío glacial.

Joe Linder no lograba conciliar el sueño. Un hecho que en sí no tenía nada de raro, pero que aquella noche le estaba resultando más difícil de sobrellevar que habitualmente. Desde su lado de la cama, junto a la ventana, cuya persiana había dejado levantada, veía caer las gotas de lluvia desde las ramas de un ciprés casi tan alto como el tejado.

Veía el rayo de luz que proyectaba la farola del bulevar Agnon, esa luz a la que su hijo Daniel, de cuatro años, también acusaba de no dejarlo dormir. Con bastante impaciencia, Joe le había aconsejado cuando se acostó esa noche, y no por primera vez, que contara elefantes blancos hasta que llegara el Hombre de la Arena, que espolvoreaba arena en los ojos de los niños para que se durmieran. Su hijo protestó. La historia del Hombre de la Arena le daba miedo, la arena le daba miedo, nunca había visto un elefante blanco, sólo sabía contar hasta veinte y, sobre todo, sentía que su padre no estaba allí con él, sino muy lejos. Pero Joe se puso severo y no quiso sentarse junto a la cama de Daniel. Los acontecimientos del día no le permitían relajarse y quedarse quieto junto a su hijo.

Cada vez que cerraba los ojos volvía a enfrentarse con la expresión del rostro de Hildesheimer cuando el anciano salió del cuarto pequeño.

Cogió el despertador de la mesilla de noche y vio que eran las dos de la mañana. Suspirando, se levantó de la cama procurando no hacer ruido. Echó un vistazo al semblante de su mujer y comprobó con alivio que Dalya ni se había movido. Lo último que le apetecía en aquel momento era una charla íntima sobre qué le estaba impidiendo dormir en esa ocasión.

Ni él mismo lo sabía muy bien. La muerte de Eva Neidorf no le había causado dolor ni aflicción, porque Neidorf nunca le había caído bien y hasta le inspiraba cierto miedo. Era consciente de que si ella le hubiera demostrado un mínimo de cordialidad, quizá la habría visto con otros ojos. Pero, en aquel momento, no era el sentimiento de culpa el que predominaba en él. No, no se sentía culpable, ni siquiera después de la muerte de Neidorf. El sentimiento más fuerte que su colega seguía inspirándole era de resentimiento, porque Neidorf nunca había dejado de demostrarle de diversas formas los celos que le inspiraba ni su falta de confianza en sus capacidades como psicoterapeuta. Lo había llevado a creer que lo rechazaba de plano y que nada podría alterar esa situación.

Joe estaba convencido de que Hildesheimer no le habría impedido convertirse en analista instructor de no ser por la decidida e inapelable oposición de Neidorf; ella, que había llegado mucho más lejos que Linder en el Instituto a pesar de haberse

incorporado a él varios años más tarde, le hacía sentirse en su presencia como un niño cuyos desesperados esfuerzos por agradar eran notorios para cualquiera.

Para ser sincero, incluso sentía cierta satisfacción malévola porque hubiera muerto, y quizá hasta por cómo había muerto. Y la idea de que entre ellos hubiese un asesino no le llenaba de ansiedad: sentía una pizca de aprensión, pero sobre todo curiosidad.

Siempre había partido de la base de que cualquiera, excepción hecha de Hildesheimer, era capaz de cualquier cosa. Pensar en Hildesheimer, en la desolación del anciano, le producía una alegría maliciosa e infantil, enturbiada por el regusto amargo de su propia mezquindad. Joe Linder, que tenía por costumbre felicitar a sí mismo por su inquebrantable honradez, a quien nadie aventajaba cuando se trataba de autocriticarse, que siempre sostenía apasionadamente que estaba dispuesto a encarar el peor de sus pensamientos, no se atrevía a reconocer ante sí mismo que, en realidad, no sentía afecto por el anciano.

Nunca había tenido el valor de decir una sola palabra en contra de Hildesheimer. Proclamaba, aun ante sí mismo, que el anciano era el epítome de la perfección, esto es, como psicoanalista y como cabeza visible del Instituto. Mas lo cierto era que le costaba mucho disimular el disgusto de que el anciano no lo estrechara entre sus brazos y lo escogiera como sucesor, o, al menos, siguiera mostrando algún interés por él.

Estaba dispuesto a reconocer su anhelo de intimar con Hildesheimer y sus rabiosos celos de Eva Neidorf («Su Alteza», la llamaba, aunque sólo cuando estaba solo o con sus mejores amigos) y de la relación especial que la unía al «viejo Ernst», como Linder lo llamaba a sus espaldas, odiándose mientras lo hacía, porque era consciente de que con esa familiaridad trataba de impresionar a los miembros más jóvenes; y eso también estaba dispuesto a reconocerlo.

Se levantó de la cama, se arropó con su vieja bata de lana, haciendo caso omiso del desagradable olor a sudor rancio que desprendía, y se rindió al monstruo verde de la envidia.

No, el anciano no le inspiraba la menor lástima. Se lo tenía bien merecido. Si le hubiera tomado a él bajo su protección en lugar de a Su Alteza, se habría evitado todo aquel sufrimiento. Joe tenía la convicción de que los ángeles sólo existían en el cielo y, ahora, Eva Neidorf se lo había demostrado. Nadie se habría tomado el trabajo de asesinar a Joe Linder, por ejemplo. Qué habría hecho Neidorf, se preguntó, para desatar tanta violencia en un miembro de un grupo que era el mayor paladín del orden y el control social. Joe siempre había sospechado que las personas que se ocultan tras una fachada de frialdad y formalidad, como Neidorf, debían de tener vicios terribles que esconder. Ni siquiera ahora, después de su muerte, permitirían que Joe se convirtiera en analista instructor. Aun cuando Rosenfeld viera por fin realizado su sueño de llegar a presidir el Comité de

Formación, no tendría el valor, ni quizá el deseo, de reconocer la capacidad profesional de Joe.

Hacía frío. Se ciñó el cinturón, se subió el cuello de la bata y entró en la cocina arrastrando los pies. La pila estaba llena de platos, como de costumbre, y una cucaracha gigantesca avanzaba lentamente desde la nevera hacia la barra de mármol. Los platos grasientos se quedarían en la pila hasta que la asistenta llegara el lunes si Joe no los lavaba. Lanzó un juramento al no encontrar ni un solo vaso limpio; después sacó la leche de la nevera y la vertió en un vaso con restos del cacao que Daniel había tomado para cenar y, a continuación, se encaminó al cuarto de estar, que estaba separado de la cocina por un tabique bajo. Se dejó caer en el sillón que había frente a la televisión, estiró las piernas, encendió la lamparita para leer, colocó el vaso sobre la mesa que estaba a su lado y, una vez más, se dispuso a abordar el controvertido libro de Janet Malcolm *En los archivos de Freud*.

«Sólo alguien que se odia tanto a sí mismo como tú es capaz de leer un libro que le disgusta tanto», le había dicho Dalya aquella mañana. La frase resonó en sus oídos mientras trataba de localizar la página donde había interrumpido la lectura.

Su mujer le había lanzado ese trallazo durante su pelea cotidiana, que Joe había intentado zanjar dándole a entender, al coger el libro, que no quería participar y que el tema lo aburría. Aunque no lograba reconstruir el comienzo de la discusión, recordaba vívidamente un par de andanadas de su mujer que le habían dejado sin respuesta, a él, que era famoso por sus réplicas sarcásticas.

Encendió un cigarrillo y trató de comprender por qué lo atraía aquel libro que llevaba varios días alterando la paz de su espíritu. El libro trataba sobre un episodio que había revolucionado el mundo del psicoanálisis. Joe empezó por preguntarse si consideraba que tenía algo en común con Jeffrey Masson, el joven y brillante psicoanalista que protagonizaba la obra, y una vez que se hubo arriesgado a preguntárselo, no tuvo más remedio que responder afirmativamente. Al igual que Masson, Joe había llegado al Instituto desde un área distinta, había causado una gran impresión a todo el mundo, durante los primeros años, al menos, gracias a su erudición, a su encanto, a su ingenio, a su sentido del humor y a la perspicacia, pronta y clarividente, con la que comprendía los problemas de los pacientes. Nunca había tenido la menor dificultad a la hora de identificar los conflictos de otras personas. Incluso ahora, cuando ya había caído en descrédito, nadie ponía en duda su habilidad para el diagnóstico. Joe no entendía por qué las cosas habían comenzado a torcerse ni sabía precisar el momento en que dejó de ser un joven y prometedor analista, el momento en que un poso de amargura había comenzado a impregnar su visión de las cosas en lugar de la compasión que solía sentir antes.

Sabía, sin acabar de comprender el porqué, que el problema radicaba en la monotonía de la rutina diaria, que había sido la soledad de las terapias, la falta de refuerzos, lo que, con el paso de los años, le había abocado al fracaso. Solía

repetirse a menudo, en son de guasa pero también con tristeza, una serie de frases altamente reveladoras que había oído de boca de Deutsch justo al principio, en los viejos tiempos. Deutsch tenía la costumbre de repetir una de ellas como si se tratara de un mantra: «En nuestra profesión no hay atajos. Los atajos sólo sirven para alargar el camino. Es un proceso angustiosamente lento; siempre comporta sufrimientos. A veces es como cincelar un bloque de mármol, otras como esculpir un trozo de hielo, pero nunca se puede tomar un atajo».

Joe tenía la vaga sensación de haberse equivocado en su orden de prioridades. No había sido el bien del paciente a lo que había concedido mayor importancia, sino a su propio bien, a sus propias necesidades. Ni él mismo se había dejado engañar por los supuestos «nuevos métodos» que incorporó a sus tratamientos. Y Hildesheimer, que tampoco estaba convencido de la pureza de sus propósitos, le había acusado sin ambages de recurrir a aquellos métodos para disfrazar su propia necesidad de nuevos estímulos y su ansia de emociones.

Pero el rapapolvo más vehemente que Hildesheimer le había dirigido tuvo lugar en un contexto diferente, después de una conferencia sobre la interpretación de los sueños que Joe había pronunciado ante los estudiantes de primer curso del Instituto. «Con idea de romper el hielo», trató de explicarle al anciano más adelante, les había contado a los estudiantes, «que estaban tan tensos y nerviosos que me dieron pena», sus propios sueños íntimos, «para animar un poco el ambiente con un toque cómico... ¿Qué hay de malo en ello? ¿Por qué tiene que ser todo tan solemne?». Ni que decir tiene que sus sueños estaban plagados de incidentes sabrosos y de detalles muy personales. Los candidatos se escandalizaron y comentaron el asunto; Joe nunca supo qué habían dicho al respecto ni cómo le había llegado la información a Hildesheimer, que reaccionó con una indignación sin paliativos.

Joe trató de aplacar el pánico que le infundió el anciano diciéndose que esos estallidos de furia eran típicos de los alemanes y que todo el asunto no tenía nada que ver con él. Nunca antes había visto a Hildesheimer perdiendo hasta tal punto el dominio de sí mismo y levantando la voz. Las críticas fueron muy duras. Entre otras cosas, Hildesheimer dijo: «Está usted perdiendo el criterio por completo y actuando sin otro propósito que gratificar sus propias necesidades. La necesidad de que lo quieran le ha hecho perder el sentido. Esto no puede continuar así. ¿Hasta cuándo, hasta cuándo cree que podrá seguir engañando a sus pacientes? Lo que usted hace no es psicoanálisis..., ¡no es más que una actuación circense!».

Con el corazón en la mano, Joe reconocía que en las acusaciones del profesor había algo de verdad. En su fuero interno estaba harto de oír día tras día a sus pacientes, absortos en sus cuitas personales, de pedirles que realizaran asociaciones, de insistir en sacar a flote la verdad. La frase «¿y a qué le recuerda eso?» le había llegado a sonar hueca y a veces no era capaz de pronunciarla con la entonación

correcta. Algunos pacientes lo notaban. No sabría decir en qué momento preciso había empezado a flojear su práctica profesional. Lo cierto era que todavía no tenía ninguna hora libre, pero tampoco tenía una lista de espera, y en los últimos tiempos ningún candidato había solicitado que supervisara su trabajo. Sólo le quedaban dos supervisados, y los dos le venían de tiempo atrás.

Comenzó a advertir que en cuanto abría la boca para decir algo, antes de haber pronunciado una sola palabra, en las caras de sus oyentes aparecía una sonrisa, y comprendió que poco a poco habían llegado a adjudicarle el papel de bufón de la corte. Aún no se habían puesto en tela de juicio sus facultades perceptivas ni su agudeza para el diagnóstico. Nadie sonreía cuando venía a consultarle, oficiosamente, claro está, el caso de algún paciente especialmente problemático, y todo el mundo reconocía que siempre daba en el clavo. Pero últimamente había llegado al convencimiento de que la decadencia se había iniciado y de que ya iba cuesta abajo.

Además de todo eso, o antes que todo eso, le preocupaba la certeza de que su matrimonio estaba al borde de la ruptura, y el hecho de que fuera su segundo matrimonio intensificaba la sensación de desesperación, el cinismo y el pesimismo que envolvían hasta el más mínimo detalle de su vida cotidiana.

A sus cincuenta años, con un hijo de cuatro... ¿Cuántas veces se podía recomenzar la vida para volver a descubrir que el camino elegido era un callejón sin salida? Eso es lo que desde hacía tiempo venía preguntándose todas las mañanas cuando se miraba al espejo para afeitarse.

Cada vez que pensaba en la profesión que desempeñaba antes y en su primer matrimonio, se veía obligado a reconocer que ni siquiera había nadie a quien pudiera echarle las culpas. Había gozado de todas las oportunidades posibles y la responsabilidad de haber echado las cosas a perder era suya y nada más que suya.

Le quedaba el recurso de culpar a Deutsch de no haber hecho un buen trabajo, pero saber que el psicoanálisis al que se había sometido no había resuelto todos sus problemas no era ningún consuelo.

Y para colmo, noche tras noche, no se libraba del recuerdo de su primera mujer ni de la pregunta de qué habría ocurrido si no la hubiera dejado marcharse, si no se hubiera empeñado en que abortara, si no se hubiese negado en rotundo a ser padre. Su primera mujer, que, tal como lo descubrió años más tarde, había sido su oportunidad perdida, rehizo su vida con éxito. Si al menos hubiera comprendido hasta qué punto su matrimonio dependía de él, de su habilidad para aceptar las cosas (las cosas que más deseaba, en realidad), para asumir el profundo compromiso en el que ella pretendía basar su vida en común, para apreciar la sencillez de su esposa, su buen sentido, su optimismo; si lo hubiera comprendido, la habría retenido. Nunca la habría dejado marcharse.

No debería haberse empeñado en que abortara. Ni siquiera se acordaba ya de los

argumentos que había esgrimido para justificar su decisión de no traer hijos a este mundo. Pero sí recordaba, como si fuera ayer, el día en que la trajo a casa, pálida y débil, hecha un mar de lágrimas, al apartamento sin calefacción donde estuvo tiritando en la cama durante dos días mientras él le llevaba tazas de té que no conseguían hacerla entrar en calor. No había tenido la presencia de ánimo necesaria para tocarla.

Dos meses más tarde, cuando la llevó al aeropuerto, su mujer tenía un rictus decidido en la boca. Se fue a Nueva York. Y dos años después Joe no puso ningún obstáculo cuando ella le comunicó que quería «oficializar la situación» y que pensaba volver a Israel para divorciarse. Había algo en su expresión que le impidió sugerir que se reconciliaran. Su mujer no lo había perdonado.

Lo cierto era, pensó Joe con la mirada fija en la tapa del libro, que la había amado mucho, a su manera infantil y limitada, pero se lo había demostrado de una forma tan retorcida que todo proyecto de recomenzar de nuevo quedó condenado al fracaso desde el principio.

Veinte años habían transcurrido desde entonces, y siete desde que se casó con Dalya, que le comunicó su embarazo cuando ya era demasiado tarde para tomar ninguna medida al respecto. Siempre que miraba a su hijo, Daniel le inspiraba amor y alegría, pero también una enorme ansiedad, sobre todo cuando se despertaba a media noche y se levantaba para ver si el chico seguía vivo. Sólo su hijo, pensó Joe, mirando el libro que tenía sobre las rodillas, le transmitía la emoción y la seguridad de sentirse amado incondicionalmente.

Y, algunas veces, también Yoav.

Su relación con Yoav, que, para él, era una de las maravillas de su vida, constituía una fuente de tensiones continuas con Dalya. Su mujer solía preguntarle retóricamente, por lo general de madrugada y vuelta de espaldas hacia la pared:

—¿Y por qué las cosas son tan distintas con Yoav? ¿Sólo porque es más joven que tú y te admira sin reservas? ¿Porque te acepta tal como eres? ¿No será que nuestro ex don Juan tiene alguna pequeña rareza que ocultar? Porque, en el fondo, ¿no es eso lo que eres?

Joe sonreía. Como cualquier otra persona de su profesión, daba por sentado que en todo el mundo hay una inclinación homosexual latente, un elemento femenino en todo hombre, un elemento masculino en toda mujer, y un cierto grado de atracción hacia las personas del mismo sexo. Y así se lo había explicado a Dalya:

—Todos llevamos dentro un poco de todo, de todos los abundantes dones de la creación: la homosexualidad y la autodestrucción, el rencor y la malevolencia, el sadismo y el masoquismo..., lo que quieras. La cuestión es cuánto de cada cosa posee cada persona: ésa es la única diferencia entre los enfermos y los sanos, la medida en que se poseen las cosas. Y a mí me gustan las mujeres. Los hombres

también, lo reconozco, pero la homosexualidad no es el factor dominante de mi personalidad. Ése no es el problema.

Dalya prefirió no darse por enterada de lo que Joe pretendía decir con esas palabras.

La primera acusación que le había lanzado esa mañana contenía cierta dosis de dolorosa verdad, aunque, como de costumbre, Dalya no había dicho nada nuevo. Yoav Alon, que era diez años menor que Joe, lo admiraba sin reservas, estaba muy unido a él y dependía de él. Evidentemente, Joe representaba para Yoav una figura paterna, era como su hermano mayor. Nunca lo habían comentado explícitamente.

En su relación con Joe, Yoav conservaba la autoestima haciéndose cargo de las cuestiones prácticas (Joe no sabía ni cambiar un fusible) y manteniéndolos al tanto de lo que sucedía en el mundo (Joe nunca leía el periódico, y la frase «se lo preguntaremos a Yoav» se convirtió en una pieza más del juego del toma y daca: «Yo soy el experto en las interioridades del ser humano y tú eres el responsable del mundo exterior»).

Se habían conocido cuando, poco después de su divorcio, Joe tuvo una aventura con la hermana de Yoav. Fue ella quien lo llevó al piso de Arnona, donde Joe vivía muchos años antes de que la zona se pusiera tan de moda, y dos meses después, cuando la hermana de Yoav siguió su camino, él continuó presentándose allí con obstinada regularidad, sin previo aviso, y se pasaba las horas escuchando en silencio las conversaciones de las personas que siempre llenaban la casa. También empezó a quedarse a dormir, cuando Joe no tenía alguna visita femenina, y su amigo se quedaba levantado hasta muy tarde charlando con él y animándolo a que le contara sus cosas.

Yoav había llevado a Osnat a casa de Joe para que la conociera incluso antes de presentársela a sus padres. Dalya lo veía como una parte integrante del mundo de su marido y como tal lo aceptaba, pero desde hacía un año había comenzado a quejarse del delicado vínculo que existía entre su marido y el militar tostado por el sol, aquel israelí de nacimiento que se quitaba la coraza cuando estaba en compañía de su maduro amigo.

Pero Joe tenía la impresión de que también Yoav se había distanciado de él durante el último año.

—¿Qué te preocupa tanto últimamente? —se había atrevido a preguntarle en una ocasión.

Y Yoav, después de aparentar que no comprendía de qué le estaba hablando su amigo, acabó por sonrojarse y decirle:

—Es este maldito trabajo mío; me está chupando la sangre.

Joe intentó sondearlo más, pero Yoav esquivó sus preguntas. Ahora pasaban mucho tiempo en silencio o hablando de banalidades. Aun sabiendo que el retraimiento de Yoav no tenía nada que ver con él, a Joe le dolía tanto que no tenía

el ánimo necesario para intentar derribar las nuevas barreras. Trataba a su amigo con tanta delicadeza y tacto como si fuera un adolescente y se guardaba para sí sus sentimientos heridos.

Joe Linder no concebía un sacrificio mayor que ése: querer a alguien y dejarle ser como era.

Pero no podía evitar que también eso le pareciera un elemento más del proceso global de su decadencia, un síntoma de cómo la gente empezaba a cansarse de su compañía. Ya no le restaban energías para cambiar nada. No poseía la envidiable capacidad de Eva Neidorf para confiar en su poder para alterar el curso de su propia vida y de las vidas ajenas.

El ritmo de sus pensamientos se detuvo. Miró el libro y después el cigarrillo que se consumía en el cenicero, casi un cilindro de ceniza. En la habitación hacía un frío intenso y, cuando se levantó y se encaminó al armarito para servirse un whisky, dando gracias a cualesquiera que fueran los poderes supremos porque los vasos de vino estaban limpios, su dolor crónico de espalda le pegó un latigazo. Regresó al sillón y al sentarse aplastó un extraño bulto, que resultó ser el patito de goma de Daniel. Le acarició la cabeza con la mano que tenía libre. Cuando el día estaba despejado, desde el gran mirador del cuarto de estar se divisaban las colinas de Judea. Pero eran las tres de la madrugada y, en ese momento, no había nada que ver salvo el cielo negro. Desde que en 1967 se iniciara un desarrollo urbanístico acelerado, el piso, situado en un edificio de cuatro plantas que hasta entonces se alzaba solo en una isla de quietud, había perdido todo su encanto. Sólo de noche se recuperaba parte de la antigua magia del lugar y Joe pasaba largas horas contemplando la inmensa oscuridad del exterior. Algunas noche se sentaba en el sillón frente a la ventana hasta que la luz despuntaba en el cielo.

También había noches diferentes. No abundaban, pero las había.

A veces disfrutaba teniendo gente a su alrededor, mucha gente. Hacía dos semanas había celebrado una fiesta en honor de Tammy Zvielli, el sábado en que a Tammy le tocó hacer la presentación de un caso, después de la votación. Acudieron todos y Joe preparó su ponche especial, que, como de costumbre, tuvo un efecto desinhibidor. Dalya cumplió con su papel de anfitriona. Fue una breve tregua. Joe abrazaba a todo el mundo y los quería a todos; hasta su dolor de espalda se desvaneció a pesar del frío y de que estuvo sentado en la terraza. Fue como si las bromas y el sentimiento de compañerismo caldearan la atmósfera.

Hildesheimer no había ido (nunca participaba en los acontecimientos sociales, porque «ése es precisamente el tipo de situación que echa a perder la transferencia» y, en las fiestas de Joe, siempre había algún paciente) y Eva tampoco fue, con lo que Joe no estuvo cohibido.

Ya de madrugada llegó el momento culminante de la fiesta, cuando sólo quedaban los jóvenes, la gente que todavía veía a Joe como un objeto digno de

admiración. Entonces dio lo mejor de sí mismo: estuvo ingenioso, ocurrente y desbordante de humor. Incluso a Yoav, que también había ido porque era amigo de Tammy, se le veía animado. Ni siquiera el momento en que todos se retiraron y Joe se quedó solo entre los vasos de papel y los restos del ponche le entristeció. Revivió el placer de sentirse admirado sin reservas y se regodeó con su triunfo.

Exhaló un suspiro y se levantó del sillón. Se dirigió automáticamente hacia la estantería y, casi sin mirar, cogió un libro de suaves tapas de cuero cuyos desgastados cantos habían sido dorados en su día. Había memorizado todas sus páginas, hasta la última línea. Circulaba la leyenda de que Deutsch le había puesto como condición para aceptarlo en el Instituto que aprendiera alemán. Y, por su parte, Joe Linder cultivaba de buena gana cualquier fantasía que lo convirtiera en centro de atención y proyectara una imagen suya especial e interesante. La fluidez con que hablaba alemán era motivo de admiración general en el Instituto. Pero, en realidad, el alemán era su lengua natal, la lengua que hablaba con sus padres, un matrimonio judeoalemán que había emigrado a Holanda.

En sus momentos más bajos Joe se refugiaba en la poesía alemana, era su consuelo secreto. El libro se abrió por el poema de Hölderlin «La mitad de la vida»; se lo sabía de memoria, pero le gustaba contemplar las letras góticas, los versos, y acariciar el papel fino y delicado.

Joe tenía dos secretos, dos islas radiantes: el amor que le inspiraba su primera mujer, perdida para siempre, y su amor a la poesía.

Pero en esta ocasión Hölderlin no le trajo ningún consuelo y sintió un nudo en la garganta mientras contenía las lágrimas, unas lágrimas para las que no hallaba salida.

A las tres y media de la mañana vio en su pequeña agenda que no tenía ninguna cita antes de las nueve. La idea de tomar una pastilla para dormir se convirtió en decisión. Marcó el 174 y, a continuación, el teléfono de su casa, y pidió que lo despertaran; después entró en el dormitorio con un vaso de agua en la mano y abrió el cajón de la mesilla de noche donde guardaba los somníferos.

Encendió la lamparita y estiró los dedos buscando a tientas las pastillas. Rosenfeld le abastecía regularmente de ellas sin dejar de repetirle: «En casa del herrero, cuchillo de palo. ¿No podrías ir a ver a alguien en lugar de vivir a base de esta porquería?».

En esta ocasión Joe Linder sentía que estaba obrando con toda rectitud: hacía dos semanas que no recurría a los somníferos. Había sido una jornada dura, pensó mientras se tragaba la pastilla y volvía a colocar el bote en el cajón. Después apagó la luz y aguardó a que se produjera el milagro.

Pero cuando se disponía a esperar que la pastilla hiciera efecto se dio cuenta de que había notado algo extraño mientras tentaba el contenido del cajón. Algo con lo que siempre solía topar no estaba en su sitio.

Más adelante, Joe Linder diría que, con el paso de los años, iba advirtiendo cuánta razón había tenido Freud al afirmar que nada era accidental. Sólo el determinismo podía explicar por qué recordó la pistola esa noche y no la noche anterior.

En cuanto comprendió qué era lo que faltaba, volvió a encender la luz, se levantó de la cama, sacó el cajón y lo vació. No encontró lo que estaba buscando. Ni tampoco lo halló en el segundo cajón, ni en ningún otro sitio del dormitorio.

Pero el somnífero comenzaba a hacerle efecto y su cuerpo se iba relajando y volviéndose pesado. Mientras regresaba a la cama pensó que podía dejarlo todo para la mañana siguiente y se durmió con la segunda estrofa de «La mitad de la vida» reverberándole en la cabeza: ¡Ay de mí!, ¿dónde recogeré flores en invierno? ¿Dónde el resplandor del sol y las sombras de la tierra? Los muros se alzan mudos, fríos, y las veletas chirrían en el viento... Durmió profundamente hasta que lo despertó el timbre del teléfono, que en su sueño se fundió con la alarma del coche que le estaban robando.

Levantó el auricular y le informaron de que eran las siete y treinta y uno; se quedó sentado en la cama, meditando cómo iba a anular su primera cita de la mañana para tener tiempo de ir a la comisaría a dar parte de la desaparición de la pistola.

La mañana del sábado en que se descubrió el cadáver de Eva Neidorf en el Instituto los pacientes del ala de aislamiento del hospital Margoa recibieron permiso para salir al jardín. Mas a pesar de las exhortaciones de la enfermera del ala («Venid a ver qué día tan maravilloso hace»), los internados en la sección IV de hombres se sentían inclinados a quedarse en la cama. La enfermera Dvora fue de cama en cama tratando de convencerlos de que se levantaran y salieran a tomar el sol. Sólo dos pacientes se dejaron convencer: Shlomo Cohen y Nissim Tubol. Se levantaron torpemente de la cama y cruzaron la gran sala uno detrás del otro, como sonámbulos, deteniéndose al llegar a la puerta, cegados por el sol.

Al mismo tiempo, en el jardín que rodeaba el hospital, Alí, el jardinero árabe, que vivía en el campo de refugiados de Dehaisha, iba de un rosal a otro, recogiendo sin prisa la basura y las hojas secas con ayuda de una pala para tirarlas en un cubo que arrastraba tras de sí. De vez en cuando levantaba la cabeza y contemplaba a través de la valla los coches que pasaban por la calle. Había empezado a trabajar a primera hora de la mañana y, para cuando llegó a la elevada cerca que separaba el hospital de la calle, ya eran las diez. Alí trabajaba los sábados en lugar de los domingos desde hacía unos meses. Después de ocuparse de sus tareas discretamente durante un año sin pedir nunca nada, había logrado persuadir al encargado de mantenimiento de que se hiciera esa salvedad con él. Era un acuerdo del que nadie ajeno al hospital tenía noticia. Al encargado de mantenimiento le daba miedo la posible reacción del Ministerio de Sanidad ante una violación tan flagrante del sagrado deber de descansar el sabbath. Según los registros y la nómina del hospital, el jardinero trabajaba los domingos. Y no es que Alí fuera un devoto cristiano, como había alegado; sencillamente quería quedarse en casa y divertirse con los amigos, cuyo día libre era el domingo.

Le encantaba el profundo silencio que envolvía el jardín del hospital los sábados. La calle también estaba tranquila los días laborables, pero los sábados apenas si se veía pasar un coche.

Aquel sábado había un tráfico intenso. La gente pasaba en coche junto al hospital e iba a aparcar al fondo de la calle. Desde el jardín, Alí no alcanzaba a ver los coches patrulla agolpados junto al Instituto, en el extremo opuesto de la calle de dirección única.

Todo transcurrió con normalidad hasta que llegó al rosal más cercano a la valla. Estaba disfrutando del sol mientras trabajaba pausadamente. Todavía había restos

de barro en el suelo. Y de pronto, en la fila de rosales que estaba pegada a la valla, vio aquel destello. Allí había algo que centelleaba. Estiró el brazo y percibió el frío tacto del metal. Cuando se vio con el objeto en la mano, una pistola de mango nacarado y de pequeño tamaño, actuó con rapidez. Echó un vistazo a izquierda y a derecha y, después de cerciorarse de que nadie lo estaba mirando, tiró la pistola y la enterró con el pie. Después se acucilló junto al rosal para decidir qué haría a continuación.

No sabía cómo habría ido a parar allí la pistola ni cuánto tiempo llevaría enganchada en el rosal. Pero sabía muy bien qué problemas podría causarle haberla encontrado.

La primera posibilidad que consideró fue enterrarla a mayor profundidad y olvidarse de que la había visto. Pero la idea de que alguien la encontrara y se le reclamara que, en su condición de único jardinero del hospital, explicara de dónde había salido aquello era una perspectiva demasiado arriesgada.

Después se le ocurrió que podría llevársela a casa para deshacerse de ella. Pero como hacía un tiempo tan agradable, imaginó que las carreteras que comunicaban Jerusalén con lo que los judíos llamaban los «territorios» estarían atestadas de turistas judíos y también de policías, y esa idea lo llenó de pánico. Le vino a la memoria la oleada de registros y arrestos desencadenada por el asesinato de un turista en la ciudad vieja, que probablemente todavía no habría concluido. Enterró los dedos en la tierra húmeda cavilando sobre lo que podría hacer. Su mayor temor en este mundo era entrar en contacto con las autoridades. A su hermano menor lo habían detenido unos meses antes como sospechoso de actividades subversivas. Nadie del hospital se había enterado. Alí comprendió que no se sentiría tranquilo hasta que la pistola desapareciera de su vista y de sus pensamientos. No quería problemas.

Se incorporó y miró a su alrededor, y entonces vio a Tubol. Agradeció a su buena estrella que fuera precisamente Tubol quien hubiese aparecido en aquel momento crítico. Era uno de sus locos favoritos. Y la gran ventaja que le ofrecía con respecto al problema que tenía entre manos era su persistente silencio. Nadie había conseguido extraer de él una sola palabra desde hacía años. El encargado de mantenimiento se lo había contado a Alí, en su árabe chapurreado, durante una de sus infrecuentes conversaciones. Naturalmente, no fue Alí quien inició la conversación, sino su jefe, que estaba asombrado de la confianza que Tubol había depositado en Alí. El hecho de que estuviera dispuesto a aceptarle un cigarrillo al jardinero ya era en sí sorprendente, pero verlo seguir a Alí y sentarse a contemplar cómo trabajaba lo dejaba perplejo. Alí expresó dubitativamente la opinión de que el tipo en cuestión parecía inofensivo y su jefe se mostró de acuerdo, pese a lo cual estimó oportuno advertirle que nunca se podía saber cuándo a uno de «esos» se le ocurriría tener un ataque de furia. Pero al joven jardinero no le asustaban los

pacientes; en todo el tiempo que llevaba trabajando en el hospital, nunca se había topado con ningún paciente que le inspirase miedo. El personal ya era otra cosa.

Al verlo, Nissim Tubol se aproximó al rosal. Allí no se movió hasta que estuvo seguro de que Tubol iba hacia él y, entonces, se sentó con aire inocente y sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos. Tubol se sentó a cierta distancia y Alí giró la cabeza hacia él con mucha delicadeza y le sonrió. Tubol se levantó y se acercó un poco más, dirigiendo tímidas miradas a su alrededor, y después de muchas vacilaciones se sentó junto a Alí y señaló el tabaco. Alí le ofreció el paquete y Tubol cogió tres cigarrillos. Cuidadosamente, se guardó dos en el bolsillo de la camisa y se puso el otro entre los labios; después se inclinó hacia la cerilla que Alí había encendido con pulso temblequeante.

Fumaron en silencio, de espaldas a la valla y la calle, hacia donde Alí dirigía la vista entre calada y calada. Tubol lanzaba profundos suspiros a intervalos regulares y, de tanto en tanto, un estremecimiento sacudía su menudo cuerpo, pero se fue tranquilizando poco a poco. Relajó los encogidos hombros y estiró las piernas hacia delante. Si tenía cuidado para no hacer movimientos bruscos, pensó Alí, Tubol se quedaría a su lado.

Después del segundo cigarrillo los recelos se habían borrado del rostro de Tubol, que recobró su habitual mirada vidriosa. Alí giró la cabeza y volvió a echar un vistazo a la calle a través de la verja, donde ya no había signos de actividad. Despacio, tratando de no alarmar al enfermo, con tantas precauciones como si estuviera siguiendo el rastro de un ciervo, empezó a escarbar en el suelo con los dedos como por casualidad. No se miró los dedos ni desvió la vista de Tubol, que estaba fumando con mucha concentración mientras contemplaba con mirada opaca los movimientos de la mano del jardinero.

En cuanto apareció la pistola, Alí retiró la mano del suelo, con la vista fija en Tubol, que, ante su asombro, se levantó de un salto, se abalanzó sobre la pistola y la empuñó impetuosamente, con los ojos centelleantes y profiriendo gruñidos ininteligibles. Después se la enfundó en la tira elástica que sujetaba sus pantalones, semejantes a los de un pijama, y miró a Alí con expresión triunfante y, a la vez, asustada, como un niño que se hubiera apropiado de un tesoro precioso y temiera que alguien se lo fuera a quitar.

El jardinero, que había imaginado que tendría que engatusar a Tubol con mucha paciencia y estaba asombrado de su buena suerte, se apresuró a señalar el reloj, que marcaba las diez y media, y dijo una sola palabra: «Té», y a continuación se levantó y echó a andar hacia el edificio. Tubol también se puso de pie y lo siguió; de repente echó a correr torpemente hacia la sección IV de hombres y se perdió de vista al entrar en el gran vestíbulo.

Alí se retiró hacia el jardín, tomó asiento junto al rosal más apartado, suspiró con alivio y encendió un cigarrillo. Aun en el caso de que Tubol decidiera romper

su silencio inopinadamente, aun cuando sufriera un ataque de locura furiosa, nadie sería capaz de asociar la pistola con el jardinero árabe. Se levantó, reanudó sus tareas y fue entonces cuando vio el primer coche de policía avanzando por la calle. Contuvo el aliento, pero el coche siguió descendiendo la cuesta, con otros dos coches patrulla detrás, que giraron por la bocacalle que había frente al hospital. Los coches patrulla sumieron a Alí en un estado de auténtico pánico, pero trató de convencerse de que no había ninguna relación entre la policía y el revólver, entre la policía y él. Hizo acopio de fuerzas para dominar el impulso acuciante de salir corriendo y volver al campamento, porque sabía que era fundamental seguir actuando como siempre. Continuó trabajando, como si lo que estaba ocurriendo en la calle, al otro lado de la valla, no tuviera nada que ver con él, y fue retirándose lentamente hacia el interior del jardín, donde los árboles frutales comenzaban a florecer.

La enfermera Dvora advirtió que Tubol estaba en un estado de gran agitación. Observándolo por el rabillo del ojo, lo vio acurrucado en la cama, con la mano en el bolsillo del pantalón y un brillo en la mirada que le resultaba desconocido. Se le acercó y dijo, en el tono que el doctor Baum describía, y no sólo a sus espaldas, como su «voz de educadora de guardería», que le gustaría que Tubol fuera a la mesa. Allí, junto a la entrada de la sección, habían dispuesto té y tarta; «la tarta especial de los sábados», añadió con el mismo tono jovial y efusivo.

Tubol no respondió y ni siquiera volvió hacia ella la mirada, fija en un punto de la pared que tenía enfrente. La enfermera Dvora repitió su invitación y entonces Tubol la miró con desconfianza y se tapó con la manta de lana. La enfermera se dio por vencida y salió de la habitación.

Aquel sábado estaba de guardia Hedva y, aunque la enfermera Dvora la apreciaba, no tenía la menor intención de consultarle ningún tema profesional. Sabía muy bien que el facultativo de guardia, el doctor Baum, estaría todo el día en el hospital, porque siempre que Hedva era la residente de turno un sábado, si el facultativo al que le tocaba estar de guardia en su domicilio era Baum, Hedva le pedía que se quedara con ella en el hospital para evitar la enorme ansiedad que le producía estar a cargo de todo. Aunque a Dvora no se le había informado oficialmente de esa medida, nada de lo que ocurriera en el hospital le pasaba inadvertido, y a pesar de que miraba con malos ojos al doctor Baum y de que no le gustaba trabajar con él porque «alborotaba a los enfermos y ponía todo patas arriba» con sus peculiares métodos, incluido el de no hacer caso de sus instrucciones y bromea con los pacientes, en aquella circunstancia prefería recurrir a su experiencia médica antes que pedirle consejo a Hedva. Baum estaba sentado en un sillón, con los pies sobre la mesita de café, y cuando la enfermera entró en la habitación, dijo:

–¡Caramba, mira quién está aquí! A tomarnos un descansito, ¿verdad? ¿Le apetece un café?

–¿Qué les parece? –interpeló Dvora a un público invisible–. ¡A tomarnos un descansito! ¡Lo que hay que oír!

–Bueno –prosiguió Baum, con la mirada chispeante–, ¿le apetece o no le apetece?

–¿Qué? ¿Que si me apetece qué? –preguntó Dvora, absorta en sus pensamientos.

–Así que ya ni sabemos lo que nos apetece –rió Baum acariciándose el bigote–. ¡A dónde vamos a ir a parar! A mí se me ocurren muchas posibilidades apetecibles. ¿Qué me dice de eso?

La enfermera Dvora no se sonrojó y, pasando ostensiblemente por alto la sonrisa de Baum, dijo:

–He venido a decirle que Tubol vuelve a estar mal. Me parece que está a punto de sufrir un ataque. Cuando se levantó esta mañana se le veía bien. No sé qué habrá pasado desde entonces, pero me da la impresión de que está a punto de tener otro ataque.

–¿Está segura? –preguntó el doctor Baum poniéndose serio y sin esperar a que le respondiera. Sabía que Dvora tenía más experiencia y mayor perspicacia que muchos médicos que conocía. Por mucho que se riera de ella, en el fondo apreciaba su trabajo y la buena relación que mantenía con los pacientes–. Es una lástima –terminó por decir mientras se mesaba el bigote–. Este último mes había hecho tantos progresos que incluso estaba pensando en transferirlo a la Uno –la sección I de hombres era un ala semiabierta. O semicerrada, según como se vieran las cosas. Los pacientes de esa sección tenían más libertad que los de la IV de hombres, que era un ala totalmente cerrada–. ¿Qué le ocurre exactamente? ¿Qué síntomas le ha notado?

–De eso se trata precisamente –respondió Dvora titubeando–. No son los síntomas habituales. Está metido en la cama y no quiere comer, ¿sabe?, pero esta vez también se le ve agitado, con una agitación especial..., al menos eso es lo que me ha parecido –pronunció las últimas palabras con cierta agresividad, como si no quisiera comprometerse dando una opinión tajante.

–¿Está tomando la medicación? –preguntó Baum. Dvora asintió con la cabeza y el doctor se volvió hacia el archivador gris de metal que había en un rincón de la habitación, arrastró hacia allí el sillón, que emitió un estridente chirrido, y tomó asiento mientras murmuraba–: Tubol, Tubol Nissim, ¿qué está tomando?– y extrajo una gruesa carpeta archivadora. Dvora comenzó a recitar la lista de medicamentos en voz alta mientras Baum consultaba el archivo para verificarla–. Podríamos aumentar el Mellaril –dijo pensativamente para sí mismo–, o a lo mejor deberíamos esperar hasta mañana, o hasta esta noche. ¿A usted qué le parece? –sin esperar respuesta, prosiguió diciendo–: Bueno, pues esperaremos hasta esta noche. Ya sabe que yo estaré aquí; llámeme si ocurre algo nuevo, ¿de acuerdo?

Dvora no respondió. Si le hubieran pedido su opinión, habría actuado sin pérdida de tiempo, aumentado el Mellaril o alguna otra cosa. Pero nadie le había pedido su opinión. Ella había hecho lo que había podido. El entarimado tembló sacudido por sus pasos cuando salió de la habitación. Baum reprimió el impulso de pellizcarle las enormes posaderas, sonrió para sí y volvió a enfrascarse en la lectura que había interrumpido.

Estuvo leyendo hasta que sintió hambre. Vio que era la una; si no se daba prisa, no le dejarían nada de comer. Desde que habían recortado el presupuesto, la calidad de la comida había caído hasta un nivel invariablemente bajo, que provocaba indignación incluso en los pacientes depresivos. Cuando hubo dejado la lectura y se vio al aire libre, decidió que de camino al comedor del personal pasaría a ver a Tubol. Se dirigió a la sección IV palpándose el bolsillo para cerciorarse de que llevaba encima el picaporte de la puerta. Siempre le asustaba la posibilidad de verse obligado a pedirle el suyo a Dvora y que ella se lo tomara como un triunfo. Si eso ocurriera, la enfermera tendría que dejarlo encerrado dentro de aquella ala. En el hospital Margoa habían sustituido el convencional manojito de llaves por el sistema de los picaportes. Las puertas de las distintas secciones no tenían picaporte por dentro, un hecho que daba lugar a una reserva inagotable de bromas, algunas de mejor gusto que otras.

El picaporte estaba en su bolsillo. Entró en la sección, saludó a Dvora con la cabeza y se dirigió hacia la habitación de Tubol. Era la más cercana a la entrada y en ella se alojaban otros ocho pacientes, ninguno de los cuales estaba allí en ese momento. El doctor Baum se aproximó a la cama de Tubol, tomó asiento y dijo:

—¿Qué tal, Nissim? ¿Hemos decidido ponernos enfermos otra vez? —Tubol, que estaba enroscado sobre sí mismo en la cama, debajo de una manta, no reaccionó. Baum le tocó la mano que asomaba; la tenía caliente y seca—. Me parece que tienes fiebre; vamos a ver —dijo. Comenzó a retirar la manta, pero Tubol se aferró a ella con todas sus fuerzas, mordiéndose los labios, acurrucado en posición fetal. Baum no logró destaparlo. Echó un vistazo al reloj y dijo que volvería dentro de un rato y que, entonces, Tubol quizá estaría dispuesto a portarse de una manera más racional. Mientras se dirigía a la salida, le dijo a Dvora—: Hágame un favor: vigile a Tubol; creo que tiene fiebre. Yo me voy a comer algo. Manténgalo vigilado, ¿de acuerdo? —y sin esperar a que le respondiera, se marchó.

El doctor Baum se detuvo junto a la valla para mirar la calle. Vio que había coches aparcados a ambos lados de la calzada, hizo una mueca y entró en el comedor. Hedva Tamari, la residente de guardia, por la que sentía un profundo afecto, estaba de pie en un rincón, tomando una rebanada de pan untada con una sustancia roja que le dio náuseas.

—¿Otra vez esa mermelada de bote? —preguntó, y sin esperar ninguna respuesta

prosiguió—: Oye, ¿has visto cuántos coches hay ahí fuera? ¿Estarán esos lunáticos celebrando otro de sus jolgorios sabatinos?

Hedva se señaló la boca llena, terminó de masticar y, mientras untaba de mermelada otra rebanada de pan, contestó:

—No tengo ni idea. Estoy de guardia, ¿recuerdas? No he asomado la nariz a la calle desde que llegué. ¿Qué quieres que sepa?

Sabiendo que era el segundo sábado consecutivo en que Hedva estaba de guardia en el hospital, Baum no se dio por ofendido ante aquella hostilidad; sonrió y dijo:

—No hay necesidad de vapulearme así. Sólo te había hecho una pregunta. Creía que lo sabrías. Porque son amigos tuyos, ¿no?

—Sabes muy bien que todavía no me han aceptado y, además, no te lo he contado para que empieces a hacer bromitas sobre el tema a grito pelado —siseó Hedva con expresión ofendida.

—Bueno, bueno, te pido disculpas, deja de molestarte por todo —dijo Baum, conciliador, y después se apresuró a añadir—: Pero realmente hay un montón de coches; ve a echar un vistazo.

Mientras hablaba se sirvió una generosa ración de macarrones pegajosos mezclados con algo que parecía salsa de tomate y un trozo de una especie de empanada de pescado. Engulló la comida haciendo un esfuerzo por no prestar atención al sabor. Sintiendo incapaz de repetir, se marchó del comedor, pasó de largo ante la caseta del guarda del hospital y, un tanto indeciso, salió a la soleada calle.

Dirigió la mirada hacia la parte de arriba de la calle, que desde fuera del hospital se divisaba hasta lo alto de la cuesta, y después volvió sobre sus pasos, casi a la carrera, hasta la caseta del guarda que estaba junto a la puerta, donde preguntó alarmado:

—Oiga, ¿ha visto todos esos coches de policía? ¿Ha pasado algo?

El guarda, un jubilado entrado en años que no se había aventurado fuera de la pequeña garita de piedra durante toda la mañana, salvo para hacer la ronda del recinto hospitalario, salió a la puerta y dijo:

—A mí que me registren, doctor Baum. Llevo varias horas viéndolos, desde la ventana, claro, pero no he preguntado nada.

Baum salió otra vez a la calle, subió hasta el Instituto, cruzó la estrecha calle y se dirigió a un policía que estaba junto a un coche patrulla:

—Discúlpeme, por favor, ¿ha ocurrido algo?

El policía le dijo a Baum que no se parara allí. Después de presentarse y explicarle al agente que era el médico de guardia del hospital que estaba al fondo de la calle, invitándole a acompañarlo hasta allí para preguntárselo al guarda si no le creía, el policía al fin se ablandó y dijo que se había producido un accidente. Baum quería enterarse de más detalles, pero el policía tenía una expresión hermética,

reflejo de su decisión de no decir ni una palabra más. Baum echó a andar cuesta abajo hacia el hospital. Se detuvo junto a la caseta de la entrada, pidió la guía telefónica, buscó el número del Instituto y lo marcó ansiosamente. Como la línea estaba ocupada, volvió a subir la cuesta corriendo y se detuvo junto a la verja verde, donde se había congregado un grupo de personas. Los conocía a todos; algunos eran antiguos compañeros de la facultad de medicina y otros habían trabajado con él en distintas clínicas psiquiátricas.

Vio a Gold, que había preparado una oposición a la vez que él y ahora tenía una plaza en el departamento de psiquiatría del hospital Hadassah; se había bajado de un coche patrulla y estaba recostándose contra un muro de piedra con el rostro demudado. Vio a la hermosa Dina Silver, a quien había conocido cuando estaba dando sus primeros pasos como psicóloga en el Margoa. Recordaba muy bien sus intentos de seducirla, todos ellos fracasados. Seguía siendo muy guapa. Con su vaporoso abrigo azul, era una visión digna de contemplarse.

También reconoció a Joe Linder, de quien había oído hablar a diversas personas. Recordaba que una mujer lo había definido como «el único varón atractivo del Instituto, y muy inteligente, además».

Junto a ellos había tres personas desconocidas haciendo preguntas a grandes voces. Un hombre gordo y sudoroso que llevaba un micrófono en la mano estaba gritándole a Dina Silver:

—Sólo quiero que me diga su nombre, no le pido nada más... ¿Qué tiene eso de terrible?

Dina hacía como si no le oyera y él continuó repitiendo su pregunta hasta que Linder lo agarró por la manga y se lo llevó aparte, diciendo algo que Baum no alcanzó a oír. El hombre se alejó un poco y tomó posiciones junto al coche de policía. Baum se aproximó a Gold y le preguntó:

—¿Qué está pasando aquí?

Gold, que estaba aún más pálido que después de examinarse de la oposición, agarró a Baum del brazo y echó a andar cuesta abajo, hacia el Margoa, mientras le contaba los acontecimientos de la mañana sin prestar la menor atención a las respuestas de su acompañante, que no paraba de repetir, con ligeras variaciones, las exclamaciones que comúnmente realiza quien sabe que lo que está oyendo es más cierto que el Evangelio pero no logra asimilarlo. Gold concluyó su historia refiriéndose a los periodistas que merodeaban por la zona a la espera de noticias.

—Son como escarabajos peloteros, se alimentan de todas las porquerías que ocurren —dijo con repugnancia.

Después dio voz a su preocupación por los pacientes de Neidorf, y en ese momento recordó que él era uno de ellos y se quedó callado.

—¡Es increíble! —volvió a exclamar Baum—. ¡En el Instituto! ¡Dios mío! ¡Y precisamente Neidorf!

Gold no respondió. Después añadió con voz turbada que acababa de regresar de la jefatura de policía del barrio ruso, donde había prestado declaración; un policía había estado interrogándolo durante muchísimo tiempo, se quejó.

Baum había asistido a varias conferencias de Neidorf, que trabajó en el hospital durante varios años, antes de su época, y todavía pasaba consulta en la clínica de atención externa. Tanto en el hospital como en la clínica se había ganado una admiración que casi rayaba en la veneración. Él mismo tenía por costumbre decir que Neidorf era genial, aunque en privado se permitía burlarse de su falta de sentido del humor.

Después de hacerle a Gold un comentario sobre el tono verdoso de su semblante y de expresarle su conmiseración por el trauma que había sufrido, lo invitó a acompañarlo a tomar un café en su despacho. Gold aceptó la invitación por algún motivo que ni él mismo acertó a comprender. Nunca se había sentido cómodo en compañía de Baum y no entendía sus chistes. Desde que dejaron de ser compañeros de estudios, siempre lo había evitado. Echó a andar detrás de él mascullando que en realidad debería irse a casa.

El café que Baum le sirvió de un termo en la sala de los médicos de guardia estaba turbio y bastante frío, pero Gold se lo bebió sin rechistar. Los músculos de las pantorrillas le temblaban de debilidad, como si acabara de realizar un enorme esfuerzo físico, y cuando se sentó en el sillón, un temblor incontrolable comenzó a sacudirle las piernas. Gold atribuyó el cansancio a su migraña.

Baum no había parado de hablar ni un instante. Habló incesantemente de camino hacia la sala, continuó hablando a la vez que le servía el café, y todavía seguía hablando mientras se lo tomaban. Le hizo todas las preguntas adecuadas a la situación: «¿Quién crees que puede haberla matado? ¿Qué motivos tendrían para matarla?». Y: «Además, ¿qué estaría haciendo allí? ¿Qué la habría llevado al Instituto a una hora tan extraña?».

Aunque esas eran precisamente las preguntas que habían estado atormentando a Gold desde el descubrimiento del asesinato, se limitó a responder que no tenía ni idea, cómo iba a saberlo él; que la policía se devanara los sesos, ése era su trabajo; los peces gordos del Instituto se ocuparían de los pacientes; y el fulano ése, el policía guapo que lo había vuelto majareta con sus preguntas, descubriría al asesino y, al final, todo se arreglaría. Gold no creía ni una palabra de lo que estaba diciendo; las palabras le salían por sí solas, sin control.

—O a la asesina —dijo Baum vagamente.

—¿Por qué asesina? —preguntó Gold extrañado.

—¿Por qué no? —replicó Baum, y sonrió de oreja a oreja. Una vez más, Gold se quedó sin enterarse del chiste.

Baum posó la taza vacía en la mesa que estaba a su lado y dijo:

—De lo que he oído hasta ahora se desprenden las siguientes preguntas: primera —

alzó un dedo—, y como ya he dicho anteriormente, ¿qué estaba haciendo Neidorf en el Instituto a esa hora tan intempestiva? Segunda —estiró otro dedo—: ¿quién acudió a verla allí? Tercera —levantó un dedo más—: ¿qué persona del Instituto posee una pistola?, pues es evidente que ha sido uno de vosotros —en este punto expresó cierta satisfacción retorciéndose el bigote—, porque quienquiera que haya sido debía de tener una llave, aunque también cabe la posibilidad, claro está, de que Neidorf le abriera la puerta. En resumen —dijo con una sonrisa—, la pregunta básica es quién lo ha hecho y por qué. ¿A quién le ha beneficiado su muerte, o quién la odiaba tanto?, o incluso —y aquí sus ojos centellearon mientras alzaba la voz— ¿quién la amaba tanto?

Gold se quedó mirando a Baum en silencio. Sintió un amago de náuseas, su reacción, imaginó, ante la autocomplacencia que irradiaba de la persona que tenía enfrente. En el fondo de su corazón, Gold estaba arrepentido de haberse prestado a acompañar a Baum.

Al cabo de un momento se levantó y anunció que ya era hora de marcharse a casa. Mina no sabría dónde estaba; ya eran las tres y Mina habría preparado la comida; había invitado a comer a sus padres. Entonces, a modo de despedida, Baum le asestó un golpe que acabó de destrozar los nervios de Gold.

—Dime una cosa —le dijo Baum—, ¿no te ha dicho nadie que eres uno de los sospechosos? —Gold solía asimilar lo que le decían con lentitud, y en aquel momento sus reacciones se habían ralentizado aún más. Al principio tan sólo sintió sorpresa y, luego, mientras Baum continuaba parloteando sin ton ni son, notó que la ira le encendía el rostro—. Vamos, en serio, ya sabes, como en las novelas de detectives, donde el asesino simula ser un ciudadano cabal e informa a la policía y al final se descubre todo.

Gold sintió que sus náuseas se intensificaban y, por fin, logró decir:

—Déjalo ya..., no tiene gracia —aunque habló con un hilo de voz, pronunciar esas palabras le había costado un enorme desgaste de energía.

Pero Baum persistió:

—Oye, no estoy diciendo que realmente hayas sido tú, que le hayas pegado un tiro, que la hayas asesinado, ¡Dios me libre! Sólo te he preguntado si alguien lo pensaba; sentía curiosidad por saberlo.

Gold no había dicho ni una palabra sobre la primera hora que había pasado con Ohayon, limitándose a despachar con un par de frases la conversación con el detective. Ahora se contuvo para no zanzar el tema con una réplica demoledora y, cuando estaba a punto de marcharse, Baum se levantó de las profundidades del sillón diciendo:

—Espera un momento, te voy a acompañar. Al fin y al cabo, aquí no tengo nada que hacer, y hace un día tan agradable...

Gold no protestó. Estaba tan agotado que no sabía cómo iba a conducir hasta

casa. Se marcharon juntos de la sala de los médicos de guardia y salieron al jardín, donde se encontraron con Hedva Tamari, a quien Gold conocía de los tiempos en que ella estaba haciendo sus prácticas en el Hadassah. Hacía unas semanas Hedva había ido a pedirle consejo porque quería presentar su candidatura en el Instituto. La conversación que mantuvieron dejó a Gold con un leve regusto de culpabilidad y desasosiego.

Gold había expuesto con todo detalle las dificultades que entrañaba su proyecto, pero no consiguió desanimarla, porque Hedva ya estaba decidida de antemano. Debería haberse dado cuenta, pensó, de que cuando alguien hace una consulta de este tipo no atiende a razones disuasorias; lo que quería Hedva era refuerzos positivos para una decisión ya tomada. El propio Gold había actuado de la misma forma en su momento. No debería haberse empeñado en hacerle cambiar de idea. Durante la conversación, Gold supo que ella también era paciente de Neidorf.

Gold no reaccionó con la rapidez necesaria para prevenir a Baum, que se embarcó inmediatamente en una dramática narración de los acontecimientos de la mañana, sin fijarse en que Hedva se iba poniendo más y más pálida, hasta que de pronto, sin pronunciar una palabra, se desmayó y quedó tendida en el suelo, inerte como una muñeca de trapo.

Durante un instante los dos médicos se quedaron clavados al suelo, y después Baum se arrodilló junto a Hedva, le tomó el pulso y trató de reanimarla. Gold renunció definitivamente a la idea de irse a casa. Hedva volvió en sí en seguida, pero entonces vieron que se había lesionado el tobillo al caer. El debate que se entabló a continuación sobre si debían llevarla a éste o aquel hospital para que le hicieran unas radiografías fue interrumpido por las enérgicas protestas de la doctora. Un somero examen del tobillo lesionado reveló que no se había roto ningún hueso y los tres echaron a andar despacio, Hedva entre los dos hombres que la iban sujetando, hacia la sala de guardia, donde Baum vendó el maltrecho tobillo con una delicadeza y una pericia que sorprendieron a Gold. Baum colocó el pie vendado sobre una silla, suspiró y dijo que había sido una suerte que el facultativo de guardia ya estuviera allí; después sonrió, le guiñó el ojo a Hedva y le preguntó si quería un analgésico. Cuando ella lo rechazó, Baum sugirió, con un afecto y una ternura que Gold nunca había oído en su voz, que se tomara un Valium; Hedva aceptó la sugerencia y Baum le dio una pildorita amarilla y proclamó que, por prescripción facultativa, debía guardar un reposo absoluto.

Hedva sacudió su cabeza cubierta de rizos y rompió a llorar, mientras les rogaba que no la dejaran sola. Fue entonces cuando Baum al fin comprendió lo que le pasaba.

—Creía que éramos amigos —le dijo con expresión dolida—, ¿por qué no me lo habías contado?

Entre sollozo y sollozo, Hedva le respondió que sabía que se habría reído de

ella, porque él sólo confiaba en los fármacos y no en el psicoanálisis, y después añadió que no debía sentirse culpable por haberle comunicado así la noticia; al fin y al cabo, ya todo daba igual, y sus sollozos se hicieron más fuertes. Baum se levantó de su asiento para abrazarla y Gold volvió a sentirse muy solo y marginado. A pesar de todo, en lugar de irse, se quedó en el umbral y le preguntó a Hedva desde cuándo era paciente de Neidorf.

—Desde hace más de un año; un año y un mes —respondió mientras se enjugaba los ojos con el dorso de la mano, y Gold asintió con la cabeza, pero ella no dio muestras de reconocer la parte que a él le tocaba en su común desdicha. Entonces Gold se despidió de ambos y se marchó del hospital para ir a casa, donde, pensó con desesperación, tendría que repetir toda la historia desde el principio.

La psiquiatra en ciernes Hedva Tamari fue la causa principal de que el paciente Nissim Tubol se evaporara de los pensamientos del facultativo de guardia. Baum llevó a Hedva a la cama que había en la sala de guardia para que durmiera y se sentó a su lado, sujetándole la mano, tal como había jurado solemnemente que haría, y se quedó así hasta bien entrada la noche, sordo a los intentos de la enfermera Dvora de comunicarse con él por la línea interna de teléfono, ya que Baum había tenido la precaución de descolgar el auricular para que no interrumpiera el sueño de Hedva. La enfermera intentó desesperadamente, una y otra vez, ponerse al habla con él por teléfono, pues no se atrevía a abandonar su puesto en la sección IV, donde Nissim Tubol estaba sentado en la cama desde las ocho de la tarde, apuntando con una pequeña pistola al paciente de la cama de enfrente, una pistola que a los ojos inexpertos de Dvora parecía estar cargada y amartillada.

Y como el teléfono estaba sobre el mostrador del puesto de la enfermera y era perfectamente visible a través de la puerta abierta de la habitación de Tubol, pasó una hora antes de que Dvora osara buscar los orificios correctos al tacto, sin desviar la vista del enfermo ni un segundo, para marcar el teléfono del médico de guardia, que no cesaba de comunicar. Mas cuando Tubol disparó contra la pared de enfrente y los pacientes, hasta entonces paralizados por el terror, empezaron a desmandarse, la enfermera se levantó y, con una expresión resuelta en la cara, se dirigió a Tubol y le arrebató el arma sin ninguna dificultad, pues ni siquiera opuso resistencia; después salió corriendo hacia la sala de los médicos de guardia.

Baum se despertó de un sueño profundo, lleno de visiones de tobillos fracturados, al oír unos sonoros golpes en la puerta, que había tenido la precaución de cerrar con pestillo cuando Gold se marchó. El médico se levantó y abrió la puerta, quedándose aturdido por la luz que inundó la habitación cuando Dvora encendió el interruptor. Vio la expresión de perplejidad que se pintó en el semblante de Hedva cuando empezó a despertarse, y estaba a punto de preguntar

qué pasaba cuando su mirada se posó en la pequeña pistola que la enfermera, temblando de pies a cabeza y llorando, sostenía en la mano. (Nadie había visto llorar a la enfermera Dvora. Esto, unido al desorden de su pelo rubio, que siempre llevaba peinado hacia atrás y pulcramente recogido en un moñito, indicaba que se había producido una catástrofe.) Dvora empezó a quejarse de que no podía manejar el ala por sí sola, le preguntó dónde se había metido tanto tiempo, y al final, lanzando una mirada airada a Hedva, llegó a decir a gritos que debería haberse imaginado lo que estaba haciendo, debería haber sabido por qué el teléfono de la sala de los médicos de guardia estaba comunicando mientras Tubol apuntaba con una pistola cargada a los pacientes de su sección.

Baum no esperó al final de la arenga. Echó a correr en dirección a la sección IV mientras Dvora seguía gritando desde la puerta de la sala.

Al oír los sonidos habituales y ver luz en el ala, Baum comenzó a tranquilizarse. Entró, contó a los pacientes y exhaló un suspiro de alivio al comprobar que no faltaba ninguno. Tubol estaba sentado en la esquina de su cama, con la mirada perdida, como si no hubiera pasado nada. El médico miró a su alrededor. Los pacientes estaban comportándose como de costumbre y se le ocurrió que un observador cualquiera, que no supiera descifrar las señales de tensión e inquietud, habría sospechado que la enfermera Dvora se lo había inventado todo. Pero él no era un observador cualquiera. Tenía una pequeña pistola en el bolsillo y un grupo de enfermos psiquiátricos a punto de declararse en rebelión delante.

Regresó a la sala de los médicos de guardia y se encontró a Dvora parada en la puerta y a Hedva de nuevo dormida. Dvora no paró de repetir que no pensaba volver a su sección y que nadie la obligaría a hacerlo hasta que Baum anunció, en un tono autoritario que nunca había oído en su boca, que iba a volver allí de inmediato, porque había pacientes que necesitaban ser atendidos y mucho trabajo que hacer. Mascullando «mira quién habla», Dvora siguió a Baum por el pasillo sin dejar de protestar hasta que el médico le pidió que le hiciera una descripción detallada de lo que había sucedido en su ala.

La tensión y la inquietud de los pacientes comenzaban a hacerse evidentes. Una vez que Baum y Dvora consiguieron calmar a los dos primeros en ponerse violentos y los dejaron sedados en sus respectivas camas, Baum se sentó junto a Tubol. Le preguntó en tono casual, propio de una charla intrascendente, dónde había encontrado la pistola. Tubol, que estaba tumbado en posición fetal, ni siquiera giró la cabeza hacia él. El médico se sacó la pistola del bolsillo, la agitó ante los ojos del paciente y repitió la pregunta. No hubo ninguna reacción. Pero cuando Baum suspiró y se levantó, Tubol comenzó a chillar.

Eran unos alaridos inarticulados y, a pesar de estar acostumbrado a los arrebatos de los pacientes, Baum se quedó petrificado ante aquellos espeluznantes aullidos animales. Los demás pacientes perdieron todo dominio de sí mismos y cada uno

empezó a expresar su sintomatología de una forma que requería una atención inmediata. Dvora se las arregló para impedir que Shlomo Cohen se quitara la ropa, no sin llamar a Baum para que la ayudara, diciéndole a gritos que el paciente tenía una fuerza descomunal. Baum lo inmovilizó mientras Ella preparaba una jeringuilla. Después le pusieron otra inyección a Tubol y, cuando Dvora aún no le había retirado la aguja del brazo, Itzik Zimmer, que era famoso por sus incontrolables ataques de ira, se lanzó sobre la espalda de Baum, que estaba sujetando a Tubol para que no se moviera. Unas manazas enormes atenazaron la garganta del médico, y cuando ya sentía que le faltaba el aliento, con un esfuerzo sobrehumano, Dvora logró clavar la aguja en el brazo de Zimmer. La simple visión de la jeringuilla bastó para que éste se asustase y soltara a Baum, que cayó al suelo desmayado.

Cuando volvió en sí, Baum vio junto a la cama donde estaba tumbado al director del hospital, el profesor Gruner, y a dos desconocidos. Trató de decir algo en voz alta, mas sólo consiguió emitir un susurro. El director le dijo paternalmente:

–No haga esfuerzos. Estamos en mi despacho, la sección IV está bajo control, todo está en orden, en seguida se pondrá bien. Han venido unos señores de la policía que quieren saber qué ha sucedido. La pistola es lo que los ha traído aquí, no los problemas en el ala de aislamiento. Les gustaría hacerle algunas preguntas. Ya han interrogado a Dvora, y también a Hedva.

Una figura asomó por encima de la cabeza de Baum y se le colocó delante. Hedva, con los ojos rojos e hinchados, le acarició la mano. Según el gran reloj de pared eran las cuatro. ¿Las cuatro de la mañana?, se preguntó a sí mismo. ¿Cómo podía haber dormido tanto? Como si le hubiera leído el pensamiento, el profesor Gruner le explicó que se había encontrado la sección IV en pie de guerra al llegar al hospital.

–Dvora estuvo magnífica –prosiguió–. No entiendo cómo logró ponerse en comunicación conmigo en medio de aquel alboroto. Pedimos una ambulancia, pero cuando llegó ya estaba usted despierto, e incluso vino de la sección IV hasta aquí por su propio pie; luego la doctora le curó y le dio algo para dormir –Baum se palpó el cuello, que estaba envuelto en un vendaje rígido, una especie de collarín. La cabeza le daba vueltas y tenía la garganta reseca y ardiendo («como si hubieran encendido una hoguera en mi interior», le dijo a Hedva más tarde, cuando hubo recuperado la voz)–. La policía piensa –continuó Gruner– que la pistola que tenía Tubol está relacionada con la muerte de la doctora Neidorf, y estaban esperando a que se despertara por si podía explicarles cómo fue a parar a sus manos.

Baum miró al profesor Gruner, que estaba de pie ante él. La luz le hirió los ojos y tuvo que cerrarlos y con un fatigado gesto de la mano indicó que no tenía ni idea. Cuando volvió a abrir los ojos, Gruner seguía delante de él y su cara reflejaba preocupación. Las manecillas del reloj marcaban las cuatro y cuarto.

(Después, Baum le diría a Hedva que sólo por ver la expresión de preocupación del profesor, que era el terror del hospital, «todo había merecido la pena. ¿Te lo puedes creer? Hasta entonces no estaba seguro de que me conociera». Y cuando Hedva le amonestó: «No digas tonterías», él replicó: «No, en serio; a veces pasa por delante de mí como si fuera transparente. Una vez incluso me preguntó cómo me llamaba. Y sólo tiene cincuenta y tantos años...». «Cincuenta y cinco», dijo Hedva haciendo un mohín. «No hables así de él. A mí me parece un ser humano, un auténtico ser humano. Tendrías que haber visto la recomendación que me dio para el Instituto.» «¡Ah, el Instituto! Cuando se trata del Instituto yo ya no soy nadie. Según tú, cualquiera que tenga alguna relación con el Instituto está más cerca de Dios todopoderoso. No pretendo decir que sea un imbécil, pero tienes que reconocer que no es un genio o, al menos, que no se entera muy bien de las cosas, eso por no decir que está medio senil.»)

Los dos hombres que habían sido presentados como «la policía» hicieron un aparte para conferenciar en voz baja. Después, uno de ellos le preguntó algo a Gruner en un susurro y éste sacudió la cabeza y dijo:

—Sólo con la mano, si es necesario —y, volviéndose hacia Baum, le preguntó—: Doctor Baum, ¿sabe usted cómo llegó la pistola a manos de Tubol? Conteste con la mano, por favor. Muévela de un lado a otro para decir que no y de arriba abajo para decir que sí.

Baum hizo un movimiento negativo con la mano y, entonces, uno de los policías, el pelirrojo, le preguntó si había visto la pistola antes. Baum volvió a mover la mano de un lado a otro. Estaba muy cansado, y al cerrar los ojos oyó que el pelirrojo decía:

—Bueno, vamos a anotar las características de la pistola y luego comenzaremos a registrar el recinto.

Después Baum se quedó dormido.

Al igual que Gold, Michael Ohayon se reía de las supersticiones, pero cuando entró en la jefatura de policía de Jerusalén del barrio ruso y le felicitaron por haber descubierto la pistola con la que se había cometido el asesinato no pudo evitar que le viniera a la memoria el terror que le inspiraba a su madre el «mal de ojo». Su reacción instintiva de negar lo que le decían y sus cautos comentarios sobre las pruebas balísticas fueron recibidos con el desdén que sin duda merecían.

—¡No me vengas con eso! —dijo el inspector jefe Klein, que estaba al frente de un destacamento especial encargado de investigar otro asesinato—. ¿Cuántas pistolas puede haber en la calle Disraeli un sábado? ¿Pero cuánto te crees que mide esa maldita calle de un extremo al otro?

Michael no sonrió. Cosas más raras ocurrían. Esperaría a que le respondieran del laboratorio. Entretanto tenía que hablar con el patólogo y pasarse por el hospital Margoa.

A las cinco de la mañana, cuando iba de camino hacia el barrio ruso desde Rehavia, le habían comunicado por radio la aparición de la pistola. Aunque, según le dijeron, no había necesidad de que fuera al hospital, se desvió para volver a la calle Disraeli. En el hospital el policía pelirrojo le dijo que en la pistola (una Beretta del calibre 22, tal como habían pensado) había restos de barro. Habían extraído una bala de la pared de la sección IV de hombres, y probablemente, dijo el pelirrojo esperanzado, encontrarían otra en el cuerpo de la mujer asesinada. Añadió suspirando que la pistola estaba llena de huellas: del doctor Baum, de la enfermera Dvora, del paciente Tubol, y otras aún pendientes de ser identificadas. Pero, «debido a las circunstancias», explicó, algunas huellas serían difíciles de examinar.

De toda la información facilitada por la base de datos informatizada de la policía, lo que más había impresionado al policía pelirrojo era que la pistola perteneciera a Joe Linder, que había sacado la licencia correspondiente en 1967. El barro le tenía preocupado, añadió, pero no podrían saber nada con seguridad hasta que el informe balístico estuviera completo.

Michael miró a su alrededor. La luz comenzaba a iluminar el cielo y pudo apreciar el tamaño del jardín del hospital, así como calcular la distancia que había hasta la calle, la altura de la valla y la distancia hasta el edificio del Instituto. Encendiendo un cigarrillo, expuso sus conclusiones provisionales al pelirrojo, que expresó su conformidad diciendo:

—Sí, alguien debe de haber tirado la pistola al jardín desde fuera, tal vez incluso

desde un coche en marcha. Y la enfermera dice que el paciente salió al jardín. Pero tendremos que comprobarlo.

Obtener la menor información de Tubol resultó imposible. Todos los pacientes seguían sedados y Baum también estaba dormido. La única alternativa era regresar más tarde, dijo Michael, y llevar a Baum a la comisaría para interrogarlo cuando se recuperase.

Sentado en su despacho del barrio ruso, un cubículo donde apenas si cabían dos sillones, un escritorio y un archivador situado al final del curvo pasillo de la segunda planta, Michael echó un vistazo a su alrededor y se preguntó por dónde habría que empezar.

Tzilla entró sin llamar a la puerta, como era su costumbre, y le sugirió que empezara por tomarse el café y los bollos que le dejó sobre la mesa; ya habría tiempo para todo lo demás. Pero, agotado como estaba por la falta de sueño, Michael sintió que se derrumbaría si bajaba la guardia un solo instante y comenzó a marcar el teléfono del patólogo mientras daba un primer sorbo al café. Le dijeron que los dejara en paz, que acababan de empezar; ya lo llamarían cuando tuvieran algo que decirle. Todo parecía indicar que Neidorf seguía en el mundo de los vivos entre la noche del viernes y la mañana del sábado, pero aún no podían asegurar nada.

—Debería haber ido yo. Eli los trata con demasiada suavidad, no los presiona bastante —pensó Michael en voz alta mientras cortaba la llamada al Instituto de Investigación Criminal y marcaba el número del laboratorio de balística. Como la línea estaba ocupada, pegó un mordisco a un bollo recién hecho a la vez que buscaba la maquinilla de afeitar eléctrica en el cajón de su escritorio.

A Tzilla no le sorprendió ver cómo el inspector jefe Ohayon comenzaba a afeitarse con una mano mientras con la otra seguía sujetando el auricular del teléfono. Sabía cuánto le fastidiaban sus limitaciones, entre ellas el hecho de no encontrar nunca tiempo para los asuntos «periféricos» como comer, beber y afeitarse mientras estaba ocupado en un caso. Y nada le molestaba tanto como ir mal afeitado.

Tzilla se ofreció a volver a llamar al laboratorio, y cuando consiguió comunicar, Michael ya había terminado el primer café de la mañana, la mitad del bollo y el afeitado.

El barro de la pistola, le informaron, era idéntico al del terreno que rodeaba el hospital. Alguien la habría cogido de allí; incluso cabía la posibilidad de que hubiera estado enterrada en algún arriate antes de que la encontrasen. Tenía montones de huellas dactilares; sería imposible obtenerlas todas. Ya habían identificado las de Baum y las de Tubol. Sí, estaban esperando la bala del cadáver; hasta entonces no podían emitir ninguna conclusión. Estaba con ellos uno de los muchachos de Identificación Criminal. El Instituto de Investigación Criminal les

había comunicado que les enviaría la bala aproximadamente dentro de una hora y, hasta entonces, Michael tendría que armarse de paciencia y esperar. Además habían leído la prensa de la mañana, le dijeron.

¿Qué decía la prensa?, preguntó Michael con cautela. ¿Quería enterarse de los titulares o prefería que se la leyeran de cabo a rabo por teléfono? Michael contestó que no se tomaran la molestia y colgó, mientras le preguntaba a Tzilla si había leído las noticias. Tzilla se inclinó hacia el gran bolso de mano que había dejado en el suelo y sacó de él un periódico.

En la primera página se ofrecía una descripción del edificio del Instituto y de la calle Disraeli; había una foto de Michael, a quien llamaban «un investigador estrella, segundo de a bordo en el departamento de Investigación de Jerusalén»; e información sobre el «caso». No se facilitaba ningún nombre.

—Demos gracias a la misericordia divina —dijo Michael en voz alta. Una psicoanalista veterana..., muerte violenta..., desconcierto de la policía... a lo largo del día se darían a conocer la fecha y el lugar del funeral, eso era todo.

El teléfono sonó y Michael oyó la voz de Eli Bahar, que había asistido a la autopsia. Le informó de que no se habían descubierto señales de resistencia y por el momento la causa de la muerte parecía ser un disparo en la sien realizado a quemarropa, aunque no a una distancia tan corta como para suponer que se tratase de un suicidio. Probablemente la muerte se había producido, dijo Eli dubitativamente, entre las siete y las nueve de la mañana del sábado.

—Ahora mismo están terminando y, en cuanto hayan acabado, iré personalmente a llevar la bala a balística —y Michael percibió un temblor en la voz de Eli.

A Michael tampoco le gustaba asistir a las autopsias. Luego pasaba horas horrorizado por la frialdad con que el forense había trazado una cruz con el escalpelo, abriendo el torso de arriba abajo y de lado a lado para dejar al descubierto sus órganos internos, como si fuera un pollo.

Eli Bahar era un inspector de la Unidad de Grandes Delitos. Él y Tzilla habían trabajado con Michael durante varios años, hasta que a éste lo nombraron subdirector del departamento de Investigación un par de años atrás. Desde entonces había pasado más tiempo dedicado a los papeleos que a la investigación de campo. Cuando lo nombraron jefe del equipo especial a cargo del caso Neidorf, se dio por hecho que Eli y Tzilla colaborarían con él. A Tzilla la habían nombrado coordinadora del destacamento, pero los hábitos adquiridos a lo largo de varios años militaban en contra de una demarcación estricta de las responsabilidades, y Michael sabía que al igual que se había presentado en casa de Neidorf la noche anterior también estaría a su lado hasta que concluyera la investigación.

Michael le pidió a Tzilla que informara a Hildesheimer de que el entierro se podría celebrar al día siguiente, que era lunes.

—Déjales que decidan el lugar, y dile que haga el favor de comunicárselo a la

familia y a quien haga falta. Le prometí que se lo diría en cuanto fuera posible –y encendió un cigarrillo.

Tzilla se abalanzó hacia el teléfono pero, antes de que comenzara a marcar, Michael le pidió que se marchara a otro sitio. Cuando ella le replicó que adónde quería que se fuera exactamente, el inspector jefe le dirigió una mirada fulminante y le preguntó si necesitaba ayuda para moverse. Para Tzilla no era ninguna novedad el mal humor de Michael cuando le esperaba una dura jornada de trabajo después de una noche en vela, sin haber podido ducharse ni afeitarse como es debido, y ya se disponía a irse antes de que las cosas empeoraran cuando Joe Linder apareció en la entrada y dijo que quería hablar con «el señor Ohayon».

–El inspector jefe Ohayon –le corrigió Tzilla, y se apartó para dejarlo pasar. Linder entró en el despacho y ella salió pegando un portazo a sus espaldas.

Joe Linder dejó caer su menudo cuerpo en un sillón, se desabotonó el abrigo a la vez que exhalaba un suspiro y, echando un vistazo a su reloj, comentó que disponía exactamente de una hora antes de su próxima cita con un paciente. Para ir directamente al grano, estaba allí para informar de la desaparición de una pistola.

Michael continuó fumando tranquilamente y Joe, a quien las oscuras bolsas que tenía bajo los ojos le daban un aire abatido a la par que disoluto, miró de reojo el despachurrado paquete de tabaco que había sobre una esquina del escritorio. Michael le ofreció un cigarrillo y, después de encenderlo, Linder comenzó a explicar, sin que le hubieran preguntado nada, que estaba convencido de que, si no hubiera sido por la muerte (escogió ese término después de corregirse tras haber empezado a pronunciar la palabra «asesinato»), habrían pasado varios meses antes de que se diera cuenta de la desaparición de la pistola. Nunca la había utilizado ni había tenido la menor intención de hacerlo. Pero la noche de la víspera no lograba conciliar el sueño y la Providencia había guiado su mano (aquí esbozó una sonrisa forzada) hacia el cajón de la mesilla de noche, donde descubrió la ausencia de la pistola.

Michael, que el día anterior había encontrado un momento para leer el relato escrito por Linder sobre lo que había hecho la noche del viernes y el sábado por la mañana, recordaba que el viernes había tenido invitados en casa hasta la madrugada y que el sábado había estado con su hijo desde las seis de la mañana hasta que se marchó al Instituto.

Le preguntó qué tipo de pistola era y recibió una respuesta con detalles históricos y culturales incluidos. (Se la había comprado un amigo, un militar, en 1967, después de que un joven árabe, que alegó que estaban persiguiéndolo, irrumpiera en su casa, cuya puerta nunca cerraba con llave. Aquella aparición había aterrorizado a la que entonces fuera su novia y Joe se hizo con la pistola pensando en ella. Por eso era un arma de aspecto tan femenino; en realidad era una obra de arte, con la culata nacarada y tallada a mano. De hecho su amigo se la había

comprado a un marchante de arte, que era quien había encargado el chapeado y las tallas.)

Adoptando unos modales formalistas, Michael extrajo un impreso del cajón de su escritorio y le preguntó a Linder qué características técnicas tenía el «arma de fuego». Joe sacó de su cartera una licencia de armas para una pistola Beretta del calibre 22, donde se especificaba el número de serie.

A continuación, Michael preguntó qué había llevado al doctor Linder a pensar que su pistola estaba relacionada con la muerte acaecida en el Instituto. Joe se encogió de hombros, abrió la boca para decir algo, cambió de opinión y terminó por responder que no lo sabía. Sencillamente lo pensaba.

Michael examinó la licencia y preguntó cautamente, mientras garrapateaba algo en el impreso que tenía delante, en qué momento preciso había visto el doctor Linder la pistola por última vez.

La respuesta arrancó con una referencia al insomnio y al dolor de espalda. Luego Joe dijo disculpándose:

—Tal vez esto le parezca irrelevante, pero lo cierto es que es estrictamente relevante, ya que si reparé en la desaparición de la pistola fue sólo por el hecho de que estaba buscando las pastillas para dormir; además, la manera de saber hasta cuándo seguía en su sitio está directamente relacionada, en mi opinión, con la última vez que tomé esas pastillas, y de hecho recuerdo muy bien cuándo fue —después Linder le contó que hacía un par de semanas había celebrado una gran fiesta en su casa. Aquella noche no le hizo falta tomar nada para dormir y, a partir de entonces, resolvió dejar de tomar somníferos porque, tal como el doctor Rosenfeld había señalado con acierto, estaba desarrollando una dependencia con respecto a ellos—. En mi calidad de analista quizá no debería decir esto, pero en última instancia el hombre es una criatura con escasa fuerza de voluntad y, posiblemente como consecuencia de la tragedia de ayer, no me mantuve fiel a mi resolución.

Michael no prestó la menor atención al tono íntimo y sincero que Linder había adoptado al hablar de la pistola, y que se intensificó cuando abordó la cuestión del insomnio. Si lo había comprendido bien, dijo, la última vez que el doctor Linder había visto la pistola fue la noche anterior a la de la gran fiesta que había mencionado.

Linder asintió con la cabeza y dijo que no era necesario que le llamara «doctor» cada vez que se dirigía a él.

—En el fondo soy un impostor: no soy médico, y tampoco cursé estudios de psicología ni de psiquiatría en su día.

Era fácil comprender que un hombre de ese tipo despertara recelos en Hildesheimer, pensó Michael, acordándose del comentario del anciano con respecto a la única excepción a la norma. Había algo molesto en la sinceridad expansiva y

exagerada de aquel hombre; era como si estuviera diciendo: «Mire, no he tenido reparo en mostrarle todos mis defectos. No me queda nada peor que confesar, así que acépteme como soy, por favor».

Probablemente las mujeres se sentirían atraídas por un hombre como él, que en Michael despertaba todos sus instintos depredadores. Bajo aquella fachada de patetismo, Michael presentía la existencia de trampas y peligros. Sin alterar su expresión, le preguntó dónde había pasado exactamente la noche del viernes y las primeras horas del sábado por la mañana.

Linder echó una ojeada a su reloj y dijo que para llegar a tiempo a la cita con su próximo paciente tendría que marcharse ya.

En el tono más formal de su repertorio y con la urbanidad de un funcionario británico, Michael le explicó que no podía permitirle marcharse y le sugirió que anulara todas las citas que tuviera por la mañana. La reacción fue virulenta. Linder farfulló algo sobre «este país», donde te extorsionan por portarte como un buen ciudadano y donde la única manera de sobrevivir es «cerrar la boca y ocuparte de tus asuntos», y luego le espetó a Michael que cómo demonios pensaba que iba a informar a sus pacientes de que sus citas se habían anulado en el último minuto; después de los titulares aparecidos aquella mañana en la prensa, probablemente ya estarían histéricos, y, además, ¿es que aquello era tan urgente?

Llegados a ese punto, Michael le informó de que la descripción de la pistola que había perdido coincidía con la de una pistola descubierta en las inmediaciones del Instituto, y que también tenían el mismo número de serie. Su tono de voz seguía siendo reposado y formal. Con expresión impasible añadió que, a buen seguro, el doctor Linder comprendería hasta qué punto estaba implicado en la investigación y por qué resultaba imposible prescindir de su presencia en aquel momento. Entonces sonó el teléfono.

Lo llamaban desde el laboratorio de balística, con la noticia (oficiosa, claro está) de que la pistola era, con toda probabilidad, la misma con la que habían matado a Neidorf. Esa probabilidad aumentaría, dijeron, cuando recibieran la bala, y dentro de una semana se emitiría el informe oficial. Michael no pronunció una sola palabra durante toda la conversación, a excepción de un «gracias» al final. Tampoco desvió la mirada de Linder, a quien se veía excesivamente tenso. Le temblaban las manos y tenía el semblante pálido, más pálido que cuando había entrado en el despacho.

Con voz cascada, Linder preguntó si podía hacer una llamada. La pregunta le sonó conocida a Michael, así como el tono, y, mentalmente, tomó nota de que debía informarse sobre la llamada telefónica que Linder había hecho desde el Instituto el día anterior.

Linder marcó un número y estuvo hablando largo y tendido con una mujer llamada Dina. Le dictó varios nombres y números de teléfono y le pidió que anulara las citas. Le indicó que colgara un cartel en la puerta para avisar al paciente

de las diez si no lograba ponerse en contacto con él y que atendiera a quienes llamaran a la puerta aunque no fueran a verla a ella. Tendría que decirles a sus pacientes que estaba sano y salvo, pero que los designios divinos le habían impedido acudir al trabajo. Al decir esto dirigió una mirada burlona y ofendida a Michael, quien, sin pestañear, se acarició la mejilla, palpando la barba mal afeitada y diciéndose que detestaba las maquinillas eléctricas.

–En el barrio ruso –contestó Linder, conciso y seco, cuando le preguntaron algo. Luego añadió–: Muchas gracias –y colgó el auricular.

Michael repitió la pregunta que le había hecho antes y Linder refunfuñó:

–¿Quiere una coartada, como en las novelas de detectives? –y encendió un cigarrillo extraído de un paquete que llevaba en el bolsillo sin ofrecerle otro a Michael. Mientras lo encendía protestó–: Pero si ya lo tiene todo por escrito; ayer lo expliqué todo. ¿No se acuerda?

Michael no reaccionó.

–El viernes por la noche vinieron a cenar a casa unos amigos. No salí en ningún momento; soy el cocinero de la familia. Se marcharon hacia las dos de la mañana, dos horas tarde, en mi opinión. Para mí no tenían ningún interés, eran colegas de mi mujer.

Michael le pidió los nombres y teléfonos de los invitados y lo anotó todo cuidadosamente. Las grabadoras no siempre eran de fiar. Al final preguntó:

–¿Qué cenaron?

Linder clavó en él una mirada incrédula y ofendida, pero como Michael no retiró la pregunta terminó por decir:

–De primero, tomates rellenos; de segundo, pierna de cordero con arroz y piñones; ensalada de lechuga... ¿Tengo que continuar?

Michael, que estaba anotándolo todo concienzudamente, hizo un gesto de asentimiento sin desviar la vista de Linder, que prosiguió diciendo:

–Macedonia de frutas, y café y tarta, claro está. ¿Quiere saber también qué vino tomamos?

–No es necesario –dijo Michael sin reaccionar ante aquel sarcasmo–. ¿Y después, cuando se fueron los invitados?

–Después era tarde. Daniel no lograba conciliar el sueño, no sé por qué. Quizá está incubando alguna enfermedad. Daniel es mi hijo. Tiene cuatro años. Dalya, mi mujer, estaba dormida, y me tocó a mí ocuparme de él. Estuve con Daniel casi hasta las diez. Dalya seguía dormida, nunca tiene problemas para dormir.

–¿Dónde estuvo con él? –preguntó Michael, como si la pregunta estuviera impresa en el informe que tenía delante.

–¿Dónde cree que estuve desde las seis de la mañana? Primero en casa: jugando, contándole cuentos, desayunando. Después en el jardín. Hacía frío –en ese punto se embarcó en una digresión sobre el dolor de espalda y lo difícil que resulta jugar

a la pelota cuando te duele la espalda; y luego en una descripción pormenorizada de cómo se sentó en un tocón para coger la pelota.

El deje de hostilidad había desaparecido de la voz de Linder. Una vez más, empezó a facilitar detalles que no le habían sido solicitados de una manera amistosa y humorística, como si quisiera cooperar con la mayor solicitud posible.

En cierta ocasión el psicólogo de la policía le había comentado a Michael, mientras tomaban algo en el café de la esquina, que algunas personas tienen un sentido de la culpabilidad omnicomprendivo. Sienten la necesidad de inculparse y, por ello, se comportan como Raskolnikov, «aunque no hayan cometido ningún delito. Necesitan congraciarse», explicó el psicólogo. Viendo a Linder, Michael se recordó a sí mismo que los psicoanalistas son seres humanos que han realizado unos estudios determinados y que eso no les confiere un dominio completo ni una consciencia absoluta de sus motivaciones. Fuera de las horas de trabajo y convertidos en objeto de una investigación, no hacían mejor papel que cualquier otra persona.

Interrumpió a Linder, que había abordado el tema de las relaciones entre padres e hijos en general, preguntándole:

—¿Y quién lo vio con su hijo?

Linder dijo que en su edificio sólo había cuatro pisos y que no sabía si alguien se habría asomado a la ventana y los habría visto.

—Espere un momento, por favor —dijo Michael, levantándose, y se marchó a buscar a Tzila. La encontró en la habitación de al lado, donde solían celebrar las reuniones matinales, y le pidió que llamara a la mujer de Linder al Museo de Israel, donde trabajaba, y se informara sobre lo que habían hecho el viernes por la noche y el sábado por la mañana—. Llévate esto..., es la versión de Linder. Y después habla con los vecinos. Coge un coche, tendrás que ir al museo y después a Arnona, que está en la otra punta de la ciudad. Quiero que hayas terminado con los vecinos para cuando él llegue a casa.

Después volvió a su despacho, donde encontró a Linder con la mirada perdida en el vacío. Rápidamente se sentó detrás de su escritorio y le preguntó cómo había sido su relación con la doctora Neidorf.

Linder comenzó a hablar con creciente inseguridad, midiendo sus palabras y escogiéndolas con cuidado. Era evidente que se trataba de un tema que le había dado muchos quebraderos de cabeza y para el que nunca había encontrado una solución que le satisficiera. Terminó por reconocer que no se le podía contar entre los admiradores de la doctora. De lo que dijo se desprendía con claridad que nunca se habían tenido un gran afecto.

Sin cambiar de tono, Michael le preguntó cómo había sobrellevado el hecho de que la doctora Neidorf fuera, con toda evidencia, la persona que sustituiría al profesor Hildesheimer en la presidencia del Comité de Formación.

Linder lanzó una carcajada. Felicitó a Ohayon por su intuición para los asuntos mundanos. Pero no había que sacar las cosas de quicio. Aunque, ciertamente, el Comité de Formación era un organismo muy importante, que formulaba la política de la institución e imponía las normas, su importancia no era tanta como para que mereciera la pena cometer un asesinato con objeto de llegar a presidirlo. Sea como fuere, añadió en tono más serio, no creía que nunca lo llegaran a nominar para formar parte del Comité, aun cuando Neidorf no lo presidiera. Detectando un dejo de amargura en la respuesta, Michael preguntó por qué.

Linder inspiró profundamente y suspiró. Comenzó a decir que determinados asuntos internos relacionados con la profesión resultaban difíciles de explicar, pero Michael, que para entonces ya era capaz de predecir las reacciones de Linder, se quedó callado, y el psicoanalista, incapaz de soportar el silencio, se embarcó en una explicación pormenorizada de lo que denominó las «diferencias profesionales con respecto a la visión de las cosas y a otros asuntos» que lo separaban de los que llamó, irónicamente, «los pilares del Instituto». También utilizó la expresión *enfant terrible*.

Consultando una vez más su reloj, Linder comentó que a los pacientes no les gustaba que sus citas se anularan sin previo aviso.

–Les crea tensión y ansiedad –le explicó a Michael, que se sorprendió ablandándose un poco y diciendo que lo sentía, pero que a veces era inevitable y que, tal vez, podrían volver al momento en que había desaparecido la pistola. Entonces Linder se apresuró a corregirle, diciendo que de ninguna manera podría asegurar en qué momento concreto había desaparecido. Lo único que sabía era que la noche anterior a la fiesta la pistola estaba en el cajón, y que desde entonces no había vuelto a abrirlo. A petición de Michael dibujó un plano de su piso y le mostró dónde estaba el dormitorio.

–¿Quién estaba al tanto de que tenía usted una pistola? – preguntó Michael mientras cogía la pluma, sólo para volver a dejarla sobre la mesa al oír que Linder le respondía:

–¿Y quién no estaba al tanto?

Después se justificó explicándole que, como la pistola era una obra de arte, se la había enseñado a mucha gente, y que, aun cuando no la enseñaba, solía hablar de ella, contando cómo y por qué había llegado a adquirirla.

Michael le pidió una lista de los invitados que habían asistido a la fiesta. Había dado por hecho que se trataba de una fiesta común y corriente, y sintió que los músculos se le tensaban cuando Linder dijo que había sido una fiesta un tanto especial. A instancias del inspector, Linder empezó a describirla. Después de que un candidato «presentara su caso» y de que se realizara la votación, tenían la costumbre de celebrar una fiesta en su honor; por lo general la persona que había ingresado en el Instituto más recientemente organizaba la fiesta del nuevo

miembro. Éste era el encargado de hacer la lista de invitados, que en realidad incluía a todo el mundo, y especialmente a todos sus compañeros de clase o de curso.

En esta ocasión, el último de los candidatos convertido en miembro del Instituto no podía celebrar la fiesta porque su casa era demasiado pequeña, y dado que él, Linder, había llegado a tener una relación particularmente buena con la clase en cuestión, y que a Tammy casi la consideraba una más de su familia, se ofreció a organizar la fiesta. No era una fiesta sorpresa y todo el mundo procuraba no faltar. La popularidad de un candidato se medía por el número de personas que asistían a su fiesta. Sí, también se invitaba a gente que no pertenecía al Instituto, pero no a muchos, sólo a los amigos de confianza. A la fiesta de Tammy sólo invitaron a su íntimo amigo Yoav. De hecho, Linder llegó a ser supervisor de Tammy por mediación de Yoav. Una coincidencia curiosa, porque fue precisamente Yoav quien le compró la pistola en 1967, aunque no tenía otro punto de conexión con el Instituto que no fuera ése, su gran amistad con Tammy y con Linder. Una sonrisa furtiva pasó por el rostro de Linder, que había recobrado algo de color.

—A él todo esto le parecen tonterías —dijo.

Michael le preguntó a quién había telefoneado desde el Instituto.

—A Yoav —reconoció Linder. Eran muy amigos— ...y lo había invitado a tomar unas salchichas regadas con cerveza para matar el regusto de la conferencia del sábado por la mañana y de la reunión del Comité de Formación, pero, dadas las circunstancias, tuve que cancelar la cita —llegado a ese punto, Linder señaló que Michael era un tipo peligroso y le preguntó cómo podía acordarse.

A modo de respuesta, Michael le preguntó a Linder si le resultaba difícil acordarse de la información relacionada con los problemas de sus pacientes.

Linder se rió a carcajadas y comentó que, aunque nunca había pensado que ambas cosas, la investigación policial y el psicoanálisis, fueran áreas relacionadas, no le faltaba razón.

Michael empuñó la pluma y volvió a preguntar quién había asistido a la fiesta. Linder respondió que, si Ohayon tenía mucho interés, seguramente podría recordar todos los nombres, pero que tenía una lista completa y exacta en su clínica, y añadió sarcásticamente que, si algún día se le permitía volver allí, tendría mucho gusto en ponerla a disposición del inspector jefe.

—¿Por qué tiene una lista? —preguntó Michael receloso—. ¿No le parece extraño hacer una lista de los invitados a una fiesta?

—Ah —dijo Linder—, es que no era una fiesta normal, aunque al final estuvimos bailando; en realidad era una cuestión de trabajo, y Tammy me dictó la lista de personas a las que quería que invitara.

Michael se levantó y le dijo a Linder que iba a acompañarlo a identificar la pistola, que, de momento, se quedaría en manos de la policía («¿Como prueba para

el juicio?», preguntó Linder cándidamente, y a Michael empezó a caerle bien), y que después irían a su clínica a buscar la lista de invitados.

Se dirigieron a la clínica en el coche patrulla del inspector, lo que suscitó en Linder un regocijo infantil, derivado, según confesó, de su deseo de despertar de su autocomplacencia a los habitantes burgueses de Rehavia con un buen sobresalto.

La clínica estaba en una calle tranquila y flanqueada por hileras de árboles y Michael podía imaginar claramente cómo estaría amueblada. Linder no cesaba de expresar en murmullos la perplejidad que le causaba que la pistola que habían descubierto hubiera resultado ser la suya.

En la puerta encontraron la nota que Linder le había dictado por teléfono a la persona con la que compartía la clínica. En respuesta a una pregunta de Michael, el analista le explicó que su compañera estaba en la recta final de su preparación, pendiente de que el Comité de Formación la admitiera como miembro del Instituto. Entre todos los psicoanalistas veteranos, él era el único que no mantenía estrictas distinciones de clase, porque no veía nada malo en compartir su clínica con una candidata a punto de concluir su formación. No obstante, reconoció, había esperado a terminar de supervisarla antes de llegar a ese arreglo.

—Tampoco veo nada malo en mantener una relación estrecha con mis supervisados —se apresuró a añadir—, sobre todo cuando son mujeres tan guapas como ella.

—¿Y qué me dice de los pacientes? —preguntó Michael.

—Ah, los pacientes... Ésa es otra historia totalmente diferente. Aunque, según los criterios de Hildesheimer, con ellos también me paso mucho de la raya —dijo Linder en tono desafiante.

Tomaron asiento en sendos sillones, separados por una mesita sobre la que había una caja de pañuelos de papel y un cenicero. En un rincón de la habitación estaba el diván, con una alfombrilla de plástico a sus pies y el sillón del psicoanalista detrás. Los cuadros de las paredes eran de tonos suaves y el escritorio oscuro y macizo.

Michael caviló si habría algún manual donde se especificaran las reglas para amueblar los gabinetes psicoanalíticos. Las diferencias entre las personalidades de sus dueños sólo se expresaban a través de la combinación de colores. En este caso el diván estaba cubierto con una tela negra. Michael sonrió al pensar que había otras ciento cincuenta habitaciones casi idénticas a aquélla, y formuló ese pensamiento dirigiéndole una pregunta a Linder, que en ese momento regresaba de la cocina trayendo un par de tazas de café. Linder rompió a reír estrepitosamente, con su risa sonora y cordial; cerró la puerta empujándola con el pie, colocó las tazas en la mesita y respondió a la pregunta mientras revolvía el cajón del escritorio, de donde al fin sacó un par de papeles arrugados y garrapateados con letras de gran tamaño.

—No les vaya a decir algo así a los demás, porque no les haría ninguna gracia. No es que no tengan sentido del humor. Lo tienen. Pero no en estos temas —después se puso más serio—. Sí, los gabinetes son bastante parecidos. Pero el tipo de trabajo que hacemos también es muy similar; el paciente que se psicoanaliza siempre se tumba en un diván, de modo que es necesario tener un diván con un asiento detrás. Además, todos los psicoanalistas se dedican también a la psicoterapia, por lo que todos tienen un par de sillones. La mayoría de los pacientes lloran en algún momento, así que hace falta una caja de pañuelos de papel. De todas formas, tiene razón. Nunca había pensado en ello, pero lo cierto es que el asunto tiene mucha gracia.

Michael le preguntó a Linder si podría confeccionarle una lista de todas las personas que habían estado en su casa durante las dos últimas semanas.

Nada más fácil, repuso Linder. Hasta el sábado no habían recibido ninguna visita: Daniel había estado con paperas.

—Y hasta los que ya las habían pasado, tenían miedo de venir.

Michael echó un vistazo a la lista de invitados. La mitad de los nombres, más o menos, estaban tachados, y Linder le explicó que eso significaba que habían aceptado la invitación. Junto a cada uno de los nombres tachados, entre paréntesis, había algún plato o aperitivo anotado, y Linder continuó explicándole que todos los invitados habían acordado traer algo de comer. Michael señaló que, por lo visto, más de la mitad de las personas de la lista no asistieron a la fiesta.

—Sí —dijo Linder—. La gente de Tel Aviv sólo viene a las fiestas de sus compañeros de curso y los de Haifa no vienen a ninguna; además hay unas cuantas personas mayores que nunca asisten: se les invita por cortesía y para guardar las formas. Hildesheimer sólo se presta a asistir a una fiesta cuando no va a estar allí ninguno de sus pacientes ni supervisados, algo que no ocurre nunca; Eva estaba en el extranjero, y no era la única; a finales de marzo se celebraba no sé qué congreso que se habían inventado para deducir los gastos en sus declaraciones de la renta antes del 1 de abril. Pero asistieron cuarenta personas, y eso se considera un número muy respetable.

—¿Sabía alguien dónde guardaba la pistola exactamente? —preguntó Michael.

—Eso no tiene la menor importancia —dijo Linder con expresión sombría—. ¿Qué más da que alguien supiera dónde estaba la pistola? Algunos de los invitados eran casi de la familia, todo el mundo sabe que no tengo caja fuerte, todo el mundo sabe que tengo una pistola... ¿En qué otro lugar podría haberla guardado?

Michael se quedó callado y a la espera.

—Bueno. Yoav sabía en qué lugar exacto estaba la pistola, pero no habría tenido necesidad de esperar a la fiesta... Viene a casa cada dos por tres. Y otros muchos también; además, puede que hiciera algún comentario en voz alta y que alguien me oyera; no puedo recordar todo lo que digo en cada momento —encendió un

cigarrillo, sintió un ligero escalofrío y se levantó a encender la estufa eléctrica. La habitación se había quedado muy fría.

Michael le preguntó si por casualidad recordaba quién había salido del salón y había estado dando vueltas por la casa.

—Todos, todos sin excepción estuvieron paseándose por la casa en todo momento. Los abrigos estaban en el dormitorio y la gente no paraba de entrar y salir para quitárselos, ponérselos, coger algo del bolso o lo que fuera. Tammy se asomó a ver a Daniel, que estaba dormido en nuestra cama, y otros la imitaron. No fue ese tipo de fiesta en que la gente se marcha de golpe y deja cerrada la puerta del dormitorio al salir.

Michael preguntó cautelosamente si Linder sabía algo de las relaciones de Neidorf con los asistentes a la fiesta.

Linder comenzó a hablar pero se interrumpió, tomó un sorbo de café, echó un vistazo a la lista, que Michael sostenía con el brazo estirado, alzó la mirada, y, con un tono distinto, quedo y vacilante, dijo que sabía muchas cosas sobre la gente que había asistido a la fiesta. Sabía quién estaba analizando a los candidatos, quién los supervisaba, pero, en su opinión, nada de eso tenía la menor importancia. Era imposible que cualquiera de ellos la hubiera asesinado. ¿Qué motivo podrían haber tenido?

—Usted no lo comprende —alzó la voz, en la que resonó una nota de convicción apasionada—. Para ellos esa mujer era el paradigma de la perfección. No se podía decir nada contra ella. Ni siquiera me dejaban que bromeara a su costa. Y es inconcebible que un paciente que está analizándose agrede físicamente a su analista. No estamos hablando de psicóticos, de enfermos mentales, con los que todo es posible en teoría. Estamos hablando de personas sanas que tienen problemas personales y están analizándose. Todos los miembros del Instituto se analizan para mejorar sus capacidades profesionales; es un requisito básico de nuestro trabajo.

A través de la pared oyeron el sonido amortiguado de voces y pasos, y el ruido de una puerta abriéndose y cerrándose. Linder explicó que Dina había acompañado a un paciente a la puerta y que, probablemente, el siguiente estaría al caer. El timbre sonó, se oyeron unos pasos y una puerta que chirriaba y, después, se hizo un profundo silencio.

—No, doctor Linder —dijo Michael reposadamente—, por muy doloroso que sea, debo decirle que incluso aquellos a quienes consideramos sanos nos sorprenden a veces. Y precisamente las personas a las que tenemos por modelos de perfección, precisamente ellas..., y usted lo debe de saber mejor que yo..., son en ocasiones el blanco elegido para una agresión. Y, por desgracia, lo que tenemos entre manos es un asesinato, y le estoy pidiendo su ayuda.

Linder fumaba en silencio. Las ojeras oscuras que le sombreaban los redondos

ojos acentuaban su palidez. Sacó un pañuelo de papel de la caja que había sobre el anaquel de la mesita y se enjugó el sudor que le perlaba la frente.

–Mire –dijo Michael–, sólo pretendo que me ayude a reconstruir el programa semanal de trabajo de la doctora, las citas con los pacientes y con los candidatos. Por el momento olvídense de quiénes pueden ser los sospechosos y de a quién puede estar delatando. Concéntrese en su programa de trabajo. ¿Qué le parece?

Linder carraspeó, trató de hablar, volvió a carraspear y lo intentó de nuevo.

–De acuerdo –dijo con voz ronca–, pero estoy convencido de que no los conozco a todos. Sólo a algunos –entonces se le iluminó la mirada y exclamó–: Pero encontrará todos los nombres en el diario de la doctora Neidorf, en sus notas. ¿Por qué perder el tiempo en especulaciones?

Michael le explicó que necesitaría disponer de información sobre las personas; de momento, las notas de la doctora no le interesaban. No comentó nada sobre la visita a su casa.

Exhalando un suspiro, Linder sacó un papel del cajón de su escritorio, se lo entregó a Michael y, con un gesto, le indicó que se trasladara a la silla de madera que estaba a su lado y le dijo:

–Lo mejor será hacer un horario. Eva me comentó muchas veces la sobrecarga de trabajo que tenía. Sé, como muchas otras personas, que trabajaba de ocho a nueve horas al día, salvo los jueves, cuando sólo trabajaba seis, porque por la tarde daba clases en el Instituto. Y los viernes también trabajaba seis horas solamente.

Como un alumno aplicado, Michael trazó un cuadro apuntando días y horas y, después, apoyó la barbilla en la mano y se quedó a la espera.

–Bueno, vamos a ver. Empezaremos por las supervisiones. Sólo una hora a la semana para cada supervisado. No sé los días ni las horas concretos, pero eso no tiene mayor importancia. En primer lugar, Dina recibe..., es decir, recibía... su supervisión, estaba a punto de terminar. Ayer, después de la conferencia, se suponía que debían aprobar su presentación, y también la de otro candidato del curso de Dina; se llama... –Linder sacó un lista impresa de otro cajón y, estirando el cuello, Michael vio que era una relación de los miembros y candidatos, idéntica a la que había encontrado en casa de Neidorf la víspera. Linder la repasó a toda velocidad, hasta que su dedo se detuvo en uno de los nombres–: el doctor Giora Biham –a partir de ese momento, Linder siguió consultando la lista mientras Michael iba apuntando lentamente los nombres en el cuadro que había dibujado. En total, seis supervisados–. Que son muchísimos –dijo Linder, y una nota de amargura afloró de nuevo en su voz. Michael le preguntó por qué–. Mire, Neidorf trabaja..., trabajaba..., cuarenta y seis horas a la semana; lo sé con exactitud. Los domingos trabajaba ocho horas; los lunes, nueve; los martes, seis; los miércoles, nueve; ocho los jueves y seis los viernes. Súmelas. Siempre se tomaba un descanso entre la una y las cuatro, excepto los martes y los viernes, esos días trabajaba sin parar. Seis

supervisados en cuarenta y seis horas no deja mucho tiempo para el psicoanálisis. Cada caso requiere cuatro horas semanales. Y, además, hay que tener en cuenta las psicoterapias..., no demasiadas, ahora mismo vamos a verlo..., cada psicoterapia ocupa dos horas por semana.

Linder volvió a recorrer la lista con el dedo, leyendo nombres en voz alta, y el horario se fue rellenando con la cuidada caligrafía de Michael. Ocho analizados, ocho nombres encajados en cuatro horas a la semana, todos ellos candidatos a ingresar en el Instituto. Quedaban ocho casillas vacías.

–Bueno –dijo Linder–, en esas ocho horas sobrantes quizá analizara a alguien que no conozco, alguna persona ajena al Instituto, pero me resulta difícil creerlo, porque Eva tenía una lista de espera de dos años, y en todo Jerusalén sólo hay cinco analistas instructores, y ella siempre insistía en que había que dar prioridad a la gente del Instituto, porque sería inconcebible exigir unos requisitos a los candidatos sin facilitarles los medios para que los cumplieran. Típico de ella. ¡Siempre tan justa y cabal!

Michael no dijo nada. A lo largo de la mañana había comprendido que la mejor manera de sacarle información a Linder era quedarse callado. El propio Linder se ocuparía de ir despejando incógnitas.

–Por eso, supongo que las ocho horas restantes eran de psicoterapia, a la que los analistas conservadores dedican dos sesiones semanales y los más flexibles tan sólo una. ¿A qué grupo cree que pertenecía la doctora Neidorf? Le concedo tres intentos para adivinarlo.

Michael advirtió que el malhumor de Linder se iba intensificando a medida que rellenaban más casillas con nombres. Había fruncido los labios, como un niño enfurruñado, y estaba tamborileando con irritación sobre la lista de nombres que tenía delante. Michael le preguntó, esforzándose en demostrar el mayor tacto posible, cuántas horas a la semana trabajaba él.

–Las mismas que la doctora Neidorf, e incluso puede que más, unas ochenta y ocho horas a la semana. Pero sólo me ha llegado un caso de análisis a través del Instituto. No soy analista instructor –añadió como si previera la siguiente pregunta–, y los candidatos tienen que solicitar un permiso especial al Comité de Formación para psicoanalizarse conmigo.

La expresión de su rostro disuadió a Michael de profundizar más en aquel asunto de momento. Tomó nota mentalmente de que debía averiguar qué había hecho Linder para que se le incluyera en la lista negra del Instituto. Ya estaba en condiciones de hacer algunas conjeturas al respecto. A Linder se le veía tan infantil y vulnerable que apenas si lograba imaginarlo sentado detrás del diván y escuchando en silencio.

Pero no podía creer que todo se limitara a eso. No después de conocer a Hildesheimer. El profesor debía de tener otros motivos más serios.

–En resumen –dijo Linder alzando la voz–, Eva era analista instructora, supervisora de candidatos y todo lo que pueda imaginarse, y estaba tan solicitada que algunos aspirantes rechazaban a posibles pacientes hasta que Eva tuviera tiempo de supervisarlos. Por eso no puedo creer que estuviera analizando a nadie de fuera, y conozco a toda la gente del Instituto que estaba analizándose con ella. Las ocho horas que quedan debía de ocuparlas en psicoterapias de otras personas, pero, personalmente, no sé de nadie que estuviera sometiéndose a terapia con ella.

Michael dobló en dos la hoja cuadrada de papel y, después, como si se lo hubiera pensado mejor, la desdobló, la extendió sobre la mesa y le preguntó a Linder si podía contarle algo sobre las relaciones de Neidorf con las personas de la lista.

–Sí, por supuesto. Todos besaban la tierra que pisaba. Personalmente, me parecía que había algo deleznable en esa actitud. Es libre de pensar que estoy celoso –añadió defendiéndose de un ataque que Michael no tenía intención de lanzar–, pero eso no altera el hecho de que hubiera algo deleznable en esa actitud. La habían puesto en un pedestal aún más alto que el de Ernst, y, créame, el molde con el que se hacía a las personas como Ernst se ha roto.

Michael tardó un momento en comprender que Linder estaba refiriéndose a Hildesheimer. Miró con curiosidad a su interlocutor, que parecía absorto en el mundo de sus pensamientos íntimos.

–Pero, dejando aparte mis celos, pues no niego que los tuviera –prosiguió Linder–, debo decir que Ernst está dotado de una inocencia, de una pureza de corazón y de una compasión que en Eva Neidorf brillaban por su ausencia. Ya me entiende –dijo con la mirada fija en un punto de la pared de enfrente–, no me refiero solamente a que no tuviera sentido del humor, y créame, no lo tenía; tampoco le inspiraba compasión ningún tipo de anomalía, no, en absoluto.

El inspector jefe preguntó cómo podía haber sido una psicoanalista tan buena y una supervisora tan codiciada si no tenía compasión, ¿cómo se lo explicaba el doctor Linder? Tomó la precaución de plantear la pregunta con un tono de curiosidad e interés, como si no pusiera en duda la certeza de las afirmaciones de Linder.

–Ah –dijo Linder–, ya veo que lo comprende. Sí, tiene usted razón, es imposible realizar bien nuestro trabajo sin sentir compasión, sin ser flexible, claro que sí, pero no me estaba refiriendo a los pacientes, ni siquiera a los supervisados; con ellos sí se mostraba compasiva y flexible: eso es lo que dicen ellos y lo que se hacía patente en los ejemplos clínicos que ofrecía en sus conferencias. Pero yo no estaba hablando de eso. Estaba hablando de algo distinto, de algo difícil de definir. Ya se imaginará –volvió a mirar a Michael– que en nuestra profesión hay multitud de maneras de superar las dificultades de relación a las que nos enfrentamos en la vida cotidiana. En la situación analítica se está muy protegido, se sabe que el paciente está totalmente indefenso. El paciente acude a ti en busca de ayuda, y a veces

sucede lo mismo con los supervisados. Eva veía a sus pacientes y a sus supervisados con sentido de la propiedad. Dentro del marco profesional aceptaba sus errores, pero fuera de él era despiadada. Fíjese, por ejemplo, en el tema de la conferencia que iba a pronunciar el sábado, es más revelador que nada de lo que yo pueda decirle.

Michael miró a Linder y creyó comprender su problema. Había algo atractivo en aquella franqueza gratuita suya, quizá no sólo a los ojos de las mujeres. Pero Neidorf era insensible a esos encantos, y, por lo visto, Hildesheimer también.

—Aparte de la admiración de la que me ha hablado, ¿podría decirme algo más sobre la relación de la doctora Neidorf con las personas de esta lista? —insistió Michael señalando la hoja de papel que tenía delante.

—No se me ocurre nada. Eva solía guardar las distancias.

—¿Y de sus relaciones con la gente de fuera del Instituto? ¿Con sus amigos..., o amigas? ¿Con los hombres?

Por lo que él sabía, dijo Linder, no le parecía que en la vida de Neidorf hubiera habido ningún hombre después de la muerte de su marido. Era una flor con un cartel que advertía: «Prohibido tocar». A pesar de su belleza, tenía un aire asexuado, aunque tal vez fuera cuestión de gustos. Sobre sus amigas y su vida social no sabía nada. No conocía a nadie de fuera del Instituto que tuviera el menor contacto con ella. Y dentro del Instituto..., Hildesheimer. Y quizá también Nehama Zold, del Comité de Formación. Y años atrás antes de casarse tal vez, Voller, que estaba locamente enamorado de ella.

—En realidad nunca ha conseguido superarlo por completo —dijo, y sonrió.

Michael recordaba a Voller, que era otro de los miembros del Comité de Formación. Pensó que también tendría que hablar con él y con Nehama. Tenía la cabeza cargada y el cuerpo dolorido. La atmósfera estaba cargada de humo. Los dos estaban fumando. La gran ventana del gabinete estaba cerrada y la estufa eléctrica despedía un calor desagradable. Pensó que su malestar físico derivaba de la fatiga acumulada. Tenía ganas de irse a casa, de meterse en la cama. Pero se enderezó en el asiento, sacudió la cabeza como si acabara de salir de la ducha y le pidió a Linder que le hablara de la conferencia.

Había copias impresas, a centenares, probablemente, dijo Linder quitando importancia al asunto. Por qué perderse en especulaciones si el inspector jefe Ohayon podía limitarse a leerla; si, como era de suponer, había algo que no comprendiera, porque al fin y al cabo no podía entenderlo todo (pronunció la palabra «todo» con énfasis), él se lo explicaría con mucho gusto.

—Ernst siempre tiene una copia, para revisarla y comentarla antes de la conferencia. Yo ni siquiera la he visto, si es que pensaba usted preguntármelo. No era una persona de su confianza, como suele decirse.

Michael iba a comentar algo al respecto, pero mientras meditaba cómo

expresarlo se oyeron unos pasos y el chirrido de una puerta que se abría y se cerraba. Linder se levantó y, sin pedirle permiso, Michael abrió la puerta de la habitación. Una ráfaga de aire fresco entró desde el pasillo y, a continuación, hizo su aparición la hermosa Dina Silver.

Lo primero que le vino a la cabeza a Michael fue su afeitado. ¿Por qué no se habría afeitado como es debido?

Mientras Linder hacía las presentaciones, Michael advirtió que el semblante de Dina estaba velado por la ansiedad. Se había acostumbrado a ver ansiedad en la cara de la gente que le presentaban mientras estaba de servicio.

—¿Cómo está usted? —dijo Dina, y dirigió a Linder una mirada inquisitiva.

Mientras éste se ocupaba de explicar que el inspector jefe Ohayon había solicitado su colaboración, Michael, sin dejar de advertir que no hacía mención de la pistola, se dedicó a examinar a Dina. El vestido rojo que llevaba, de una tela suave y vaporosa, le pareció demasiado fino para el frío que hacía, pero indudablemente combinaba muy bien con su semblante pálido, sus ojos grises, y su pelo negro, una melenita corta y cuadrada que realzaba la blancura y la fragilidad de su cuello. Tenía los pómulos altos, los labios gruesos, quizá demasiado carnosos, y salvo por los tobillos anchos y bastos, y las manos sin cuidar (Michael se fijó en las uñas mordidas), era una mujer perfecta.

Michael confió en que la admiración que sentía no se trasluciera. Siempre trataba de controlar sus expresiones faciales y se había convertido en un maestro del disimulo. O, al menos, eso decía Tzilla, quien aseguraba que podría hacer una fortuna como jugador profesional de póquer.

Linder le recordó a Michael que Dina se contaba entre los candidatos supervisados por la doctora Neidorf.

—Es la persona de quien le he hablado, cuya presentación iba a votarse el sábado —se interrumpió. Michael lo recordaba. Además, advirtió el cambio de actitud de Linder. La espontaneidad que demostrara durante la última hora había dado paso a la tensión, y la mirada que oscilaba entre él y Dina estaba cargada de dolor. Otra vez volvían a destacar las bolsas que tenía bajo los ojos, inflamadas y oscuras.

Linder le preguntó a Michael si daba por concluida su entrevista con él y Michael repuso «prácticamente», y luego le sugirió a Dina que se uniera a ellos.

—Sólo dispongo de cinco minutos antes de que llegue mi próximo paciente —dijo pausada y suavemente.

Michael insistió.

Dina se sentó en el diván y cruzó las piernas. Michael pensó que unas botas habrían resuelto el problema de sus tobillos. No entendía por qué había escogido los zapatos que llevaba puestos, cuyos tacones altos sólo mejoraban la situación parcialmente.

En respuesta a una pregunta del inspector, Dina dijo que, en efecto, la doctora

Neidorf había estado supervisándola durante cuatro años.

–Teníamos una relación excelente. He aprendido muchísimo de ella y la admiraba enormemente –habló despacio, acentuando todas las palabras y todas las sílabas. Las pausas entre las palabras eran más prolongadas de lo habitual. Pero su voz no expresaba ningún sentimiento.

Linder se había sentado y estaba mirando a Dina. Por la expresión de su cara y por el creciente nerviosismo de su actitud Michael dedujo que él también había notado algo raro en la manera de hablar de la doctora, si bien parecía estar registrando un fenómeno que no le resultaba nuevo.

La supervisión, prosiguió Dina después de una breve pausa, estaba a punto de concluir, siempre y cuando, claro está, el Comité de Formación diera el visto bueno a la presentación de su caso.

Michael preguntó si la expresión «siempre y cuando» quería decir que había alguna duda al respecto.

–Siempre hay dudas –respondió Dina; una respuesta que suscitó la ira de Linder. Tanta modestia estaba de más, dijo cortante. No había ninguna duda y nunca las había habido. Todos admiraban su trabajo; él podía asegurarlo ya que había sido su supervisor.

Dina Silver cruzó las manos y dijo que, fuera cual fuese la situación objetiva, todo el mundo sentía ansiedad llegado el momento de solicitar permiso para presentar un caso. Dicho esto, consultó su reloj.

Michael le preguntó si podía quedarse con ellos un rato más.

–Sólo hasta que suene el timbre –repuso de mala gana.

Michael le enseñó los nombres que había apuntado en el cuadro y le preguntó si conocía a alguien más que hubiera recibido psicoterapia de la doctora Neidorf.

La mano le temblaba tanto que la psicóloga hubo de dejar el papel en su regazo. Examinó los nombres atentamente y después alzó la vista hacia Linder y le preguntó, como si Michael no estuviera allí:

–¿Sabías que trabajaba tantas horas?

Linder asintió con la cabeza y dijo que aunque Neidorf siempre estaba quejándose de eso, por otro lado no lograba resistirse a las presiones. Michael le preguntó a qué presiones se refería.

–Cuando eres un psicoanalista famoso siempre están remitiéndote a gente para que la trates. Los amigos y los colegas te presionan para que, al menos, aceptes a tal o cual persona, y a veces es muy difícil negarse.

Dina Silver volvió a examinar la hoja que tenía en las rodillas y al final dijo que ella misma había remitido a una persona a Neidorf para que la tratara, y que sabía que esa persona había estado acudiendo a sesiones de psicoterapia dos veces por semana, pero que no podía revelar su nombre sin el consentimiento de la doctora. El timbre sonó y Dina se levantó de un salto; después de decirle al inspector jefe

que se pusiera en contacto con ella más adelante si así lo deseaba, salió cerrando la puerta a sus espaldas.

Una vez más se oyeron sus pasos, el sonido de la puerta al abrirse y cerrarse, un murmullo de voces y, después, el silencio, un silencio que nadie rompió, porque Linder había cambiado por completo de humor y, con la cabeza gacha, estaba mirando fijamente un punto situado en el centro de la alfombra que había a los pies del diván.

Michael se vio obligado a preguntarle dos veces si se había acordado de algo más.

—No, no, claro que no —exclamó Linder sobresaltado, aunque su rostro reflejaba un abatimiento y una desesperación de los que antes no se había visto el menor rastro. Michael reflexionó sobre el hecho de que dos personas tan distintas como Neidorf y Linder hubieran estado supervisando a Dina Silver. Luego le preguntó a Linder cómo sobrellevaban los candidatos las diferencias de estilo de sus supervisores.

—No se trata de una simple cuestión de estilo, es una cuestión de la filosofía que se tiene de la vida, de las diferencias de personalidad. Aunque la situación plantea ciertas dificultades, también tiene sus ventajas. Pero Dina no ha tenido problemas. Estoy seguro de que a Neidorf le presentaba informes más exactos que las que me traía a mí. Pero no habrá oído hablar de los informes, ¿verdad?

—No —dijo Michael.

—Una vez por semana los candidatos le presentan al supervisor un informe de las cuatro horas dedicadas a analizar a su paciente. Pero no se pueden tomar notas durante la sesión de análisis. ¿Por qué? Porque Ernst piensa que el terapeuta prestaría más atención a sus notas que a su paciente. ¿Cuándo se preparan entonces, se estará preguntando? Después de la sesión. Escribir esas notas al final de la jornada me parece el peor castigo del mundo. Y, como es lógico, siempre he disculpado a quien de tanto en tanto me traía unas notas muy breves o nada en absoluto. Pero con Eva nadie se comportaba así. Dina me contó que al acudir en cierta ocasión sin ningún informe a la sesión de supervisión, la reacción de Eva fue lanzarse a interpretar los motivos que había tenido para actuar así. Yo le comenté que debería estarle agradecida por haber recibido algo a cambio de nada, pero no creo que nunca más se atreviera a presentarse a supervisión sin haber reseñado sus sesiones como es debido.

Michael le preguntó entonces si tenía una buena relación con Dina y si la candidata había adoptado el «estilo» de Linder.

Linder guardó silencio largo rato. Cuando al fin respondió, lo hizo con amargura. Sus relaciones con Dina habían cambiado. Hubo un tiempo en que él era su apoyo y su consuelo, la persona a la que Dina confiaba las dificultades que tenía con los pacientes, así como sus problemas profesionales y personales. Pero a lo largo del último año se había ido distanciando de él. Le hablaba menos de sí

misma. Mientras la sombra de una sonrisa cruzaba su rostro, Linder dijo que, por lo visto, Dina se había hecho independiente, había madurado, eso era todo, y a él le resultaba difícil aceptarlo.

No es sólo eso, pensó Michael. Hay algo más. Quizá Linder ya no está seguro de tenerla de su parte. Tal vez piensa que se ha pasado al bando de Neidorf, o algo por el estilo.

El nombre de Dina Silver estaba en la lista de invitados a la fiesta, con la palabra «ensalada» escrita a lápiz a su lado, en una letra pequeña que no era la de Linder.

Sí, respondió Linder a la pregunta de Michael, Dina había estado en la fiesta. Y había llevado la ensalada, desde luego. No, no sabía si había entrado en el dormitorio. Aunque, sí, claro que había entrado. Su abrigo: recordaba que la había ayudado a quitárselo y lo había dejado en el dormitorio, pero no recordaba haberlo ido a recoger después. No obstante, Michael estaba sobre una pista falsa. Ya la había visto con sus propios ojos... Las armas de fuego y los disparos no combinaban bien con tanta fragilidad, por no hablar del móvil del asesinato. ¿Qué móvil podría haber tenido Dina?

No, no sabía lo que Dina había hecho el viernes por la noche ni el sábado por la mañana. Probablemente habría desayunado al aire libre en su gran jardín. Se había casado con un pez gordo, todo un magnate; Linder no estaría dispuesto a jurar que Dina no se había casado para que la cuidaran y mimaran durante el resto de sus días. Su marido era archiconservador, un juez. ¿Quizá Michael había oído hablar de él?

Michael había oído hablar de él, e incluso lo conocía personalmente. Un hombrecillo seco y pedante. Y, en efecto, era archiconservador. Uno de los jueces más estrictos que nunca se hubieran visto en su jurisdicción. No podía imaginar a esa mujer joven y guapa compartiendo cama con el hombre al que todos llamaban «el Mazo», porque no soportaba el menor ruido en la sala del tribunal y siempre estaba dando mazazos. Michael calculó que el juez debía de sacarle cuando menos diez años a su mujer. Sin disimular su curiosidad, le preguntó a Linder cuántos años tenía Dina.

—Ah, a usted también le interesa. Sepa que no es el único —Linder sonrió y respondió que había cumplido treinta y siete hacía un mes, y que, como no fuera por el dinero, tampoco él comprendía qué estaba haciendo con aquel «carcamal». Pero Dina no se había psicoanalizado con él ni tampoco le había dado pie para hablar del tema en ninguna ocasión. Se había psicoanalizado con el gran hombre en persona, le informó a Michael sin necesidad de que se lo preguntara. Después consultó su reloj y dijo que tenía que irse a recoger a Daniel a la guardería. Ya eran cerca de las doce.

Se levantó, apagó la estufa, recogió las tazas y acompañó a Michael a la puerta. Se le veía cansado y hundido.

Linder estaba tan preocupado por lo que tenía en la cabeza que ni siquiera advirtió que, al atravesar Rehavia de regreso al barrio ruso, Michael dio un rodeo para pasar junto a la casa de Hildesheimer. La Peugeot estaba en su puesto, con las cortinillas echadas; uno de sus hombres estaba junto al capó abierto y otro sentado junto a la ventanilla que daba a la puerta principal de la casa del anciano.

Mientras Joe Linder se bajaba del coche la radio comenzó a emitir un sonido crepitante. El jefe lo estaba buscando, quería verlo en su despacho inmediatamente, estaban esperándolo, dónde demonios se había metido, le preguntó una voz familiar desde el Centro de Control.

–No tardo ni un minuto en llegar –respondió Michael mientras aparcaba el coche junto a la iglesia griega ortodoxa, cuya cúpula le llamó la atención por su tono verde apagado. Se le antojó que el verde dorado de la cúpula estaba desvaneciéndose al mismo ritmo que las esperanzas de las familias árabes que aguardaban acucilladas junto a la tapia que rodeaba la iglesia y junto al viejo edificio de piedra del tribunal.

Subió las escaleras de dos en dos y se dirigió directamente al despacho del comisario jefe, el mayor del edificio. En la pequeña antesala cogió la mano de la secretaria de tal manera que ella pensó que se la iba a besar. Se inclinó y se la besó, aunque no había tenido intención de hacerlo, y le comentó algo sobre su nuevo y atrevido esmalte de uñas. Una parte de él estaba observando burlonamente la escena, que parecía sacada de una película de James Bond. Pero a pesar de su ironía, siempre se preocupaba de estar en buenos términos con las secretarias. Era la niña de los ojos de todas las mujeres del Control. No le hacía falta hacer promesas ni decir mentiras, le bastaba con ser agradable y escuchar lo que le contaban para recordarlo cuando las viera la próxima vez. Las trataba con una actitud bastante paternalista y, a veces, sin saber por qué, le inspiraban pena. No era una actitud calculada (sus pequeñas atenciones surgían espontáneamente) pero, ciertamente, de ella se derivaban algunas ventajas. En aquel momento Gila, la secretaria del comisario jefe, le entregó un gran sobre marrón.

–Eli Bahar te lo ha dejado aquí.

Michael abrió el sobre y sacó de él el informe del laboratorio de patología y una nota de Eli resumiendo lo que le habían explicado en el Instituto de Investigación Criminal.

–Tendrás que esperar un par de minutos. El jefe está hablando por teléfono. Ven, siéntate si quieres –dijo Gila a la vez que retiraba una abultada carpeta archivadora de la silla que había junto a su mesa.

En el informe, Michael encontró todo lo que esperaba encontrar: una fotografía de la difunta sentada en el sillón, un bosquejo que mostraba su posición exacta, un primer plano de la herida, una descripción del ángulo de tiro. Hojeó rápidamente el informe del forense, que situaba la muerte de la doctora entre las siete y las nueve

del sábado por la mañana; habían encontrado restos del desayuno en su estómago. Michael detestaba aquellas estimaciones concernientes a la hora de la muerte basadas en el contenido del estómago. Por otra parte, desconfiaba de su precisión. También habían tenido en cuenta la temperatura de la habitación y la postura del cadáver. El informe estaba plagado de términos médicos, que Michael había aprendido a pasar por alto, y de consideraciones sobre la distancia a la que se había efectuado el disparo.

La información adicional, en una hoja aparte, tenía todo el aspecto de haber sido recogida por Eli al dictado de algún empleado del Instituto de Investigación Criminal. No se habían descubierto huellas dactilares claras en el cuerpo de la víctima, pero había huellas de guantes en su mejilla y en su mano. Todo parecía indicar que la víctima ya estaba muerta cuando la colocaron donde había sido encontrada. Había indicios de que el cuerpo había sido arrastrado desde la puerta al sillón, pero no se había descubierto ningún rastro de sangre. En la habitación se había encontrado un hilo azul cerca del cadáver, un hilo que podría haberse caído de una prenda de vestir. Las palabras «estimado», «probable» y «presumible» salpicaban toda la explicación. Desde luego no había forma de saber si el hilo estaba relacionado con el asesinato. Había que tener en cuenta que en el Instituto sólo se hacía limpieza una vez a la semana, los miércoles. En todos los picaportes se habían encontrado numerosas huellas. Todo lo hallado en las habitaciones podía pertenecer a cualquiera.

En la taza con posos de café encontrada en la cocina había restos del lápiz de labios usado por la víctima.

El arma de fuego utilizada se había identificado, aunque todavía sin plena certeza, como perteneciente al doctor Joe Linder. Un examen superficial indicaba que la bala extraída del cuerpo de la víctima era idéntica a la extraída de la pared del hospital Margoa y a las balas que quedaban en la recámara del arma.

Michael entró en el despacho, donde el comisario del subdistrito de Jerusalén, Ariyeh Levy, estaba sentado tras un gran escritorio, examinando las copias del informe y de las fotografías tomadas en el escenario del crimen. Sin decirle nada a Michael, que tomó asiento frente a él, le fue pasando las fotografías una a una. El superior directo de Michael, Emanuel Shorer, director del departamento de Investigación de Jerusalén, entró y se sentó. Michael le entregó el sobre marrón y Shorer comenzó a inspeccionar su contenido.

El superintendente Emanuel Shorer estaba a punto de ser ascendido y se rumoreaba que su ascenso no tardaría más de dos meses en anunciarse. Michael Ohayon era el candidato evidente para ocupar su puesto: eso también estaba en boca de todos en los pasillos del barrio ruso. Ambos se habían entendido bien y se habían cobrado afecto desde el principio. A pesar de la brusquedad de los modales de Shorer y de que no se mordía la lengua al hablar, Michael lo apreciaba y lo

admiraba. Cuando Tzilla se quejó de él en cierta ocasión, Michael le dijo: «Bajo su piel de rinoceronte se esconde una gran delicadeza de espíritu; algún día lo descubrirás. Basta con que tengas paciencia».

A él se le había revelado aquella delicadeza hacía ocho años. Ocurrió durante su primera investigación. Un miembro del equipo encabezado por Shorer había caído en la trampa de dar crédito a una coartada falsa, y la consecuencia fue que la investigación se prolongó mucho más de lo que habría sido necesario. Después de tener una larga charla con él, Shorer concluyó diciendo que había momentos en la vida en los que era preferible confiar en el género humano y no dejarse llevar por unos recelos excesivos. Pero había que distinguir las exigencias profesionales de la propia personalidad y, a veces, actuar en contra de los instintos naturales e «investigar con celo redoblado precisamente aquello que nos inspira mayor confianza». Ni siquiera había recriminado a su subordinado. Con mucha paciencia, había descrito los procedimientos lentos, de una lentitud desesperante en ocasiones, que regían el desarrollo adecuado de una investigación criminal satisfactoria. Michael y Shorer habían vivido juntos situaciones muy duras, y habían pasado juntos días enteros y noches en vela. Nunca les habían faltado intereses comunes sobre los que charlar. Desde el principio, Emanuel Shorer lo había tratado con tolerancia paternal, lo que sacaba de quicio a sus compañeros hasta que llegaron a acostumbrarse. A pesar de la mejora profesional que obtendría gracias al ascenso de su superior, la perspectiva de que dejara de ser su jefe apenaba a Michael.

Por otra parte las relaciones que mantenía con Levy eran tensas. Sin saber cómo ni por qué se había llegado a imponer ese modelo de relación entre ellos, Michael siempre estaba a la defensiva ante Levy y todos sus encuentros acababan dando lugar a enfados y humillaciones. Siempre sentía la misteriosa necesidad de disculparse ante Ariyeh Levy. Y en el futuro tendría que trabajar con él, bajo su dirección, en aquel ambiente tenso y tirante. Una razón más para sentir que Shorer se marchara.

Michael sacó un cigarrillo del paquete que había dejado sobre el escritorio, lo encendió y empezó a hablar, como si estuviera dirigiéndose a sí mismo.

Comenzó por resumir, pausada y tranquilamente, los acontecimientos del sábado por la mañana. Describió la estructura del Instituto, las relaciones formales entre sus miembros y los escasos matices de carácter más sutil que había llegado a comprender. Explicó el significado de los términos «candidato» y «analista instructor» y les habló de las supervisiones y de las reuniones de los sábados. Describió a Hildesheimer y a Linder. Definió el Comité de Formación como «el órgano tanto legislativo como ejecutivo..., el grupo de dirigentes, la verdadera autoridad que rige el Instituto».

Después pasó a hablar de la pistola y de su extraña aparición en el hospital. Levy le interrumpió para preguntarle cuándo sería posible interrogar al paciente, al

doctor Baum «o a cualquiera que pueda decirnos algo sobre cómo llegó allí. ¿Y por qué no te presentaste antes en el hospital?».

Michael les refirió su viaje a Tel Aviv, la entrevista con el yerno, la conversación con Hildesheimer y la visita a casa de Neidorf.

–Nuestro problema va a ser el tipo de personas que están implicadas –concluyó a modo de resumen, después de describir la búsqueda de una copia de la conferencia.

–Ya hemos tratado con ese tipo de gente antes –dijo Levy, tamborileando desdeñosamente con los dedos sobre el escritorio. Rememoró el caso del asesinato de la amante de un abogado, que había sido declarado culpable, y otros casos similares resueltos durante los últimos años–. Aunque, pensándolo bien, ahora tendremos que tratar con una panda de sabelotodos de un tipo al que nunca nos hemos enfrentado. Al fin y al cabo, son psicólogos. Tendrás que estar en guardia, Ohayon. Ten cuidado para que no te engañen como a un chino con sus tretas.

–En realidad –dijo Michael– no era a eso a lo que me refería. No se trata de la posición social. Quería decir que forman un grupo muy cerrado, con normas especiales y una estructura de poder particular. Y los pacientes también: Dios sabe lo que ocurre en las sesiones que celebran con los pacientes y los supervisados, todo queda de puertas adentro. Y qué me decís de que la conferencia desapareciera ese mismo día, igual que la lista de todas las personas que estaban en tratamiento con ella. No sé cómo vamos a reconstruir lo que ha sucedido. Pero estoy seguro de una cosa: el asesinato está relacionado con alguien de la esfera profesional de Neidorf. Probablemente, aunque no necesariamente, con alguien del Instituto, pero en cualquier caso con una persona a la que la doctora trataba o supervisaba. Y ahora todo ha desaparecido: la conferencia, la lista de pacientes, las notas que según el anciano la doctora guardaba en el lugar que él me mostró, y el diario. En resumen, todo lo que podría revelarnos algo acerca de sus relaciones profesionales.

Shorer, que hasta entonces no había despegado los labios, dijo:

–Hay algo que no comprendo. ¿Dices que la llave de la casa no estaba en el llavero y que, a pesar de eso, entraron por la fuerza? ¿Cómo te lo explicas?

Michael confesó que todavía no lo sabía, y miró a los ojos a Ariyeh Levy.

–Una llave y un allanamiento de morada –dijo pensativamente Emanuel Shorer–. O tenemos que vérnoslas con dos personas distintas o alguien está tratando de desviarnos de la pista. Quizá haya dos personas implicadas. Y algo más. Si alguien sustrajo la llave en el Instituto, ¿por qué no se llevó el manojito entero? Quizá para evitar que acudiéramos en seguida a la casa. Si no hubieras encontrado las llaves, habrías puesto la casa bajo vigilancia, ¿verdad?

Michael le recordó que no había encontrado las llaves. Hildesheimer se las había entregado por la noche, cuando fue a verlo a su casa.

Levy no fue tan indulgente como Shorer. Dirigiendo una mirada incisiva a Michael, le dijo:

–La verdad es que no entiendo por qué no fuiste directamente a la casa. Por lo visto, la misma persona que la mató y le sustrajo la llave se dirigió inmediatamente a la casa y encontró los papeles que andaba buscando. Es elemental, ¿no te parece? Pero ¿en qué estarías pensando? ¡Olvidarse así de la casa, sabiendo que a la víctima le habían quitado las llaves! ¡Hay que ver! Y después, si no lo he comprendido mal, hubo alguien más que se coló en la vivienda, alguien que iba a buscar algo y que no habría podido introducirse en la casa si hubiera estado vigilada.

Michael trató de defenderse diciendo que, al concentrarse en la escena del crimen, no se le había ocurrido pensar en las llaves, ni en las copias de la conferencia, ni en las notas, y que en el Instituto se había armado un buen barullo, con tanta gente y periodistas por todos lados.

–Sí, pero los de Investigación Criminal tendrían que haber caído en la cuenta y haber sugerido que se enviara un vigilante a la casa o algo así –dijo Shorer, en un intento de desviar la atención del comisario jefe del hecho de que, en su calidad de jefe del equipo especial de investigación, Michael tenía la responsabilidad exclusiva del asunto–. Y además –prosiguió cambiando de tema–, me pregunto por qué en el Instituto... ¿Por qué no la mataron en su casa?

–¡Exactamente! –asintió Michael con vehemencia–. Ahí es donde quería ir a parar al ponerlos en antecedentes sobre el Instituto. Ha tenido que ser alguien a quien la doctora no quería recibir en su casa. Hay un montón de normas profesionales que explicarían por qué no podía recibir a esa persona en su domicilio.

–Sí –dijo Shorer dubitativamente–, pero, según lo que has dicho, tenía una sala de consultas en casa. ¿Por qué no allí?

–Mira, evidentemente fue Neidorf quien decidió el lugar del encuentro –dijo Michael, sin entender lo que estaba sugiriendo su jefe.

–No. Lo que pretendía decir es que el Instituto es un sitio arriesgado para cometer un asesinato. Piensa en Gold, por ejemplo, que se presentó allí para colocar las sillas; nada le impedía haber ido más temprano. Y es obvio que el asesinato fue planeado con antelación, hacía varias semanas que habían robado la pistola. Una vez que has robado una pistola, se puede suponer que vas a planear las cosas con mayor cuidado.

–Sí –dijo Michael–, pero te olvidas de que Neidorf acababa de regresar del extranjero anteayer. Probablemente no había otra alternativa.

–No, no me olvidaba de eso. Lo recordaba –Shorer apoyó las manos sobre la mesa–, y ése es precisamente el quid del asunto: quienquiera que la haya asesinado debía de tener un motivo apremiante para hacerlo en ese momento y en ese lugar precisos, seguramente quería evitar que Neidorf llegara a hacer algo. Es una cuestión a tener en cuenta a la hora de averiguar el móvil.

Michael asintió con la cabeza. El comisario jefe los miró alternativamente y

Michael percibió el momento en que se le hizo la luz.

–En otras palabras, ¿los dos pensáis que debemos concentrarnos en la conferencia? –preguntó Levy confuso, y ambos asintieron por turnos. Michael suspiró y se quejó de que, por si fuera poco que nadie supiese de qué trataba la conferencia, también hubiera dificultades para localizar la lista de personas que estaban tratándose con Neidorf.

Masticando una cerilla gastada, con la vista fija en el ventanal, por donde se veía la hiedra que trepaba hasta la tercera planta, Shorer señaló que si la difunta era tan honrada como todo el mundo aseguraba, debía de tener un contable que dispondría de copias de todas las facturas y los demás datos necesarios para descubrir quiénes eran sus pacientes.

Michael miró a Shorer y sonrió. Era evidente que a él no se le había ocurrido esa idea. Después de una pausa dijo que iría a ver al contable de Neidorf en cuanto hubiera hablado con su hija, que llegaba ese mismo día del extranjero.

–¿De manera que crees que en la conferencia se iba a decir algo que podría haber sido peligroso para alguien? –preguntó Levy a la vez que cogía el teléfono para pedirle a Gila que trajera unos cafés.

–Sí –confirmó Michael–, eso es lo que creo. Pero también cabe la posibilidad de que Neidorf dispusiera de alguna información peligrosa para alguien que quería evitar que la revelara.

–Nos son posibilidades mutuamente excluyentes. Quizá estuviera a punto de dar a conocer alguna información peligrosa en su conferencia –dijo Shorer, y comenzó a partir cerillas en dos.

–Decidme una cosa, mis doctos amigos, ¿estáis afirmando que tenemos que descartar de entrada, todos los móviles habituales, como el dinero o el amor, así sin más? –preguntó el comisario jefe mientras Gila entraba en el despacho y depositaba sobre el escritorio una bandeja de plástico con tres tazas. Michael sonrió y le hizo un guiño invisible. Los otros dos cogieron las tazas sin dar muestras de haber advertido su presencia.

–Todavía no estoy seguro, pero ésa es la impresión que me da –respondió Michael vacilante, contemplando la lluvia que había comenzado a caer en grandes gotas que iban a estrellarse contra la ventana.

–Porque no sería la primera vez, como sabéis, que organizamos todo apuntando en una dirección determinada cuando en realidad...

–Por eso precisamente me he detenido a explicar los asuntos relacionados con el Instituto. Neidorf no se habría citado con una persona extraña un sábado por la mañana, antes de dar una conferencia. Registramos todo y no había señales de que hubieran entrado por la fuerza. O bien la doctora le abrió la puerta a su visitante, o bien éste tenía la llave. Por no hablar de la pistola, de la fiesta, etcétera.

Por una vez el comisario jefe no se tomó a mal que lo interrumpieran. Se había

impuesto un ambiente de tranquilidad y cada uno estaba inmerso en sus propios pensamientos. Michael estaba agotado, Shorer parecía deprimido, y Levy se dejó arrastrar por el humor dominante. A lo mejor es el efecto de la lluvia, pensó Michael, consciente de que estaban más relajados de lo habitual.

—¿Qué hay del tal Linder? ¿Quién está verificando su coartada? —preguntó Levy, y después alzó la vista mientras el portavoz de la policía de Jerusalén entraba en el despacho acompañado por un agente del Servicio de Inteligencia que había sido asignado al equipo de manera sumaria. Ambos parecían cansados. Gila entró detrás de ellos trayendo dos tazas más de café y el portavoz, Gil Kaplan, un joven de pelo rubio recién nombrado para el cargo, se acarició el bigote mientras comentaba que la prensa no cesaba de acosarlo exigiendo información sobre los «últimos sucesos».

—No logro sacudírmelos de encima —dijo—, y ya se han enterado de todos los detalles y han comenzado a importunar a la gente... Por una vez debo decir que nadie les ha facilitado la menor información publicable.

Ariyeh Levy señaló fríamente que si hubieran llegado a tiempo a la reunión, quizá habrían podido comprender por qué. En pocas palabras Michael ofreció una visión general de la situación: los pacientes, los procedimientos y la necesidad de guardar una estricta confidencialidad.

El agente del Servicio de Inteligencia, Danny Balilty, quería saber que había ocurrido con Linder y la pistola, y se le informó de que tenía una coartada.

—Gil —empezó a decir Balilty en defensa del portavoz— ha llegado tarde porque los periodistas no le dejaban marcharse; como dependemos de su buena voluntad para que no publiquen el nombre de la víctima, debemos andar con tiento para no molestarlos, y tengo algo que decirles —tras una breve pausa para tomar un sorbo de café, hizo una mueca y continuó hablando—, nunca había visto nada semejante. Entre todas las personas implicadas, absolutamente todas, del primero al último de los psicólogos involucrados en el caso, ninguno tiene antecedentes. ¡Nada de nada! Ni una denuncia, ni una multa de tráfico; unas cuantas licencias de armas, eso es todo. Sólo he descubierto una demanda interpuesta por la compra de una propiedad: alguien compró una casa y llevó a pleito al que se la vendió. Aparte de eso no hay nada sobre ninguno de ellos. Si alguien me hubiera dicho que había tantos ciudadanos respetuosos de la ley en este país, le habría preguntado por qué tenemos tanto trabajo —Balilty terminó su café y se secó los gruesos labios con el dorso de la mano. Después se levantó, se estiró los pantalones, remetiéndolos a la cintura de su camisa bajo el cinturón, por encima del cual sobresalía una discreta barriga, y volvió a sentarse, aplastando con cuidado un rizo sobre su incipiente calva. Cruzó los brazos, suspiró y dijo—: ¡Menudo caso nos ha caído en suerte!

Una expresión de fastidio cruzó el semblante del comisario jefe mientras le preguntaba a Balilty qué les podía contar sobre Linder. Balilty dijo que en cuanto se supo que la pistola pertenecía a Linder había emprendido una investigación

exhaustiva sobre él. La fecha de nacimiento y la de inmigración desde Holanda, la dirección de su clínica, su dirección particular, el nombre de su primera mujer...

—Todos sus datos —prosiguió diciendo—, pero aparte de eso no he descubierto nada. Su mejor amigo... ¿Queréis saber quién es su mejor amigo?, ¿cómo se llama? Yoav Alon, el coronel Alon, ¡el gobernador militar de Edom! ¿Qué se podría decir en contra de un tipo así? Ninguno de ellos milita en un partido. Ni de izquierdas ni de derechas.

—Bueno, tal como están las cosas, vas a tener que examinar con lupa la coartada de todos los asistentes a la fiesta que celebró Linder, incluida la de Linder, y las de los que no fueron a la fiesta también: las de todos los relacionados con el caso. En fin, puede ser una labor de varios años —dijo Shorer, y tiró un puñado de cerillas a la papelería que había debajo del escritorio.

—¡No disponemos de varios años! —Levy hizo un esfuerzo para dominarse y, echando chispas, se volvió hacia Michael—. Y no empieces a soltarme la cantinela de que hay que meterse en sus cabezas. Sabes perfectamente que tengo que redactar un informe para mis superiores ahora mismo, y no hace falta que te diga cómo es Avital. Por no hablar de la prensa. ¿Te imaginas cómo piensan ponerse las botas con este asunto? Así que no empieces a jugar a los profesores, esto no es la universidad, ¿sabes?

Al oírle repetir las cosas de siempre, Michael casi sintió alivio. La última frase, empleada por Levy a la menor oportunidad, indicaba que la reunión estaba próxima a finalizar.

Tras un breve silencio el inspector jefe Ohayon explicó que, tal como veía las cosas en ese momento, lo primero que tenía que hacer era visitar al contable de la víctima, pasarse por el hospital Margoa otra vez e iniciar los preparativos para interrogar a todos los implicados. En cuanto supiera quiénes eran los sospechosos, presentaría una solicitud para que los vigilaran e intervinieran teléfonos; mientras tanto sólo quería que el anciano profesor estuviera protegido día y noche.

Ariyeh Levy se levantó, echó su sillón hacia atrás y ordenó por el teléfono interno que localizaran al agente de Investigaciones Interdepartamentales y lo enviaran a su despacho. No darían por terminada la reunión, anunció, hasta que se les ocurrieran algunas ideas más.

—¿Qué móvil puede haber tenido Linder? —preguntó el agente de Inteligencia—. ¿Qué móvil puede haber tenido cualquiera de ellos?

Michael les habló del resentimiento de Linder en el plano profesional. El portavoz comentó que dudaba mucho que ese tipo de rencores pudieran llevar a cometer un asesinato. Michael convino en ello, pero explicó que, hasta el momento, ése era el único tipo de tensiones que habían aflorado.

—¿Y qué nos puedes decir de ella, de Eva Neidorf? —le preguntó el comisario jefe a Danny Balilty, quien, después de revolver sus papeles, comenzó a relatar la vida

de la doctora: lugar de nacimiento, estudios secundarios en Tel Aviv, servicio militar, matrimonio, hijos, estilo de vida, trabajo, conversaciones con sus vecinos, situación económica y relaciones sentimentales: ninguna. Nadie le preguntó dónde había obtenido esa información.

Michael se felicitó por tener en su equipo al mejor agente de Inteligencia de la historia de la fuerza policial. Balilty se había convertido en una figura legendaria desde el principio. De pronto Michael tomó conciencia de todo el cansancio acumulado, recordó que llevaba veinticuatro horas sin pisar su casa, sin comer algo decente y sin cambiarse de ropa. Tenía por delante una jornada de trabajo muy larga, dijo. Y, antes, era imprescindible que fuera a su casa.

Emanuel Shorer salió con él del despacho, le dio unas palmaditas de ánimo en el hombro y dijo:

—¿Te acuerdas del asesinato de aquella comunista? ¿Recuerdas cómo nos atascamos con ese caso? ¿Pensaste en algún momento que llegaríamos a resolverlo? —después volvió a palmearle el hombro—. Y también quería decirte otra cosa. Feliz cumpleaños, inspector jefe Ohayon. ¿Cuántos cumplimos?

—Treinta y ocho —contestó Michael confuso. Lo había olvidado por completo. Ni siquiera recordaba que fuera domingo.

—Haz el favor de sonreír —le ordenó Shorer—. Eres un niño de pecho. Tienes toda la vida por delante. ¿Qué sabrás tú de eso? Pregúntaselo a un viejo como yo, que llegó a los cuarenta hace tanto tiempo que ya ni siquiera recuerda cuándo ocurrió.

Michael todavía estaba sonriendo cuando abrió la puerta de su despacho. Encontró en la mesa una rosa roja dentro de un vaso de plástico y una nota: «Estaré en casa si quieres hablar conmigo. Voy a tratar de recuperar el sueño atrasado. Feliz cumpleaños. Más adelante te informaré en persona de lo que le he sonsacado a su mujer y a los vecinos. Todo confirmado. Está libre de sospecha». Era la letra de Tzilla.

Junto al edificio de apartamentos donde vivía Michael no quedaba ningún sitio libre para aparcar y, aunque fue corriendo del coche a la puerta, llegó calado hasta los huesos. Su piso estaba en la planta baja, aunque en realidad no era un piso bajo. El edificio se alzaba en la ladera de Givat Mordechai y la planta baja era luminosa y permitía divisar un panorama de verdes colinas y casas en la lejanía.

En cuanto abrió la puerta sintió la presencia de alguien. Tras cerrarla sin hacer ruido, entró y escudriñó el pequeño salón, el butacón azul, el sofá, el teléfono, la estantería y la alfombra de rayas. Allí no había nadie. Después pasó al dormitorio y vio a Yuval, tumbado en la gran cama, con los pies colgando por fuera. Aunque el muchacho aparentaba estar dormido, sabiendo que tenía un sueño muy ligero, Michael no se dejó engañar. Se sentó a su lado y le acarició el cabello rizado mientras observaba los pelitos aislados que afloraban en su barbilla. No había duda,

se estaba haciendo mayor, pensó. La voz que emergió de las profundidades de la almohada vino a confirmárselo: era la voz destemplada de un adolescente.

–No basta con darle a alguien la llave de tu casa –dijo Yuval sin abrir los ojos–, también es necesario que estés en casa alguna vez. Pero ¿qué clase de padre tengo?

–Bueno, ¿qué clase de padre tienes? –preguntó Michael suspirando. Podía imaginar cómo acabaría aquella conversación. Comenzó a desvestirse y el chico levantó la cabeza y se quedó mirándolo sin responder–. Vamos, Yuval, dame un respiro; hoy ha sido un día muy duro, y ayer también. Ten corazón.

–Sólo quería darte una sorpresa, te he traído un regalo de cumpleaños. Porque hoy es tu cumpleaños, ¿verdad? –dijo el chico, y se sentó–. Creía que estábamos citados ayer noche. ¿No habíamos quedado en que me llamarías?

–Estoy encantado de verte, de verdad. Gracias por el regalo, siento lo de anoche, pero surgió un imprevisto y no pude ir a verte, ni siquiera llamarte –se arrepintió de todas sus palabras mientras las decía. Sabía que no era eso lo que Yuval quería oír, pero el frío, el cansancio y el hambre le inducían a un estado de ánimo irritado que no lograba dominar.

–Por lo menos dime la verdad, dime que te olvidaste y no me vengas con que no pudiste –dijo Yuval con una expresión dolida en la cara–. Nunca hay nada imposible... Si te hubiera interesado, lo habrías hecho.

Era un ritual conocido y ambos sabían a quien estaba citando Yuval. Michael rompió a reír y el chico también sonrió.

–Ya ves que las frases de tu madre a veces vienen como anillo al dedo –dijo Michael encaminándose a la ducha. Yuval se quedó en el pasillo mientras su padre se duchaba–. Entra si quieres –le dijo alzando la voz mientras cerraba el grifo, y el chico se sentó en el borde de la bañera y se quedó mirando cómo se afeitaba su padre, encorvándose para verse en el espejo. Se había envuelto en una amplia toalla de baño y de vez en cuando usaba una puntita para desempañar el espejo, en el que se iba acumulando vapor continuamente.

–¿Qué tal está tu madre, por cierto? –preguntó Michael, que tenía por costumbre no hablar nunca con su hijo de su ex mujer y que no sabía por qué en aquella ocasión estaba rompiendo su habitual silencio.

–Está bien –dijo Yuval, guardándose para sí la sorpresa que quizá sintió–. Quiere irse de vacaciones al extranjero. Cinco semanas. ¿Te parece que podría quedarme aquí?

–Y a ti, ¿qué te parece? –replicó su padre, quitándose un poco de espuma de la cara para pegársela en la punta de la nariz a su hijo, que sonrió tímidamente y después se secó la nariz–. ¿Cuándo se supone que va a ocurrir eso exactamente? –preguntó Michael mientras se quitaba el resto de la espuma de la cara.

–En abril –dijo Yuval.

–¿Cómo que en abril? ¿No va a estar para el séder?

El chico repuso que no.

–Y tu abuelo, ¿qué dice de eso? –preguntó el padre, arrepintiéndose de sus palabras aun antes de haberlas pronunciado.

–Él corre con los gastos, ya sabes cómo son las cosas –dijo el muchacho suspirando; y Michael, que sabía muy bien cómo eran las cosas, continuó limpiándose la cara sin decir nada.

La cena de la primera noche de Pascua era un acontecimiento inolvidable en casa de su ex suegro, situada en el barrio residencial de nuevos ricos de Neve Avivim. La vajilla de cristal se sacaba de las vitrinas y el comerciante de diamantes y su esposa, Fela, se devanaban los sesos para invitar al mayor número posible de gente. Nira había tenido que asistir a la celebración año tras año, acompañada de su hijo y de su marido. Michael no había pasado esa festividad en casa de su madre ni una sola vez desde que se casó; había sido incapaz de soportar las presiones. Nira siempre lo llevaba a casa de su padre y Youzek lo recibía con esa expresión que parecía decir: «Después de todo lo que he hecho por ti a lo largo de estos años». La propia boda había sido un asunto penoso, pues se celebró fundamentalmente por «el qué dirán».

–Si le preocupaba tanto que Nira abortara –le desafió Michael en cierta ocasión–, podría haberla ayudado a tener el niño; y si no quería que nadie se enterase, podría haberla ayudado a abortar. Pero no, no paraba de repetir que Nira era todo lo que tenía en este mundo y, a la vez, no dejaba de quejarse de lo que iba a decir la gente. Tenía que salirse con la suya en todo así que Nira no pudo abortar y yo tuve que casarme con ella.

Incluso hoy, cuando ya habían pasado ocho años desde que se divorciaron, Michael sentía arrebatos de una furia casi incontrolable cuando recordaba las lamentables escenas de su capitulación ante el peor chantaje con el que había topado en su vida.

Youzek, con su cuerpecillo rechoncho y sus ojos pequeños y redondos como cuentas, era un hombre lo suficientemente astuto como para tratar de ganárselo con dinero y promesas de hacerle socio de su empresa. Se citaron en un café de Ramat Gan, justo enfrente del mercado de diamantes. Toda la calle estaba embalsamada por el aroma de chocolate que desprendía la fábrica de Elite Candy. Youzek no paró de insistir en que sabía que Michael era «un muchacho decente y responsable» y que sentía algo «por nuestra Nira, que es todo lo que tenemos», etc., etc. Después de aquel encuentro la boda se perfiló como la única salida posible. Michael no podía hacerles frente, sobre todo a Youzek. Trató de argumentar que Nira y él no se amaban pero le respondió con desdén: «El amor, vaya tontería: la vida de casado se basa en la costumbre y en el compromiso; toda la palabrería sobre el amor no dura ni cinco minutos. Sé de lo que estoy hablando, créeme». Aunque Michael no le creyó, y a pesar de que a sus veinticuatro años ya sabía que

la vida de casado de Youzek no era el único modelo disponible y que había otras posibilidades, la boda tuvo lugar poco después. La novia, toda de blanco, hija única de un comerciante de diamantes, y el novio, un estudiante universitario de segundo curso venido de Marruecos, se encontraron juntos en el hotel Hilton de Tel Aviv, con vistas al mar Mediterráneo.

Trataron de convencerlo de que se cambiara el apellido, pero la mención de su «difunto padre» logró que desistieran avergonzados. Lo presentaron a sus conocidos del mundo de los negocios y a sus parientes lejanos diciendo que era un hombre de letras muy dotado, un intelectual brillante. Cuando la lista de licenciados, en la que figuraba «Ohayon, Michael, Historia (sobresaliente)», se publicó en la prensa, la recortaron. Pero cuando su nombre apareció en la lista de doctores ya no guardaron el artículo, aunque era uno de los tres estudiantes que habían conseguido el cum laude. En aquel entonces ya comenzaba a hablarse de un posible divorcio.

Michael volvió a mirar a Yuval, cuya concepción había sido el motivo de tantos infortunios, y le preguntó mientras le acariciaba el pelo:

–Así que te has acordado de mi cumpleaños. E incluso me has traído un regalo. ¿Y ahora me vas a castigar sin dármele? ¿Qué me has comprado?

Con orgullo mal disimulado el chico le entregó un paquete, y Michael lo abrió con curiosidad. Era La chica del tambor de John Le Carré y en la guarda había algo escrito con letra infantil: «Para papá, el maestro del tambor, de su hijo Yuval, el pequeño tambor».

Este chico es demasiado sentimental, se dijo Michael por enésima vez.

–Dijiste que te gustaba –dijo Yuval, con señales de inquietud aflorándole en el rostro.

Michael dejó el libro sobre el sofá del salón y le alborotó el pelo a su hijo, le acarició la barbilla y le estrechó entre sus brazos. Los esfuerzos de Yuval por agradarle lo conmovían profundamente. Recordaba los dibujos que le hacía cuando era pequeño y todos aquellos extraños collages que el chico se pasaba días y días confeccionando con recortes de revistas que pegaba sobre un papel.

Michael le preguntó con mucho tacto qué significaba la dedicatoria.

–Ya la entenderás cuando lo hayas leído –dijo Yuval muy convencido, y Michael le preguntó si el libro no le había resultado difícil–. Sí, no fue fácil, hasta que me metí en él. Si te refieres a mi edad, no, en ese sentido no me ha resultado difícil en absoluto –la voz se le quebró al final de la frase; sonrojándose, se encogió de hombros y guardó silencio.

Michael comenzó a leer la primera página del libro, fingiendo que se desentendía de Yuval; los desmañados movimientos de su hijo y su voz desentonada le inspiraban un poderoso deseo de abrazarlo y decirle que aquello no era más que una fase, que él también había pasado por eso, por la torpeza y el acné, por sentirse

preso de vagos anhelos físicos. Pero el respeto que sentía por la dignidad del muchacho le impedía obrar así, de manera que no podía ofrecerle otra protección que aparentar que no se daba cuenta de que su cuerpo estaba creciendo y su voz cambiando.

Una mujer con la que había tenido una breve aventura durante su último año de matrimonio lo acusó una vez de que nunca era espontáneo, de que calculaba todos y cada uno de sus actos. Pero no supo qué responder a su pregunta: «¿Para qué los calculo?», y sólo se le ocurrió decir que Michael hacía las cosas para agradar a los demás.

En aquel entonces se sintió dolido, pero luego había recordado muchas veces aquellas palabras, sobre todo cuando la gente lo miraba con sorpresa y le decía, de palabra o sólo con los ojos: «¿Cómo te has dado cuenta?». Nada lo hacía tan feliz como recibir esa sorprendida mirada de agradecimiento.

De pequeño, Yuval a veces lo miraba con esa expresión. Pero últimamente Michael había comenzado a notar un destello de escepticismo en sus ojos, aunque siempre se apresuraba a bajar la vista cuando descubría a su padre observándolo. Y también habían empezado a tener escenitas, las típicas de la adolescencia. Recientemente a Yuval le había dado por acusar a su padre de ser hipócrita. Después le pedía disculpas, pero Michael sabía que estaba refiriéndose a lo mismo de lo que aquella mujer cuyo nombre ni siquiera recordaba lo había acusado hacía tantos años.

El teléfono sonó. Yuval lo miró con odio, suspiró, levantó el auricular, escuchó un momento y, sin despegar los labios, se lo pasó a su padre, que lo sujetó con una mano mientras con la otra intentaba tocar a su hijo, que lo esquivó y se tiró sobre el sofá, donde se quedó tumbado clavando una mirada de desesperación en el techo.

—Sí —dijo Michael—. Me alegro de que hayas conseguido localizarme, estoy aquí por casualidad.

—Estoy en una cabina de Rehavia. Sólo quería darte el parte de que no ha sucedido nada sospechoso antes de que llegara el relevo. Ya he informado al Control de que todo está en orden.

—¿Nada de nada? —preguntó Michael a uno de los dos hombres que estaban montando guardia en casa de Hildesheimer.

—Ha habido mucho movimiento; toda la mañana ha estado entrando y saliendo gente, a intervalos de una hora, pero tengo entendido que eso es lo normal. Y acabo de ver al sujeto en cuestión, más sano que una manzana, hablando con una chica muy atractiva en la calle.

—¿Una chica muy atractiva? —Michael Ohayon repitió la expresión, que no encajaba en la imagen que tenía del doctor Hildesheimer.

—Sí, una señorita que ha estado rondando por la calle, paseándose arriba y abajo

frente a su casa. Hildesheimer salió para ir a la tienda de ultramarinos y volvió con una barra de pan, no hará ni un minuto de eso, y se la encontró en la calle. Un verdadero bombón: lleva un vestido rojo y tiene el pelo negro.

El ruido de un autobús se introdujo en la línea y Michael formuló una pregunta mientras esperaba a que el autobús pasara de largo: ¿Habían entrado juntos en la casa? Cuando le respondieron negativamente preguntó si Hildesheimer se había dado cuenta de la situación.

—¿El viejo? Ni por asomo. Iba andando con la vista fija en el suelo, casi se choca con un árbol. La vio cuando la chica lo abordó. No alcanzamos a oír lo que decían, estaban demasiado lejos. Pero el doctor está vivito y coleando y nadie ha tratado de agredirlo —Michael no dijo nada—. Así que nos marchamos —dijo el policía a modo de conclusión—. Nos veremos mañana, ¿verdad?

Michael contestó afirmativamente y colgó el teléfono.

Eran las cuatro de la tarde. Si el avión de Nueva York no se había retrasado, Nava, la hija de Neidorf, debía de haber aterrizado hacía una hora.

—Oye, Yuval —dijo volviéndose hacia su hijo, que estaba repantingado en el sofá con los ojos medio cerrados—. Tengo que resolver algunos asuntos, luego volveré a verte. Iremos al cine. ¿Qué te parece? —el chico se encogió de hombros, pero Michael no se dejó engañar por aquella muestra de indiferencia y dijo—: De acuerdo, entonces. Ahora son las cuatro. Tengo que hacer una llamada más, luego me tengo que ir, y estaré de vuelta sobre las ocho. ¿A qué hora entras en el cole mañana?

—La primera clase empieza a las siete y veinte —gruñó Yuval. Iba al mismo colegio en el que había estudiado Michael. Aunque ya casi no quedaba ninguno de los antiguos profesores, Michael sentía un gran afecto hacia aquel colegio de Bayit V'gan donde había pasado seis años interno y al que atribuía casi todos sus éxitos en la vida—. Tenemos matemáticas a primera hora, con el tiempo que hace —dijo Yuval—. Hasta los internos llegan tarde.

La tercera parte de los alumnos eran internos. Se les seleccionaba cuidadosamente entre los niños de todo el país. Y se les presentaba como «niños muy dotados de familias desfavorecidas» ante los donantes estadounidenses.

—¿Tienes deberes para hacer? —preguntó Michael mientras empezaba a marcar el teléfono del Margoa. La voz de la telefonista del hospital, a la que pidió que le pusiera con el doctor Baum, le impidió oír la respuesta de Yuval. El doctor le prometió que lo esperaría en su despacho.

Yuval se levantó y le preguntó si podía acompañarlo. En su voz resonó una nota implorante e infantil y Michael se sintió tan acongojado como la primera vez que lo había dejado solo en la guardería. Le dijo que era imposible, pero que cumpliría fielmente su promesa de volver a las ocho.

—Para entonces ya te habrá dado tiempo de terminar tus tareas. Sé por

experiencia que os ponen una tonelada de deberes, ¿a que sí? Tienes deberes para mañana, ¿verdad? –desconsoladamente, Yuval hizo un gesto de asentimiento. Sus ojos grises de largas pestañas miraron recelosos a Michael.

–¿Estás seguro de que podrás estar de vuelta a las ocho?

No pudo contener una sonrisa cuando su padre le respondió:

–Palabra de scout –y levantó la mano imitando el saludo de los scouts.

Michael no logró estar de vuelta a las ocho y Yuval lo recibió señalando su reloj y diciéndole:

–Podemos olvidarnos de ir al cine.

–No te preocupes, llegaremos a tiempo –dijo Michael, y se lo llevó al coche a toda prisa. Aunque se detuvieron por el camino para comprar una bolsa enorme de palomitas, llegaron justo cuando empezaba la película de ciencia ficción Alien, que Yuval estaba como loco por ver.

Una vez que el muchacho se hubo acomodado en su butaca, Michael al fin pudo relajarse y pensar en su cuerpo dolorido y su mente agotada. No tenía esperanzas de quedarse dormido, porque la visita al hospital lo había dejado tenso. Baum le había permitido ver a Tubol, pero tal como el médico predijo, no lograron extraerle ni una palabra. Aunque era la primera vez que Michael pisaba un hospital psiquiátrico, mantuvo su habitual impasibilidad facial y una perfecta compostura, incluso cuando se vio sentado junto a la cama de un psicótico mudo y enroscado sobre sí mismo. Acosado por las imágenes de la clínica psiquiátrica, no prestó atención a los primeros quince minutos de la película.

Al principio la enfermera, Dvora, insistió en que no tenía ni idea de cómo habría ido a parar la pistola a manos de Tubol. Pero después de pedirle repetidas veces que intentase imaginar adónde podría haber ido el paciente, Baum, que estaba sentado acariciándose el bigote, apuntó la posibilidad de que Tubol se hubiera encontrado con el jardinero.

Con redoblada atención, Michael preguntó qué relación mantenía el jardinero con los pacientes y Baum cantó las alabanzas de Alí largo y tendido. Cuando Michael quiso saber cómo podría localizar al jardinero, repuso que no tenía ni idea; sólo sabía que Alí vivía en Dehaisha. Ohayon se estremeció al pensar en las degradantes condiciones de aquel campo de refugiados, que estaba a sólo media hora de Jerusalén. El encargado de mantenimiento, le dijeron, sabría cómo localizar a Alí. Pero el encargado terminaba su jornada a las tres. Sí, podían llamar a su casa. Llamaron y Michael habló con él, y el hombre le dijo que así, de repente, no recordaba ningún detalle. «¿Ni siquiera cómo se apellida?», preguntó Michael impacientándose. No. En el registro estaba todo, pero no podía ir a consultarlo en ese momento; estaba solo en casa con su hijo pequeño. No, a esa hora del día no había nadie más que pudiera buscar la información que precisaba. No, no podía

sacar al bebé de casa para ir al hospital con el tiempo que hacía. Sí, Alí trabajaba los sábados, y al decirlo el encargado de mantenimiento se puso agresivo: era un asunto interno que no le concernía a nadie. Alí no trabajaba los domingos, pero estaría en el hospital el lunes. «¿Es tan urgente?»

Michael dominó su frustración y mantuvo un tono cortés y una expresión paciente para dar buena impresión al doctor Baum y a la enfermera. Sí, dijo el encargado, suponía que podría ir al hospital un poco más tarde, aproximadamente dentro de un par de horas, cuando su mujer volviera.

Michael retomó el tema de la doctora Neidorf. No, ni el doctor Baum ni la enfermera Dvora tenían ningún contacto con el Instituto. La doctora Neidorf había trabajado como especialista en el hospital y en las consultas externas, pero la conocían muy superficialmente.

Baum dio a entender que sí conocía a alguien del hospital que había tenido una relación profesional con Neidorf. Una vez que Michael hubo explicado la importancia que hasta el más pequeño detalle tenía para la investigación, la enfermera Dvora le dirigió una mirada cómplice a Baum y éste comenzó a describir minuciosamente lo que había sucedido el sábado, haciendo mención de la doctora Hedva Tamari y contando cómo se había desmayado y cómo él se había enterado de que Hedva había sido paciente de la doctora Neidorf. Anotó el número de teléfono de Hedva en una hojita de un recetario y Michael se la guardó en el bolsillo.

Al final, el encargado de mantenimiento, un hombre flaco y nervioso, con gafas, se las arregló para presentarse en el hospital. Les comunicó que tenía que estar de vuelta en casa dentro de media hora, ya que había dejado a su niño al cuidado de un vecino; no quería entorpecer la labor de la policía, sobre todo teniendo en cuenta que se sentía responsable del jardinero, que trabajaba los sábados con su permiso; confiaba en que Alí no hubiera hecho nada malo.

Gracias al registro supieron que el apellido de Alí era Abú Mustafá, y nada más. Se dieron repetidas explicaciones de por qué trabajaba el sabbath. Vendría a trabajar al día siguiente, lunes, por la mañana. Sí, informarían puntualmente de su llegada al inspector jefe Ohayon. También lo mantendrían informado de cualquier cosa que ocurriera. Si alguno de los pacientes hablaba, dijo la enfermera Dvora, llamaría inmediatamente al teléfono que le había dado. Baum contemplaba con escepticismo la posibilidad de que eso ocurriera. Ambos subrayaron la importancia de que Michael no acudiera al hospital de uniforme, «para no alterar a los pacientes sin necesidad, y lo mismo le digo con respecto a mañana por la mañana», dijo Baum mientras acompañaba afuera a Michael, palpándose el vendaje que asomaba por encima de su jersey negro de cuello vuelto. Estaba lloviendo a cántaros y había anochecido.

Nava Neidorf-Zehavi había llegado, pero su bebé no había parado de llorar

desde Chicago hasta Nueva York y desde Nueva York hasta Israel, y Nava estaba mareada y exhausta. Su marido le rogó a Michael que la dejara dormir y esperase hasta después del entierro para hablar con ella.

Le anotó el nombre de los contables de Neidorf, Zeligman y Zeligman, en una hojita de papel. En la oficina no cogían el teléfono y Michael probó suerte llamando a su casa. El Zeligman que respondió estaba a punto de salir, pero le prometió que tendría el archivo listo a primera hora de la mañana siguiente.

Después de repasar todos estos sucesos mentalmente, Michael estiró las piernas y echó una mirada furtiva a Yuval. El muchacho estaba hipnotizado por lo que sucedía en la pantalla. Aunque su padre no distinguió su expresión, vio que su cuerpo estaba tenso y que no había tocado las palomitas que tenía sobre las rodillas. Michael comenzó a prestar atención a la película y al cabo de unos minutos estaba inmerso en el argumento: siete habitantes de la tierra descubren durante un vuelo espacial que se les ha sumado un octavo pasajero, un ser de otro planeta. En realidad no es un ser, sino una presencia maligna, imposible de identificar porque tiene la capacidad de ir cambiando de aspecto. Uno a uno va matando a todos los seres humanos, que no pueden combatirlo porque no les es posible prever en quién de ellos se manifestará.

La remota esperanza de pasar durmiendo la siguiente hora se desvaneció. Por lo general a Michael le aburrían las películas de ciencia ficción. Tal como le había explicado humorísticamente a Yuval en una ocasión, lo que le interesaba era el pasado, no el futuro. Pero al ver aquella película lo embargó un sentimiento de terror fuera de lo común, que él atribuyó a su agotamiento; todo lo que veía le recordaba los sucesos de los dos últimos días. Al observar los recelos y miedos de los siete pasajeros de la nave espacial, no pudo por menos de acordarse de lo que Hildesheimer había dicho al final de la reunión del Comité de Formación: «No podemos seguir conviviendo en tanto que este asunto no se resuelva. Son demasiadas las personas que están a nuestro cargo como para que podamos permitirnos no saber quién de nosotros es capaz de cometer un asesinato».

Al salir del cine, Yuval le preguntó a su padre si le había gustado la película.

–Es la película más terrorífica que he visto en mi vida –respondió Michael sin pararse a pensar. Antes de que le diera tiempo a retirar sus palabras, vio que una expresión de satisfacción se extendía por el rostro de su hijo.

–Pues las hay peores todavía –dijo Yuval.

–Ayer leí lo que decía de ti el periódico, lo importante que eres y en lo que estás trabajando ahora –dijo Yuval.

El chico terminó de beberse el café de pie, guardó en su mochila el sándwich de queso que le había dado su padre y anunció que estaba listo. Michael metió su taza y los platos del desayuno en la pila. Eran las siete de la mañana y el chaval tenía que estar en el colegio a las siete y veinte.

–A esta hora hay poco tráfico; si salimos ahora mismo, llegarás con tiempo de sobra.

–Ya sé que no me vas a contar nada de esto –dijo el chico con seriedad–, pero sólo quería preguntarte a qué se dedica un psicoanalista –pronunció la palabra laboriosamente, sílaba por sílaba.

Michael recogió las llaves, el tabaco y la cartera, se los guardó en el bolsillo del chaquetón y sonrió a su hijo.

–Es como un psicólogo. Cuando tu madre y yo nos separamos y tú eras pequeño, estuviste viendo a una mujer en una casa muy grande que hace esquina, en Katamon; allí hay un centro de terapia infantil; jugabas con un montón de juguetes y hablabas con ella. ¿Te acuerdas?

–Me acuerdo –dijo Yuval torciendo el gesto–. Fui allí porque lo decidió Zippora, mi profesora, o al menos eso me dijiste. En todo caso, aquello era un rollo.

–Esto es bastante parecido, aunque se va con mayor frecuencia y, como es lógico, los adultos no juegan con juguetes. A algunas personas les viene bien.

–A mí me parece que todo eso es un timo –dijo el chico con desprecio.

Michael sonrió y abrió la puerta de la calle. Estaba lloviendo y, además, hacía mucho frío; padre e hijo se arrebujaron con sus chaquetones. El viento, que soplaba con fuerza entre los altos bloques de apartamentos, arreció de camino hacia el barrio de las afueras donde estaba el colegio de Yuval.

–Un día gris –dijo Michael desalentado, como hablando consigo mismo, y aun antes de dejar al chico a las puertas del colegio empezó a pensar en lo que le esperaba. Cuando Yuval se bajó del coche, Michael se empeñó en darle un beso y en acariciarle la mejilla. Nunca hacía caso de las protestas de su hijo, que desde los tres años ya le decía: «¡Ay, que no soy un bebé!».

Pero ese día Yuval no protestó. Se alejó a toda prisa para alcanzar a una chica que se dirigía a paso lento hacia la entrada del jardín. Michael se quedó mirándolos. La chica tenía las piernas largas y el pelo recogido en una cola de caballo, y Yuval le sonrió. Michael sólo alcanzó a ver la sonrisa de refilón, pero esa breve escena le

inspiró un sentimiento simultáneo de alegría y de melancolía, sentimiento que no lo abandonó hasta que llegó al Margoa.

Delante del hospital, Baum lo esperaba junto a la caseta del guarda. Eran las ocho menos cuarto. El jardinero, le explicó, llegaría de un momento a otro. Entonces apareció el encargado de mantenimiento, echó una ojeada a su reloj y dijo que Alí nunca se retrasaba.

—Está aquí como un clavo a las ocho, haga el tiempo que haga —dijo, pero Michael tuvo el presentimiento de que ese día el jardinero iba a faltar a sus buenas costumbres.

Bien arropados por sus abrigos, se quedaron esperándolo en la caseta junto a una pequeña estufa. A las ocho y media el inspector jefe Ohayon dijo que tenía que marcharse, que no podía esperar más. Les pidió que lo llamaran a su despacho del barrio ruso cuando llegara el empleado. Si no estaba allí, podían dejarle un recado en el Centro de Control. Si el jardinero llegaba, añadió, les agradecería mucho que se comportaran como si no hubiera pasado nada.

Tzilla y Eli Bahar lo estaban esperando en su despacho. Sentada en un extremo de la mesa, Tzilla se entretenía cogiendo clips de un cenicero limpio y doblándolos; Eli parecía preocupado. Michael se sintió como un intruso. Pasó la mirada de uno a otro y dijo «buenos días»; después de que le respondieran sin ningún entusiasmo, le pidió a la telefonista que le pusiera al habla con Belén.

El policía árabe que respondió a la llamada le puso en comunicación con el oficial de turno, que parecía contentísimo de oír su voz.

—Ohayon, viejo amigo, ¿qué tal te encuentras hoy? ¿Cuándo vamos a verte por aquí? Hace siglos que no vienes de visita. ¿Puedo hacer algo por ti? Lo que sea... ¡Sólo tienes que pedirlo!

Michael cumplió con los rituales de la cortesía, le preguntó por la salud de su mujer y de sus hijos y le expresó su deseo de que el pequeño se hubiera recuperado bien de la neumonía. Estaba viendo con la imaginación la cara redonda y la abultada barriga de Itzik Gidoni, cuya cordialidad era célebre entre sus hombres.

—Puedes ir poniendo el agua a hervir —bromeó Michael—. Voy a pasarme a tomar una buena taza de café.

Del auricular salieron exclamaciones de júbilo.

—Pero antes de nada —continuó poniéndose serio—, tendrás que localizar a un tal Alí Abú Mustafá del campo de Dehaisha.

—¿No me puedes dar algún dato más? —Gidoni también cambió de tono—. Entre ellos, Abú Mustafá es como Cohen o Levy.

—Ya sé que no va a ser fácil. Trabaja de jardinero en el hospital Margoa. Un tipo joven, de unos veinticinco años, pelo rizado, no demasiado alto.

Se produjo un silencio, y por fin Gidoni dijo suspirando:

—Haremos lo que podamos; el café no se va a estropear. No sé cuánto tiempo

podrá llevarnos. Créeme si te digo que meterme en Dehaisha es lo último que me apetece hacer esta mañana. Pero, ¿qué no haría yo por ti? Y cuando lo encontremos, ¿lo detenemos y te lo comunicamos?

–Sí, sin pérdida de tiempo. Si no estoy aquí, trata de localizarme a través del Control; ellos sabrán dónde encontrarme. Cuento con tomarme una buena taza de café esta mañana –Michael colgó el auricular suavemente y dirigió una mirada a Tzilla y a Eli.

El esbelto cuerpo de Tzilla estaba envuelto en una trenca de hombre; su pelo corto y su cara sin maquillar le daban un aire de golfillo. Eli no se había afeitado.

–¿Pero qué os pasa esta mañana? –preguntó Michael, y cuando le respondieron mascullando algo sobre el cansancio, dijo con impaciencia–: A ver si reaccionáis, que no está el horno para bollos. Tenemos que sacar un montón de trabajo adelante esta mañana. Lo primero de todo es despachar la reunión.

Michael se levantó y sus ayudantes echaron a andar delante de él hacia el despacho del fondo del pasillo, donde Balilty los esperaba con el inspector Raffi Cohen, que anunció en tono cansino que lo habían asignado al equipo pero que todavía no estaba en condiciones de funcionar como es debido.

–No hace falta que me pongáis en antecedentes ahora mismo –dijo–. Ayer hablé con Shorer y me he hecho una idea aproximada de por dónde van los tiros.

La reunión duró una hora y, a las nueve y media, Michael resumió el plan de acción. La mayor parte del tiempo se fue en escuchar el informe de Tzilla sobre sus conversaciones con Dalya Linder y con los vecinos de Linder: a uno de ellos lo habían despertado los ruidos que hicieron éste y su hijo en el patio.

Todos tenían en la mano sendas tazas de café y salían a rellenarlas de cuando en cuando. Se les veía agotados. Michael mencionó Alien, pero era el único que la había visto y a nadie le sugirió nada. Se decidió que Balilty trataría de averiguar algo más sobre Alí Abú Mustafá a través del gobierno militar que administraba los territorios. Tzilla, que se había mantenido en contacto con los hombres que estaban vigilando la casa de Hildesheimer, les informó de que, salvo por el encuentro con Dina Silver, allí no había ocurrido nada digno de mención.

Al final decidieron que Eli fuera a ver a los contables, que Balilty continuara reuniendo información confidencial, que Raffi se pasara por el Instituto de Investigación Criminal y que Tzilla se pusiera en contacto con todos los invitados de la fiesta de Linder y les pidiera que acudieran a la comisaría para ser interrogados. Michael resumió lo acordado.

–Nos quedan menos de tres horas antes del entierro, tenemos que despabilarnos. Eli, ve directamente a Zeligman y Zeligman –le pasó la nota con la dirección–, y trae el archivo de Neidorf. Con las facturas, a lo mejor nos da tiempo a redactar la lista de pacientes y supervisados antes del entierro. Te están esperando. Y será

mejor que te afeites. Pareces un presidiario en su día de salida. Toma –añadió dándole las llaves del Renault–. Está aparcado junto a la entrada de la calle Jaffa.

Eli cogió las llaves y se marchó sin pronunciar una sola palabra. Tzilla siguió a Michael a su despacho, tomó asiento y una vez más se puso a doblar clips.

–Bueno, ¿qué pasa? Y no me digas que estás cansada. No es la primera vez que os veo cansados a Eli y a ti, ¿sabes? ¿O prefieres no hablar de ello? –con lágrimas en los ojos, Tzilla hizo un gesto negativo. Michael suspiró y dijo–: Bueno, puede que te animes trabajando un poco –y le pasó la lista de nombres.

Por segunda vez esa mañana, Michael se preguntó que relación tendrían Tzilla y Eli. Aunque no se demostraban afecto abiertamente, de vez en cuando la tensión que había entre ellos se palpaba en el aire y a veces Michael tenía la sensación de haberlos sorprendido en plena conversación íntima. Suponía que se verían en su tiempo libre, pero nunca se había comentado nada al respecto.

Tzilla se sonó, se enjugó los ojos y preguntó:

–¿Qué son todos estos nombres? ¿Qué se supone que tengo que hacer con ellos?

Michael percibió en su voz un dejo de autoconmiseración que le hizo responder con impaciencia:

–Es la lista de invitados a la fiesta de Linder, en la que se supone que alguien pudo robar la pistola. Hay que citar a cuarenta personas para interrogarlas. Lo haremos entre Eli, tú y yo, y nos harán falta dos personas más; si podemos suspender la vigilancia del viejo profesor, dejaremos de tener tanta escasez de personal. Hay que descubrir qué estaban haciendo y dónde. Coge el teléfono y comunícales que queremos hablar con todos. Y cuando hayas terminado con ellos, comenzaremos con los pacientes y supervisados que no asistieron a la fiesta. Pero antes tendremos que esperar a que Eli vuelva con el archivo –dijo Michael tratando de no prestar atención a sus sollozos–. Créeme –añadió afectuosamente–, no hay mejor cura que el trabajo. No sé qué ha pasado, pero sea lo que sea el trabajo te hará olvidarlo. Y cuando vuelvas a verme, dentro de una hora aproximadamente, aunque no hayas acabado, porque todavía tenemos pendiente hablar sobre el entierro, serás una persona diferente –y en el mismo tono de voz que empleaba con Yuval cuando se ponía gruñón y rebelde, agregó en un susurro–: Y entonces te habrás vuelto a convertir en la mejor coordinadora de equipo de Jerusalén.

Tzilla plegó la lista en cuatro, se sacudió de encima la mano que Michael le había posado en el hombro, recogió su bolso y salió del despacho. Michael se quedó pensativo un instante y después se abalanzó sobre el teléfono y marcó el número de Dina Silver. Le respondió una mujer que dijo ser la criada y que no sabía nada. No había nadie en casa. La señora estaba en el trabajo, pero allí sólo se la podía llamar diez minutos antes de cada hora, dijo en tono de advertencia. El tono que utiliza quien ya ha salido escaldado. Michael anotó el teléfono. Eran las nueve y cuarenta y cinco, faltaban cinco minutos para que pudiera llamarla. Salió de su despacho y

se dirigió al de Emanuel Shorer, que estaba pegado al suyo y no era mucho mayor. La mesa de Shorer estaba cubierta de papeles y él tenía un tazón de café en la mano. Al ver a Michael se le iluminó la cara.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó, indicando con un gesto la silla que tenía enfrente.

—Nada —dijo Michael sin tomar asiento—. Bahar se ha ido a ver al contable, Tzilla está al teléfono con la lista de personas que queremos interrogar y el entierro se celebra hoy a la una. Necesito fotógrafos y dos ayudantes extra para las tareas de vigilancia que vayan surgiendo, no puedo arreglármelas sólo con tres personas y los del Servicio de Inteligencia, y no puedo prescindir de los que están protegiendo a Hildesheimer. Alguien podría aprovechar el entierro para agredirlo.

—Está bien, lo solucionaremos de alguna forma. ¿A la una, has dicho? ¿Cuántos? ¿Dos fotógrafos? ¿Y dos más?, suficiente. Si necesitas más hombres ad hoc, házmelo saber y te los proporcionaré. ¿Por qué estás consultando el reloj todo el rato?

—Porque tengo que hacer una llamada a las diez menos... —y Michael sonrió, acordándose de Winnie-the-Pooh y de los cuentos que en otros tiempos solía leer a Yuval. Sin saber por qué, se sentía como Eeyore—. Ah, me olvidaba de hablarte del jardinero —le puso en antecedentes y concluyó diciendo—: Tengo una sensación extraña, como si se me hubiera olvidado algo, como si fuera a ocurrir algo. No sé... ¿Comprendes lo que quiero decir? —Shorer lo miró y negó con la cabeza—. Bueno, da igual. Asígname dos personas y un coche para que Raffi vaya al entierro, ¿de acuerdo? —Shorer hizo un gesto afirmativo y Michael regresó a su despacho, sirviéndose por el camino una taza de café en el «rincón del café», una celdilla que estaba cerca de su oficina.

Eran las diez menos cinco cuando estiró la mano para marcar el número de Dina Silver, pero justo en ese momento el teléfono sonó y, al descolgar, oyó a Eli Bahar hablando muy excitado. Sin darle tiempo a pedirle que lo llamara más tarde, Eli le espetó a voz en grito:

—Michael, ¡el archivo no está! ¡Se lo han llevado! ¿Tú no has mandado a otra persona a recogerlo, verdad?

—¿Qué quieres decir con eso de otra persona? ¿De qué demonios estás hablando? —dijo Michael, encendiendo una cerilla mientras las manos se le empapaban de sudor. Se las secó en los pantalones, una después de otra.

—¡Estoy hablando de que aquí no hay nada! El contable dice que ya ha venido la policía a recoger el archivo. ¡El tipo que se lo llevó incluso firmó un recibo!

—Un momento. Empieza desde el principio y cuéntamelo despacio —Michael aspiró con fuerza el humo de su primer cigarrillo del día—. ¿Me estás llamando desde Zeligman y Zeligman, de la calle Shamai?

—Sí, Zeligman y Zeligman, contables, calle Shamai 17. Tengo aquí a mi lado al

señor Zeligman. Será mejor que vengas a verlo con tus propios ojos. El archivo ha desaparecido. A las ocho y media de la mañana se presentó alguien diciendo que era de la policía, firmó un papel y se largó con el archivo.

—Ahora mismo voy. No te muevas de ahí —dijo Michael y, a continuación, entró como una tromba en el despacho de Shorer. Éste le dirigió una mirada de perplejidad, dijo que no, que ciertamente no había enviado a nadie a la oficina de Zeligman y Zeligman; pero ¿qué demonios pasaba? Michael se lo explicó y salió a la calle corriendo. Recorrió a gran velocidad el camino entre el barrio ruso y la oficina de los contables: sorteó a la muchedumbre de la calle Jaffa, estuvo a punto de tropezar con el mendigo ciego de la plaza de Sión, subió a la carrera por Ben Yehuda y cruzó el callejón del café Atara. Llegó sin aliento, jadeante y con los músculos temblorosos. Los miembros del Instituto no habrían tenido dificultad para resumir su estado en una palabra: ansiedad.

Zeligman padre estaba pálido y nervioso. Con la cabeza gacha, dijo tartamudeando y con fuerte acento polaco:

—Pero si usted dijo que vendrían a recogerlo. No se me pasó por la cabeza que quizá no fuera policía. Aquí tiene a Zmira, pregúnteselo a ella. Le dio un recibo y él lo firmó.

Fue imposible detener el aluvión de palabras. El viejo contable comenzó por presentar sus excusas y prosiguió lanzando un ataque dirigido a demostrar su absoluta inocencia. La comparación con Youzek, el suegro de Michael, era inevitable. Incluso tenían el mismo acento y emitían un sh gutural en lugar de la h.

Dentro de un momento me va a pedir que me disculpe, pensó Michael indignado. Sólo me falta una excusa para darle un buen puñetazo. ¡Dios mío, qué pandilla de imbéciles! En un rincón, Eli Bahar, con expresión de haberse tragado una botella de vinagre, hojeaba obstinadamente los archivos de los impuestos de hacía cuatro años, haciendo caso omiso del joven Zeligman, que se afanaba en explicarle que allí iba a encontrar copias de las declaraciones de la renta de la doctora, pero no sus libros de facturas. Zmira, una jovencita vestida con unos vaqueros muy ajustados, un jersey aún más ceñido y las uñas de color rojo chillón, no paraba de retorcerse las manos ni de chascarse los nudillos. Estaba mascando un chicle que de vez en cuando asomaba entre sus dientes. Con mano temblorosa le pasó una nota a Michael. Bajo las palabras «He recibido de Zeligman y Zeligman, contables, el archivo con los documentos de las declaraciones de la renta de Eva Neidorf, y por ésta me comprometo a devolvérselo completo. Firmado», había un garabato ilegible.

Michael se guardó el papel en el bolsillo del abrigo. Zeligman padre dijo por enésima vez que aquello no habría ocurrido si él hubiera estado presente. Él, un ciudadano decente y cabal, «que no había tenido problemas con la policía en su vida», había preparado el archivo y había telefoneado a Zmira a primera hora de la

mañana para decirle que fuera rápidamente a la oficina a esperar a la policía y que les entregase el archivo cuando llegaran.

Eli Bahar levantó la vista de los archivos atrasados y le preguntó por qué no había estado presente cuando ocurrió. El mayor de los Zeligman explicó que se había visto obligado a hacer una visita urgente a la agencia tributaria para evitar que uno de sus clientes se metiera en graves apuros. Y su hijo, explicó, siempre llegaba tarde.

–Pero también trabaja hasta tarde. No es fácil llegar al centro de la ciudad desde donde vive –dijo el anciano mirando a su hijo.

–Tranquilízate, papá, tranquilízate –dijo el joven, acercándose a su padre y poniéndole una mano en el hombro–, no es culpa tuya.

No, pensó Michael, no es culpa suya, pero ¿eso qué más da? Era como si ya estuviera oyendo a Ariyeh Levy diciéndole: «Esto no es la universidad, ¿sabes?» y soltándole la retahíla de costumbre. Le pareció sentir las miradas de soslayo y ver las sonrisas furtivas de sus enemigos, todos los que codiciaban el bocado que le iba a caer en suerte: director del Departamento de Investigación de Jerusalén. Y, para colmo, tenía que aguantar a los miembros del Comité de Formación del Instituto, con sus miradas suspicaces y la desconfianza en los ojos.

Los hechos estaban claros: a las ocho de la mañana el archivo estaba listo, y a las ocho y media (a esa hora salí del hospital, pensó Michael con rabia; podría haberme pasado por aquí) un hombre se había presentado en la oficina de los contables, un hombre alto de treinta y tantos años con bigote que vestía un uniforme militar. Había visto los pantalones caquis, dijo Zmira, por debajo del gran abrigo con capucha que le llegaba hasta las rodillas.

–Un abrigo del ejército –añadió. Llevaba guantes negros y dijo que le habían encargado recoger el archivo. Ésa fue toda la información que Michael consiguió extraerle a la chica.

–Pero si ya se lo he contado a él –dijo, y señaló a Eli.

Eli frunció los labios y dijo en tono amenazador:

–Y ahora nos hará el favor de repetirlo.

Zmira no recordaba nada más. No vio sus galones.

–Como ya he dicho, llevaba puesto un abrigo muy grande. Y gafas negras, de esas que ocultan los ojos. Sólo vi su bigote y una boca llena de dientes –dicho esto, se sacó de su propia boca la rosada golosina y rompió a llorar.

Nadie se movió para consolarla. Michael había tomado asiento en una gran silla de mimbre frente al escritorio detrás del cual estaba sentado Zeligman padre, manoseando el nudo de su corbata y enjugándose la frente. De tanto en tanto levantaba la vista hacia la pared donde una serie de diplomas lujosamente enmarcados atestiguaban que era contable diplomado y perito mercantil.

Sobre el escritorio había un jarrón de exquisito cristal veneciano. Michael sintió

el irrefrenable impulso de cogerlo, estrellarlo contra el suelo y oír cómo se hacía pedazos. Se esforzó por pensar en otra cosa. No había nadie sobre quien pudiera descargar su ira. Eli Bahar dejó los archivos atrasados en su sitio diciendo que no les servirían de nada.

—Aquí no hay nada —dijo—, solamente cuentas bancarias.

Michael aguzó el oído. «Cuentas bancarias», repitió, y le preguntó a Zeligman padre si tenía los números de cuenta de la difunta. Sí, dijo Zeligman, y se enderezó la corbata. Estaba en condiciones de informarle, dijo, de que la doctora Neidorf tenía una cuenta en activo y otras sin actividad.

—¿También le interesa su cartera de valores? —preguntó.

Todo, dijo Michael, todas sus cuentas bancarias. Sobre todo las cuentas en las que depositaba los pagos que le hacían sus pacientes.

—Eso no es ningún problema —dijo el contable. Incluso tenía un cheque firmado para el mes siguiente, para ingresarlo en nombre de su cliente. La doctora tenía por costumbre hacer los pagos fraccionados del impuesto de la renta al final de cada mes, explicó—. No quería preocuparse personalmente de esos asuntos. La doctora Neidorf tenía plena confianza en nosotros —añadió en tono de reproche—. Aquí está. El inspector jefe puede comprobarlo por sí mismo —y abrió uno de los cajones del escritorio. Se inclinó, estuvo revolviendo los papeles del cajón durante un rato y, por fin, sacó un fino archivador de cartón del que extrajo un talonario de cheques que le entregó a Michael. Era del Discount Bank, de la sucursal de la colonia alemana, y en él había dos cheques firmados, uno extendido a nombre de la agencia de recaudación del IRPF y otro a nombre de la agencia recaudadora del IVA. La fecha que figuraba en ambos era el 15 de abril. Zeligman se apresuró a explicar que la doctora todavía no había recibido los formularios de la declaración de la renta del siguiente año fiscal. En el mes de abril la doctora siempre le entregaba cheques firmados para todo el año.

—Este talonario estaba lleno de cheques firmados; se ve que los hemos arrancado... Usted mismo lo puede comprobar. Pagábamos todo puntualmente.

Así que ya me habla de usted en vez de llamarme inspector jefe, pensó Michael; eso significa que ya no está asustado. Recordaba el momento en que su suegro había dejado de dirigirse en esos mismos términos a la gente para emplear un tono más familiar.

Eli Bahar sugirió la conveniencia de llevarse también los archivos atrasados.

—Nos llevaremos todo —corroboró Michael secamente—. En nuestras manos estará más seguro.

Zeligman hijo abrió la boca, se lo pensó mejor, y la volvió a cerrar. Y Zeligman padre le hizo un gesto de asentimiento a Zmira y le dijo:

—Dale un sobre al caballero para esos papeles.

Mientras introducía los papeles en el sobre, Michael lanzó su andanada de

despedida:

–Señor Zeligman, quiero que medite mi pregunta antes de contestar y que me conteste con absoluta franqueza: nosotros no somos de Hacienda –Zeligman empezó a manosearse la corbata otra vez y su hijo abrió la boca para protestar, pero el inspector jefe Ohayon levantó la mano para indicar que no había terminado de hablar–: Mi pregunta se refiere a las facturas. ¿Se registraba todo? ¿Está seguro de que les pasaba factura a todos sus pacientes?

Zeligman reaccionó como si estuviera a punto de sufrir un infarto. El tono defensivo desapareció de su voz: el honor de una dama estaba en entredicho y el caballero polaco se puso a la altura de las circunstancias. Con las mejillas encendidas, dijo:

–No sé con qué tipo de gente estará usted acostumbrado a tratar, caballero. Pero ahora estamos hablando de la doctora Eva Neidorf, a quien evidentemente usted no tuvo el honor de conocer. No me importa contarle, sin que esto salga de aquí, que yo mismo le aconsejé en más de una ocasión que trabajara menos horas, ya que era tan escrupulosa en sus declaraciones de la renta que trabajar tanto no le compensaba económicamente. Siempre decía que lo pensaría, pero no pasarle factura a un cliente era algo que jamás se le habría ocurrido. «Señor Zeligman», me decía, me tenía mucho respeto, «señor Zeligman, en un trabajo como el mío hay que ser honrado; no puede uno portarse como un tendero y no entregarles una factura a los clientes». Le puedo asegurar, con la mano en el corazón, que siempre extendía la factura correspondiente y guardaba la copia y que lo declaraba todo. Y créame, tengo otros clientes y sé de qué estoy hablando.

Michael no dio muestras de que aquel discurso lo hubiera convencido y mientras bajaban en el viejo y chirriante ascensor resumió su actitud hacia Zeligman en dos palabras: «Cretino pedante». Zmira miraba alternativamente a Michael y a Eli con ojos asustados y saltones. Habían pasado un buen rato convenciéndola de que no había hecho nada de lo que se la pudiera acusar.

–Es pura rutina, es nuestra manera de trabajar –volvió a explicarle Eli de camino hacia el barrio ruso. En primer lugar la llevó al despacho donde se hacían los retratos robot y después le tomó una declaración jurada sobre los sucesos de la mañana. Mientras iban de un lado a otro, Eli le preguntó a Zmira qué voz y qué acento tenía el hombre del uniforme. La secretaria dijo que le había parecido un asquenazí; ciertamente, no tenía acento sefardí. Eli informaría a Michael una hora después de que la chica le había dicho que podría identificar la voz, y quizá también al hombre en cuestión, si lo volviese a ver.

Algunas cosas iban evolucionando bien y Michael trató de consolarse pensando en eso. Por ejemplo, en cuanto entró en su despacho, a las once y media, oyó a Tzilla diciéndole animadamente a alguien por teléfono: «Aquí está, acaba de llegar». Estaba sentada detrás del escritorio garrapateando algo con un lápiz.

Michael cogió el auricular. Habían encontrado a Alí Abú Mustafá, le anunció Gidoni.

–Tienes que reconocer que nos hemos dado prisa. ¿Ves como mantener buenas relaciones con el mujtar² tiene sus ventajas?

Michael le dijo que se pasaría por allí sobre las cuatro. Cuando Gidoni se quejó de que el café se iba a enfriar, hizo un esfuerzo por responderle en son de guasa, confiando en que no se notara mucho la impaciencia que sentía.

A las doce menos diez consiguió marcar el teléfono de la clínica de Dina Silver. No hubo respuesta. Volvió a intentarlo unos minutos después y una voz suave y agitada respondió a la llamada:

–Dígame. Sí, soy yo –le dijo cuando preguntó si era Dina Silver. No, hoy no tenía tiempo para hablar con él; iba a ir al entierro a la una y después tenía que trabajar hasta tarde.

–¿Y qué tiene de malo que nos veamos tarde? –preguntó Michael, mirando a Tzilla, que parecía estar en tensión.

–Esta noche... –dijo Dina Silver, titubeante-. ¿Quiere decir en casa o algo así?

No, no quería decir en casa, sino allí, en el barrio ruso, después del entierro.

–Pero es que recibo pacientes desde las tres –dijo Dina Silver, nerviosa, haciendo hincapié en cada palabra. Michael estaba imaginándose la expresión preocupada de su bonito rostro-. ¿Trabajan después de las nueve?

Michael sonrió para sí y respondió que, «si hacía falta», trabajaban veinticuatro horas al día.

Se produjo un silencio y, a continuación, en un tono más animado, Dina le sugirió:

–Podría llamarle para facilitarle el nombre y el número de teléfono de la chica que envié a Eva Neidorf para que la tratara. ¿No podríamos dejar la cita para más adelante?

Podrían dejarla para más adelante, dijo Michael, si ella no estaba dispuesta a ir a verlo cuando terminara de atender a sus pacientes. No quiso pedirle que cancelara las citas. No había un arma de fuego por medio, como en el caso de Linder, y además Michael no sabía si a las nueve ya habría terminado de hablar con la familia de la mujer asesinada. Al fin le propuso que fuera a verlo a su despacho a la mañana siguiente.

–¿A qué hora? –le preguntó otra vez en tono angustiado.

–A las nueve –le dijo Michael después de calcular cuánto duraría la reunión matinal-. Pero, por favor, si no es una molestia excesiva, resérveme toda la mañana.

Michael sabía que sería una molestia y le extrañó que Dina Silver no se quejara y escuchara en silencio las instrucciones sobre cómo llegar a su despacho, transmitidas a velocidad de dictado antes de colgar.

–He estado buscándote y te habías marchado –dijo Tzilla-, todos habíais

desaparecido. ¿Qué ha pasado?

Michael le explicó sucintamente los sucesos de la mañana, aparentando que no lo afectaban.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —dijo Tzilla con ansiedad—. ¿Cómo vamos a localizarlos a todos? No me parece muy adecuado sacar un comunicado en el periódico diciendo que todas las personas que hayan estado en tratamiento con la doctora Neidorf se presenten en la comisaría más próxima.

—Ése no es el único problema. Por lo visto hay alguien decidido a evitar a toda costa que lo descubramos. Lo que ha hecho esta mañana era muy arriesgado —dijo Michael pensativo—. Pero la vida no es tan sencilla y no es tan fácil ocultar una información de ese tipo. Demos gracias a Dios porque existan los bancos: imagínate qué demonios habríamos hecho si todo se basara todavía en el trueque y en los pagos en especie.

En ese momento entró Eli para recordarles que tendrían que salir en seguida hacia el entierro, pero al oír la última frase pronunciada por Michael una chispa de comprensión e interés animó su mirada.

—Vamos a ver —estaba diciendo Michael lentamente—. Había ocho horas en las que no sabíamos qué hacía, ocho horas a la semana. Seis ya han quedado explicadas. Dedicaba cuatro horas a la semana a psicoanalizar a la doctora del Margoa, Hedva Tamari, que ha solicitado que la admitan en el Instituto recientemente y está a la espera de una respuesta; y otras dos las dedicaba a otra paciente, cuyos datos me facilitará mañana la mujer con la que acabo de hablar por teléfono, Dina Silver. Esto nos deja con dos horas sin explicar. Una vez que hayamos hablado con todas las personas de nuestra lista y hayamos averiguado qué días y a qué horas tenían cita con Neidorf, podremos encajarlas en su horario. Y después de examinar las cuentas bancarias, confío en que también sepamos el nombre del paciente misterioso. Lo que ha ocurrido esta mañana nos lleva a suponer que es un hombre.

Eli abrió el sobre marrón y dijo:

—O quizá no es una sola persona, ¿quién sabe?, después de todos estos robos y desapariciones.

—Entonces ¿qué hacemos aquí sentados? Tenemos que conseguir un mandamiento judicial, ¿verdad? No podemos entrar en el banco y, así por las buenas, decir que queremos ver sus cuentas bancarias —dijo Tzilla muy excitada.

Michael echó un vistazo a su reloj.

—Es cerca de la una. Lo primero es asistir al entierro. Después iré a Belén, y Eli vendrá conmigo, así que ya puedes empezar a moverte, Tzilla. A la vuelta estoy citado con la familia... Dios sabe cuánto tiempo pasaré con ellos... Habrá que dejar lo demás para mañana. Al fin y al cabo, todo tiene un límite. Eli, cuando vuelvas de Belén puedes ayudar a Tzilla. Empezad a interrogar a la gente que estuvo en la

fiesta. Y tú, Tzilla, trata de averiguar el número de cuentas bancarias que debemos consultar, todas las cuentas en las que Neidorf ingresara cheques. Al cabo de unos días devuelven los cheques a las cámaras de seguridad de los bancos donde han sido cargados –Michael concluyó reprimiendo la ira–: Al final daremos con él, aunque nos cueste la vida –y volviéndose hacia Eli añadió–: Hazme un favor, lleva el recibo del archivo de Zeligman a Investigación Criminal. A lo mejor consiguen descubrir algo a través de la firma. Quiero que salgamos todos juntos hacia el entierro. Tzilla, habla con los fotógrafos y con los dos hombres de refuerzo y asegúrate de que lleguen por separado; de momento nadie los conoce. Supongo que Shorer enviará a Raffi y a Manny Ezra, pero de todas formas compruébalo.

Al quedarse solo en el despacho, Michael volvió a mirar la lista, que estaba bajo la lámpara de mesa con las cinco copias que había hecho Tzilla. Con su letra grande, había ordenado los nombres alfabéticamente. El primero de la lista era el doctor Giora Biham, que no figuraba en la lista de pacientes de Neidorf ni en la de sus supervisados. Por lo visto trabajaba en el hospital Kfar Shaul, y Tzilla había hecho una marca al lado de su nombre; era de suponer que se habría puesto en contacto con él y lo habría citado para interrogarlo. A Michael se le ocurrió que no tendría sentido que ninguna de las personas del Instituto tratara de ocultar sus contactos profesionales con Neidorf. El hombre de uniforme que se había llevado el archivo debía de ser alguien de fuera, alguien que estaba suficientemente al tanto de las cosas como para ir en primer lugar a la oficina de los contables. Así se lo explicó a Eli cuando entró en el despacho para decirle que había dejado el recibo en Investigación Criminal para que lo examinara el experto en caligrafía.

–¿Dónde demonios se habrá metido Tzilla? –dijo Eli después de soltar un taco–. Tenemos que ponernos en marcha.

Tzilla regresó y les comunicó que los demás ya habían salido; contaban con un par de fotógrafos y también con Manny Ezra.

–Gracias a Dios, al menos habrá allí una persona agradable.

Eli no se dio por aludido, aunque seguramente la pulla iba dirigida contra él, y los tres salieron del despacho. Al pasar por delante del despacho de Shorer, Michael se asomó por la puerta. Shorer, que seguía sentado detrás de un montón de papeles acumulados en su escritorio, levantó la cabeza y le preguntó qué novedades había y Michael se las resumió en un par de frases. Shorer suspiró y dijo que eso iba a complicar aún más las cosas; los trámites bancarios eran interminables, y no sabía cómo iban a ocultarle la situación a Levy, que, como Michael sabía muy bien, estaría encantado. Michael dijo que sí, que ya lo sabía, y que no tenía intención de ocultarle nada a nadie.

–¿Te apetece asistir a un entierro? –preguntó.

Shorer sacudió la cabeza enérgicamente y dijo:

–Ir a los cementerios trae mala suerte. Sólo voy en caso de absoluta necesidad.

Cuando se te ocurra alguna propuesta más sugestiva, házmelo saber.

Michael se encogió de hombros y volvió la mirada hacia el largo y sinuoso pasillo. Estaba parado en el umbral, entre el quicio y la hoja de la puerta entreabierta. Tzilla y Eli lo esperaban pacientemente junto a las escaleras.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Has perdido la confianza en ti mismo? ¿Es que necesitas una niñera o qué? —Shorer le habló con dureza. En un instante la situación había cambiado por completo—. ¿Un par de golpes y te vienes abajo? ¿Qué demonios te pasa? Salgo en tu defensa, hablo bien de ti al mundo entero, la gente cree que puedes andar sobre las aguas... ¿Y crees que voy a permitir que me hagas pasar por mentiroso? No quiero ni un fallo más, ¿entendido? Si una sola cosa más sale mal, te voy a amargar tanto la vida que desearás no haber nacido. Y borra esa expresión patética de tu cara si no quieres que te la borre yo. ¡Haz el favor de dominarte!

Michael cerró la puerta y echó a andar hacia Tzilla y Eli. Sé que me lo he buscado, pero aun así se está portando como un cerdo, pensó mientras arrancaba el coche y ponía rumbo a Sanhedria. Siempre que iba al tanatorio de Sanhedria se preguntaba cuánto tardaría en dejar atrás todos los semáforos de la calle Bar Ilan. Y cuánto tiempo tendría que estar dentro del coche contemplando las levitas negras, los tirabuzones y los sombreros de ala ancha de los ultraortodoxos, y a las omnipresentes mujeres embarazadas, que tardaban una eternidad en cruzar la calle. Pasarían siglos antes de que pudiera girar a la izquierda en dirección al abarrotado tanatorio.

Tzilla iba sentada a su lado y Eli en el asiento trasero. El cielo estaba encapotado de negros nubarrones que todavía no habían empezado a descargar. No cruzaron ni una palabra durante todo el camino. Al llegar, Michael aparcó, le dio las llaves a Tzilla y desapareció entre la multitud de dolientes.

Como instrumentos de un trío bien compenetrado, Tzilla y Eli se separaron y el Renault con matrícula de la policía quedó aparcado entre los coches de los miembros del Instituto.

Protegiendo la llama con la mano, Michael Ohayon encendió un cigarrillo. Sabía que no debía fumar allí, pero no logró contenerse. Se quedó fuera de la capilla, en el rellano de la amplia escalinata. Tzilla pasó al interior y él se apartó hasta el extremo del escalón superior para observar a la gente que iba entrando a raudales. A pesar de que había visto muchos cadáveres, ese tipo de sitios lo acongojaban. Y ver cómo enterraban a alguien le resultaba aún más penoso. En esos momentos siempre pensaba con envidia en los espléndidos sarcófagos funerarios de los romanos y en otras posibles formas de despedirse de los muertos. Cualquier cosa antes que aquellas parihuelas, que aquellos cadáveres envueltos en sábanas enroscadas.

Linder pasó delante de él. Llevaba a una mujer del brazo, y por la manera íntima y natural con que se apoyaba en él, Michael supo que era su mujer. Se le veía serio y distraído; aunque su mirada se posó en Michael durante un instante, no lo saludó, y sólo un destello de ansiedad en sus ojos reveló que lo había reconocido.

Dina Silver, envuelta en un abrigo de piel y con un pañuelo negro al cuello, subió los escalones acompañada por un joven calvo y de espesa perilla. Michael se tranquilizó al reconocer a una policía de paisano en la persona de la joven fotógrafa que llevaba una cámara al hombro y el distintivo de la prensa en el cuello del abrigo. La chica lo saludó discretamente con la cabeza y dirigió el objetivo hacia la pareja. Michael quería pensar que lograría fotografiar a todo el mundo, aunque sabía que era imposible.

El otro fotógrafo se había situado en el primer escalón y estaba jugueteando con un mechero. También había periodistas de verdad entre la multitud, y fotógrafos de prensa que dirigían sus cámaras hacia la muchedumbre que subía la escalinata del redondo templo de piedra.

Apoyándose en Rosenfeld, cuya boca parecía desnuda sin su habitual puro, el viejo Hildesheimer iba subiendo escalón a escalón con dificultad, los hombros caídos, la cabeza inclinada y el rostro oculto tras un sombrero oscuro. Al otro lado de Rosenfeld iba una mujer a la que Michael no conocía. Imaginó que la mayoría de los psicoanalistas acudirían con sus familiares o, al menos, con sus esposas. Muchas personas subían con paso lento y pesado por la ancha escalinata. Todos vestían gruesos abrigos. Desde la tormenta del sábado por la noche hacía un frío lacerante.

Numerosas caras le resultaban conocidas. Había visto a algunos de los presentes el sábado, en el Instituto, y a otros los recordaba de sus tiempos universitarios. La

crème de la crème, pensó Michael, la elite de la ciudad. Era aquél un modelo de funeral solemne y, al propio tiempo, cargado de emoción.

En todos los semblantes había signos evidentes de dolor y pesadumbre. Dos mujeres subían por las escaleras llorando y desde el grupito de dolientes arracimados a la entrada de la capilla, que ya estaba llena a rebosar, se dejaban oír sollozos.

Había algo en el ambiente que minaba la solidez de la muchedumbre, que parecía salida de los baluartes de la respetabilidad burguesa. Eva Neidorf no había muerto de enfermedad, ni en un accidente, ni porque tuviera muchos años. Además de las habituales muestras de pena y aflicción, en la expresión de los dolientes se reflejaban otras emociones: había miedo en sus ojos e ira, a veces incluso rabia, en sus rostros.

Litzie Sternfeld, cuyas lágrimas del sábado Michael recordaba vívidamente, subió los escalones apoyándose en dos jóvenes. No lloraba. Tenía un rictus sombrío en los labios. Se diría que no se hacía ilusiones sobre la situación a la que se enfrentaba. Como un gran pájaro negro, ascendió por la escalinata pasando la mirada de un rostro a otro. Ella también está tratando de descubrir a Alien, pensó Michael. Se les ve a todos tan respetables, con ese aire de ser el no va más de las virtudes cívicas, que si no fuera por todo lo que sé, éste sería el último sitio donde se me ocurriría buscarlo. Pero ellos también se están mirando entre sí, y están asustados. Todos tienen miedo.

El raudal de personas que subía por las escaleras fue disminuyendo y por el silencio que se hizo, tan sólo interrumpido por sollozos, Michael supo que la ceremonia había comenzado. Alguien estaba pronunciando un panegírico de la difunta; un hombre cuya voz no reconoció, y desde donde estaba las palabras eran inaudibles.

Luego resonó la voz de un cantante y, por fin, se hizo el silencio; la ceremonia había concluido. Seis hombres cargaron con el cuerpo, y Michael reconoció entre ellos a Gold y a Rosenfeld. Posó la vista en el bulto envuelto por el sudario y, al distinguir los contornos del cuerpo, un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

La familia salió de la capilla detrás de los portadores. Michael vio a Hillel, el yerno, sujetando a una mujer joven, que debía de ser la hija. Junto a Hillel caminaba un hombre joven de inconfundible parecido con la difunta. Hildesheimer iba agarrando a la hija por el otro lado. Ahora se le veía muy bien la cara bajo el amplio sombrero que cubría su cabeza calva. Pasó muy cerca de Michael y éste vio que le rodaban lágrimas por las mejillas. La gente comenzó a seguir a los parientes escaleras abajo y a subirse a los coches. Tzilla iba detrás de Hildesheimer, y a su zaga marchaba una larga procesión de personas, muchas de ellas enjugándose las lágrimas, otras apoyándose en el brazo de sus acompañantes o sujetándolos. El cielo estaba gris, parecía que iba a llover y soplabla un viento gélido. Desde la calle

se elevó el sonido de los motores arrancando. Dina Silver bajó las escaleras del brazo del hombre barbado y calvo. Y fue entonces cuando Michael vio por primera vez a un joven que estaba algunos escalones más abajo que él, en el lado opuesto de la escalinata, recostado en la balaustrada y con la vista clavada en Dina Silver y su acompañante. Por un momento Michael pensó que los iba a agredir.

En sus ojos se veía una mirada obsesiva y desesperada. Está fuera de lugar entre esta gente, pensó Michael, pues, sin saber bien por qué, le dio la impresión de que era distinto. Dina se rezagó y volvió la cabeza, su mirada se cruzó con la del joven, sólo durante un segundo, y después apresuró el paso. El hombre que la acompañaba volvió la vista con curiosidad, se quedó mirando fijamente un instante y, después, acompasó sus pasos con los de Dina. No se podía saber si ella había reparado en la presencia de Michael, que no había retirado la vista del muchacho y que confiaba en que las cámaras hubieran captado su imagen. «El joven», lo llamaba Michael para sí, aunque era un término que no solía emplear. Tan pronto como lo vio lo atenazó el presentimiento de una catástrofe inminente. Había algo amenazador en aquella belleza, en la desesperación que reflejaban esos ojos.

Incluso una persona indiferente a la belleza la habría apreciado en él. Era imposible no fijarse en las exquisitas líneas de su rostro, enmarcado por la capucha levantada de su trenca. Era imposible no contener el aliento ante la visión de aquellos abrasadores ojos rasgados y azules de mirada desalentada, anhelante. Los altos pómulos conferían una delicada calidad espiritual a su expresión. Pero también había sensualidad en su rostro, sobre todo en los labios carnosos y en la espesa mata de rizos rubios. A Michael le recordó a Tadzio, de Muerte en Venecia. Después pensó en las esculturas griegas. El joven no aparentaba más de veinte años.

La mujer policía, que acababa de salir de la capilla, dirigió su cámara hacia él y pulsó el botón. Se oyó un clic y la fotografía pasó de largo junto al muchacho, que no parecía haber reparado en ella ni en su cámara. Michael la siguió escaleras abajo y, al volver la cabeza, vio que el joven seguía allí, exactamente en la misma postura de antes.

Al llegar al último escalón se encontró con Raffi Cohen, que lo miró con una expresión que quería decir: «¿Y ahora qué?». Michael le dijo que siguiera al chico guapo de la trenca que estaba en lo alto de las escaleras, que se pegara a él y no lo perdiera de vista. Raffi levantó la mano con la palma hacia arriba en mudo ademán inquisitivo y Michael le dijo en un murmullo:

—Ni yo mismo lo sé todavía; síguelo y averigua quién es.

Raffi asintió y una expresión abstraída y reflexiva apareció en su rostro. Al mirar hacia atrás una vez más, Michael lo vio subiendo lentamente las escaleras, en dirección al joven, la vista fija en el suelo. Aun conociendo de sobra la experiencia y la habilidad de Raffi, contuvo el aliento, como un cazador temeroso de que su compañero hiciera ruido y espantara a la presa. Consideró la posibilidad de seguir

él mismo al joven, pero en seguida la descartó. No podía estar en todas partes a la vez, se dijo con firmeza, y echó a andar hacia el aparcamiento.

¿Hacia dónde dirigirán sus sospechas?, se preguntó mientras subía al coche y se sentaba en el asiento del copiloto. Todos deben de imaginar que uno de ellos puede estar implicado en el asesinato. ¿Cómo se sobrepondrán a su desconfianza? ¿Cómo pueden compartir el dolor, ir en el mismo coche, sin saber quién es? Después repitió la pregunta en alto. Tzilla, que iba al volante y se había sumado al cortejo, fue la primera en responder.

–Bueno, la gente tiene mecanismos de defensa –dijo, escogiendo con cuidado las palabras–. Todo el mundo se niega a pensar que el asesino es uno de sus allegados. Las personas a las que queremos y creemos conocer están por encima de toda sospecha.

Al principio Eli guardó silencio, y después comentó que, en su opinión, los colegas de Neidorf parecían estar más tristes y deprimidos que recelosos.

–Puede que tarden algún tiempo en comprender la situación. Un entierro no es el sitio más adecuado para sospechar de los demás –y suspiró desde el asiento trasero.

Desde detrás de las manos ahuecadas para proteger la llama de una cerilla, Michael señaló que, en su opinión, la ira era la emoción que predominaba en el ambiente.

–Se les ve tristes y con miedo, pero sobre todo airados.

Después guardaron silencio hasta llegar a la sinuosa carretera que conducía hacia el cementerio de Givat Shaul. Empezó a caer una fina llovizna. Tzilla conectó el limpiaparabrisas, que, tan pronto como se hubo secado el cristal, emitió un chirrido que a Michael le puso la carne de gallina. Tzilla lo paró, las gotas de lluvia volvieron a cubrir el parabrisas y la conductora se quejó de la mala visibilidad y de lo resbaladizo que estaba el firme.

Cuando ya estaban a menos de un kilómetro del cementerio, pasando por delante de las fábricas de lápidas, Michael mencionó al joven, describiéndolo en unos términos que le hicieron preguntarse a Tzilla en voz alta cómo no se habría fijado en él.

Una vez más se hizo el silencio, y después Eli abordó el tema del viaje a Belén. ¿Por qué no traían al jardinero al barrio ruso para interrogarlo?, preguntó, y además, ¿por qué tenían que ir los dos?

A Michael le daba miedo no manejarse bien en árabe.

–No se puede realizar un interrogatorio cuando estás tratando de traducir el árabe de Marruecos al de Jordania; hay que hablar con fluidez y precisión.

Pero Eli insistió. Entonces ¿por qué no iba él solo?; así Michael quedaría libre para dedicarse a otras cosas; sería una pérdida de tiempo que fueran ambos. Sí,

convino Michael, pero no quería defraudar a Gidoni; estaba esperándolo para tomar café.

–¡Vaya, menuda razón! –bufó Tzilla despectivamente.

Pero ninguno de los dos osó decir nada más. Aunque Michael no hacía gala de guardar las distancias con sus subordinados, siempre sabían hasta dónde podían llegar.

Tzilla aparcó lo más cerca que pudo del muro de piedra que separaba las tumbas del camino.

La lluvia había ido arreciando y cuando llegaron junto a la tumba abierta empezó a jarrear. Michael no distinguía las gotas de lluvia de las lágrimas. No se abrió ni un solo paraguas y a Michael le dio la impresión de que todos estaban abandonándose a la lluvia por voluntad propia, que habían dejado los paraguas en los coches a propósito. Miró a su alrededor y vio que una gran nube gris envolvía al nutrido grupo de personas. A pesar de que era temprano, apenas había luz. Se veían tumbas por todas partes, algunas recién tapadas y otras cubiertas por lápidas de piedra. Pensó en su madre, que estaba enterrada en los arenales de Holon, a las afueras de Tel Aviv; oyó su voz cálida y suave. No muy lejos de él estaba Hildesheimer, mirando al frente con expresión torva y severa. El hijo de Neidorf recitó la oración fúnebre. El silencio era absoluto, no se oía ni un gemido.

De pronto un alarido espantoso rasgó el aire. Pasaron varios segundos antes de que Michael identificara la palabra «mamá». Nadie se movió y sólo se oían las gotas de lluvia cayendo sin tregua sobre el suelo. A continuación la gente colocó algunas piedras en la tumba y, según la costumbre de los judíos de Jerusalén, los hombres formaron en dos filas y el hijo pasó entre ellos. Las mujeres se apartaron. Algunas se acercaron a la hija de Neidorf, Nava, que estaba muy quieta junto a la tumba con la cabeza baja, reclinándose en una mujer desconocida para Michael. Los hombres echaron a andar hacia los coches hundiéndose en el barro. Nadie se detuvo a hablar con nadie, nadie pronunció una sola palabra. Algunos tocaron a Nava en el brazo, y algunos dirigieron una mirada a Hildesheimer, pero nadie lo tocó. Linder se le acercó y le ofreció el brazo, y el anciano se apoyó en él para dirigirse laboriosamente hacia uno de los coches. Rosenfeld, observó Michael, que cerraba la marcha, se sentó al volante y detrás de él tomó asiento el hombre apuesto del Comité de Formación.

Tzilla esperaba en el asiento del conductor. Michael subió al coche y reparó en la expresión sombría de Eli.

–Entonces ¿qué me sugieres? –preguntó después de carraspear–. ¿Que lo traigamos aquí?

Eli asintió con la cabeza y tuvo un escalofrío. En el coche olía a lana húmeda y Michael abrió la ventanilla a pesar de que seguía lloviendo. Después se inclinó hacia la radio y pidió al centro de Control que le dijeran a Gidoni que les mandara el

paquete. Cuando estaban entrando en la ciudad una voz dijo por la radio que Gidoni quería saber si eran sus hombres los que tenían que hacerse cargo de entregar el paquete. Sí, dijo Michael, lo preferiría así. Se oyó un suspiro de alivio procedente del asiento trasero. Tzilla sonrió y Michael se encogió de hombros y encendió un cigarrillo. No paraba de llover y Eli empezó a explicar en tono de disculpa que probablemente el interrogatorio duraría varias horas.

–Quedarse tirado en Belén con el tiempo que hace... –dejó la frase sin terminar.

Tzilla detuvo el coche junto al asador donde solían comer, en el mercado de Mahaneh Yehuda de la calle Agrippas, y nadie la rebatió cuando dijo:

–Después de un entierro siempre me entra hambre.

Tal como había predicho Tzilla mientras ensartaba con su tenedor los trozos de carne de un gran plato de parrillada mixta, cuando llegaron al barrio ruso, Alí Abú Mustafá estaba esperándolos en la sala de detenidos. Michael fumaba como una chimenea. El repentino cambio del entierro al restaurante, donde Tzilla no paró de charlar con mucha animación y Eli picoteó su comida sombríamente sin despegar los labios, y la perspectiva del interrogatorio lo habían cargado de tensión.

–Imaginaos por un momento qué pasaría si arrestásemos a un colono judío de los alrededores de Belén y lo metiéramos en un calabozo del barrio ruso –dijo Tzilla lanzando un gruñido de desaprobación mientras maniobraba con mucha habilidad para aparcar el coche. Relevaron al policía encargado de custodiar al detenido, que estaba acurrucado en un rincón de la sala. Michael observó sus extremidades desmadejadas y sus ojos, en los que se veía la mirada derrotada de quien sabe que tiene perdida la partida de antemano. Michael se sentó en el rincón de enfrente y Eli comenzó a anotar los datos del detenido. Alí estaba intentando adivinar quién de los dos era el jefe, pasando rápidamente la vista de uno a otro, hasta que al final posó la mirada en Eli, que le preguntó calmadamente por qué no había ido a trabajar. Después de un prolongado silencio, repitió la pregunta. Michael, que a pesar de entender bien el árabe siempre tenía miedo de no captar los matices debido a las diferencias de acento y vocabulario, mantuvo la vista fija en el joven jardinero, quien por fin dijo que estaba enfermo.

Eli le interrogó sobre el carácter de su enfermedad y Alí se señaló la cabeza y dijo que había tenido fiebre durante toda la noche. Después de un leve titubeo, preguntó si lo habían arrestado por haber faltado al trabajo. En su pregunta no había ironía, sino tan sólo la resignación de un hombre que se había acostumbrado a la idea de que podían arrestarlo por cualquier cosa. Eli le explicó que los motivos de su arresto no eran políticos y estaban relacionados con la investigación de un asesinato.

Alí se incorporó, repitió la palabra «asesinato» en tono interrogativo, con asombro, con indignación, y terminó por pronunciar una larga frase que se resumía

en la afirmación de que no sabía de qué le estaban hablando. Mientras tanto, Eli dibujaba cuadraditos en el papel que tenía delante sobre una mesa.

La sala de detenidos estaba en la segunda planta del ala de interrogatorios. Las paredes eran de color amarillo sucio y la única ventana de la sala daba a un patio. La mesa y las dos sillas eran grises y el ambiente nunca dejaba de sorprender a Michael por lo deprimente que resultaba. Eli esperó un momento y después hizo un comentario sobre la costumbre del jardinero de trabajar los sábados; Alí pegó un bote y declaró que no había hecho nada malo, que trabajaba los sábados por motivos religiosos, que el encargado de mantenimiento lo sabía, que era un acuerdo entre ellos, y que se lo habían permitido precisamente porque era un trabajador bueno y de fiar.

Eli levantó la vista del papel y de los cuadraditos que iban llenándolo rápidamente y preguntó qué tipo de motivos religiosos podrían llevar a un musulmán a escoger el domingo como día de descanso. Después le explicaría a Michael que la mayoría de la población de Dehaisha era musulmana, por lo que no se había arriesgado mucho al decir eso. A Alí se le tiñó el semblante de gris mientras tartamudeaba que casi todos sus amigos trabajaban los sábados y que, por esa razón, la vida social del campo de refugiados y sus alrededores tenía lugar principalmente los domingos. Era una respuesta convincente, pero Eli la escuchó con expresión escéptica y, de repente, le preguntó cuánto tiempo llevaba su hermano en la cárcel. El detenido tembló y trató de explicar que la detención policial de su hermano no estaba justificada. No le echaba la culpa a las autoridades, no, la culpa la tenía su hermano; era tan joven y alocado que no sabía ni lo que decía, y por eso lo habían arrestado como sospechoso de agitación y sedición, cuando en realidad ni siquiera sabía lanzar una piedra en línea recta. Después volvió a jurar que él no había hecho nada malo.

En ese caso, dijo Eli en un tono tan neutro como el que hubiera empleado para pedirle que le describiera el paisaje de su tierra natal, ¿por qué no les había dicho nada sobre la pistola? Si de verdad no tenía nada que ocultar y no había hecho nada malo, ¿por qué no había entregado la pistola a la policía?, le preguntó Eli con un aire tal de franqueza e inocencia que a Michael se le cuajó la sangre en las venas. Tenía la vista clavada en el joven jardinero, que estaba bañado en sudor a pesar de que en la habitación hacía frío. Alí se enjugó la frente con mano trémula y preguntó que qué pistola. Qué pistola iba a ser, la que había encontrado en el hospital, dijo Eli, como si todo el mundo supiera perfectamente de qué estaba hablando; la que había tratado de esconder para dársela a sus amigos de Dehaisha, claro está.

Alí juró que nunca había tenido la menor intención de hacer nada con la pistola, lo único que quería era no meterse en problemas. Después de esa declaración, realizada con voz apasionada, se hundió en su silla y se quedó mirando a Eli como

si el policía fuera el gran brujo de la tribu. Michael contuvo el aliento. Sabía, como Eli, que si el jardinero hubiera querido utilizar la pistola, no la habrían descubierto tan pronto.

En el tono con el que se pregunta a un niño por qué no le ha contado a su madre un problema que podría haberse resuelto fácilmente, Eli le volvió a preguntar por qué no había entregado la pistola a la policía. Entonces Alí comenzó a describir lo que había sucedido el sábado por la mañana, desde el instante en que «la» vio brillando entre los arbustos hasta que Tubol se la guardó. Habló en tono monocorde, sin alzar ni bajar la voz; daba por sentado, según le pareció a Michael, que ya no podía ocultar nada y que no tenía sentido intentarlo. Cuando hubo terminado, Eli le preguntó si no se había fijado en los coches de policía que estaban aparcados junto a los terrenos del hospital.

Sí, respondió Alí, claro que se había fijado en ellos, por eso precisamente había hecho eso con Tubol. Había pensado... En ese punto se le ahogó la voz. Eli no lo presionó. Lo que había pensado resultaba evidente y no hacía falta expresarlo con palabras.

—¿Qué pensó? —le preguntó Michael.

El detenido lo miró directamente por primera vez, con una mirada cautelosa, asustada, y respondió que había pensado que si iba a entregar la pistola a la policía lo detendrían inmediatamente. Con una ingenuidad fingida, que le hizo sentir asco de sí mismo, Michael le preguntó a qué se debían esas aprensiones. Alí se encogió de hombros y recordó a su hermano, que estaba matando el rato a la puerta de su casa justo después de que apedrearán un jeep del ejército que estaba cruzando el campamento, y que fue arrestado antes de que le diera tiempo a abrir la boca. Y aunque, igual que su hermano, él, Alí, no había hecho nada para justificar que lo detuvieran, ¿quién le habría creído?

Eli hizo un gesto desdeñoso con la mano y respondió que en ese momento no estaban hablando de su hermano, y que todavía no tenía noticia de ningún preso que no se declarara inocente, pero que, en cualquier caso, un jeep había sido apedreado en Dehaisha y que alguien debía de haber lanzado las piedras. Lo que ahora le interesaba era el momento exacto en que Alí había encontrado la pistola y una descripción de la misma. Anotó las respuestas del jardinero y después le preguntó si, antes de descubrir el arma, había notado algo especial..., la presencia de un coche, de una persona, cualquier cosa que recordara.

Alí explicó que hasta el mismo momento en que la pistola le llamó la atención, un par de minutos después de llegar a la fila de rosales que estaba pegada a la verja, había estado trabajando sin levantar la vista, yendo de un rosal a otro. Aunque fuera así, insistió Eli, puede que hubiera oído o visto algo extraño aquel sábado, incluso después, daba igual, ¿no le importaría hacer un esfuerzo para recordarlo? El policía pronunció esta última frase abruptamente, a la vez que se levantaba con

un movimiento brusco que sobresaltó al detenido y le impulsó a llevarse las manos a la cara. Al ver que Eli se quedaba parado junto a la mesa sin acercársele, el jardinero bajó las manos y juró que no había visto nada. Sólo coches patrulla y un montón de coches normales, pero eso fue después de haber encontrado la pistola. Antes de encontrarla no se había acercado a la verja. Eli dirigió una mirada inquisitiva a Michael y éste alzó las cejas con un gesto que decía «déjalo, no vamos a sacarle nada más» con tanta claridad como si lo hubiera expresado con palabras. Pero Eli hizo un último intento. ¿A quién había visto en el hospital esa mañana?, preguntó.

Los sábados sólo trabajaban los médicos, dijo Alí, el del bigote y la doctora de pelo rizado cuyo nombre no sabía pronunciar, y también vio a Tubol, y después a la enfermera gorda. Pero esa enfermera le inspiraba miedo y siempre trataba de apartarse de su camino, de manera que ella no lo vio a él. Y a nadie más. Había visto a los médicos al llegar por la mañana, y a Tubol en el jardín, justo después de encontrar la pistola, dijo en respuesta a una pregunta formulada por Michael, que se levantó, llamó al policía que estaba esperando en el pasillo y le indicó a Eli con un gesto que lo acompañara afuera.

Los dos convinieron en que lo que les había contado Alí era verdad. Eli preguntó cuánto tiempo lo iban a retener y Michael se encogió de hombros.

—Hazle firmar su declaración y prometer que se va a quedar quieto, y luego deja que se marche. No quiero tenerlo detenido sin razón, pero tampoco quiero que desaparezca del mapa.

De vuelta en la habitación, Eli explicó lentamente al detenido, que parecía tener dificultades para comprenderle, que si hacía lo que le dijeran, por esta vez, le permitirían marcharse. Alí firmó la declaración y prometió quedarse en Dehaisha, pero dijo que no volvería al trabajo. Michael quiso saber por qué y, al final, Alí expresó el temor de que lo lincharan si volvía al hospital. De momento, le tranquilizó Eli, la única persona que sabía algo de su participación en lo ocurrido era el encargado de mantenimiento, y, por su parte, ellos estaban interesados en que volviera a trabajar y mantuviera los ojos bien abiertos por si veía algo fuera de lo común. Alí asintió mecánicamente y Eli le preguntó si iba a volver al trabajo al día siguiente. Haría todo lo que le pidieran. ¿Cuándo le iban a permitir irse a casa? Hoy, repuso Eli. Fue entonces, y sólo entonces, cuando un destello de odio apareció en los ojos del joven árabe, mientras comprendía que lo habían engañado, y que, aunque le dejaran irse, estaba atrapado.

Ya eran las seis de la tarde cuando terminaron de despachar el papeleo y de decidir lo que Gil Kaplan iba a declarar a la prensa. (Michael procuraba evitar dentro de lo posible el contacto directo con los periodistas; ver un gran despliegue de una foto suya, como el que aparecía ese día en la última página del periódico, lo llenaba de vergüenza.) La lluvia había cesado. Michael sabía que tenía que

marcharse a ver a la familia de la mujer asesinada, pero retrasó el momento de irse para beber tranquilamente una taza de café. Para él, el café siempre era una buena excusa para posponer las cosas.

Pero Tzilla se negó a dejarlo tranquilo. Con el ceño fruncido, dijo que debían aplicarse a la labor de solicitar la autorización para ver las cuentas de Neidorf. No la conseguirían sin permiso del juzgado del distrito y, entonces, como Michael sabía muy bien, «los directores de los bancos les dirían que no tenían derecho a ver las cuentas de nadie». Michael suspiró y dijo cansinamente:

–Tendremos que asegurarnos de que la vista se celebre a puerta cerrada. No nos interesa que la prensa se entere.

Tzilla se quejó de las restricciones que los procedimientos establecidos y la democracia imponían a la eficacia del trabajo policial.

–No se puede dar un solo paso sin solicitar permiso a los jueces –dijo con indignación.

–No te pongas así –la reconvino Michael–. ¿Te gustaría vivir en un país como Argentina? Es el precio que nos toca pagar.

Después pensó que si, al menos, hubiera apostado un vigilante en la casa de Neidorf, todo aquello no habría sucedido, o si, al menos, hubiera llegado a tiempo a la oficina de los contables, o si al menos...

Cuando Tzilla salió precipitadamente para decirle a Shorer que hiciera lo posible por agilizar la solicitud al juzgado del distrito, Michael se quedó solo con su café, que iba enfriándose muy deprisa, contemplando la pared de enfrente y las espirales de humo que se elevaban desde su cigarrillo. Antes de que se planteara qué le estaba impidiendo levantarse para ir a la colonia alemana, el teléfono sonó, el teléfono blanco..., una llamada exterior.

Al oír un ronco «hola» por el auricular, sonrió sin querer. Maya siempre llamaba en el mejor momento, pensó. Como si supiera que acababa de volver de un entierro. Los entierros nunca dejaban de inducirle un profundo deseo de refugiarse en el cuerpo de una mujer. Maya dijo «hola» otra vez y él suspiró.

–Creía que habíamos tomado una decisión –como siempre, pronunció la frase sin el necesario convencimiento y, como es natural, Maya percibió el tono de añoranza.

Michael llevaba cinco años realizando intentos infructuosos de romper con ella. Había sabido desde el principio que no tenían ninguna posibilidad de llegar a vivir juntos. Durante su primer encuentro, cuando se impuso entre ellos el tono de absoluta franqueza que después caracterizaría su relación, Maya le había dicho con toda claridad que no pensaba abandonar nunca a su marido. «Por lo que al divorcio se refiere, soy católica», fue su manera de expresarlo. «Y no trates de comprenderlo, sencillamente las cosas son así.»

Al principio se sintió feliz y aliviado al oír esa declaración, mas llegó un día,

como Maya había predicho, en que el dolor se hizo más fuerte que la alegría. Llegó un día en que la brevedad de sus encuentros y la imposibilidad de pasar juntos un día y una noche enteros le inspiraban una melancolía tan intensa como nunca la había sentido. Al final se impuso la necesidad de separarse, algo que Michael sólo lograba sobrellevar sumergiéndose en el trabajo. Pero Maya, que había anunciado sus intenciones de antemano, era implacable en sus intentos de recuperarlo, y siempre lo lograba.

Michael había tratado de dejarla en nueve ocasiones. La última separación era la que más había durado. Llevaba un mes entero sin oír su voz.

–Te he echado de menos –dijo la voz ronca, con una sencillez que le traspasó el corazón.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Michael, como si no hubiera sido él quien en su momento declarara que esa vez era la definitiva.

–Da igual, lo que importa es que estás vivo y que me quieres –dijo Maya con regocijo, y Michael recordó la risa y la luz que despedían sus ojos.

–De acuerdo –se rindió–, pero ¿qué vamos a hacer con este amor?

–Haremos lo que podamos –le contestó Maya.

Michael no pudo reprimir una sonrisa. Era una tentación demasiado fuerte y, una vez más, la separación le pareció un intento absurdo de no comprometerse.

–Al final no me quedará otra alternativa que marcharme del país –dijo.

–Sí, a Cambridge. Algún día llegarás a ir allí, pero entretanto... –dijo Maya con impaciencia. Todavía tenía la llave de su casa y podía ir a verlo esa noche.

Durante un instante Michael sintió la ira de antaño, el deseo de decirle que tenía otras ocupaciones, que había otras mujeres en su vida, pero la perspectiva de volver a abrazarla, de oír su risa, su llanto, sus gemidos, se impuso. Y una vez más se preguntó a sí mismo qué estaba haciendo allí, en aquel despacho siniestro, en ese trabajo despreciable, y por qué no se levantaba para ir directamente a la universidad a hablar con Porath, que era un profesor joven en los tiempos de estudiante de Michael y que ahora se había convertido en jefe del departamento de Historia.

Siempre que Michael se encontraba con alguno de sus antiguos profesores, sobre todo con el profesor Shatz, que le había dirigido la tesina, le preguntaban por qué no volvía para hacer el doctorado.

Ocho años atrás, justo antes del divorcio, Nira se le había hecho más odiosa que nunca, porque la boda y, después, el divorcio, le impidieron aceptar la beca que le habían ofrecido para realizar la tesis doctoral en Cambridge. Hoy sabía que ese momento de su vida había sido una encrucijada. Y que volver sobre los propios pasos no es tan sencillo como entonces lo creyera.

En una de sus conversaciones con Shatz, el profesor había tratado de hacerle comprender lo que suponía alejarse del competitivo mundo académico. Michael se

negó a darle crédito y se aferró a la idea de que las posibilidades de tener un futuro académico brillante sólo dependían de su capacidad intelectual. Trató de persuadir a Shatz, un húngaro que le tenía cariño y lo veía como su sucesor, de que si le habían ofrecido la beca una vez, no había motivos para que no volvieran a ofrecérsela, dentro de uno o dos años, cuando hubiera «arreglado las cosas».

Enfadado, Shatz le acusó de ser un ingenuo, de que no comprendía que las nuevas generaciones de estudiosos no menos dotados que él ocuparían su lugar y que no tendría una segunda oportunidad. En aquel entonces Yuval tenía seis años y Michael le explicó a Shatz que el niño no podría sobreponerse a la separación de su padre, pues era quien más se había ocupado de él y estaban muy unidos. Aun sabiendo que no era un problema desdeñable, pues él también tenía hijos, Shatz trató de buscar soluciones prácticas, mientras Michael se encerraba en el mutismo, ya que no se atrevía a comentarle a nadie que, vengativamente, Nira se había negado a que el niño pasara siquiera un mes al año con él en el extranjero. Si no iba a ir con él, dijo, si no iba a formar parte de su brillante carrera académica, el niño tampoco iría. Y si Michael se marchaba, ya podía ir despidiéndose de su hijo.

El precio de aceptar la beca e ir a Cambridge era continuar casado o renunciar a su hijo, un precio que Michael no podía pagar. Su matrimonio era un absurdo y Michael sabía que Nira también lo entendía así, pero no podía soportar la idea de que él saliera adelante sin ella. Por lo que al niño se refería, desde la primera noche Michael se había despertado al oír su llanto y se había encargado de esterilizarle los biberones, de cambiarle los pañales, de acunarlo en sus brazos durante horas y horas..., todo ello en unos tiempos en que la liberación de la mujer aún no había cambiado la vida de los hombres, cuando sus compañeros de estudios todavía tenían mujeres que los cuidaban y tomaban precauciones para no tener hijos. Nunca podría renunciar al niño. Youzek, claro está, le ofreció una generosa ayuda económica. ¿Qué no habría dado él por poder llamar «doctor» a su yerno? Ya que era pobre y marroquí, al menos que fuera catedrático, pensaría, y así se lo espetó Michael a Nira cierta vez que lo estaba presionando para que aceptara la ayuda de sus padres.

Ahora Michael pensaba que se había portado como un imbécil. Debería haber aceptado la ayuda de sus suegros y haber hecho la vida más fácil para él y para Nira. No tendría que haberse peleado con ella cada vez que se compraba un vestido con el dinero de sus padres. Pero en aquel entonces tenía principios, pensó amargamente, principios estúpidos que habían interferido en su vida cotidiana. En cualquier caso, salvar su matrimonio era de todo punto imposible; estaba condenado al fracaso desde el día de la boda. Nira no le inspiraba amor ni interés. La visión de su vientre abultado durante su primer año de vida de casados no significaba para él sino el precio que había de pagar por su sentido de la responsabilidad y del deber. Nadie sabía hasta qué punto le resultaba amarga la

situación en que se encontraba. Ni siquiera su madre comprendió cuánto sufrió su hijo menor al casarse con la mimada hija única de un acaudalado matrimonio polaco. Sólo llegó a entreverlo después del nacimiento de Yuval, a través de unos signos que había llegado a conocer muy bien: la amabilidad fría, la reserva y los extraños arranques de ira de su hijo, algo que no había presenciado desde que se marchara de casa.

Michael rechazó de plano la idea cuando Nira sugirió que recurrieran a un asesor matrimonial. En aquella época se sentía capacitado para escribir la tesis doctoral mientras realizaba un trabajo de jornada completa en Israel. Rehusó una oferta para trabajar como profesor ayudante porque el sueldo no le habría bastado para pagar el alquiler de dos pisos y la pensión que Nira le exigía despiadadamente. Ingresó en la policía. En primer lugar le hicieron asistir a un curso sobre investigación y después a otro para mandos, y terminó trabajando en la Unidad de Grandes Delitos, resolviendo casos de asesinatos, mientras el tema de su tesis se volvía cada vez más remoto.

Escribir cualquier cosa era imposible con la vida que llevaba, y cuando lo despertaban a media noche para que fuera a examinar un cadáver, el tema de los gremios en la Edad Media se le antojaba aburrido y estéril. Al contemplar de cerca el dolor y el sufrimiento, la miseria y las penalidades ajenas, llegó a entender la expresión «torre de marfil» desde una nueva perspectiva. Sabía que para concentrarse en su tesis y reincorporarse al círculo cerrado de la vida académica tendría que marcharse de la policía. Muchas veces le parecía que su deseo de regresar a la universidad era una frivolidad y que no iba a encontrar su lugar en el mundo en el departamento de Historia; en otras ocasiones, como en aquel momento, se desesperaba pensando que su vida en el cuerpo policial no tenía ningún sentido y, entonces, veía en los gremios, en la Edad Media, en el departamento de Historia y en la biblioteca una auténtica tabla de salvación.

A las seis y media apuró el café, que se había enfriado por completo, logró sobreponerse y se levantó lenta y laboriosamente para ir a casa de Neidorf. No había ni que pensar en pedirle a su hija que acudiera al barrio ruso el día del entierro, y más aún teniendo en cuenta que estaba libre de toda sospecha (su coartada era insuperable), pero la idea de volver a aquella casa elegante de la colonia alemana, con sus paredes blancas decoradas con pinturas abstractas, despertaba en él una profunda aversión.

La puerta se abrió y, con el entusiasmo privativo de quienes se entregan al trabajo en cuerpo y alma, Tzilla le anunció que podrían solicitar el mandamiento judicial al día siguiente. Shorer había tocado todos los resortes posibles, dijo orgullosamente, como si lo hubiera hecho sólo por ella, y ahora, mientras Michael iba a casa de Neidorf, llamaría a todos los invitados con los que todavía no había

logrado ponerse en contacto. Manny estaba en la sala de interrogatorios, añadió, con el primero de ellos, Rosenfeld.

–Qué tipo tan bobo, con ese puro suyo –comentó. Michael se preguntó de dónde sacaría Tzilla tanta energía. Él se sentía viejo, cansado, y su mayor deseo era dormir.

Salió del despacho arropándose con el chaquetón; al ver a Eli, que se dirigía a interrogar a otro de los invitados a la fiesta, lo llamó con ademán cansino, le dijo que antes de marcharse le entregara todo el material a Tzilla, y le pidió que convocara una reunión del equipo para la mañana siguiente. Eli le prometió que se ocuparía de todo después del interrogatorio y, entretanto, le aconsejó a Michael que se lo comunicara a Tzilla.

–A fin de cuentas ella es la coordinadora –dijo, y sonrió con sarcasmo–. Es ella la que me tiene que dar las órdenes, ¿no es así?

Michael se reprimió para no preguntarle qué quería decir; estaba harto de los juegucitos que se traían Eli y Tzilla. Todo le parecía estúpido y sin sentido, terminarían por no descubrir a ningún asesino. Al final resultaría que Neidorf se había suicidado y que habían sido los duendes quienes se habían llevado la pistola por los aires. Después de todo, ¿qué más daba?, se dijo.

Se vio obligado a hacer acopio de energías para mantener a raya a la entusiasta reportera que lo esperaba junto a su coche con la esperanza de lograr una entrevista exclusiva para una revista femenina. Había dado por imposible hablar con él por teléfono, le dijo en tono implorante; llevaba horas esperándolo; sólo unas palabras. Michael se disculpó educadamente y le dijo que tenía prisa. La remitió al portavoz, asegurándole que él le informaría de todos los pormenores del caso.

–Pero no estoy interesada en el caso desde el punto de vista policial. Quería escribir algo sobre usted. El factor humano. Un retrato en profundidad. Usted parece un hombre interesante y estoy segura de que la psicología de un detective de alta graduación fascinaría a nuestras lectoras.

–Lo siento –dijo Michael mientras se montaba en el coche y lanzaba una mirada apreciativa a las largas y bien torneadas piernas de la chica, preguntándose cómo podría llevar esos zapatos tan finos y medias con el frío que hacía y cómo sería una mujer tan entusiasta y enérgica en la cama–. No me permiten conceder entrevistas mientras estoy trabajando en un caso. Si lo desea, puede ponerse en contacto conmigo cuando todo haya terminado –dijo afablemente.

–¿Cuándo calcula usted que terminará? –le preguntó la joven, y pulsó el botón de una grabadora minúscula que llevaba en la mano.

Michael señaló hacia el techo del coche, puso en marcha el motor y, mientras giraba el volante, dijo:

–Pregúnteselo a Él, si es que se habla con Él –y a continuación, para evitar

posibles malentendidos, sacó el brazo por la ventanilla y apuntó con la mano hacia el cielo mientras se alejaba en dirección a la colonia alemana.

–Sí –dijo Nava Neidorf-Zehavi, acunando al bebé sobre su hombro y sujetándole la cabeza con una mano.

Suavemente, Hillel le quitó el niño de los brazos y salió de la habitación. Hasta ese momento todos los intentos de separar a la madre del niño habían fracasado.

–Se ha aferrado a él como si en ello le fuera la vida. No creo que consiga sacarle nada coherente hoy –le había dicho Hillel a Michael al abrirle la puerta.

Nava no empezó a prestar atención al hombre que tenía delante hasta que Michael preguntó si Eva Neidorf había visto a alguien en el extranjero aparte de a sus familiares. Aunque lo había recibido cortésmente y había expresado su deseo de ayudar a la policía a «descubrir a quienquiera que lo hubiera hecho», no demostró el menor interés por la información que les proporcionó Michael. Quien más habló fue Nimrod, su hermano, que reaccionó con un estallido de ira al enterarse de que habían allanado la casa. No le había sorprendido encontrar el consultorio de su madre todo revuelto porque suponía que la policía había registrado la vivienda. Y, para él, eso también explicaba la ruptura de la ventana de la cocina.

Una inspección superficial reveló que no había desaparecido cuadro alguno ni ningún otro artículo de valor. Por lo que a las joyas se refería, dijo Hillel, tendrían que comprobar qué había en la caja fuerte del banco.

Michael anotó concienzudamente todas las sugerencias que le hicieron sobre los motivos por los que alguien podría haberse colado en la casa. Después de consagrar una hora a esta labor, por fin les habló de la lista de pacientes y la agenda desaparecidas. No mencionó las notas de la conferencia. Hillel se levantó de un salto, empezó a agitar los brazos muy excitado y dijo casi a voz en grito:

–Nava, ¿has oído eso? ¿Entiendes lo que está diciendo? No es una coincidencia que... –se interrumpió al ver la reacción de espanto de su esposa. Fue a sentarse a su lado y empezó a acariciarle el brazo.

Fue entonces cuando Michael preguntó si la doctora Neidorf había visto a alguien ajeno al círculo familiar.

–Durante todo el tiempo que estuvo con ustedes –recalcó–, cualquier encuentro, por trivial que pueda parecer –y miró a Nava a los ojos mientras ella decía «sí» y se echaba a llorar por primera vez.

Su llanto, en un principio tranquilo, se convirtió poco a poco en una tormenta de sollozos infantiles.

Michael aguardó pacientemente. Nadie dijo nada hasta que Nava comenzó a tranquilizarse; entonces Hillel tomó la palabra:

—Eva volvió vía París; allí hizo una escala de veinticuatro horas. Fui yo quien le compró el billete. Hasta ese momento sólo nos había visto a nosotros. El propósito exclusivo de su viaje era estar con Nava cuando diera a luz. Llegó dos días antes de que naciera el niño, todo fue bastante precipitado; nos ayudó a preparar la habitación del pequeño, y después Nava se puso de parto y Eva no se separó de nosotros mientras estábamos en el hospital —acarició el brazo de su mujer y prosiguió—: El parto duró varias horas. Nava estuvo internada una semana. Durante esa semana Eva y yo estuvimos juntos todo el rato. Visitábamos a Nava e íbamos preparando las cosas, la ropita del niño y todo lo demás. Aquí todo el mundo arrima el hombro y te echa una mano, pero allí es distinto, te las tienes que arreglar tú solo. Por las noches Eva trabajaba en la conferencia que iba a pronunciar el sábado cuando...

Hillel se detuvo y miró aprensivamente a Nava, que había dejado de llorar y tenía los ojos enrojecidos y rebosantes de cólera. De pronto, se le vio un gran parecido con su hermano menor, que estaba sentado en el otro extremo del pálido sofá, el mismo sofá donde Michael se había sentado el sábado por la noche. (¿Será verdad que fue hace sólo dos días?, se preguntó a sí mismo.) Los dos miraban de frente con expresión ceñuda e iracunda; Nava Neidorf al fin parecía haberlo comprendido.

—Me resulta difícil creer lo que está diciéndonos. ¿Nos está diciendo —tragó saliva e inspiró profundamente— que mi madre ha muerto por culpa de su trabajo?

—¿Por culpa de la conferencia? —prosiguió Nimrod, con expresión de quien empieza a comprender algo—. ¿Pretende decirnos que esa conferencia ha sido la causante de todo?

Michael les habló de la desaparición de las copias de la conferencia y del registro del Instituto y sus alrededores, del que no habían sacado nada en claro. ¿No habría dejado, por casualidad, una copia en la casa de Chicago?, preguntó.

Los hermanos se miraron entre sí. Nimrod contuvo el aliento y dirigió la vista alternativamente hacia Nava y Hillel y hacia Michael. No, Eva no había dejado allí ninguna copia. Era una casa grande, le explicaron, en las afueras. Habían alojado a Eva en un ala independiente, con su propio cuarto de baño, «para que pudiera descansar mejor», precisó Hillel. Ni siquiera habían visto la conferencia. En caso de que hubiera alguna copia, la asistenta que iba a limpiar todos los días la habría tirado.

—No hay la menor posibilidad de encontrar algo allí —dijo Hillel—. No se imagina usted lo ordenada que era Eva.

Nimrod agachó la cabeza y emitió un quejido. Hillel dirigió la vista hacia él y se quedó callado.

—¿Pero qué hay de ese vuelo a París al que se ha referido antes? —dijo Michael—. ¿Qué me iba a comentar sobre eso?

Hillel se quitó las gafas y se enjugó los ojos. A continuación, dijo:

—Cuando Nava estaba en el hospital, la víspera de su vuelta a casa, encontré a Eva en la cocina a las dos de la mañana. En un principio pensé que la idea de que Nava estuviese a punto de llegar con el bebé la habría puesto nerviosa y no le dejaba conciliar el sueño, como a mí, pero en cuanto empezó a hablar comprendí que el motivo de su tensión y sus nervios era la conferencia. No paraba de decir que si pudiera consultárselo a Hildesheimer se quitaría un gran peso de encima. Le sugerí que lo llamara por teléfono o le escribiera, pero me aseguró que no era un asunto que pudiera discutirse por carta ni por teléfono, y que no tendría tiempo para hablar con él antes de la conferencia. Estuve a punto de animarla a que adelantara su regreso, pero me pareció que, después de ir hasta allí sólo para ayudarnos con el bebé, esa propuesta podría herirla —su voz se volvió reflexiva, como si estuviera replanteándose las cosas a la luz de la nueva información—. Le pregunté si no había nadie más a quien pudiera consultar y, entonces, abrió mucho los ojos y dijo: «Sí, claro, ¿cómo no se me habrá ocurrido antes?», y así surgió la idea de que volviera por París. Hay una psicoanalista amiga suya que vive allí. No recuerdo su nombre, pero lo tengo apuntado, y su teléfono también. Eva la llamó en cuanto fue una hora razonable en París y se citó con ella. Yo apenas si entiendo el francés y me asombró lo bien que lo hablaba Eva.

Nava había empezado a llorar en silencio otra vez y las lágrimas le rodaban por las mejillas. Se las iba secando con el dorso de la mano, hasta que Hillel reparó en sus sollozos ahogados y le trajo una caja de pañuelos de papel de la cocina.

Michael no sabía por dónde empezar. Hildesheimer no le había hablado de la visita a París. ¿Lo sabría y se lo habría ocultado? Pero, ¿qué motivos podría tener para no habérselo dicho?

¿Sería posible que Eva no se lo hubiera contado al viejo profesor? ¿Y qué pensar de la historia según la cual Eva y Hillel habían regresado juntos a Israel? Él mismo había interrogado al yerno el día del asesinato y todo había quedado muy claro, su llegada en el mismo vuelo, su conversación preparatoria para la reunión de la junta directiva, los billetes de primera clase.

—¿No regresó usted en el mismo avión que la doctora? —se limitó a preguntar Michael en voz alta.

Sí, claro que sí, ya se lo había explicado al inspector jefe el sábado, ¿verdad?, en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos.

—Pero, ¿cómo volvieron? —preguntó Michael confuso.

—¿Qué quiere decir? En un vuelo desde París, claro está. Yo salí hacia París un día después que Eva —dijo Hillel.

—¿Por qué no me lo contó el sábado? —preguntó Michael con aprensión.

—Creía que ya lo sabía, creía que era evidente, no pensé que tuviera importancia.

¿Cómo voy a saberlo? No me di cuenta de que era un detalle importante y, sobre todo, pensé que lo sabía.

Michael hizo un rápido resumen mental de la nueva información. Eva Neidorf había visto a una colega en París, había regresado a Israel con su yerno desde París, no desde Nueva York, y no le había hablado de la escala ni de la cita en París a Hildesheimer.

Le pidió a Hillel que volviera a explicarle lo del vuelo.

—Ayer estaba previsto celebrar la reunión anual de la junta directiva. Era una reunión importante —Hillel miró de reojo a su mujer y a su cuñado, quienes a todas luces lo escuchaban pese a estar mirando fijamente al frente—. Tenía que preparar a Eva, que no tenía ni idea de esos asuntos. En casa no logramos hablar del tema; el niño no paraba de llorar, Eva estaba ocupada con su conferencia y nunca encontrábamos el momento, así que fuimos aplazándolo y terminamos por dejarlo para cuando estuviéramos en el avión. Yo cogí un vuelo indirecto a Israel que hacía escala en París y Eva embarcó en mi avión en París. Lo habíamos acordado de antemano; yo mismo hice las reservas para los dos. Así que volvimos juntos desde París y todo lo que puedo decirle es que allí vio a esa psicoanalista. Cuando le pregunté qué tal le habían ido su cita y su estancia en París, me dijo que había sido muy importante para ella. Se la veía un poco tensa, eso es todo lo que sé. No sé de qué trataba la conferencia ni con qué problemas había tropezado.

Michael dirigió una mirada interrogante a Nava, que negó con la cabeza. Ella ni siquiera se había enterado del motivo por el que su madre había ido a París. Creía que era un viaje de placer. Acababa de dar a luz, no se había detenido a pensar en ello, dijo mientras sus ojos volvían a anegarse en lágrimas.

Sí, conocía a la psicoanalista francesa. No recordaba su nombre, era difícil de pronunciar.

Nimrod sí lo recordaba.

—Catherine Louise Dubbonet —dijo con seguridad, articulando las sílabas una a una. Evidentemente era un nombre que le había causado una profunda impresión.

Sí, asintieron Hillel y Nava, así se llamaba. Por lo visto, Nava la había conocido años atrás, con ocasión de un congreso celebrado en el Instituto durante el que la psicoanalista francesa se alojó en su casa.

—En aquel entonces me dio la impresión de que tenía mil años, de que era tan vieja como las montañas, con su pelo blanco como la nieve. No crucé ni una palabra con ella porque no sabía nada de francés, ni tampoco de inglés —dijo en voz baja, entre sollozo y sollozo.

Pero Nimrod aseveró que no era mucho mayor que su madre.

—A partir de entonces empezaron a cartearse con frecuencia —añadió Nimrod—. Lo sé por los sellos; yo era un niño en aquel entonces, y coleccionaba sellos.

—¿Cuándo era «en aquel entonces»? —preguntó Michael impacientándose.

–La vi por primera vez hace nueve años– dijo Nimrod después de hacer un cálculo mental–. Después ha estado en casa un par de veces más, siempre durante algún congreso. La última vez hace dos años, y todavía me trajo sellos, aunque hacía tiempo que no los coleccionaba. Ya estaba haciendo el servicio militar.

Hillel salió de la habitación y regresó un par de minutos más tarde; anunció que el niño se había quedado dormido y le entregó a Michael una nota con un nombre y un número de teléfono de París. Michael se volvió hacia Nava y le preguntó si su madre tenía una amistad íntima con la psicoanalista francesa.

–Tan íntima como con cualquier otra persona –se adelantó Nimrod–. La llamaba Cathie. Yo creo que mi madre no tenía amigas íntimas; no era ese tipo de mujer aficionada a intercambiar confidencias por teléfono. Pero creo que le caía bien, porque en una ocasión me dijo que sentía un gran respeto por ella.

Nava dirigió a su hermano una mirada indulgente y explicó que, aunque se podría decir que su madre era reservada, tenía buenas amigas, desde luego.

–¿Quién? Vamos, dame un ejemplo –le retó Nimrod, y se apresuró a añadir–: Es igual, no tiene importancia.

Michael dijo que se temía que sí tenía importancia. Nava se quedó callada, Nimrod se replegó en sí mismo y Hillel explicó que era difícil saber algo acerca de la vida social de Eva, porque era muy reticente, pero que se había referido a la francesa como a «una amiga en la que podía confiar». Recordaba las palabras con exactitud, porque viniendo de ella le habían sonado extrañas.

¿Por qué no se lo habría dicho a Hildesheimer?, se preguntó Michael, y luego formuló en voz alta una pregunta relativa a las relaciones de la doctora con el anciano.

Por primera vez, los tres sonrieron; incluso Nimrod levantó la cabeza y sonrió.

–¿Lo ha conocido? –preguntó con interés–. ¿Verdad que es algo especial? –la sonrisa daba un aire ingenuo y aniñado a su rostro.

Hillel comentó en tono de disculpa que sólo lo había visto unas cuantas veces, pero que le había parecido «todo un personaje o, mejor dicho, todo un monumento», y de pronto dejó de sonreír.

Nava dijo que su madre había tenido una relación afectuosa e íntima con él.

–Es la persona con la que tiene mayor confianza..., tenía, quería decir –y los ojos volvieron a llenársele de lágrimas–. Yo lo considero uno más de la familia –dijo con voz ahogada, y se ciñó la bata grandota y deforme que llevaba puesta.

No es guapa, pensó Michael, del montón, como mucho, y recordó el alarido junto a la tumba abierta. No pudo evitar preguntarse cómo se habría sentido junto a su hermosa madre, qué tal se llevarían madre e hija, y qué pensaría Eva Neicorf, con su desarrollado sentido estético, de la apariencia poco llamativa de su hija, que llevaba el pelo muy estirado y recogido detrás de las orejas, donde volvía a encajar cualquier mechón rebelde con un ademán rápido e inconsciente.

Formuló entonces una pregunta sobre la relación de Neidorf con la gente del Instituto. Los tres respondieron, cada uno a su manera, que todo el mundo la admiraba.

—Si están buscando a posibles enemigos, como ustedes dicen —dijo Hillel—, a personas que le desearan algún mal, no encontrarán a ninguna. Eva no hizo daño a una mosca en toda su vida y nadie habría querido hacerle daño a ella —reparando en la incongruencia de sus palabras, se apresuró a añadir—: al menos, hasta ahora, nunca había sabido de nadie que quisiera hacerle daño —y se enderezó las gafas.

Michael les preguntó con cautela si tendrían algún reparo en que se hiciera un registro en su casa de Chicago.

—¿Para qué? —dijo Hillel, y después agregó—: Ah, ¿las notas de la conferencia? No encontrarán nada, pero, por mí, adelante, regístrenla.

Michael preguntó si alguien había pasado a máquina el texto de la conferencia.

—No —dijo Hillel—. Tenemos una máquina de escribir con caracteres hebreos y la pasó a limpio ella misma después de escribirla a mano.

Luego Hillel le dio la dirección de su casa a Michael y preguntó si la dejarían «de una pieza» tras del registro. Michael se lo prometió. Nava seguía callada, jugueteando con el pañuelo de papel que tenía en la mano. Nimrod se marchó a la cocina.

De pronto sonó el timbre de la puerta y Hillel dijo:

—¿Quién puede ser? Nadie hace visitas de pésame el mismo día del entierro.

Nimrod abrió la maciza puerta y se encontró con Rosenfeld y Linder, que le preguntaron vacilantes si podían pasar. El muchacho los invitó a entrar con un gesto y dijo a los reunidos en el salón:

—Rosencratz y Guildenstern.

Sólo Linder sonrió. Nava lanzó a su hermano una mirada iracunda y le dijo:

—Ahórrate bromitas, por favor.

Rosenfeld se colocó un puro en la boca y lo encendió. Michael dijo que terminarían la conversación en otro momento.

—Estaremos a su disposición cuando quiera —dijo Nimrod sarcásticamente, y le dirigió una mirada hostil.

Michael se sentía incómodo. Habría preferido ver a Rosenfeld y a Linder en el barrio ruso. Por otra parte no quería que pensarán que estaba huyendo de ellos. Además, pensó, seguro que se enteraba de algo, de alguna información adicional, si se quedaba el tiempo que le llevara fumarse un cigarrillo. Encendió uno y se quedó donde estaba, con una pregunta rondándole por la cabeza: ¿por qué Neidorf no le había contado a Hildesheimer su visita a París?

Era evidente que los dos psicoanalistas también se sentían incómodos en presencia del policía. Linder tomó asiento junto a Nava y empezó a hablarle en susurros. Michael oyó algunas palabras: «Lo siento..., me siento culpable...», y se

preguntó si estaría hablando de la pistola. Rosenfeld guardaba silencio. Al cabo de un rato rompió su mutismo para decirle a Michael que acababa de salir de «su comisaría, de hacer una declaración. Creía que estaba usted a cargo de la investigación», dijo con aire ligeramente ofendido.

Michael trató de recordar la declaración escrita por Rosenfeld después de la reunión del Comité de Formación. Se preguntó si Manny lo habría interrogado acerca de los somníferos de Linder, y, aun sin saber lo que Rosenfeld había hecho el sábado por la mañana y la noche de la víspera, sí recordó que parecía estar libre de sospecha. Suponía que Manny lo habría sondeado sobre la fiesta y sobre sus relaciones con la mujer asesinada. Cuando regresara, Tzilla lo estaría esperando con todos los papeles, escritos por Manny con esa letra pequeña e irregular que sólo Tzilla comprendía, y hasta que no los pasara a máquina, Michael no tendría modo de saber lo que Rosenfeld había contestado a las preguntas. Rosenfeld le preguntó a Hillel si podía hacer algo para ayudarlos y Michael apagó el cigarrillo en un gran cenicero y anunció su marcha.

Cuando Hillel lo acompañó hasta la puerta del jardín, le dijo en voz baja que le agradecería mucho que le pasara un informe sobre lo que dijeran las personas que fueran de visita.

—¿Todo? —preguntó Hillel perplejo.

No, claro que no se refería a «todo», sólo cualquier cosa que no encajara, cualquier comportamiento extraño o fuera de lo común.

—Y todo lo que puedan comentar sobre la conferencia, absolutamente todo.

Hillel asintió con la cabeza y repuso:

—Nos pone en una situación delicada, teniendo que espiar a la gente y sospechar de ella; además, tal como están Nava y Nimrod, no sé...

Michael echó una ojeada hacia la calle Lloyd George, donde estaba aparcado el vehículo de vigilancia de la policía, una furgoneta Peugeot. Gracias a Dios, al menos de esto no tienen por qué enterarse, pensó Michael, ni tampoco de que van a tener el teléfono intervenido durante una semana.

—Créame que nos pone en un aprieto —continuó Hillel, mirando aprensivamente a Michael a la luz de una farola, la misma farola que había alumbrado al inspector cuando forzó la puerta de la casa un par de noches antes. De eso tampoco estaba enterado Hillel, que le llegaba a Michael por el hombro y estaba esforzándose para mirarle a los ojos mientras masculaba que Nava no se encontraba muy bien y que la sola idea de que cualquiera que fuera a su casa pudiera ser... Llegado a ese punto interrumpió la frase, porque un coche aparcó junto a ellos y de él descendió Dina Silver. A la luz de la farola se le veía el semblante pálido y un brillo azulado en el pelo; parecía un fantasma mientras le daba la mano a Hillel y le decía que se había sentido obligada a venir, que no podía esperar hasta el día siguiente, y le preguntaba si podía pasar.

–Sí, por qué no –dijo Hillel–, ya han venido otras visitas.

Dina Silver saludó con la cabeza a Michael, que se quedó mirándola mientras se alejaba grácilmente por el camino que conducía de la verja a la puerta principal.

Ya ha pasado otro día, pensó Michael mientras arrancaba el coche y escuchaba un aviso por la radio. Raffi lo estaba buscando, necesitaba hablar con él urgentemente, dijo la voz, y Michael consultó su reloj, preguntándose si Maya estaría esperándolo, y repuso que se dirigía a casa. Raffi podía llamarle allí. Al dar la vuelta al coche vio emerger de las sombras del antiguo cine Semadai una alta silueta envuelta en un chaquetón con capucha que se dirigió hacia el BMW azul del que acababa de apearse Dina Silver. Oyó por la radio la voz de Raffi: «No te vayas todavía; estoy aquí al lado. Da la vuelta a la esquina».

Una figura borrosa descendió de la furgoneta de la esquina y Raffi se montó en el coche de Michael.

–Antes de nada, dame un cigarrillo –le dijo–, y después cuéntame qué está pasando. Se ha pegado a ella como una lapa. La estuvo esperando junto a su coche a la salida del tanatorio, y después del entierro la siguió en su Vespa hasta Rehavia y la esperó hasta que salió de casa.

–¿En qué parte de Rehavia? –preguntó Michael, y recibió una descripción detallada de la clínica de la calle Abrabanel que había visitado el día anterior.

–Después le siguió el rastro como un profesional, sin luces, y llegó hasta aquí –continuó Raffi–. Siendo tan guapo como es, uno esperaría encontrárselo en el Hilton en compañía de alguna turista americana ricachona –dijo, y se pasó la mano por el pelo.

Michael encendió dos cigarrillos y le dio uno a Raffi. Después le preguntó cómo se llamaba el joven.

–La Vespa está registrada a nombre de Elisha Naveh; todavía no ha comprobado si es suya. Balilty se ha enterado de que su padre está destinado en nuestra embajada de Londres. El chico no tiene antecedentes, sólo un par de multas de tráfico, y la Vespa no es robada, nadie ha denunciado su desaparición. Ahora sólo me falta verificar que este lunático es Elisha Naveh. Pero no tengo ni idea de qué historia se trae con ella –Michael le preguntó si habían hablado entre sí–. No, ella no sabe que va pisándole los talones –dijo Raffi a la vez que bajaba la ventanilla para tirar la ceniza fuera–. Lo vio parado junto a su coche a la entrada del tanatorio, y entonces le dijo algo. No conseguí pescar la frase, pero se la veía muy seria. No está nada mal, ¿eh? Me he informado sobre ella. ¿Sabes con quién está casada?

Raffi formuló la última pregunta esbozando una sonrisa, y Michael asintió. Sí, lo había oído comentar, sabía quién era ella y con quién estaba casada, y podrían hablar del tema a la mañana siguiente, en la reunión. Entretanto Raffi sólo tenía que ocuparse del chico.

–Ohayon –dijo Raffi quejumbroso–. Estoy muriéndome de frío y de hambre. ¿Quién me va a relevar?

–¿Cuántos hombres hay en la Peugeot? –preguntó Michael.

–Venga, no la tomes conmigo; sabes muy bien que sólo hay dos. Los relevos vendrán a las once y Dios sabe cuánto tiempo va a pasar esa chica ahí dentro.

–¿Quién crees que podría reemplazarte? –preguntó Michael fatigadamente.

–Está bien –suspiró Raffi–. No hace falta que digas nada más. Lo arreglaremos entre nosotros. Ezra me debe una, se lo pediré a él y no me moveré de aquí hasta que llegue. Espero que sirva para algo, ¿eh?

Michael le preguntó secamente si quería una garantía firmada. No, no la quería. Lo único que quería era que le dejara su tabaco.

–Y si sucede cualquier cosa, te puedo llamar a casa, ¿verdad?

Michael se sacó del bolsillo del chaquetón el maltrecho paquete de cigarrillos Noblesse, hechos con tabaco barato de Virginia, y, uno a uno, colocó los cuatro cigarrillos que quedaban en la mano que Raffi le tendía expectante. Raffi se bajó del coche, miró a su alrededor y se alejó en dirección a la Peugeot.

Mientras Michael volvía a casa comenzó a llover de nuevo. Estaba tan excitado pensando que Maya lo esperaba que se saltó un semáforo en rojo. A las nueve y media aparcó junto a su casa. Mientras se dirigía a la puerta escuchó los acordes del cuarto concierto para piano de Beethoven, y se preguntó cómo habría podido resistir un mes entero sin verla.

–¿Qué quieres decir exactamente con que se le veía inquieto? –le preguntó Michael a Manny, que había interrogado al coronel Yoav Alon, gobernador militar del subdistrito de Edom, cuando se presentó a declarar sobre la fiesta de Linder. Estaban en plena conferencia matinal, y aunque la reunión había comenzado a las siete y media, todavía tenían en la mano sendas tazas de café.

El agente de Inteligencia Balilty consultó su reloj; Michael encendió su tercer cigarrillo. Después de una hora de conversación intensiva se habían recostado en sus asientos con la sensación de que ya habían tratado todos los puntos esenciales. Michael había dejado caer la bomba referente a Catherine Louise Dubonnet y les había explicado que la Interpol estaba colaborando para localizarla. La francesa estaba de vacaciones en Mallorca, había salido de excursión en barco y no regresaría a su hotel hasta dentro de un par de días.

Tzilla comentó que siempre había pensado que los psiquiatras sólo se iban de vacaciones en agosto.

–Como en las películas de Woody Allen –dijo, y dirigió una mirada vivaz a Eli, que le respondió frunciendo el ceño.

Habían reconstruido los hechos acaecidos en los últimos dos días y habían acordado que Eli se encargaría de las cuentas bancarias. Dedicaron mucho tiempo a dar un repaso al funeral. Todos escucharon el informe de Raffi sobre el joven a quien había estado siguiendo. Balilty, que había recabado información en el Ministerio de Asuntos Exteriores («tengo contactos en todas partes», repuso a una pregunta de Raffi), les contó que Elisha Naveh tenía diecinueve años, que había perdido a su madre a los diez, y que era el único hijo de un tal Mordechai Naveh.

–Oficialmente, su padre trabaja para el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero en realidad depende de la Secretaría del Primer Ministro y, actualmente, está destinado en la embajada de Londres. Es el primer secretario, si es que ese cargo os dice algo –dijo Balilty en un tono que les disuadió de hacer mayores indagaciones. Naveh llevaba cinco años en la embajada de Londres, continuó el agente de Inteligencia, echando un vistazo a sus notas. El muchacho había vuelto a Israel a los dieciséis años. No lograba adaptarse a la vida en Londres ni al colegio judío londinense donde cursaba sus estudios, y su padre había terminado por rendirse a sus súplicas. Al regresar, había vivido un par de años con su abuela, que había fallecido hacía unos meses. Le habían concedido una prórroga para incorporarse al servicio militar por discapacidad psicológica.

–Sólo de un año..., ya sabéis cómo son.

Desde la muerte de su abuela había vivido en un piso registrado a nombre de su padre. Estaba estudiando en la universidad. Balilty hizo una mueca.

—Algo así como estudios sobre el Lejano Oriente y Teatro. El típico bohemio, ya sabéis lo que quiero decir.

Sí, estaba en tratamiento psicológico, pero no con Neidorf, en una clínica de salud mental. En la oficina de reclutamiento tenían un informe psiquiátrico del chico, que no le había contado al psiquiatra del ejército que estaba en tratamiento. Balilty había encontrado su nombre en la lista de pacientes de una clínica de salud mental de una zona residencial del norte, pero todavía no había logrado saber quién era su psicólogo. Pronunció la última palabra con énfasis.

Tzilla preguntó si de la opinión emitida por el psiquiatra del ejército podía deducirse que era peligroso.

—Verás —dijo Balilty—, las condiciones en que recibí la información me impidieron leer personalmente el material. Mis fuentes me han informado de que tiene «trastornos de personalidad» y «tendencias suicidas». Una frase se repetía tres veces: «síndrome de hijo de diplomático», y hay otras muchas cosas, pero nada que indique que puede ser peligroso para los demás.

—Pero ¿qué ha hecho en realidad? —le preguntó Eli a Raffi.

Raffi contó cómo Elisha había seguido a Dina Silver hasta su casa y se había quedado fuera sentado sobre una piedra hasta las doce de la noche, y que entonces se fue a casa. Alguien más vivía en su piso. Balilty estaba haciendo indagaciones sobre el nombre escrito en el buzón, pero de momento no había averiguado nada.

—No te preocupes, ya lo averiguarás —dijo Tzilla—. Me encanta cómo descubres las cosas tan deprisa. No me gustaría caer en tus manos, eso tenlo por seguro. Dime una cosa, ¿ya sabes lo que suele desayunar ese chico?

Con los ojillos chispeantes, Balilty se dispuso a responderle, pero al ver la expresión de Shorer recapacitó y se quedó callado.

—Muy bien —intervino Michael, todavía con su taza de café en la mano—. Estoy citado a las nueve con la tal Silver. Vamos a ver qué tiene que decir en su defensa.

—No te sobra mucho tiempo —apuntó Tzilla.

Al principio de la reunión Tzilla había colocado delante de cada uno de los asistentes una lista de los pacientes y supervisados de Neidorf de cuya existencia tenían noticia, una reconstrucción de su horario de trabajo (había hablado con su criada), una lista de los miembros del Instituto, una lista de quienes estuvieron en la fiesta de Linder, una fotocopia del recibo firmado que Michael había traído de la oficina de los contables y el retrato robot del hombre que se había llevado el archivo de Neidorf. Los documentos estaban guardados en carpetas de papel manila y todos los reunidos recibieron una de manos de Tzilla, quien les comunicó, mientras iba de uno a otro con su inexplicable animación, que Linder estaba libre de sospecha, que su mujer le había entregado el menú de la cena, que la niñera de

los hijos de los invitados a la cena había confirmado la hora a la que regresaron a casa, y que al vecino de arriba le habían despertado los ruidos que hizo Linder a primera hora del sábado por la mañana.

–Está todo ahí, en la carpeta, y si alguien está interesado, también puede oír las grabaciones –dijo mientras al fin ocupaba su sitio junto a la mesa y se pasaba la delgada mano por su cabello de corte masculino.

–Linder está libre de sospecha –confirmó Shorer mientras partía en dos su última cerilla y tiraba los trozos al cenicero de latón. Michael le preguntó en voz baja si iba a ocuparse de conseguir el mandamiento judicial para ver las cuentas bancarias.

–Sí –le respondió–, pero quiero que Bahar me acompañe, para que pueda ir directamente al banco antes de que se nos vuelva a adelantar alguien –Michael lo miró aprensivamente y Shorer dijo–: Estaba bromeando.

A continuación Manny les informó sobre los interrogatorios que había realizado a Rosenfeld y al coronel Yoav Alon, el gobernador militar de Edom.

–¿Has visto qué guapo es? –le preguntó Tzilla a Manny, que hizo como si no la hubiera oído y prosiguió con el informe. Pero Tzilla volvió a interrumpirlo con un ánimo juguetón que exasperó a Michael–: Dicen que es toda una promesa y que será el próximo jefe del Estado Mayor. Y parece tan joven, no aparenta más de treinta y cinco años.

Manny le lanzó una mirada asesina y preguntó si podía continuar. Michael posó la mano en el brazo de Tzilla y le dijo en voz baja:

–¿Por qué no te estás quietecita y prestas atención un rato? Tómate el café y quédate callada, ¿de acuerdo?

Tzilla obedeció y Manny siguió hablando y dijo que «al sujeto se le veía inquieto». Michael le preguntó qué quería decir y posó la mirada en el retrato robot del hombre que se había llevado el archivo de Neidorf.

–No sé qué quiero decir exactamente –dijo Manny vacilante–. Cabría esperar que un coronel, un gobernador militar de los territorios, mostrara mayor voluntad de cooperar, ¿sabes?, que estuviera dispuesto a ayudar. Pero él no dejaba de consultar su reloj ni de decir que tenía prisa; se le veía tenso y...

De pronto se había hecho el silencio en la sala, creándose un ambiente de concentración y atención. Por primera vez desde que Michael les informara de la visita a la familia y de la noticia de que Neidorf había hecho escala en París, se palpaba la tensión en el aire, la exaltación reprimida que precede al posible descubrimiento de una nueva pista.

Todos se quedaron mirando a Manny y Michael dijo:

–Fíjate en el dibujo. ¿Te recuerda a alguien?

Manny lo miró y el resto de los presentes hizo lo propio. Tzilla meneó la cabeza dubitativamente, pero los demás se volvieron hacia Manny, que dijo:

–No sé. No le sacaste gran cosa a la secretaria, ¿verdad? Quizá sin las gafas

negras..., ni siquiera veo nada que combine con sus ojos. No sé, digamos que no es imposible.

–Supongo que no se te ocurriría preguntarle qué estaba haciendo el lunes por la mañana a la hora en que sustrajeron el archivo –dijo Balilty.

–De hecho –replicó el inspector Manny Ezra enjugándose la frente– sí se lo pregunté, y me dijo que había llegado tarde al trabajo porque el coche lo había dejado tirado camino de Belén, junto a Beit Jalla, y que tuvo que esperar una hora hasta que fueron a rescatarlo. Y, para que lo sepas, es una pregunta que le hice a todo el mundo, incluido Rosenfeld. ¿Crees que eres el único que sabe lo que se trae entre manos? –dejó la carpeta de los documentos sobre la mesa con las manos agitadas por un leve temblor colérico y preguntó si alguien más quería un café.

Michael lo miró perplejo y después miró a Balilty, que estaba remetiéndose la camisa por debajo del cinturón que ceñía su abultada barriga y mirando a su alrededor con aire avergonzado. Shorer alivió la tensión del ambiente preguntando si el coronel Alon tenía alguna relación con la víctima.

–No, ninguna –dijo Manny, deteniéndose en la puerta.

–Espera un momento, ya te servirás luego el café. Quiero que me lo expliques mejor.

–A la orden –dijo Manny, y volvió a su asiento–. Puedes escuchar la cinta; no hay ninguna relación entre ellos. Es amigo íntimo de Linder, se conocen desde hace veinte años, y ha reconocido que fue él quien le compró el revólver. También conoce a la chica en cuyo honor se celebraba la fiesta, Tammy Zvielli; es una amiga de la infancia, y por eso fue a la fiesta. Pero dijo que no conocía a Neidorf.

–¿Y qué coartada tiene para el viernes y el sábado? –preguntó Shorer mientras la tensión iba creciendo.

Las manecillas del reloj marcaban las nueve menos cinco. Dina Silver estaría esperando en el pasillo, delante de su despacho, pensó Michael mientras se levantaba para abrir la ventana, que daba al patio. Levantó la vista hacia el límpido cielo azul, cuyo resplandor le cegó, sin perderse una palabra de lo que estaba diciendo Manny.

El viernes por la noche, dijo, el coronel Alon se había ido a la cama solo.

–Su mujer estaba en Haifa, visitando a sus padres, y se había llevado a los niños. Estaba solo; no sabe si lo vio alguien. El sábado por la mañana fue a dar un paseo por la colina francesa; hacía muy buen día. Volvió a casa sobre las once y no se encontró a nadie, pero eso no significa nada –dijo Manny a la defensiva–. ¿Desde cuándo la gente se dedica a ir por ahí montándose coartadas?

Sin decir nada, Shorer miró a Michael, y éste les habló de la llamada telefónica que Linder había hecho desde el Instituto.

–¿A qué hora? –preguntó Shorer.

–A las doce y media.

–En otras palabras –reflexionó Raffi en voz alta–, entonces se enteró de que Neidorf había muerto. ¿Qué podemos deducir de eso?

–Un montón de cosas en las que todavía es demasiado pronto para pensar –dijo Michael–. Vamos a esperar hasta que veamos las cuentas bancarias. Tengo un presentimiento extraño, pero todavía... Necesitamos hacernos con la lista completa de pacientes y supervisados y con la evidencia que aporte la francesa.

Shorer fue el primero en comprender a dónde estaba apuntando.

–¿Crees que el coronel Alon es el paciente que falta en la lista? –preguntó–. ¿Es eso lo que estás pensando?

Michael respondió que no lo sabía, no era más que una corazonada y antes tendría que ver las cuentas bancarias.

–Muy bien, pero vamos a ver qué corazonada has tenido. Crees que tenía alguna relación con Neidorf, ¿verdad? –insistió Shorer–. Todos sabemos cómo te funciona el cerebro. Vamos, nadie te va a demandar por difamación.

Todas las miradas se posaron en Michael, cuyos marcados pómulos conferían a su sonrisa un atractivo especial que había cautivado a muchas mujeres, aunque no cautivó a sus compañeros de equipo mientras esperaban que hablara. Por fin se decidió a hablar:

–Todos sabemos que en la vida pasan cosas muy raras. Incluso la coincidencia de haber encontrado la pistola en el jardín del psiquiátrico parece demasiado afortunada para ser cierta. Lo que me lleva a concluir que la realidad supera la ficción y que todavía pueden ocurrir cosas más extrañas antes de que cerremos este caso –dicho lo cual, consultó su reloj y dijo que había una dama esperándolo, una dama que le iba a informar, entre otras cosas, del nombre del paciente que no estaba en la lista.

La tensión se relajó, como si todos hubieran inspirado profundamente y exhalado un suspiro.

–¿Habeis oído alguna vez que Michael haya hecho esperar a una mujer guapa? –comentó Balilty.

Todos sonrieron y empezaron a repartirse las tareas del día. Después se marcharon uno detrás de otro. Tzilla, Manny y Raffi iban a interrogar a los asistentes a la fiesta a quienes habían convocado aquel día.

–Si tenemos suerte, hoy podremos despachar a diez –dijo Tzilla suspirando–. Cuarenta personas, no es ninguna tontería.

Shorer y Eli se marcharon en dirección al juzgado, donde la vista estaba señalada para las diez. Balilty también estaba a punto de marcharse cuando Michael lo retuvo tocándole el brazo. Estaban parados en el umbral y Michael, cuya intención era pedirle que le explicara por qué Manny se había puesto a la defensiva, se sorprendió preguntándole a Balilty si podría recabar información confidencial sobre el coronel Alon sin que nadie se enterase.

–¿Ni siquiera Shorer? ¿Absolutamente nadie? –preguntó Balilty.

–Nadie. Ni Shorer, ni Levy, ni tampoco nadie del Gobierno Militar, nadie en absoluto. ¿Podrás hacerlo?

Balilty clavó la mirada en la punta de sus zapatos y se remeti6 la camisa rebelde por debajo del cintur6n. Despu6s se pas6 la mano por la cabeza y dijo:

–No lo s6. Tengo que verificarlo. Dame unas horas para que tantee a mis contactos. Me pondr6 en contacto contigo m6s tarde, ¿de acuerdo?

Michael asintió con la cabeza y Balilty ya se había puesto en marcha cuando aqu6l lo alcanz6 y le pregunt6:

–¿A qu6 ha venido todo ese asunto con Manny?

–Ah, eso –dijo Balilty avergonzado–. Es una larga historia. No tiene nada que ver con el caso. Alg6n día te lo contar6 –y empez6 a descender a buen paso por las escaleras que conducían hacia la puerta de salida del edificio.

La sala de reuniones estaba tan cerca de su despacho que Michael no tuvo tiempo para reflexionar sobre su entrevista con Dina Silver. De pie en el pasillo, la muchacha consult6 su reloj con expresi6n sarc6stica y despu6s mir6 a Michael. El policia no prest6 atenci6n a aquel mudo comentario sobre su retraso y pens6 que el rojo y el azul le sentaban mejor que el negro que llevaba hoy, que hacía resaltar su palidez y avejentaba su encantador semblante. Abri6 la puerta de su despacho y encendi6 un cigarrillo. Con una mueca de asco en el rostro, Dina Silver rechaz6 el cigarrillo que le ofreció y Michael abri6 la ventana, dici6ndose que 6sa era la última concesión que estaba dispuesto a hacerle.

Nada m6s verla en el pasillo, Michael había puesto su cara de p6quer mientras lo invadía una oleada de hostilidad. Una belleza fría, con absoluto control de todos sus movimientos. Me gustarí verte temblar, pens6, y el impulso que sintió mientras se apartaba para dejarla pasar primero, el impulso de hacerle perder el dominio de sí misma y trastocar su manera lenta y enfática de hablar, comenz6 a expresarse en palabras.

Sabía que Silver tendría preparada una explicaci6n para su conversaci6n con Hildesheimer del domingo por la tarde. Recordaba que Linder le había dicho que la chica se había psicoanalizado con el anciano, y estaba seguro de que apelaría a ese motivo para justificar cómo lo había abordado en la calle. Cuando tom6 asiento detr6s de su escritorio ya había formulado mentalmente la pregunta sobre su relaci6n con el joven. «No tienes nada en que basarte», oy6 que le advertía su voz interior, «ning6n fundamento, no sabes nada de nada, no has descubierto ning6n indicio, simplemente piensas que puede tener alg6n m6vil, pero no hay nada que respalde tu sospecha, el Comit6 de Formaci6n tambi6n iba a votar la admisi6n de otro candidato, por lo menos espera a haber hablado con 6l». Cuanto m6s se le disparaba la agresividad, tanto m6s extremaba la cortesía y la lentitud al hablar.

Los ojos llameantes de Dina Silver, en los que dominaba el verde sobre el gris,

reflejaron ira y ansiedad cuando Michael le preguntó qué había hecho el viernes por la noche. En voz baja, con su precisa articulación, le respondió que se había ido a la cama temprano.

–¿Cómo de temprano? –preguntó Michael.

–Después del programa de variedades, antes de la película –respondió Dina, y Michael sintió que su tensión comenzaba a evaporarse.

–¿Tan temprano? ¿Siempre se acuesta tan pronto? –preguntó el policía en tono de fingida curiosidad.

–No, la verdad es que no suelo acostarme tan pronto.

–Y además en vísperas de la presentación de su caso –le interrumpió Michael cuando ella se disponía a añadir algo.

Entonces Dina Silver sonrió por primera vez, pero sólo con los labios, sin que en sus ojos se viera ni un atisbo de esa sonrisa, y dijo que en realidad no logró conciliar el sueño.

–Pero quería estar descansada para la conferencia y la votación –dijo jugueteando con el cuello alto de su blusa. Envuelta en su abrigo desabrochado, un abrigo de piel mullido y largo, rebosaba fatuidad.

–Creía –dijo el inspector jefe Ohayon mientras encendía otro cigarrillo– que los candidatos no participaban en la votación.

En los ojos de Dina Silver asomó un destello de miedo mientras explicaba que había tenido la intención de quedarse a la espera junto a la sala y, después, si la votación era favorable, le dirían que pasara y se enteraría sobre la marcha.

–Bueno, ¿y al final consiguió dormirse? ¿A qué hora? –dijo Michael, aspirando con fuerza el humo de su cigarrillo.

–Tarde, serían más de las doce –le respondió titubeando.

–¿Y qué estuvo haciendo hasta que se quedó dormida? –le preguntó Michael con tanta curiosidad e interés como antes.

–¿Qué tiene que ver eso...? –comenzó a decir Dina Silver, pero se lo pensó mejor y dijo que, aunque había tratado de leer, no logró concentrarse.

–¿Leer qué? –preguntó Michael, percibiendo indicios de que la interrogada estaba perdiendo su autodominio, lo que le hizo esperar un estallido de cólera.

–La presentación de Giora, el otro candidato sobre cuya incorporación iban a votar. Somos los primeros de nuestra clase y...

Dando muestras de un lógico asombro, Michael le preguntó si hasta ese momento no había leído la presentación de su colega.

–Pero si acababan de distribuirlas; sólo los miembros del Comité de Formación tenían copias. A mí me la acababan de entregar el jueves, y yo tampoco le había enseñado la mía a nadie, salvo a él.

–Ah –dijo Michael–. ¿Y el sábado por la mañana? ¿Qué hizo usted el sábado por la mañana?

–Estuve en el Instituto, claro está –se apresuró a responder la psiquiatra.

–¿Desde qué hora? –preguntó Michael–. Digamos que desde las ocho..., ¿estaba allí a esa hora?

Dina Silver palideció aún más. La cara se le puso gris. Había llegado al Instituto a las diez. A las ocho todavía estaba levantándose.

Explicó que se había levantado tarde porque no había dormido bien; habló con expresión hostil y, cuando Michael le preguntó si estaba sola en casa, le espetó furiosa:

–¿Qué está insinuando? No estaba sola, evidentemente, estoy casad... Mi marido también estaba en casa.

–¿Tienen hijos? –preguntó Michael.

Sí, dijo, tenían una hija de diez años. Pero se había quedado a dormir en casa de una amiga y volvió a la hora de comer, explicó sin necesidad de que se lo preguntaran. Michael anotó aplicadamente el apellido y el teléfono de la amiga.

–¿Pero qué le va a preguntar a mi hija? ¿También interrogan a los niños? –inquirió Dina Silver con evidente ansiedad.

–Señora –dijo Michael fríamente–, en caso de necesidad, interrogamos a quien haga falta. Sólo en caso de necesidad –y añadió–: ¿Y sabe su marido a qué hora se acostó usted y a qué hora se levantó?

Se quedó mirándolo y, de pronto, sonrió; fue una sonrisa tan falsa como la de antes; después dijo que tenía la impresión de que estaba soñando.

–No lo entiendo, ¿acaso soy sospechosa de...? –Michael esperó un momento y después le pidió que terminara la frase–. De asesinato... ¿Soy sospechosa de asesinato? –preguntó en tono de ofendida incredulidad.

–¿Quién ha dicho que nadie sospeche de usted? –preguntó Michael con curiosidad–. ¿Lo he dicho yo?

No, reconoció Dina Silver, no lo había dicho, pero el tipo de preguntas que le estaba haciendo la habían llevado a imaginar que tal vez creía que tenía Dios sabe qué motivos para haberlo hecho.

¿Cómo sabía qué tipo de preguntas se les hacían a los sospechosos de asesinato?, preguntó Michael. Y mientras la psiquiatra le explicaba que las películas de televisión y las novelas policiacas eran su fuente de información, Michael reparó con satisfacción en la construcción dislocada de las frases y en que hablaba atropelladamente y con el aliento un poco entrecortado. Le dio la impresión de que estaba tratando de dar con su punto flaco, tal como él intentaba descubrir el de ella. Ahora quería ganárselo preguntándole con expresión desvalida si las cosas no ocurrían así en la realidad, como en los libros y en la televisión.

–No lo sé –dijo Michael–. ¿Lee usted muchas novelas policiacas?

–No, sólo a veces, cuando no me puedo dormir.

–¿Y qué efecto tienen en usted? –preguntó Michael.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella a su vez, apoyando las manos en las rodillas para que no le temblaran.

Quería decir, dijo Michael inocentemente, que por qué le interesaban, qué le atraía en ese tipo de literatura.

No era una persona violenta, si se refería a eso, contestó. Michael se encogió de hombros, como si no se hubiera referido a nada en particular.

Le interesaban desde el punto de vista psicológico, afirmó la psiquiatra.

—Ah, el punto de vista psicológico —dijo él, como si eso lo explicara todo. Y volviendo a lo de su marido: ¿sabía él a qué hora se había acostado y a qué hora se había levantado?

Dina Silver le dirigió una mirada de desesperación y le preguntó si ése era el tipo de preguntas que le hacía a todo el mundo.

Michael decidió cambiar de tono. Sí, dijo, solía preguntarle las mismas cosas a todo el mundo. ¿Le apetecía tomar un café? Dina Silver vaciló un instante, posó la mirada en Michael y asintió. Michael le trajo un café y observó cómo le temblaba el pulso al sujetar la taza. Luego le explicó en tono paternal que estaba investigando un caso de asesinato muy complejo y que tenía el deber de esclarecer todos los hechos.

Después se recostó sobre el escritorio, acercándose todo lo posible a la psiquiatra, como si fuera a contarle algún secreto, a depositar en ella su confianza. Y ella se relajó, se ablandó, y por iniciativa propia, sin necesidad de que le repitiera la pregunta, le explicó que su marido había pasado la noche en su despacho del sótano. Estaba meditando sobre un juicio, dijo, era juez de distrito y siempre que estaba enfrascado en la resolución de un juicio, como en ese momento, se encerraba en su despacho para repasar el expediente sin comentarlo con nadie. Por eso no lo había visto cuando se levantó por la mañana ni tampoco al salir de casa.

—Pero estoy convencido de que no habrá ningún problema para verificar su declaración —dijo Michael en tono amistoso—. ¿Fue andando al Instituto?

No, había ido en coche.

¿El BMW azul del que se había bajado delante de la casa de Neidorf la noche anterior?, le preguntó Michael con familiaridad.

Sí, ése era su coche.

—Entonces seguro que no habrá problemas. Siempre se encuentra a alguien que ha visto algo —lo podía dejar todo en sus manos, prosiguió Michael, y la miró a los ojos, donde vio reflejado el asombro causado por su cambio de tono, un asombro mezclado con desconfianza—. Dígame, simplemente, a qué hora exacta salió de casa. ¿A las diez menos cinco? —hizo una anotación en un papel que tenía delante y la volvió a mirar con aire satisfecho, como si lo que le acababa de decir le sirviera de gran ayuda—. Hay algo más que quiero preguntarle —dijo, y se volvió a reclinar sobre el escritorio, poniéndola en guardia—. ¿Qué relación tiene con Elisha Naveh?

–Michael se incorporó ligeramente y esperó la respuesta. Vio un atisbo de sorpresa en los ojos de Dina Silver, y también de miedo, un tipo de miedo que no había aflorado a su mirada hasta entonces.

Cuando se hubo recobrado, Dina le preguntó sosegadamente por qué lo quería saber.

–¿Qué relación tiene con todo esto?

–Ninguna, que nosotros sepamos –dijo Michael con la mayor naturalidad–, pero como los vi hablando junto a su coche, pensé... –y se quedó callado. Percibió con claridad la intención de la psiquiatra de protestar, de decir que no podía haberlos visto juntos porque él no se había acercado a su coche, pero también advirtió que quería obrar con prudencia.

–¿Quiere comprometer mi ética profesional? –le dijo mirándolo de frente.

–Ah –dijo Michael–. ¿Es paciente suyo?

No, no exactamente, dijo Dina Silver, pero sí había sido paciente suyo en otro tiempo. Cuando Michael le preguntó cuándo y cómo, respondió que lo había estado tratando desde los dieciséis hasta los dieciocho años en una clínica psiquiátrica del norte de Jerusalén.

–Dos años, es decir, hasta hace un año –reflexionó el inspector jefe Ohayon en voz alta–. ¿Y terminó el tratamiento?

Era una historia complicada, dijo ella, que no tenía nada que ver con el caso y que estaba asociada con la relación que el paciente había llegado a entablar con ella.

–De hecho interrumpimos el tratamiento sin haberlo terminado –explicó–. Ya no lo podía ayudar más, pero tendría usted que conocer la terminología profesional para comprenderlo.

–¿En qué terminología está pensando? ¿Qué me dice del término «transferencia»..., nos ayudaría a entenderlo? –preguntó Michael, y observó divertido la expresión de sorpresa de Silver y el nuevo respeto que asomó a sus ojos.

Sí, desde luego que lo ayudaría.

–Mire –dijo en tono didáctico–, evidentemente no sé hasta qué punto está usted familiarizado con el psicoanálisis; lo que ocurrió fue que el chico comenzó a actuar en lugar de verbalizar durante las sesiones terapéuticas. ¿Me sigue?

No, no la seguía. ¿Le importaría explicárselo?

–En otras palabras –dijo mientras una expresión seria y satisfecha se extendía por su cara, y Michael no trató de interferir–, comenzó a importunarme llamándome por teléfono a todas horas, presentándose a verme sin previo aviso y exigiéndome que satisficiera sus fantasías eróticas.

–¿Quiere decir que se enamoró de usted?

–En lenguaje sencillo se podría decir así. En términos profesionales yo hablaría

de la transferencia de una neurosis que se canalizó hacia la acción en lugar de hacia la verbalización durante las sesiones terapéuticas.

—¿Y cuando eso ocurre se interrumpe la terapia? Yo creía que la transferencia era una de las condiciones necesarias para seguir adelante con ella.

—En principio tiene razón —dijo la psiquiatra, en cuyos ojos había vuelto a brillar el asombro—, pero en este caso yo tuve una contratransferencia, y...

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Michael impaciente—. ¿Se refiere a que la ponía muy nerviosa o a que se implicó emocionalmente con él?

Sí, a eso se refería. El chico ocupaba sus pensamientos fuera de las horas de trabajo hasta tal punto que se vio obligada a interrumpir la terapia, y desde entonces no sabía qué había sido de él... La primera vez que lo había visto desde que dejó de tratarlo fue en el entierro, junto a su coche.

—En otras palabras, no lo vio durante todo un año, y después, ¿apareció de repente en el entierro? —dijo Michael mientras mantenía la pluma suspendida sobre el papel—. ¿Está segura? ¿No tuvieron el menor contacto? —una vez más la hostilidad se había adueñado de su voz, una hostilidad que no lograba dominar ni explicarse. La reprimió y le explicó a la psiquiatra que todo lo que apuntara debía ser preciso.

—Sí, pero, ¿por qué tiene que tomar notas? —preguntó Dina Silver sin ocultar su fastidio—. No me gustaría que una información médica confidencial se hiciera pública. No sería ético.

Michael le preguntó si el paciente no la había molestado en absoluto durante todo el año.

—No, sólo me llamó unas cuantas veces por teléfono —dijo vacilante.

—¿A dónde la telefoneó? —preguntó Michael, volviendo a empuñar la pluma.

—A la clínica. Hace sólo seis meses que me fui de allí.

—¿Y desde entonces no había vuelto a tener noticias de él? —preguntó Michael, cuya tensión iba en aumento; tenía la sensación de que algo le estaba impidiendo ver los hechos con claridad.

No, no había tenido noticias suyas desde que se marchó de la clínica y ayer lo había vuelto a ver por primera vez, en el entierro.

En ese caso, preguntó Michael, ¿por qué el chico la había seguido desde el entierro hasta el consultorio de Linder, y de allí hasta casa de Neidorf y, después, hasta su casa?

—¿Está seguro? —dijo con voz ronca mientras un color ceniciento ensombrecía su rostro.

Michael hizo un gesto de asentimiento y quiso saber qué le había dicho el chico en el entierro.

—Me dijo que necesitaba verme y yo le expliqué que ahora sólo trataba a pacientes privados y que no podría recibirlo. Se considera un error y una falta de

ética que un terapeuta atienda en su consultorio privado a un paciente al que ha tratado previamente a través de los servicios públicos de sanidad. Lo remití otra vez a la clínica –dijo Dina Silver, pero Michael se dio cuenta de que estaba pensando en otra cosa y le preguntó si Elisha Naveh le inspiraba miedo.

Después de reflexionar durante un instante, la psiquiatra dijo que no le inspiraba miedo, nunca se había puesto violento con ella, pero no sabía cómo interpretar su comportamiento.

Michael le preguntó si estimaba posible que el chico hubiera estado en contacto con Neidorf.

–Imposible –dijo Dina Silver sacudiendo la cabeza con vehemencia–. No podría haberlo aceptado como paciente, no tenía tiempo, y tampoco lo conoció por otras vías. Él me lo habría contado.

Todavía tenía la cara cenicienta cuando Michael le preguntó en tono paternal si había algo que le preocupara. Ella respondió que estaba muy sensible por lo que había ocurrido, cualquier cosa la ponía nerviosa, pero que esa ansiedad no tenía ningún fundamento racional.

–Es parte de la reacción ante la muerte de la doctora Neidorf. Ya se me pasará –dijo, y volvió a sonreír con la comisura de los labios. Después de una breve pausa señaló que el chico la tenía preocupada y que, por ese motivo, le gustaría pedirle al inspector jefe Ohayon que no lo interrogase hasta que se hubiera «calmado».

Michael no dijo nada, pero tomó nota mentalmente de que a Dina Silver le daba miedo que se pusiera en contacto con el joven.

Una vez más la interrogó sobre su relación con Neidorf y, una vez más, la psiquiatra le habló de lo mucho que le debía, de todo lo que había aprendido de ella. Pero detrás de sus palabras no había ningún sentimiento, ni siquiera el tipo de sentimiento que había demostrado Linder. Era como una grabación, como si estuviera repitiendo algo que se había aprendido de memoria.

Le habían contado que Neidorf era una mujer fría y distante, ¿había algo de verdad en ello?, preguntó Michael.

No, ella nunca había notado nada semejante; habían tenido una relación íntima y de confianza. Neidorf era una mujer reservada, tímida, pero no era fría, aseguró Dina Silver sin que en su voz se insinuase el menor entusiasmo o cualquier otro sentimiento.

A continuación, Michael le hizo una pregunta sobre su encuentro con Hildesheimer en la calle Alfasi, el domingo por la tarde, junto a la casa del anciano. Dina Silver lo miró con desaliento, pero no le preguntó cómo lo sabía ni tampoco hizo ningún comentario evasivo o ingenioso y, al cabo de un momento, dijo que Hildesheimer había sido su analista.

Michael le preguntó cuánto tiempo había tardado en psicoanalizarse y ella respondió que había estado analizándose durante cinco años y hasta hacía un año y

medio. Se había encontrado con Hildesheimer por casualidad, al salir de la clínica que compartía con Linder para comprar el periódico.

En ese caso, ¿por qué había estado tanto tiempo paseándose calle arriba y calle abajo por delante de su casa?, preguntó Michael. Esta vez Dina Silver sí empezó a preguntarle cómo lo sabía, pero se interrumpió de golpe. Una sonrisa, o más bien una mueca, volvió a aparecer en sus labios mientras explicaba que no le apetecía confesarle lo mal que se encontraba y que por eso había tratado de ocultar que había estado esperando a Hildesheimer a la puerta de su casa. Quería pedirle que la recibiera en plan profesional en seguida, explicó avergonzada. Habría sido imposible convencerlo por teléfono y por eso quería acompañarlo directamente a la consulta, pero Hildesheimer tenía citada a otra persona y no pudo recibirla ese día, ni tampoco al día siguiente, debido al entierro. Sólo podría verla la próxima semana.

Michael echó un vistazo a su reloj, ya eran las once y media. Dina Silver había comenzado a abotonarse el abrigo cuando le preguntó si sabía algo de la pistola de Joe Linder.

—¿A qué se refiere con eso de si sabía algo? —preguntó la psiquiatra.

—¿Sabía que tenía una pistola? —preguntó Michael, que había tenido la precaución de no dar publicidad al hecho de que la pistola de Linder había sido el arma con la que se cometió el asesinato y quería averiguar si el propio Linder se lo había contado a su compañera de clínica.

Claro que lo sabía, dijo Dina Silver, y su cuerpo se relajó ostensiblemente.

—¿Y quién no lo sabía? —preguntó, y volvió a esbozar una sonrisa, que en su rostro ceniciento de ojos mortecinos pareció una mueca grotesca—. Joe no paraba de hablar de ella —a Michael le llamó la atención el tono afectuoso con que se refirió a Linder y le preguntó qué relación tenía con él y su familia.

—Es una relación muy compleja. Hubo mucha competitividad mientras recibía supervisión de él y de la doctora Neidorf simultáneamente. Antes teníamos una relación cariñosa y relajada. No sé si se ha dado cuenta de la importancia que tiene para Joe sentirse querido. Mi relación profesional con la doctora Neidorf le preocupaba mucho.

¿Sabía en qué lugar de la casa guardaba Linder su pistola?

Sí, en algún rincón del dormitorio. Siempre iba a buscarla allí cuando quería enseñarla, pero no sabía en qué lugar preciso del dormitorio.

Claro que entró en el dormitorio la noche de la fiesta, fue a recoger su abrigo.

No, no había nadie cuando entró. Había echado una ojeada a Daniel, que estaba durmiendo en la cama de sus padres, y no había nadie más. Los abrigos estaban amontonados sobre el sofá.

No, nunca había usado una pistola. En el ejército se dedicó a realizar pruebas psicológicas.

Sí, y volvió a sonreír, en el entrenamiento básico le habían enseñado a usar un arma de fuego, un fusil checo, pero no había conseguido dar en el blanco ni una sola vez. No tenía preparación técnica. Joe le había explicado en cierta ocasión que su pistola funcionaba y que siempre estaba cargada, pero, aunque él la animó a disparar, no lo hizo. Las armas le asustaban.

Pronunció la última frase con cierta picardía, el hoyito que tenía en la barbilla entró en juego, e incluso hubo un aleteo de pestañas. Pero Michael tuvo la sensación de que, después de abrir la caja de Pandora, la había cerrado sin llegar a poner el dedo en la llaga.

Antes de separarse de ella en la puerta le preguntó en tono neutro, como si acabara de ocurrírsele, si le importaría someterse a una prueba poligráfica. La mirada cautelosa que asomó a los ojos de Dina Silver delataba cierta aprensión, pero se limitó a decir que tendría que pensárselo.

—No corre prisa, ¿verdad?

—No; Michael sacudió la cabeza; no corría prisa.

No había manera de saber, pensó Michael, si Dina Silver era precavida por naturaleza o si estaba tratando de ganar tiempo. Según la experiencia de Michael, la mayoría de la gente sin nada que ocultar no oponía reparos a someterse a una prueba poligráfica, pero también había quien se lo pensaba y sentía miedo a pesar de no tener nada que ocultar.

Finalmente, junto a la puerta, Michael le preguntó si sabía algo sobre la conferencia de Neidorf.

No, no sabía nada, sólo había oído comentar de qué iba a tratar, pero sí sabía que Hildesheimer siempre ayudaba a la doctora Neidorf a preparar sus conferencias, y, dicho esto, dirigió una mirada inquisitiva al inspector jefe Ohayon.

Michael le dio las gracias amablemente sin responder a su muda pregunta. La expresión del inspector jefe no traicionaba en absoluto la confusión ni los sentimientos ambivalentes que lo embargaban. Volvió a sentarse detrás de su escritorio, rebobinó la cinta y comenzó a escuchar lo que se había dicho en su despacho durante las últimas tres horas. Sin dejar de escuchar, marcó un número de teléfono. Desde su despacho de la tercera planta, Balilty le respondió jadeante:

—Acabo de llegar... Ya no recordaba lo que era trabajar contigo. Estaré ahí dentro de un par de minutos —y colgó el teléfono.

Mientras aguardaba que pasaran los dos minutos, que resultaron ser quince, Michael se recostó en el sillón, estiró sus largas piernas y escuchó una y otra vez la última parte de la conversación, en la que habían hablado de la relación de Dina Silver con Neidorf, con el joven, con Linder y con Hildesheimer.

Cuando Balilty entró en el despacho, sin aliento y con una taza de café en la mano, Michael empujó un papel hacia él y le preguntó si le parecía bien que repasaran las preguntas juntos.

–Claro –dijo Balilty–, pero antes voy a paliar tu curiosidad sobre el coronel –se interrumpió para hacer una reverencia y Michael le contentó con las obligadas exclamaciones de admiración y sorpresa. Si Balilty fuera modesto, pensó, sería perfecto. En todo caso, los elogios que exigía no eran un precio demasiado alto por obtener su colaboración.

–Eres increíble, no hay nadie como tú –dijo Michael.

El agente de Inteligencia sonrió de oreja a oreja, se remeti6 la camisa bajo el cintur6n y se estir6 el jersey; seguramente lo habría tejido su mujer, pens6 Michael, que la recordaba vagamente como una mujer regordeta y agradable y, ciertamente, como una cocinera de primera; luego Balilty prosigui6 diciendo:

–Me has dicho que la manera de hacerme con la informaci6n te daba igual, ¿estamos?, siempre que nadie se enterase. Pero me va a costar m6s de unas horas, eso te lo digo ya. Es un asunto complicado, necesitar6 tiempo, y cuando digo tiempo estoy hablando de varios días, no de unas horas –Michael lanz6 un silbido y pregunt6 con cautela cu6ntos días pensaba que iba a necesitar–. Dos o tres; cinco, tal vez. No puedo explicarte por qu6, pero ya te lo había advertido de entrada. Y ahora puedes mostrarme esas preguntas –y Balilty tom6 asiento y cogi6 con sus manazas el papel que había en el escritorio. Despu6s de hacer una lectura r6pida de lo que Michael había anotado, alz6 la vista y pregunt6–: ¿Qui6n es esa chica? El monumento que te estaba esperando. ¿Es la mujer de la que nos has hablado? ¿Ésa a la que persigue el chico? Raffi dijo que estaba casada con «el Mazo», ¿es verdad? –Michael asintió y Balilty cogi6 un cigarrillo del aplastado paquete de Noblesse que había sobre el escritorio–. Me encantaría putearlo, créeme. ¿No le habrá puesto los cuernos? Confía en mí. ¿Quieres informaci6n sobre su servicio militar? ¿Armas registradas? ¿Relaciones con el hijo del diplomático despistado? ¿Sale con él? ¡Vamos! ¡Si podría ser su madre!

Michael explic6 que Dina Silver había sido la terapeuta de Elisha Naveh y aña6ió que recordaba vagamente que hacía alg6n tiempo el juez había estado amenazado de muerte; quería saber si se había comprado una pistola y si alguna persona de la mansi6n del exclusivo barrio de Yemin Moshe había aprendido a utilizarla.

–¿Por qu6 no lo averiguas en el ordenador?

Michael explic6 que el caso requería discreci6n.

–Hace mucho tiempo –dijo Balilty pausadamente– que no teníamos un caso con tanta gente importante implicada. Jueces, gobernadores militares, psic6logos... ¡No nos falta de nada!

–No te puedes quejar de que la vida no sea interesante –dijo Michael, y apag6 la grabadora–. Vamos a ver c6mo van las cosas ahí abajo –cogi6 el paquete de Noblesse y ambos salieron del despacho y se encaminaron al ala de interrogatorios.

Tzilla, que estaba ocupada interrogando a Hedva Tamari, la joven doctora del

Margoa, salió de la sala de interrogatorios al ver a Michael por la ventana y se enjugó la frente. La interrogada no paraba de llorar, le informó.

—Basta con que mencione el nombre de la víctima para que se eche a llorar —dijo—. Llevo una hora con ella y no he descubierto nada, salvo que ha llegado a un acuerdo con el facultativo de guardia para que se quede en el hospital siempre que ella está de guardia. ¡Hay que ver lo que la gente está dispuesta a hacer por una chica guapa!

Michael no se dejó engañar por la volubilidad de Tzilla, sabía que realizaba los interrogatorios con ingenio y eficacia. Había escuchado las grabaciones. El infantilismo y la dulzura de su voz estaban calculados para cumplir los objetivos de la investigación. Y también sabía que los aires de chiquilla encantadora que se daba fomentaban el ambiente de intimidad que se esforzaba en crear con sus colegas.

—El primer interrogatorio duró más, unas dos horas. Con el tal doctor Daniel Voller, del Comité de Formación, ¿lo recuerdas? El que tiene el pelo gris. De ahí tampoco he sacado nada, salvo algunos comentarios despectivos sobre Linder. Los dos están dispuestos a someterse a la poligrafía —añadió sin que se lo preguntaran.

En la sala contigua, Manny estaba interrogando a Tammy Zvielli, la joven en cuyo honor se había celebrado la fiesta, una rubia desteñida de ojos enrojecidos. Ella también, dijo Manny, estaba dispuesta a hacer la prueba poligráfica.

Raffi tampoco había hecho ningún descubrimiento.

—Todos tienen alguna coartada. Nada especialmente planeado, las cosas normales que hace la gente: estaban con su familia, vieron la tele, se fueron a la cama, se levantaron tarde el sábado. Nadie me ha contado nada de particular.

Balilty se marchó a ocuparse de sus asuntos y Michael regresó a su despacho, donde estaba citado con el doctor Giora Biham, jefe de departamento del hospital Kfar Shaul. Resultó ser el tipo calvo y barbado que había acompañado a Dina Silver al entierro.

El doctor Biham hablaba con fuerte acento latinoamericano, arrastrando las palabras, como si le agradara el sonido que hacían. El viernes por la noche unos amigos habían ido a cenar a su casa, y el sábado por la mañana se había llevado a los niños a buscar setas en el bosque de Jerusalén. Regresó a casa a las nueve y media, dejó a sus hijos (dos niños y una niña, todos menores de ocho años) con su mujer y se marchó en coche al Instituto.

La doctora Neidorf había sido su profesora en el Instituto, es decir, había dado clases a su curso, formado por diez personas, durante dos años. Ni se había analizado con ella ni lo había supervisado. La admiraba mucho, explicó, pero la doctora no tenía ningún hueco, es decir, precisó al ver la expresión de perplejidad del inspector jefe, no le quedaba tiempo libre; tenía una lista de espera de dos años.

La manera de sentarse del doctor Biham, recostado hacia atrás con las piernas cruzadas, la manera en que rellenaba su ornamentada pipa nacarada, el mechero de

oro que sacó del bolsillo de su chaleco, su traje gris y la barbita pulcramente recortada le decían a Michael todo lo que necesitaba saber sobre la opinión que el médico tenía de sí mismo. El placer de oír su propia voz no le permitía ni un instante de silencio. Tenía respuesta para todo, aun cuando no tuviera nada que decir. Había estado en la fiesta, desde luego, le encantaban las fiestas, y además había cogido una cogorza monumental... Habría sido el alma de la fiesta, sin duda. Linder le caía muy bien, lo había estado supervisando durante dos años. Era imposible extraerle una sola palabra crítica con respecto a sus colegas del Instituto.

En un momento dado de la conversación, que a pesar de los esfuerzos de Michael por cambiar de tono no dejó de ser ligera y superficial, Michael le preguntó al doctor Biham si por casualidad imaginaba que él, el inspector jefe Ohayon, era un miembro secreto del Comité de Formación; ¿tal vez ésa era la razón por la que se negaba a decir nada malo de cualquiera de sus miembros?

Biham soltó una carcajada y le preguntó si le permitía citarle. Después, sin el menor asomo de tensión, le explicó con franqueza que se había propuesto no permitirse «albergar ningún sentimiento negativo sobre nadie» hasta que hubiera escalado hasta la cumbre jerárquica del Instituto.

A pesar de las bromas y del tono relajado y natural, Michael, que comenzaba a preguntarse qué podría haber atraído a un hombre así a aquella profesión, detectó indicios de una profunda tristeza, que se revelaba sobre todo en la mirada del sujeto, en la que no había ansiedad ni tensión, pero sí cansancio y abulia.

No creía, dijo el doctor Biham con firmeza, que ninguna persona del Instituto estuviera relacionada con la trágica muerte de la doctora Neidorf, sencillamente no lo creía, por muchos datos que aportara el inspector jefe. Sí, sabía disparar un arma de fuego; claro que había visto la pistola de Linder. No recordaba si había entrado en el dormitorio, debía de estar demasiado borracho como para recordarlo, o, quizá, fue su mujer quien recogió los abrigo. No tenía ninguna objeción que oponer a una prueba poligráfica, podría ser una experiencia fascinante.

Si no fuera por la tristeza de su mirada, se diría que estaba hablando de cualquier curiosidad, pensó Michael; la tristeza parecía profunda y esencial, sin relación con los hechos externos.

En respuesta a la pregunta de cómo se había sentido la mañana en que se suponía que iban a aprobar su presentación, dijo que había estado muy nervioso. Se había dicho a sí mismo que, en el peor de los casos, podrían exigirle que introdujera correcciones, y que se había preparado de antemano para esa eventualidad. No le cabía la menor duda de que lo aceptarían como miembro del Instituto.

—En última instancia —dijo—, una vez que has llegado al octavo curso y te han concedido autorización para tratar a tres pacientes, tienes que hacer algo verdaderamente drástico para que no te acepten; no se me ocurre qué —y sus cejas

se enarcaron cómicamente mientras encendía la pipa. No despegó la vista de Michael, que, a pesar suyo, sonrió.

Michael le preguntó con curiosidad qué motivos le habían llevado a convertirse en psicoanalista.

El doctor Biham esbozó una sonrisa traviesa, sin que la tristeza desapareciera de sus ojos, y explicó que, después de oír lo difícil que resultaba ser aceptado, no había podido resistirse a la tentación de intentarlo.

—Y es interesante, ¿sabe?, realmente interesante. Y antes ya había estudiado psiquiatría. Se me habían ocurrido montones de perspectivas y métodos novedosos para aplicar en los hospitales psiquiátricos, por eso me especialicé en psiquiatría; pero en lo relativo al Instituto sólo me movió la ambición. Me costó mucho tiempo convencer a Hildesheimer, que fue uno de los que me entrevistó, de que me tomara en serio, pero tenía un expediente profesional satisfactorio y un buen amigo que se había licenciado en el Instituto y que me recomendó.

El doctor Biham estaba dispuesto a charlar por los codos sobre cualquier tema, e incluso cuando su expresión se tornaba grave, como cuando Michael sacaba a relucir el asesinato, no se veían en su rostro indicios de miedo ni de tensión. Pero, una vez más, el inspector jefe Ohayon sintió un extraño malestar mientras acompañaba al sujeto a la puerta. No hay que creer en lo que se ve, se dijo a sí mismo. Nunca es verdad. Lo que se ve no es más que la punta del iceberg, menos de su quinta parte. Aunque es posible que realmente no tenga ninguna relación con el caso, recapacitó mientras echaba un vistazo a su reloj, rebobinaba la cinta y le decía que estaba demasiado ocupado a Tzilla, que había abierto la puerta sin llamar para comunicarle que eran las tres de la tarde, la hora de tomarse un descanso para comer. Mas sus intentos de disuadirla fracasaron.

—Sólo iremos hasta la esquina; ya sabes que detesto comer sola, y Eli no está, ni siquiera ha llamado.

Exhalando un suspiro, Michael se puso el chaquetón y le ofreció el brazo a Tzilla; también recogieron a Manny por el camino.

—Los asuntos no se nos van a escapar corriendo —dijo Tzilla satisfecha.

Mientras Michael tomaba a sorbos el fuerte café turco que el viejo del café de la esquina de la calle Heleni Hamalka había colocado jovialmente sobre la mesita bamboleante, se le ocurrió de pronto que, más que cualquier otra cosa, el doctor Biham había demostrado un fuerte deseo de agradar, de caer bien, aunque ni mucho menos con la desesperación de Linder, que ya estaba al borde del abismo. Sea como fuere, esa idea no le ayudó a comprender la tristeza que se veía en sus ojos. Un día de éstos tendría que comentarlo con Hildesheimer.

Hacía dos semanas, desde que Michael le encargó recabar información sobre el coronel Yoav Alon, que Balilty había desaparecido de la faz de la tierra. En un principio Michael no le dio importancia, pero cuando ya habían pasado cinco días comenzó a buscarlo activamente. Cuando al fin consiguió localizarlo, en su casa y a altas horas de la noche, el agente de Inteligencia se negó a decirle nada.

–Estoy en ello, Ohayon. Cuando tenga algo que decir, serás el primero en enterarte, créeme.

Michael le creyó, pero estaba impaciente.

–¿Y qué hay de la mujer? Al menos cuéntame algo de ella.

Pero Balilty le advirtió que no dijera nada más por teléfono.

La investigación se convirtió en algo rutinario. El tiempo mejoró. Acabaron de interrogar a los asistentes a la fiesta y a los pacientes. La prueba poligráfica demostró que todos habían dicho la verdad. Dina Silver todavía no se había sometido a ella. Según alegó para solicitar un aplazamiento, estaba aquejada de una sinusitis muy fuerte. No había salido a la luz ningún hecho nuevo. Michael pensó que había llegado el momento de tomar cartas en el asunto y remover un poco las cosas, «de preparar la escena para que ocurra algo», le dijo a Eli en una de sus reuniones diarias.

A decir de sus colegas, siempre que Michael estaba trabajando en la resolución de algún caso «un demonio lo poseía». Shorer se refirió a ello durante una de sus charlas de ese período de espera.

–¿Se ha convertido esa chica en tu demonio? No pretendo decir que siempre te equivoques, pero dime tú si siempre has acertado. Tiene neumonía; he hablado con su médico de cabecera, y aunque no esté peligrosamente enferma, no tienes motivos para molestarla. Sólo te apoyas en una corazonada. No te olvides de quién es su marido.

Fuera del trabajo, durante una cena tardía en el mercado de Mahaneh Yehuda, Shorer reconoció que si Dina Silver no hubiera estado casada con «el Mazo», probablemente él se habría conducido con menor delicadeza.

–Pero también es culpa tuya –dijo golpeando sonoramente el plato con el tenedor–. Tráeme a alguien que viera su coche el sábado por la mañana. ¡Tráeme algo!

Michael, que había perdido el apetito durante la última semana, le contó sombríamente sus conversaciones con los vecinos, con la gente que había estado

jugando al tenis esa mañana en las pistas que había enfrente al Instituto, e incluso con el vigilante que estaba patrullando la calle.

—Nadie la vio marcharse. Un montón de personas la vieron llegar al Instituto a las diez en punto, pero nadie la vio antes. A pesar de todo tengo una sensación extraña.

—Las sensaciones no bastan —dijo Shorer a la vez que se secaba la espuma de cerveza que tenía en los labios—. No es que descarte su importancia ni su pertinencia, pero, con el debido respeto a tu intuición, recuerda que estamos hablando de la mujer de un juez de distrito; tiene neumonía, y no se va a escapar del país; y la última consideración a tener en cuenta, pero no la menos importante, es que no se me ocurre qué móvil pudo tener. Tú mismo me has comentado que en la clínica psiquiátrica te dijeron que desarrollaba un trabajo de primera calidad, y Rosenfeld te aseguró que el Comité de Formación no vacilaría en dar el visto bueno a su exposición. Así pues, ¿qué móvil pudo haber tenido?

Michael abrió la boca para decir algo pero, en lugar de hablar, introdujo en ella un poco de ensalada y asintió desalentado.

Según lo previsto, Nira se había ido de viaje a Europa y Yuval se había trasladado a su casa. Por las mañanas el chico se quejaba de que oía a su padre rechinar los dientes mientras dormía. Michael se encerró en sí mismo y se hundió en una depresión que ni él mismo acertaba a comprender.

Estando Yuval en su casa, no podía llevar allí a Maya. Cuando muy de tarde en tarde se citaban en Mav, el pequeño café donde solían verse, Maya no se quejaba, pero lo miraba con añoranza. Él no lograba responder a sus preguntas. Tan sólo le apetecía acurrucarse en la cama y que lo abrazaran, sin tener que hablar. Ella afirmaba que Michael siempre se deprimía en primavera, que era algo cíclico, pero él atribuía su estado de ánimo al caso.

El interrogatorio de los testigos no había sacado a la luz nada nuevo. Sus declaraciones fueron interesantes, pero escasamente provechosas. Michael habló una vez más con Hildesheimer, y el anciano le dijo con tristeza que «el Instituto estaba enfermo» y le dirigió una mirada interrogante.

La presión de los medios de comunicación no contribuía a mejorar las cosas. Los reporteros habituales en la comisaría se quejaban amargamente de la falta de información. Todas las mañanas, al final de la reunión del equipo, el portavoz de la policía aparecía ante éste para recibir, según lo expresaba él, «sus instrucciones diarias sobre cómo no decir nada con el mayor número posible de palabras». «¿Cuándo vas a darme algo en lo que puedan hincar el diente?», le preguntaba a Michael en tono de reproche. La reunión diaria con Ariyeh Levy, el comisario jefe de la policía de Jerusalén, tampoco fomentaba el buen humor de Michael.

La llegada de Catherine Louise Dubonnet fue el único rayo de luz durante esas

dos semanas. Michael fue a recibirla en persona al aeropuerto el viernes, cuatro días después de haber sabido de su existencia a través de la familia de la difunta.

Mientras esperaba en Ben Gurion, sintiendo el aroma de lugares remotos, Michael pensó con envidia en que llevaba años sin salir al extranjero. Una vez más se imaginó llevando una existencia plácida en Cambridge, sumergiéndose en la Edad Media y viajando a Italia de vez en cuando.

Se situó junto al control de pasaportes para observar la larga cola de pasajeros. Al final perdió la paciencia y pidió que llamaran a la doctora Dubonnet por los altavoces.

Habló con ella en tres ocasiones. La primera vez en el coche, de regreso del aeropuerto. La doctora Dubonnet había decidido alojarse en un hotel pese a que la familia Neidorf le había ofrecido afectuosamente su casa; no podría soportar la ausencia de Eva, explicó. Le habían reservado habitación en un hotel barato, pero, en cuanto la vio, Michael decidió ir directamente al King David, donde Tzilla, con quien habló por radio, se ocupó de hacer la reserva.

Catherine Louise Dubonnet era la psicoanalista más importante del Instituto de París, según le habían dicho a Michael sus colegas parisinos. El mismo Hildesheimer hablaba de ella con profundo respeto y admiración, pese a las reservas que por principio le inspiraban «los franceses en general». Michael supo por su pasaporte que tenía sesenta años. Llevaba el pelo blanco recogido sobre la nuca en un espeso moño y sus ojos castaños, en los que brillaban la inteligencia y la cordialidad, eran enormes, como los de un bebé. Antes de mirarla a los ojos, a Michael le dio la impresión de que era como una dulce abuelita que estuviera en la cocina de su casa. Vestía un traje oscuro e informe y sobre él un abrigo raído; no se veían rastros de maquillaje en su cara, y la dentadura irregular que revelaba su amistosa sonrisa le daba un aire de abandono. Sus zapatos planos no combinaban con su vestido. Contradecía todos los estereotipos sobre la mujer francesa. ¿Dónde está el famoso chic del que habla todo el mundo?, pensó Michael mientras la doctora Dubonnet le estrechaba calurosamente la mano en el aeropuerto; pero cuando la miró a los ojos la cuestión del chic perdió toda relevancia.

Sí, Eva había pasado el día con ella, le contó en el coche, con un acento parisino que a Michael le resultó muy agradable. Tras unos minutos de inseguridad, su propio francés volvió a cobrar vida.

Su primera pregunta se refirió a la clandestinidad del encuentro. Quería comprender, explicó mientras maniobraba con el Ford de la policía para situarse en el carril rápido, por qué Eva Neidorf no le había comentado nada a Hildesheimer sobre su escala.

—Ah —dijo la francesa con una sonrisa—, Eva tenía su lado coqueto. Estaba enfadada con él y quería ponerlo celoso agradeciéndome mi ayuda al principio de la conferencia.

Esa explicación no encajaba en la imagen que Michael se había formado de Neidorf, y así lo dijo cuando ya estaban en la autopista, después de encender un cigarrillo. Sin retirar la vista de la carretera, notó la mirada escudriñadora de la francesa.

Ella suspiró profundamente y dijo que toda la información que Michael había recibido sobre Neidorf procedía de personas que sólo conocían algunos aspectos de su personalidad o que tenían de ella una visión muy limitada. No es que Hildesheimer no la conociera, prosiguió, mas en su percepción de Eva había algunos aspectos que se le escapaban. Aunque ciertamente era consciente de la dependencia de Eva con respecto a su persona y a su ayuda, lo cierto es que no había alcanzado a comprender hasta qué punto era importante para ella ni cuán ligada estaba a su amour propre. Eva se sintió ofendida, explicó la francesa en un tono triste y a la vez jocoso, por la necesidad de Hildesheimer de que se liberase de su dependencia hacia él. Un sentimiento de agravio muy femenino del que Hildesheimer no se había percatado en absoluto, dijo, y añadió algo sobre las limitaciones del sexo masculino en general.

Y después volvió a sonreír, una sonrisa que Michael sólo vio de perfil, y afirmó que, por absurdo que pareciera, creía que, de hecho, el anciano se habría puesto celoso.

—Tal vez no tanto como le hubiera gustado a Eva, pero sí bastante celoso. Eva tenía la intención de contárselo después de la conferencia —dijo, y suspiró.

Después hablaron sobre la relación especial que las había unido. La distancia geográfica había hecho posible su proximidad, dijo la francesa. Eva tenía dificultades para mantener una relación íntima continuada, en el día a día, y le agradaba que sólo se vieran una o dos veces al año con ocasión de los congresos de la Sociedad Psicoanalítica Internacional.

—Nos teníamos mucho afecto, y Eva me podía hablar con toda libertad de sus relaciones con Ernst, de sus pacientes, del Instituto, de todo, porque eran temas que me resultaban ajenos.

Michael la dejó instalada en el King David, y si a la francesa le impresionó la fastuosidad del vestíbulo, no lo demostró. La acompañó a su habitación, describió las cortinas y le señaló la sobrecogedora vista de las murallas de la ciudad vieja. Entonces la mirada de la doctora se tornó melancólica mientras murmuraba algo sobre la belleza trágica. Cuando le preguntó a Michael cómo había sido la famosa explosión ocurrida durante el mandato británico, queriendo saber con curiosidad infantil qué ala del hotel había sufrido daños y cómo la habían reconstruido, el inspector jefe volvió a ver sus ojos y se sintió totalmente fascinado. No sólo era la distancia geográfica la que había hecho posible la amistad entre ellas, pensó, sino la cordialidad y la espontaneidad de esa mujer, dos cualidades de las que por lo visto no estaba dotada Eva Neidorf.

Volvieron a verse por la noche, en Maswadi, un pequeño restaurante de la zona árabe de la ciudad, y allí, entre las ensaladas variadas de los entremeses orientales, Michael le interrogó sobre la conferencia. No era fácil transmitirle su contenido en el breve espacio de tiempo de que disponían, le explicó la francesa, que llevaba un vestido muy parecido al de antes. La cuestión que había preocupado a Eva era si debía ofrecer ejemplos de comportamientos antiéticos de los pacientes. Se habían dado casos de abuso de menores, por ejemplo. ¿Debía reaccionar el analista de forma terapéutica, o bien había de juzgar abiertamente la conducta del paciente y, tal vez, informar a la policía? La conferencia trataba asimismo el tema de la discreción profesional; por ejemplo el hecho de que los terapeutas de un país tan pequeño como Israel deberían preocuparse más de ocultar la identidad de sus pacientes al hablar con sus colegas. Y también se extendía largamente sobre los casos en los que no era correcto exigir que se pagara una sesión que no había tenido lugar.

Dubonnet explicó que la relación terapéutica se establece sobre la base de un compromiso mutuo a largo plazo. En consecuencia, dijo con énfasis, aunque un paciente no se presentara a una sesión, debía pagarla, salvo en casos excepcionales que quedaban al arbitrio del terapeuta, tales como una enfermedad o el nacimiento de un hijo. Eva no sabía si dar ejemplos, que tal vez podrían molestar a alguien; si encajaban en el tema de la conferencia; si, desde el punto de vista ético, estaba justificado hablar de los casos, que definió como de *force majeure*, en que los terapeutas cobraban las citas a las que los pacientes no habían acudido por sus obligaciones como reservistas del ejército.

Al ver la desilusión pintada en el rostro de Michael, la francesa interrumpió el flujo de sus palabras. Comparó la situación de Michael con la de los pacientes que se sienten defraudados porque, después de unas cuantas sesiones, todavía no se ha producido ningún avance espectacular.

—¿Qué esperaba que le dijera? —preguntó.

Michael le contó que habían desaparecido todas las copias de la conferencia, así como la lista de pacientes y supervisados de Neidorf y el archivo de sus movimientos financieros. Ya se lo había contado la familia, dijo la francesa, a la que había ido a visitar esa tarde.

—Y sus hijos están afectadísimos, sobre todo Nimrod, porque Nava lo exterioriza todo, y además tenía una relación afectuosa con Eva, en tanto que la relación de Nimrod con su madre era muy tensa, y, en general, él es demasiado reservado.

Pero no era de eso de lo que él quería hablar, se excusó. Sus inteligentes ojos castaños observaron al inspector jefe mientras le explicaba que había confiado en que ella le contara qué contenía la conferencia que pudiera justificar su desaparición, o incluso el propio asesinato. En la estrecha frente de la psicoanalista se formó una larga arruga mientras repasaba los pormenores de los que estaba

enterada. No había guardado una copia de la conferencia, dijo, y además no sabía hebreo. Y había algo que inquietaba mucho a Eva, pero se había negado a comentarlo explícitamente.

—Eva estaba escandalizada por lo que había hecho uno de los candidatos —explicó reflexivamente. No había mencionado el nombre ni el sexo del individuo en cuestión, pero mostró mucho interés por algo que había sucedido en el Instituto de París: un analista con una larga experiencia a sus espaldas había «tenido una apasionada historia de amor con una de sus pacientes». El semblante de Dubonnet se ensombreció mientras aludía aquel incidente, y durante un instante su mirada se apagó. Después tomó un sorbo de vino y prosiguió diciendo:

—¿Cómo nos habíamos asegurado me preguntó ya muy tarde, cuando yo estaba muy cansada, de que la paciente había dicho la verdad? Le dije que había solicitado pruebas y las había recibido: testigos en restaurantes, libros de registro de hoteles..., una labor odiosa muy desagradable, pero es necesario examinar los hechos a fondo antes de expulsar a alguien de una sociedad analítica y de inhabilitarlo para la práctica profesional. Pero no estoy segura —en este punto volvió a fijar en los ojos de Michael una mirada atenta— de que eso formara parte de la conferencia. Estaba exhausta después de una dura jornada de trabajo y me esperaba otro día agotador. Iba a marcharme de vacaciones, algo ante lo que los pacientes siempre reaccionan mal; hay que entregarse a fondo y ya no soy una jovencita —sonrió y añadió con desolación que nunca habría imaginado que ésa sería la última vez que se iban a ver. Los ojos se le anegaron en lágrimas mientras decía que las cosas siempre eran así; uno se cree, dijo como hablando consigo misma, que tiene todo el tiempo del mundo por delante.

La conversación con Catherine Louise Dubonnet ratificaba que la clave del asunto estaba en uno de los pacientes o supervisados, reflexionó Michael. Cabía la posibilidad de que la conferencia hubiera sido el móvil del asesinato, pero también cabía la posibilidad contraria. A primera vista la francesa no le había aportado nada nuevo, pero en realidad, pensó Michael, había confirmado que no iban descaminados. Allí había fundamento de sobra para un asesinato. Para Michael era más evidente que nunca que alguien debía de haberse sentido aterrorizado ante la perspectiva de que la psicoanalista revelase alguna información que poseía. El interés de Neidorf por el caso del analista parisino le hizo pensar en Dina Silver, pero no tenía nada en que basarse salvo sus sospechas; con el pensamiento maldijo a Balilty, de quien no tenía noticias desde hacía diez días.

El tercer encuentro con la doctora Dubonnet tuvo lugar el domingo por la mañana y fue más formal. Catherine Louise hizo una declaración jurada y prometió solemnemente prestarles la máxima ayuda posible. Ese mismo día se marchó de Israel.

Día tras día, cuando el equipo se reunía por la mañana, todas las miradas se

volvían hacia Eli Bahar, que, sin pronunciar una palabra, hacía circular las cuentas bancarias que había revisado el día anterior. Había tardado sólo dos días en anotar la información revelada por la cuenta corriente de Neidorf. Había revisado los depósitos bancarios realizados durante los dos últimos años y había trazado gráficos en colaboración con el especialista en informática de la policía, que le había ayudado a establecer unas pautas. Algunos depósitos correspondían a talones que se ingresaban mensualmente y otros se habían efectuado en metálico.

–Podría haber sido mucho más sencillo –se lamentó Eli, una vez que todos hubieron comprendido el resultado de sus esfuerzos de la víspera, que se resumían en confirmar el hecho de que todos los pacientes y supervisados de cuya existencia tenían noticia habían pagado a la doctora Neidorf como es debido.

Ante Tzilla, Eli se quejó de la monotonía de aquel trabajo rutinario. Llevaba dos semanas sintiéndose como un empleado de banca, le dijo. Todas las mañanas, cuando el banco abría sus puertas, el director lo acompañaba a la cámara de seguridad, donde tenían archivados los cheques cargados a las cuentas de sus clientes, y por la tarde Eli iba a ver a Michael y le entregaba el fruto de sus labores. El especialista en informática, cuya colaboración habían requerido sumariamente, le había llamado la atención sobre un ingreso en metálico que se repetía todas las semanas durante el último año. Después de trabajar sobre la cuenta de Neidorf durante una semana, Eli descubrió que la doctora había realizado un ingreso similar, pero en esa ocasión mediante un cheque cargado a una cuenta que no volvía a aparecer.

Michael se había enterado, por Hildesheimer y por los contables, de que la mayoría de los pacientes y supervisados realizaban pagos mensuales. Había quien prefería pagar una vez a la semana y también había casos extraños, según le explicó Hildesheimer, en que los pacientes preferían pagar después de cada sesión.

Tras descubrir el ingreso de un talón extendido por la misma cantidad que un depósito en metálico realizado una semana antes, Eli Bahar informó al equipo de que iba a pasar la mañana en una sucursal de las afueras del National Bank, donde todavía no había estado; la amargura con la que habló indicaba que ciertamente lo consideraba un gran honor. Michael quiso hacer un comentario constructivo señalándole a Eli la importancia que tenía su trabajo y cuántas cosas revelaban las cuentas bancarias sobre sus titulares, pero Eli no pareció convencido. Se quejó de la mala ventilación de las cámaras de seguridad y de lo aburrido y rutinario que era aquel trabajo.

Tzilla predijo con mucha confianza que el cheque resultaría ser del paciente desconocido y que a última hora de la mañana, ya sabrían de quién se trataba.

–Escucha lo que está diciendo –le dijo Michael a Eli, señalando hacia Tzilla–, estoy seguro de que tiene razón. Y, ahora, ponte en marcha.

Se había concertado una cita con el subdirector, un hombre delgado y untuoso

que no cesaba de enderezarse un casquete de lana que amenazaba con caérsele de la cabeza. El director estaba cumpliendo sus deberes de reservista, expuso el subdirector, y después, dándose muchos aires, le explicó en tono perentorio a una de las empleadas, que a Eli le recordó a Zmira, de Zeligman y Zeligman, lo que el caballero iba a hacer allí esa mañana. Una vez que hubo examinado el número de cuenta que Eli le entregó, abrió un cajón gris de un gran archivador del sótano del banco. Los fatigado ojos de Eli se iluminaron al ver el nombre del titular de la cuenta.

Un hombre de treinta años, un inspector del cuerpo policial, no da saltos de alegría al descubrir que su trabajo ha rendido fruto, pensó Eli Bahar mientras solicitaba permiso para hacer una llamada telefónica. Todavía estaban reunidos y fue Raffi quien levantó el auricular y se lo pasó a Michael sin decir una palabra. Al principio nadie prestó atención a la llamada, hasta que Tzilla le tiró de la manga a Manny y le indicó que se fijara en la expresión de Ohayon: atenta, tensa y excitada. Al final, Michael se levantó y dijo:

—¿Quién ha dicho que Dios no existe? Saca una foto y vuelve aquí a toda mecha.

Cuando colgó el teléfono, pálido de emoción, lo rodeaba un ambiente expectante. Tzilla se abalanzó sobre Manny y le plantó un beso en la mejilla. Transcurrieron varios segundos antes de que Michael abriera la boca para decir, con voz ronca, que ahora empezaban sus problemas.

—No sé si comprendéis lo que significa esta información —dijo—. ¿Os dais cuenta de que ahora tendremos que traerlo para interrogarlo como sospechoso? ¿No os habréis olvidado de quién es?

Naturalmente fue Tzilla quien se levantó de un salto para protestar:

—¿Y qué más da? ¿Es que está por encima de la ley?

Y Michael se vio obligado a recordarle que la única certeza que tenían era que le había entregado un talón a Neidorf, pero los miembros del equipo especial de investigación sabían que estaba tan emocionado como ellos.

En ese momento Balilty salió de la nada, sonriendo muy satisfecho de sí mismo y negándose a creer que en realidad no era su llegada la que Michael estaba aguardando con impaciencia.

Una vez que el inspector jefe Ohayon hubo visto claramente con sus propios ojos el cheque firmado y se lo hubo entregado a Tzilla, como quien hace entrega de una fortuna, encargándole que se ocupara de que comparasen la firma con el garabato del recibo de los contables, sólo entonces, después de haber oído cómo Tzilla hablaba por teléfono con el Instituto de Investigación Criminal y de decirle a Eli que se fuera a «tomar el sol y a descansar» dándole una palmadita en el hombro, al fin se volvió hacia Balilty, cuya sonrisa se había apagado levemente, aunque seguía excitado y se negó a hablar con Michael dentro del edificio.

Se sentaron en una mesa de un rincón del café Nava de la calle Jaffa y hablaron

en susurros. Balilty no cesaba de levantar la cabeza para comprobar que nadie los estaba escuchando.

Tenía que contarle dos cosas, dijo. En primer lugar que la señora Silver era una mentirosa consumada; y la segunda, dijo, bajando aún más la voz, se refería al coronel Yoav Alon.

–¿Por dónde quieres que empiece? –preguntó, quitándose de los labios los restos de crema del café.

–Empieza por el coronel –dijo Michael, y encendió un cigarrillo. Al oír lo que Danny Balilty tenía que decirle, los ojos se le pusieron como platos–. ¿Cómo demonios has podido enterarte de una cosa así? No lo entiendo..., ¿es que te has acostado con él o qué?

Por una vez, dijo Balilty, iba a introducir a Michael en sus métodos de investigación. Sólo por esta vez, cuidado, y sólo porque había estado a punto de dejarse el pellejo tratando de conseguir la información. Mientras hablaba, sus ojillos parpadeaban.

Balilty, un treintañero corpulento y barrigudo con una incipiente calvicie, vestimenta desaliñada y modales ordinarios, tenía mucho éxito con las mujeres, según le había confiado a Michael años atrás. Michael no comprendía qué veían en él, pero, aun cuando la modestia nunca hubiera sido el punto fuerte del agente de Inteligencia, sabía que estaba diciendo la verdad. Su doble vida no le inspiraba remordimientos, le había explicado Balilty en la misma ocasión. Su esposa era una mujer buena y cariñosa, que no le pedía mucho a la vida y cuyos intereses se centraban en su casa y en sus hijos, y Balilty la quería mucho. No debía entenderle mal, subrayó, él se consideraba un hombre felizmente casado. Pero, en principio, se negaba a prescindir de sus aventuras. Siempre que advertía el peligro de implicarse demasiado, cortaba..., y lo hacía de una manera que les permitía seguir siendo amigos de por vida.

Ahora estaba enredado en una aventura que lo tenía aterrorizado, dijo. Era una mujer soltera, algo de lo que siempre había huido como de la peste.

–Y eso no es todo, sólo tiene veinte años, es dulce como la miel, y lo peor –dijo con simpática franqueza– es que esta vez me he implicado en la historia. Me he metido hasta el cuello, y todo por tu culpa.

Michael enarcó las cejas, pero el centelleo de los ojos de Balilty le eximió de la obligación de protestar.

–Ella era la única fuente de la que podía obtener información sin que nadie se enterase, y sólo pensé en eso. Pero me he enganchado. ¿Qué le voy a hacer? Es algo que no se puede evitar.

A Michael no le quedó otra alternativa que encender un cigarrillo y reprimir su curiosidad. Balilty se negaba a ir al grano. Después de que le pusiera en antecedentes durante un buen rato, Michael al fin comprendió que el agente de

Inteligencia había seducido a la secretaria personal del gobernador militar de Edom, el coronel Yoav Alon.

–No he sido el primero. Le atraen los hombres mayores –dijo no sin vergüenza–. En fin, la cuestión es que antes de estar conmigo tuvo una aventura con Alon.

Michael pidió otros dos cafés y, mientras esperaban que se los sirvieran, empezó a atar cabos. Balilty observó cómo se alejaba la camarera antes de decir:

–Y es ella la que me ha contado lo de Alon, que no se le levanta. Fue horrible, según me dijo. Me lo explicó con todo lujo de detalles; para ella también fue horrible. Y ahora Alon sólo le habla de las cosas del trabajo; dice que la tensión se puede cortar con un cuchillo. Aunque es muy madura para su edad, se llevó un gran disgusto.

Michael revolvió el café y preguntó cuándo había sucedido.

–Lleva dos años trabajando allí, firmó un contrato temporal con el ejército permanente. La desmovilizarán dentro de un mes. Ocurrió cuando llevaba allí seis meses. No es guapa; ¿quién me iba a decir a mí que me la iba a tomar tan en serio? Mi intención era salir un poco con ella y airear los trapos sucios de Alon.

Michael no estaba interesado en la vida amorosa de Balilty. Le costó un esfuerzo fingir que simpatizaba con él, aun cuando comprendía perfectamente la acuciante necesidad de revivir el encuentro hablando de él. Las piezas comenzaron a encajar en su cabeza y a cobrar sentido. Le habló a Balilty de la cuenta bancaria y de los pagos a Neidorf y, de pronto, el agente de Inteligencia se puso serio y todo el entusiasmo del hombre enamorado se evaporó en un instante.

–Sí –dijo vacilante–, hasta un coronel querría tratarse si no se le levantara. Y, además, no le gustaría que se corriera la voz; quien está en tratamiento psicológico no puede aspirar a ser jefe del Estado Mayor. Está claro, ¿verdad?

Michael hizo un gesto de asentimiento. Ninguno de los dos estaba contento ni exultante más bien se sentían oprimidos por la sombría perspectiva de los problemas que se avecinaban.

–Todo encaja –dijo Balilty–. El coronel estuvo en la fiesta, e incluso fue él quien compró la pistola; era paciente de Neidorf, tenía un móvil, los medios para hacerlo, todo. ¡Menuda historia!

Michael, que se había sorprendido al no percibir la habitual tensión previa a un descubrimiento importante, tampoco sentía en ese momento el alivio habitual. Experimentó, en cambio, una creciente inquietud que no dejaba lugar a ninguna otra emoción.

–Pero no entiendo por qué tuvo que matarla –dijo–. Neidorf no iba a hablar de sus problemas sexuales ni a pregonar a los cuatro vientos que lo estaba tratando. El móvil no me parece tan claro.

–Dios sabe qué otras cosas le pudo contar –dijo Balilty encogiéndose de hombros–. Hay algo que está claro: el coronel estaba en sus manos, y si a Neidorf

le hubiera dado por ilustrar algún punto refiriéndose a su caso..., en la conferencia, se entiende..., podría haberse ido despidiendo de su carrera militar.

—¿Y qué hay de Silver? —preguntó Michael—. ¿Por qué ha mentido?

—Ahora mismo te lo explico. En primer lugar, sí vio a ese chico, al hijo mimado del diplomático con aspecto de gigoló, al menos dos veces antes del entierro. No me preguntes cómo lo sé. Lo vio en su casa y en el Instituto. ¿Y quién ha dicho que no sabe utilizar una pistola? Tienen una en casa; está registrada a nombre del dueño y señor del hogar, pero la señora también ha salido de caza por el Bois de Boulogne, y tiene una puntería de primera. Le dan tanto miedo las armas como a mí las mujeres. Por eso ha mentido. Aparte de eso, por si te interesa, te diré que no duerme con su marido. Tienen dormitorios separados y, si quieres saber mi opinión, ese matrimonio parece una gran farsa. Es una lástima que no haya podido hablar con el compañero de piso del señorito Naveh; está de viaje por el extranjero. Todo el mundo está de viaje menos nosotros. Te apuesto lo que quieras a que él nos habría podido facilitar muchos más detalles sobre los encuentros del atractivo galán con su novia, que le saca tantos años como para ser su madre.

Michael pagó los cafés y regresaron a su despacho. Balilty le dijo que la secretaria, Orna, le había contado muchas cosas sobre los problemas que el coronel tenía en el trabajo.

—Parece un tío majo, demasiado majo para lo que tiene que hacer —sonrió con una mezcla de orgullo condescendiente y de conmiseración—. Quién sabe, a lo mejor había hecho algo inadmisible para Neidorf, no hace falta que te explique las cosas que se cuecen allí.

Cuando por fin Balilty se marchó, Michael reflexionó sobre lo que debía hacer a continuación.

Tendría que decirle a Shorer que informara al superior de Alon. No podrían interrogarlo allí; habría que llevarlo a algún lugar aislado y protegerlo de posibles filtraciones, al menos hasta que tuvieran pruebas, pensó con fatiga. Sus largas piernas lo llevaron con inusitada lentitud al despacho de Shorer, donde, como de costumbre, encontró a su jefe inclinado sobre una montaña de carpetas y documentos. Shorer alzó la cabeza y sonrió.

—¿Ninguna novedad? —preguntó en el tono de quien no espera respuesta, y al oír que, ciertamente, había novedades, se puso en tensión.

Mientras Michael hablaba la expresión de Shorer fue adquiriendo una gravedad creciente y el montón de cerillas rotas que había en su mesa se fue haciendo progresivamente más alto. El jefe de Michael le pidió que le enseñara el cheque lo antes posible, escuchó la explicación sobre lo importante que era el coronel y preguntó qué coartada tenía para el sábado y a continuación dijo:

—Ya iba siendo hora. Dos semanas y media, y es nuestra primera pista decente. Pero tendremos que informar de todo a Levy, no pienso arriesgarme sin contar con

él. Cabe la posibilidad de que no sea culpable y no se le puede destrozarse la vida a nadie sólo porque sea impotente. Necesitaremos una orden de registro si quieres examinar sus zapatos; tendremos que hacer una prueba de identificación de voz con esa mecanógrafa de Zeligman. ¡Vaya lío! Qué país éste, desde luego... Bueno. Espera unas horas, esta noche podrás empezar. ¡Pero no aquí! ¿Me oyes? ¡Y nada de filtraciones!

Michael asintió con la cabeza y se comprometió a esperar hasta que le dieran luz verde.

Eran las seis de la tarde cuando Shorer informó a Michael, que no se había atrevido a salir del edificio salvo para ir hasta la esquina a proveerse de Noblesse, desde que habían detenido al sospechoso para interrogarlo.

Shorer lo había preparado todo, incluido el piso de la calle Palmach que utilizaban en ocasiones excepcionales como aquélla. Raffi, que había participado en el arresto, le contaría más tarde a Michael que la mujer de Yoav Alon estaba conmovida. Había solicitado que le concedieran tiempo para sacar a los niños de casa antes de realizar el registro. Raffi mencionó sus labios fruncidos, y que no había insistido en saber lo que pasaba y sólo había formulado una pregunta a la que nadie respondió.

Habían efectuado el arresto a la entrada de su casa, en la calle Bar Kochba, cuando el coronel volvió del trabajo. Dejó de protestar cuando le dijeron que tenían el consentimiento del alto mando militar y que sería mejor que los acompañara en silencio para no llamar la atención.

El profesor Brandtstetter, del segundo piso, saludó con la cabeza a un joven inquilino del edificio de la calle Palmach. Aunque sólo se cruzaban muy de tarde en tarde, en la escalera, el profesor nunca dejaba de saludar a aquel agradable vecino. El joven, que por lo visto trabajaba en el Ministerio de Defensa, nunca se retrasaba al pagar los gastos de mantenimiento, y desde que alquiló el piso habían dejado de celebrarse aquellas fiestas estudiantiles que mantenían en vela a todo el edificio. El profesor se quedó mirando cómo subía las escaleras acompañado por un grupito de hombres y una mujer, de camino, según aseguró a su mujer, «a alguna reunión secreta de defensa, sin duda. Había un oficial de alto rango con ellos», dijo solemnemente, y le advirtió que no chismorreara con las vecinas.

—No te olvides de que se trata de la seguridad del Estado —le recordó con severidad.

La señora Brandtstetter no tenía la menor intención de chismorrear con las vecinas, algo que no había hecho en su vida. Pero no protestó por aquella advertencia, al igual que no protestaba cuando su marido decía otras muchas cosas. La señora Brandtstetter no soportaba las peleas. De noche, cuando no podía dormir y empezaba a pasear entre la cocina y el cuarto de estar, tratando de olvidar

los sonidos que había oído en Berlín a sus veinte años y que desde entonces la atormentaban, a veces oía ruidos en el piso de arriba, como si una pesadilla se hubiera hecho realidad. Llantos, alaridos, patadas en el suelo, voces de hombres algunas veces; otras, de mujeres. Solía pensar que eran cosas de su imaginación, pero sabía que las figuras que había visto en la escalera eran reales. Sabía perfectamente, la señora Brandtstetter, que el joven que contribuía puntualmente al mantenimiento del edificio era un joven malvado, que no era judío aunque lo pareciera. Desde que se había mudado a la casa, la señora Brandtstetter procuraba salir lo menos posible.

Aquella noche, cuando su marido sacó la basura, los había visto subir en fila india por la escalera a través de la mirilla de la puerta. Además del inquilino, vio a otros dos jóvenes y a una chica. Y también iba con ellos un hombre con uniforme del ejército, pero la señora Brandtstetter sabía que el uniforme no era más que un disfraz. Tan sólo un detalle de la apariencia del «oficial» la desconcertó: había subido lentamente entre dos hombres jóvenes, uno delante y otro detrás, y no tenía el menor aire de autoridad, como habría sido de esperar. Después también vio al alto, el que iba a visitar de vez en cuando al inquilino que pagaba puntualmente sus recibos. Al principio la señora Brandtstetter había imaginado que sería algún pariente, porque nunca llegaba con el resto de la panda. Pero al analizar los hechos, cayó en la cuenta de que siempre llegaba después de que se hubiera oído cambiar el mobiliario de sitio. Entonces llegaba, como una inundación después de una plaga, pensó. Aquel hombre, con su apuesto semblante, la asustaba más que los demás. Lo había visto cara a cara en una ocasión en que ella regresaba del ultramarinos y él le abrió la puerta de la calle y la sujetó para que pasara con su bolsa de la compra. Pero no iba a engañarla con sus modales caballerosos, pensó la señora Brandtstetter. Y lejos de conquistar su simpatía, aquel semblante apuesto, de mirada penetrante y cautivadora sonrisa, la ratificaba en su convencimiento de que aquel hombre era el auténtico malvado del grupo.

Si la señora Brandtstetter hubiera visto los ojos de Michael mientras ascendía por la escalera aquella noche, antes de golpear la puerta haciendo la señal convenida, quizá habría cambiado de opinión. Michael subió con la vista fija en el escalón que tenía delante en cada momento. Estaba pensando en las dificultades que lo aguardaban y, más que cualquier otra cosa, sentía la fatiga desplegándose por sus extremidades.

Debía de haberse producido algún error con respecto al archivo, pensó. Un grave error. Trató de imaginarse, sin conseguirlo, al coronel Yoav Alon en el piso que los Servicios Generales de Seguridad tenían a bien prestarles en ocasiones especiales como aquella. Tres habitaciones, un cuarto de baño y una cocina, todo amueblado de manera funcional y económica. En una habitación que hacía las veces de cuarto de estar había dos sillones sencillos, de estilo kibbutz de los

cincuenta, y un televisor en blanco y negro, así como una mesita sobre la que reposaba el «oxígeno del piso», como Tzilla había dado en llamarlo: un teléfono negro.

En las otras dos habitaciones había camas, dos en cada una, y algunas sillas. En los armarios empotrados del vestíbulo se guardaban mantas del ejército. Siempre había allí algún miembro del Departamento de Investigación y los miembros del equipo hacían turnos cuando el interrogatorio duraba más de un día. Y el interrogatorio siempre duraba más de un día, porque allí sólo tenían lugar los interrogatorios secretos, que eran los más difíciles y complicados.

El coronel Yoav Alon, gobernador militar del subdistrito de Edom, un oficial que había ascendido con una rapidez sin precedentes hasta su cargo actual y de quien se esperaban grandes proezas en el futuro, estaba sentado en una silla en la habitación que daba al patio. No se había quitado el abrigo del uniforme. Frente a él se había sentado Raffi, que estaba jugueteando con un manojo de llaves. Tzilla regresó al dormitorio, donde Manny y ella estaban esperando que Eli Bahar llegara con los resultados del registro de la casa del sospechoso. Cuando Michael entró en la habitación, Raffi se levantó, se dirigió a la ventana, que estaba cerrada, y echó un vistazo hacia fuera antes de bajar la persiana. Después se quedó donde estaba, mirando a Yoav Alon, quien, a su vez, miró a Michael y le preguntó, en tono muy comedido, si era él quien le iba a informar del motivo de su arresto. El inspector jefe Ohayon tomó asiento y encendió un cigarrillo. Le susurró algo a Raffi, que se aproximó a él y se agachó para escucharlo y, después, se marchó a la cocina, donde se oyó un entrechocar de vasos. El inspector jefe cerró la puerta.

El hombre pálido que estaba sentado frente a él arrebujaado con su abrigo, y que no levantó la voz al preguntarle de nuevo por qué lo habían arrestado, parecía sacado de un anuncio televisivo de las fuerzas armadas israelíes. Tenía el pelo rubio muy corto, la mirada despejada, y sus labios gruesos y agrietados hacían pensar en el viento del desierto y en jeeps militares. Parecía fuerte y robusto, aunque el abrigo no permitía distinguir con claridad los contornos de su cuerpo; debajo de su palidez, tenía la piel bronceada. Por tercera vez desde que Michael entrara en la habitación, le preguntó por qué lo habían arrestado. Esta vez añadió que nadie le había dirigido la palabra. No sabía nada, salvo que el alto mando estaba al tanto de lo sucedido. Este comentario fue hecho en tono de ira contenida.

Michael le preguntó si realmente desconocía el motivo de su detención.

Lo desconocía por completo, dijo Alon, y sólo su convencimiento de que era necesario que las distintas ramas de las fuerzas de seguridad cooperasen entre sí le llevaba a mantener la cortesía. Pero se le estaba terminando la paciencia, advirtió; quería saber qué demonios pasaba, y en seguida.

Michael le recordó que la policía tenía derecho a realizar arrestos de cuarenta y ocho horas sin explicar los motivos de la detención, y concluyó diciendo:

—Y como nos encontramos en uno de esos casos, debo pedirle que, en lugar de amenazarnos, coopere con nosotros. Sabe perfectamente por qué está aquí.

—Pero, ¿de qué me está hablando? —dijo Alon mirándolo de frente—. Simplemente dígame de qué se trata y se lo explicaré todo, y después podrá pedirme disculpas y llevarme a casa. Además, ¿quién es usted?

Alon alzó la voz con furia al formular la última pregunta y Michael se quedó mirándolo larga y calmadamente sin decir nada. Después recitó la advertencia rutinaria de que cualquier cosa que dijera el detenido podría utilizarse en su contra. El coronel perdió el dominio de sí mismo. Mencionó a Kafka, la Unión Soviética, las dictaduras latinoamericanas y terminó diciendo a voz en cuello:

—¡Esto es una locura, un absurdo! ¡Dígame al menos quién es usted y por qué estoy aquí!

En ese momento Raffi regresó trayendo un par de vasos humeantes que despedían un aroma a café turco. Colocó uno de ellos a los pies de Michael y el otro a los pies del coronel Alon, que dirigió la vista hacia el vaso, y después hacia Michael y hacia la espalda de Raffi, que ya estaba saliendo y cerrando la puerta tras de sí; a continuación, Alon le pegó una patada al vaso, que, sin llegar a romperse, se volcó y derramó su contenido por el suelo, dejando una mancha aceitosa y negra entre ellos. Michael no se movió ni despegó los labios.

—Oiga, dicen ustedes que tienen permiso del comandante en jefe —dijo Alon en tono de creciente desesperación—, pero no me han dado ninguna prueba, y si están mintiendo, ya se pueden ir preparando, llegarán a desear no haber nacido. ¿Me ha tomado por un ingenuo? ¿Sabe quién soy? ¿Sabe cuántos interrogatorios he dirigido en mi vida? Me sé todos los trucos clásicos, créame. Sé que está usted obligado a identificarse y ¡exijo que me diga qué está pasando!

Una cólera irrefrenable se había impuesto sobre los demás sentimientos y el color había vuelto a las mejillas del coronel. Decidiendo que había llegado el momento de inculcarle miedo, Michael dijo reposadamente que quería que el detenido le dijera por qué creía que lo habían arrestado.

—Rudimentario, amigo mío, muy rudimentario. No pienso decirle nada. No hay motivos para que me hayan arrestado y no tengo intención de ponerme a especular.

Entonces Manny entró en la habitación. Al verlo, el coronel Yoav Alon palideció, dando muestras evidentes de miedo. Manny era el único a quien conocía y por eso había aguardado hábilmente hasta el momento adecuado para aparecer en escena, como un conejo salido del sombrero de un prestidigitador.

Michael preguntó a Alon si reconocía a Manny.

—Sí —dijo Alon en un tono diferente, más humilde—. Es el agente que me tomó declaración hace un par de semanas, así que supongo que se trata de eso. Pero ya le conté a él todo lo que sabía. ¿Por qué me han detenido?

Manny se quedó quieto junto a la puerta mientras Michael revelaba su nombre y

su rango y también de qué «se trataba todo». La investigación del asesinato de la doctora Eva Neidorf, explicó, era el motivo de que el coronel estuviera allí con ellos. Debería estarles agradecido por haber mantenido en secreto su arresto; ni siquiera le habían contado nada a su mujer, y le habían advertido que no comentase nada sobre el registro.

—¿Qué registro? —vociferó Alon—. ¿Qué pensaban encontrar? ¿Y qué hay de la orden de registro? No se tome la molestia de responderme, me conozco todos los trucos. Se lo repito, ¿sabe cuántos interrogatorios he dirigido yo? —en la habitación se hizo un silencio tan sólo interrumpido por la respiración jadeante de Alon, quien, al cabo de un rato, añadió—: ¡Y no me venga con eso de estar «agradecido»! ¿Quién le ha pedido que no me interrogue en público? No tengo nada que ocultar ni nada que añadir. Por lo que a mí respecta, podría haberme pedido que acudiera al barrio ruso. Aquí tampoco va a sacarme nada más. Ni siquiera conocía a la tal Neidorf, sólo a través de anécdotas.

—¿Qué anécdotas? —preguntó Michael, percibiendo que el miedo estaba dominando la cólera. Alon volvía a tener la cara pálida, las manos le temblaban y su mirada despejada se había enturbiado.

—Simplemente anécdotas, ¿qué más da? No tienen ninguna relación con nada. No tiene motivos para retenerme. ¡Me largo! —y, levantándose, el coronel Alon se dirigió resueltamente hacia la puerta, que estaba a cuatro pasos de su silla.

Michael no se movió de su asiento ni Manny se retiró de la puerta. Alon llegó hasta ella y levantó la mano hacia Manny, quien, a la velocidad del rayo, le dobló la muñeca y le empujó el brazo hacia abajo. Nadie pronunció una sola palabra. Manny volvió a ocupar su puesto junto a la puerta, Alon regresó a la silla, junto a la que estaban el charco oscuro de café y el vaso volcado, y Michael encendió un cigarrillo y preguntó si el coronel sufría claustrofobia. No hubo respuesta. En caso contrario, dijo Michael, ¿por qué no se quedaba quieto y colaboraba con ellos?

—¿Colaborar? Será un placer. En casa, en el barrio ruso, previo requerimiento oficial, pero no aquí. ¡No tengo nada que añadir a lo que ya he dicho! ¿Está sordo? ¡No la conocía! ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

—Ah, ¿no? —preguntó Michael, y exhaló una voluta de humo—. ¿Está dispuesto a someterse a una prueba poligráfica sobre eso?

—Estoy dispuesto a cualquier cosa mientras no ocurra aquí. Conozco este sitio. Por lo visto me han traído aquí porque soy sospechoso de algo. Primero déjenme marcharme y después hablaremos de esa poligrafía. ¡Aquí no me van a arrancar ni una palabra!

Michael se sacó un papel doblado del bolsillo de la camisa y se lo tendió al sospechoso diciéndole:

—Es una copia. No se moleste en hacerla desaparecer, tenemos muchas más.

El sospechoso examinó el papel y lo arrojó al charco de café. Los labios le

temblaron cuando preguntó:

—¿Qué es eso? Y, además, ¿qué tiene que ver? No lo entiendo. Límitese a decir lo que tenga que decirme y acabemos de una vez.

—¿Es su letra, verdad? —preguntó Michael pausadamente, y, de un golpecito, echó la ceniza del cigarrillo en el vaso vacío que tenía en la mano.

—Digamos que es mi letra. Cualquiera podría copiarme la firma, pero, para no discutir, digamos que es mi letra. ¿Y qué? ¿Por qué tiene tanta importancia? Es una nota dirigida a una chica, ¿y bien? —había subido el tono de voz y se había vuelto a levantar. Al cabo de un instante Manny estaba a su lado, empujándolo sin miramientos para que se sentara. Michael le preguntó si se sentiría más cómodo esposado. Alon se quedó sentado sin responder. Tenía los hombros caídos, los ojos fijos en el café derramado y en el papel arrugado, que estaba manchado de marrón. Después alzó la cabeza, dirigió a Michael una mirada que rezumaba hostilidad y dijo—: Si arresta a todos los hombres que han escrito una nota a una chica, va a tener que arrestar a todo el país. Y con esto no pretendo decir que la haya escrito yo.

—No tiene por qué decirlo usted todo —dijo Michael con sencillez—. A veces otros lo pueden decir en su nombre —se sacó otro papel del bolsillo, idéntico al anterior, posó la vista en él y lo leyó en voz alta—: «Orna, cariño, siento lo de ayer, quiero explicártelo. ¿Nos vemos a las siete donde siempre? Estaré esperándote. Yoav». —Después se sacó del bolsillo un tercer papel, también una fotocopia, según le explicó al sospechoso, que la leyó y se ruborizó; era una página del libro de registro de un hotel de Tel Aviv. Según el registro del hotel, el coronel Yoav Alon había pasado dos días en una habitación doble, con su mujer—. Y su mujer, ¿habrá oído hablar del hotel en cuestión? —inquirió Michael—. ¿Le gustaría que se lo preguntásemos? —Alon no dijo nada—. ¿Tal vez querrá contarnos de qué se disculpaba en la nota que le escribió a Orna Dan?

Alon levantó la cabeza y miró a Michael con odio. Después dijo:

—Bueno, ¿y qué? He tenido una aventura con una chica. ¿Qué relación tiene eso con la investigación? Vamos, dígaselo a mi mujer. La chica es una zorra y se lo ha contado. ¿Por qué quería saberlo? Esto no es un asunto de su incumbencia.

—Ah —dijo Michael, tirando la colilla en los restos del café que había en su vaso—, sí que lo es. Hay algo que lo convierte en un asunto de nuestra incumbencia. ¿Quiere que le diga de qué se disculpaba en la nota? ¿Quiere que se lo diga? ¿O prefiere contármelo usted?

—No me acuerdo —dijo el sospechoso en voz baja y entrecortada—, ha pasado mucho tiempo. Supongo que no pude acudir a una cita con ella, o algo semejante —en su frente, justo debajo del pelo, habían comenzado a acumularse gotas de sudor. No hizo ademán de enjugárselas.

—No, amigo mío, lo recuerda muy bien. Ese tipo de cosas no se olvidan. Pero yo

se lo recordaré, si quiere –el semblante de Alon se contrajo en una mueca de dolor mientras el inspector jefe Ohayon le decía con mucha calma–: Está relacionado con el caso porque usted no pudo hacer el amor con la chica. No me diga que no se acuerda.

Manny se abalanzó hacia la mano levantada de Alon, pero no hubo necesidad de hacer nada. La mano cayó por su propio peso a la vez que el cuerpo de Alon se desplomaba en la silla con aspecto flácido e inerte, súbitamente perdida toda su fuerza. Michael le hizo una seña a Manny, que salió de la habitación.

–Suponiendo que fuera cierto –susurró Alon–, ¿cree usted que eso es motivo para detener a alguien? ¿Qué relación tiene? ¿Por qué no me deja en paz? –habló con un hilo de voz y sus últimas palabras sonaron a súplica.

Michael acorazó su cara contra toda muestra de sentimiento y dijo:

–No puedo dejarlo en paz si usted no coopera, lo sabe tan bien como yo. Si coopera, lo dejaré en paz. Sabe que sé que conocía a Neidorf, que estuvo tratándose su problema con ella durante todo un año, los lunes y los jueves, a última hora de la tarde. Sabe que ya nos hemos enterado de todo. Sabemos que no le contó a nadie que estaba en tratamiento, ni siquiera a su mujer, y que cuando decía estar esperando a que su hijo saliera de clase de yudo, en lugar de quedarse a la puerta se iba corriendo a ver a Neidorf, y por eso siempre llegaban tarde a casa. El chico no entendía por qué siempre llegaba a recogerlo a las ocho si la clase terminaba a las siete y media. Ya ve que estamos enterados. Si quiere, podemos contarle a su mujer que, de camino, le compraba pizzas y falafels al chico para justificar el retraso. Sabe que sé que mintió al prestar declaración por primera vez. ¿Por qué no me cuenta usted el resto?

Mientras hablaba, Michael se había levantado para acercarse a Alon, y ahora estaba a su lado, mirándolo desde arriba a los ojos, en los que no había ninguna expresión, ni siquiera miedo. El sospechoso inclinó la rubia cabeza y clavó la mirada en el charco de café. El teléfono sonó en la habitación vecina. Los dos oyeron los timbrazos, interrumpidos por una voz femenina que dijo «¿diga?», y eso fue lo último que oyeron.

–No puede demostrar nada –dijo Alon, lanzando sin mucho convencimiento la última bravata–, está hablando por hablar.

–¿Conque no? –dijo Michael–. ¿Cree que no lo puedo demostrar? Tengo testigos, gente que lo vio entrando en la casa. Pero también tengo esto –sacó otra fotocopia de su bolsillo y se la entregó al sospechoso, que se quedó mirándola largo rato. La firma del cheque se veía con toda claridad y era la misma letra que la de la nota dirigida a Orna Dan. En la línea superior, junto a las palabras impresas «Páguese por este cheque a...», Eva Neidorf había escrito su nombre de su puño y letra–. Le entregó un cheque a medio rellenar, pero la doctora era una mujer de costumbres metódicas, y en lugar de pasarle el cheque al tendero, como cabría

esperar, rellenó lo que faltaba y lo ingresó. Lo tenemos todo bien amarrado y, de ahora en adelante, será mejor que deje de decir tonterías sobre la falta de «pruebas». Se comenta que es usted un tipo inteligente, y, según dice, tiene mucha experiencia en la realización de interrogatorios; creo que ha llegado el momento de que confiese y empiece a cooperar.

El coronel Yoav Alon empezó a temblar y después emitió una especie de gimoteo. Michael comprendió que aquel extraño sonido procedía de unas cuerdas vocales que no habían sido utilizadas desde la infancia y, una vez más, se preguntó por qué no estaba contento ni satisfecho. La fatiga, desaparecida cuando diera comienzo el interrogatorio, había vuelto a hacer acto de presencia y reclamaba su atención. Se quedó sentado, encendió un cigarrillo y pensó en Yuval, en lo orgulloso que estaba de su padre y en sus ímprobos y vanos esfuerzos para disimular ese orgullo. También pensó en Maya. ¿Le habría amado en ese momento? En la otra habitación los miembros del equipo oyeron la pausa; estaban grabando el interrogatorio desde allí. La puerta se abrió y por ella asomó la cabeza de Eli Bahar, que le hizo un gesto de asentimiento a Michael y desapareció.

Yoav Alon ni siquiera levantó la cabeza cuando Michael comenzó a hablar.

—También tenemos pruebas de que allanó la casa de Neidorf —dijo—. Límitese a reconstruir el asesinato; es todo lo que le pido.

De acuerdo con sus previsiones, el sospechoso volvió a cobrar vida y dijo con una voz cambiada:

—Pero si yo no la asesiné. ¿Por qué había de asesinarla? Se lo juro —en ese punto se levantó y Michael no trató de impedirsele—. Le digo que no la maté. No tenía ningún motivo.

Pero el inspector jefe Ohayon no parecía estar interesado. Y entonces entró Tzilla y sugirió que se tomara un descanso. Tenían la comida preparada.

Michael salió de la habitación y posó la mirada sobre lo que le habían dejado junto al teléfono. Tzilla se quedó con el sospechoso, quien ni siquiera tocó el sandwich ni el café recién hecho que le ofreció.

La mirada iracunda de Eli Bahar hizo que Michael se obligara a probar la comida caliente que habían sacado Dios sabe de dónde. Las atenciones maternas que le prodigaban sus compañeros de equipo y, sobre todo, Eli y Tzilla, divertían a Michael a la vez que lo conmovían. Terminó por apartar el plato para concentrarse en el café. En el piso hacía frío. Manny le explicó que la calefacción central del edificio estaba apagada. En el cuarto de estar, donde estaban en ese momento, habían encendido una estufa eléctrica.

Michael estiró las piernas sin prestar atención a las náuseas que le había provocado el olor de la comida. Haciendo un tremendo esfuerzo escuchó la explicación que Manny, sentado en un sillón frente a él, empezó a darle sobre el registro. No se había quedado hasta el final, intervino Eli, pero estaba presente

cuando descubrieron el zapato. La suela de cuero había sido examinada y comparada con la foto del molde de yeso. Se correspondían a la perfección.

–Fue él quien se coló por la ventana, quien se llevó los documentos y todo lo demás –dijo Eli con satisfacción–. Ahora sólo estoy a la espera de que encuentren los documentos en su piso, y también el archivo del contable. ¿Te quedan fuerzas para continuar?

Michael echó un vistazo a su reloj. Vio la fecha que marcaba, 6 de abril, y de pronto recordó que había sido el día de los padres en el colegio de Yuval y que el chico habría recibido las notas hoy. Michael se había olvidado de todo pese a que había estado con Yuval por la tarde. Cogió el teléfono y marcó el número de su casa. El auricular zumbó seis veces en su oído antes de que alguien respondiera a la llamada. Yuval le dijo con voz somnolienta que les entregarían las notas el 16.

–Todavía faltan diez días, ya te lo recordaré. Sí, cené cuando te marchaste. Estoy cansadísimo. ¿Cuándo vas a volver a casa? No, mañana tengo un examen, de estudios bíblicos. Voy a seguir durmiendo.

Aun tranquilizado con respecto al día de los padres, Michael no lograba sacudirse de encima el sentimiento de culpa. Eli le preguntó titubeando si quería que lo sustituyera.

–Todavía no. Vamos a esperar a que confiese algo. Unos cuantos gimoteos no se pueden tomar por una confesión.

Y regresó a la habitación. Alon pidió permiso para ir al baño. Manny lo acompañó. La ventanita del cuarto de baño estaba enrejada. Manny lo esperó a la puerta y volvió a escoltarlo hasta la habitación que daba al oscuro patio.

Las luces se quedaron encendidas toda la noche. El interrogatorio terminó mucho antes de lo previsto. Por la mañana ya tenían la historia completa.

Michael estuvo al pie del cañón hasta las cinco de la madrugada, la hora a la que el coronel Alon firmó su confesión en presencia de todo el equipo. Después, el inspector jefe dejó la reconstrucción de los hechos y otros pormenores a cargo de Eli Bahar, a quien despertaron a las cinco, después de tres horas de sueño.

Cuando regresó del cuarto de baño y se sentó frente a Michael, el sospechoso pidió un cigarrillo. Una vez que Michael se lo hubo encendido, tosió mientras inhalaba el humo. Dirigiendo la vista hacia el cigarrillo que tenía en la mano, Alon comentó que era la primera vez que fumaba desde hacía años, y se quedó callado. Luego exclamó que no sólo no había asesinado a Neidorf, sino que le encantaría ponerle las manos encima a quienquiera que la hubiera matado.

Michael sabía que, según la terminología del Instituto, se había producido una transferencia, pero él lo habría llamado amor. Y así lo llamó también el coronel Alon, repitiendo con énfasis que la quería, que la adoraba, que habría puesto su vida en manos de Eva Neidorf. Y a pesar de que Michael no alcanzaba a verle los ojos, ya que el coronel estaba hablando con la mancha seca de café del suelo, su voz expresaba los sentimientos que debía expresar: dolor y aflicción. El miedo había desaparecido, tanto de su voz como de sus ojos, que se posaron directamente en Michael durante un instante con una mirada dolida y agraviada, pero no asustada.

Michael le pidió que le contara todo desde el principio, en detalle.

Todo comenzó, dijo el coronel Alon al círculo de café derramado, cuando le ascendieron al puesto que ocupaba en la actualidad. Hasta entonces, hasta que llegó a ser gobernador militar, nunca había tenido problemas; en su matrimonio tampoco.

Pero cuando comenzaron los problemas, lo trastocaron todo, dijo amargamente; incluso cuando quiso echar una cana al aire por primera y única vez en su vida le salió mal. Al principio, cuando su mujer dejó de atraerlo, simplemente pensó que se había cansado de ella. Se habían hecho novios cuando todavía estaban en el instituto. Y un buen día había perdido todo interés en tener relaciones sexuales con ella, había dejado de funcionar en la cama, ni siquiera tenía la energía necesaria para intentarlo. Por eso había iniciado la aventura con Orna, que era tan joven y tan especial.

—Tardé seis meses en hacer acopio del valor necesario para abordarla, y después

me arrepentí, porque tampoco la deseaba a ella; fue entonces cuando comprendí que no era una cuestión sexual, que todo iba mal –Neidorf le explicaría que sus sentimientos de apatía e inutilidad eran síntomas de una depresión.

Michael fumaba en silencio. Alon lo miraba de tanto en tanto, para asegurarse de que lo estaba escuchando, y después volvía a dirigir la vista hacia el suelo.

Sin hacer ruido, con delicados movimientos felinos, Manny salió de la habitación y Michael supo que, a partir de entonces, permanecería sentado junto a la grabadora en la habitación vecina sin perderse una palabra. Cuando Michael estaba a punto de preguntar cuál era el motivo de su depresión, Alon se le adelantó. Su función principal como gobernador militar era emitir permisos, dijo.

–No sé hasta qué punto está familiarizado con esas cuestiones, pero esos tipos necesitan permiso hasta para mear. No me creería si le contara la clase de asuntos que debo resolver, nadie me creería.

Pese a que se había creído capaz de soportarlo, pues contaba con la experiencia previa de haber sido ayudante del anterior gobernador, y aunque tenía subordinados de los diferentes cuerpos de seguridad que llevaban el peso de las frustraciones cotidianas, su trabajo comenzó a afectarlo, a obsesionarlo. Nunca había pensado que iba a plantearle tantas dificultades.

–No estoy exagerando –le dijo a Michael, de hombre a hombre–. Usted tampoco habría podido soportarlo, créame. Usted no está cortado por ese patrón, no es suficientemente brutal; y la cuestión no tiene nada que ver con la política, yo nunca me he metido en política. Es una simple cuestión de humanidad, de hasta qué punto estás dispuesto a jugar a ser Dios; es algo que nunca se me ha dado bien, pero hasta ahora no había tenido necesidad de hacerlo.

A las tres de la mañana Manny les llevó más café. Michael le preguntó a Alon si quería comer algo. No, no quería comer nada, tan sólo quería hablar.

–Es como una presa desbordada –le dijo Manny a Shorer, que se pasó por allí a las cuatro de la mañana–. No hay manera de pararlo. Desde que empezó a hablar no ha cerrado la boca.

Shorer no entró en el cuarto donde estaba desarrollándose el interrogatorio; se sentó a escuchar un rato y después se marchó. Michael oyó los golpes en la puerta y las pisadas, pero no se movió de la silla desde donde escuchaba atentamente al hombre que, frente a él, estaba abriéndole su corazón. Las palabras le salían como un torrente, historias relacionadas con el caso y sin relación alguna con él, y Michael no lo interrumpió.

Habló de sus ancianos padres, supervivientes del holocausto. De que era su único hijo varón y el primogénito; a su hermana no le concedían tanta importancia, explicó, era su kaddish, la persona que recitaría la oración fúnebre cuando murieran; y Michael expulsó de sus pensamientos a Nira, a Youzek y a Fela, casi con palabras: «Marchaos, quitaos de en medio, estáis distrayéndome». Alon habló

del movimiento juvenil Hashomer Hatzair y de las aspiraciones igualitarias, de que presentarse como voluntario en el ejército para librar los peores combates había sido su mayor ideal, de lo buen estudiante que había sido, de sus ascensos en el ejército y de las expectativas de llegar hasta la cúspide en su profesión. Hablaba sin orden ni concierto, entremezclándolo todo.

Después se refirió a su primer día como gobernador militar de los territorios. Había firmado un permiso para que un viejo campesino plantara olivos en su tierra ancestral, y el campesino lo miró de una manera que le hizo sentirse como un estúpido y un prepotente. Día a día, dijo Alon, había tratado de hacerse más insensible, y lo había logrado, o al menos eso le parecía cuando firmaba órdenes de expulsión, cuando prohibía reunificaciones familiares.

—Todo de acuerdo con la línea que me marcaban, me limitaba a desempeñar mi trabajo. Y siempre con el jefe del Estado Mayor controlándome de cerca. No sé qué ideas políticas tendrá usted, pero en mi trabajo resultan irrelevantes, créame. Es imposible ser un gobernador militar liberal, son términos incompatibles —Yoav Alon miró a los ojos a Michael Ohayon—. Quizá le parezca que todo esto no viene a cuento, pero puedo citarle las palabras de la doctora Neidorf. Dijo que las cosas que no expresaba con palabras hablaban a través de mi cuerpo; esas fueron sus palabras exactas. Antes de empezar a tratarme con ella hubo días en los que llegué a contemplar la posibilidad de acabar con todo, tan fútil me parecía la vida. Nada tenía sentido. La comida, el sexo, los libros, los amigos, las películas..., todo me dejaba indiferente. No se puede vivir así, no durante mucho tiempo. Entonces fui al médico para consultarle mis problemas sexuales y no me descubrió ninguna insuficiencia física. Tuve que extraer la conclusión inevitable. Espero que no esté grabando esta parte, aunque en realidad ya todo me da igual, todo me importa un pimiento.

Una vez que se hubo desahogado, Alon abordó la información que le interesaba a Michael. Había estado recibiendo psicoterapia durante un año, dos veces por semana, y había tenido la precaución de pagar en efectivo, porque ni siquiera Osnat, su mujer, lo sabía. No podía explicar por qué no se lo había contado. Quizá temía que ella se lo contara a Joe; ni siquiera él estaba al tanto de la situación. Había escogido a la doctora Neidorf porque su vieja amiga y antigua compañera de estudios Tammy Zvielli siempre estaba hablando de ella y Joe también la mencionaba algunas veces. Aunque la doctora Neidorf tenía una lista de espera de dos años, le había hecho un hueco un par de veces por semana. No tenía que preocuparse por la posibilidad de toparse con ella en alguna reunión de conocidos, porque nunca iba a casa de Joe. Había confiado en su discreción y había acertado. Nadie se había enterado de que estaba tratándose con ella, y si no hubiera muerto de esa manera, nadie habría llegado a saberlo.

El sábado a mediodía Joe le había informado de la muerte de la doctora; lo llamó

para decirle que no podría ir a comer con él, como habían acordado, y se lo dijo. Desde luego, a Joe no se le había ocurrido ponerlo sobre aviso, ignoraba por completo la relación que había entre ellos. Al principio, sin saber que la habían asesinado, pues Joe sólo dijo que había muerto, le preocupó la posibilidad de que descubrieran el cuaderno de notas de la doctora en la consulta y su nombre saliera a la luz.

—En el ejército piensan que no se puede confiar en un hombre que va a ver a un psicólogo, sobre todo si ocupa un cargo como el mío. Y lo curioso del caso es que tienen razón. Se confundieron conmigo; la verdad es que no sirvo para este trabajo.

Después de hablar con Joe le invadieron el pánico y la incertidumbre. Joe le había explicado que Neidorf acababa de regresar del extranjero y que iba a dar una conferencia, por lo cual supuso que la familia tardaría su tiempo en organizarse. Esperó hasta que se hizo de noche y ese mismo día, cuando todavía no había comenzado a llover, se introdujo en casa de Neidorf por la ventana de la cocina y se llevó los papeles que había en la sala de consultas.

Michael levantó la mano y le pidió que hiciera un alto. Quería aclarar un par de cosas, le dijo suavemente.

¿Por qué entrar por la ventana si tenía la llave?, le preguntó con amistoso interés, y vio cómo la incomprensión se pintaba en el rostro de Yoav Alon.

—¿Qué llave? ¿Cómo iba a tener la llave? No sé de qué me está hablando.

Y, sin insistir en el asunto de la llave, Michael se concentró en los detalles de cómo se había introducido en la casa.

—Fue fácil. Utilicé una barra de hierro para doblar los barrotes de la ventana de la cocina y rompí un cristal para abrir el pasador de la ventana. Da al jardín trasero; no me vio nadie. Después fui a la sala de consultas. Registré los cajones. Me llevé la lista de pacientes, en la que estaba escrito, en grandes letras: «Para casos de emergencia», y también el horario de citas con los pacientes que encontré allí —dijo avergonzado—. Tendrá que creerme si le digo que no leí nada. Lo quemé todo, incluida la agenda de direcciones, en la que encontré mi teléfono.

—Y la conferencia también —dijo Michael como quien afirma algo sabido.

—¿La conferencia? —repitió Alon perplejo, y después dijo—: Ah, ¿la conferencia que iba a pronunciar esa mañana? ¿Por qué me la iba a llevar? ¿Qué me importan a mí las conferencias? No vi ninguna conferencia por ningún lado, pero tampoco la estaba buscando.

—Así que, ¿no revisó todos los papeles? —preguntó Michael, sabiendo que Alon estaba diciendo la verdad y confiando contra toda esperanza en que estuviera equivocándose.

—No me senté allí varias horas para leérmelo todo, no. Me limité a buscar cualquier cosa que pudiera comprometerme. En total no estuve allí más de media

hora. No era la ocasión adecuada para perder el tiempo, podría haber aparecido alguien en cualquier momento.

Michael encendió un cigarrillo y preguntó si había trabajado con guantes.

—No sé por qué utiliza la palabra «trabajar», pero sí, tenía unos guantes puestos mientras estuve allí, ya que soy consciente de que el allanamiento de morada no es precisamente legal. Imaginé que la policía tal vez registraría su despacho.

—Creía que no sabía cómo había muerto. ¿Por qué se le ocurrió pensar en la policía? —Michael no desvió la mirada de Alon mientras se lo preguntaba.

—No, no lo sabía. Joe no me explicó nada sobre las circunstancias de la muerte, sólo me habló de la policía y de todo lo demás después. No puedo explicarle lo de los guantes más que diciéndole que fue instintivo; tendrá que creerme. ¿Podría darme otro cigarrillo?

Michael le dio un cigarrillo y le pidió que describiera con detalle sus movimientos en casa de Neidorf. Alon así lo hizo, reiterando que no había visto la conferencia.

—Está bien; de manera que entró en la casa y se llevó los papeles. ¿Qué hizo con ellos? —le preguntó Michael, nervioso.

—Me monté en el coche y fui..., no se lo va a creer..., fui al cementerio. Quería..., no sé qué quería, pero sabía que no iba a asistir al entierro. Los quemé allí.

—¿A qué hora? —preguntó Michael.

—Serían las ocho y media o las nueve; no, más tarde, porque llegué a casa a las diez.

Michael pensó para sí que aquel sábado había empezado a llover alrededor de las diez, mientras él estaba con Hildesheimer. Recordando las persianas, la ventana abierta, los truenos y los relámpagos, dedujo que la tormenta debía de haber estallado después de las nueve.

—¿Y después? ¿Qué hizo después de eso?

—Después de eso no hice nada. Al día siguiente hablé con Joe cuando regresó de la sesión con usted, y entonces me contó lo del asesinato y lo de su pistola, una pistola que le había comprado yo en el año 67, justo después de la guerra, cuando tenía dieciocho años. Luego me puse muy nervioso. La idea de que iba a realizarse una investigación sobre el asesinato... Ya le he dicho que estoy bastante al tanto de cómo funcionan estas cosas. Traté de pensar en qué otros lugares podría figurar mi nombre como paciente de la doctora Neidorf.

Alon se quedó callado con la vista fija en Michael, quien se esforzó en no alterar la expresión de su cara, que sólo reflejaba, o al menos en eso confiaba, el mismo interés solícito de antes, pero no el hecho de que supiera que había llegado el momento crítico: ¿le hablaría Alon de los contables por voluntad propia? Y, si no lo hacía, ¿significaría eso que todo lo demás era mentira?

Pero sí le habló de los contables. Se refirió a los recibos que la doctora le

entregaba escrupulosamente, a pesar de saber que no los iba a utilizar. La doctora Neidorf sabía que, para él, acudir a la psicoterapia era un terrible secreto, pero, pese a ello, siempre le preparaba un recibo, y él lo rompía en cuanto volvía a estar solo. Recordaba que, en cierta ocasión, Joe le había contado que había cambiado de contable y estaba yendo a Zeligman y Zeligman por recomendación de Neidorf. Anteriormente se había enterado a través de Joe, que siempre estaba quejándose de sus asuntos financieros, de que tenían por costumbre entregar los diarios de contabilidad y los libros de facturas a un contable. Así pues, llamó a la oficina de los contables y les notificó que iría a recoger el archivo de la difunta para utilizarlo en la investigación policial, y la chica que atendió su llamada le dijo que la policía ya le había comunicado que pasarían a recogerlo a la mañana siguiente, sobre las nueve. De manera que él se presentó antes, a las ocho y veinte, firmó una nota y se llevó el archivo. Todos los detalles coincidían con la versión de Zmira. No cabía duda de que Alon había hecho lo que afirmaba haber hecho. Pero la cuestión era saber si había hecho algo más.

—¿Qué hizo después?

—Salí de la ciudad en dirección al kibbutz de Ramat Rachel. Y allí, en una parcela donde aún no habían comenzado a construir, quemé el archivo, o, más bien, los papeles que contenía. La carpeta me la llevé al despacho; es exactamente igual que las que utilizo. Y es cierto que el coche me dejó tirado, por un bloqueo en el circuito de carburante. No pretendía inventarme una coartada; fue una casualidad. Claro que, como bien sabe, no me ha servido de mucho.

—¿Y después? —perseveró Michael.

—Después nada, no quedaba nada por hacer. Luego me citaron para interrogarme, y me puse nervioso, pero no hice nada más. Di el asunto por concluido. De hecho no volví a pensar en ello; estaba ocupado pensando en la doctora Neidorf y en cómo me las iba a arreglar sin ella. Se me murió con la labor a medio realizar, me dejó con la herida abierta, y ahora hay que curarla y nadie lo puede hacer. Dígame una cosa, ¿cree que todo esto podrá mantenerse en secreto?

—¿Para que no se entere quién? —preguntó Michael, y encendió otro cigarrillo. Eran las cinco menos cuarto de la mañana. Todo su cuerpo estaba pidiendo a gritos que lo dejaran dormir.

—Para que no se entere nadie, supongo. El ejército, la prensa, mi mujer, todo el mundo.

Michael dijo que habían efectuado la detención con permiso del jefe del alto mando. Sólo le habían contado de qué se trataba en líneas generales, pero les exigirían una explicación, y a Michael no se le ocurría cómo podrían negársela. Además, tendrían que verificar algunos datos con ayuda de su mujer. Y los altos cargos de la policía estaban al tanto de los hechos básicos, dijo, y se encogió de hombros, como Hildesheimer.

–En resumen –dijo Alon amargamente–, esto ha sido mi ruina.

–No, no ha sido su ruina –dijo Michael secamente–. Simplemente, aquí se terminará su carrera militar, pero no por haber acudido a una psicoterapia, sino por haber infringido la ley: allanamiento de morada, ocultación de datos, suplantación de un representante de la ley. No solemos tomarnos ese tipo de cosas a la ligera. Lo cierto es que ni usted mismo está convencido de ser la persona adecuada para dirigir el Estado Mayor, o el alto mando militar. Lo único que puedo intentar es que los periódicos no publiquen la historia, y no para protegerlo, sino para que no sufra la reputación del ejército ni la del gobierno militar. Entretanto, mientras se reconstruye el delito con exactitud y se realiza la prueba poligráfica, permanecerá bajo arresto. Aún no han pasado las cuarenta y ocho horas. Una vez que nos haya prestado su colaboración sin reservas, y sólo entonces, hablaremos de lo que podemos hacer por usted.

Alon bajó la cabeza y escondió la cara entre las manos, que estaban apoyadas sobre sus rodillas, y durante un buen rato nadie dijo nada. Michael reprimió una oleada de lástima y se obligó a pensar en las dos semanas que, junto con Eli Bahar, había consagrado a los bancos, en la frustración y la depresión que él mismo sentía. Entonces fue presa de un arrebato de ira y, dominándolo, consultó su reloj y dijo que tendrían que verificar la coartada de Alon para la hora del asesinato.

–Pasaré las siguientes horas con el inspector Eli Bahar. Cuando quiera dormir, dígaselo. No tiene previsto torturarlo, al menos mientras se preste a colaborar –dijo, y se levantó. Tenía las piernas dormidas y los ojos le escocían. Salió de la habitación y Eli, despertado por Tzilla un momento antes, ocupó su lugar.

–Después de tanto trabajar con los documentos de los bancos y de los contables, volvemos a estar en un callejón sin salida –dijo Tzilla con amargura cuando Michael se sentó junto al teléfono del cuarto de estar antes de marcharse.

–Parece como si te disgustara que no sea el asesino –dijo Michael sin sonreír.

–No quería decir eso, pero no entiendo por qué se tomó tantas molestias y corrió tantos riesgos sólo para mantener en secreto el hecho de que estaba yendo al psiquiatra. ¿No te parece que es ir demasiado lejos?

–Ya sé que es ir demasiado lejos. Pero en nuestro trabajo eso no debe sorprendernos. ¿No te parece que asesinar a alguien por cien mil dólares, pongamos por caso, es ir demasiado lejos? ¿O matar a una chica porque la has dejado embarazada y no quieres reconocer la paternidad del niño? Lo que querías decir era otra cosa. Querías decir que confiábamos en que fuera nuestro hombre y ahora, aun antes de hacer la poligrafía, sabemos que está diciendo la verdad. Y nos toca volver a empezar desde cero.

En la segunda planta la señora Brandtstetter se asomó por la mirilla y reconoció inmediatamente al hombre alto que estaba descendiendo por la escalera a las cinco y media de la madrugada. Sonrió con satisfacción al pensar que un hombre que se

marcha de casa de alguien a las cinco y media de la mañana no puede ser un tío ni un primo inocente. No, aquello demostraba que no se había equivocado, que aquel hombre era el peor de todos. Mientras estaba en el piso de arriba, habían estado moviendo los muebles de un lado para otro y recibiendo llamadas telefónicas. Quizá ahora que se marchaba, podría dormir al fin.

Pasaron tres días con el coronel Alon. Volvieron a interrogarlo, con un polígrafo, y se comprobó que no había mentido. Le pidieron que les mostrara la carpeta archivadora que se había llevado de la oficina de los contables, una gran carpeta de plástico donde habían estado guardados los libros de facturas y los diarios contables. Zmira identificó su voz, aunque sin plena seguridad; y la pisada descubierta bajo un árbol en el gran jardín de Neidorf se convirtió en una prueba importante contra él.

Alon los llevó a los lugares donde había quemado los documentos, en el cementerio y en las colinas cercanas a Ramat Rachel, donde les mostró los restos calcinados de las tapas del diario escondidos bajo una roca. Los recogieron y los guardaron en una gran bolsa de plástico.

Volvieron a interrogar a Linder; a Osnat, la mujer de Alon; a su secretaria, Orna Dan; y también a su vecina de arriba, la señora Steiglitz, quien les aseguró que Alon tendría que haber madrugado mucho para escapar de su mirada vigilante. De hecho lo había visto salir de casa el sábado por la mañana, a pie. Pero, sintiéndolo mucho, no podía decirles nada más. La llave de casa de Neidorf no apareció en ningún sitio. Registraron la casa, el coche y el despacho del coronel sin descubrir nada nuevo. A lo largo de esos tres días Michael tomó parte en la verificación de los hechos, pero lo hizo sin el menor entusiasmo. Sabía que Alon no había mentido y que, tal como lo había expresado Tzilla, volvían a encontrarse en un callejón sin salida.

Shorer le advirtió que su presentimiento con respecto a Dina Silver era una obsesión, que no tenía sentido.

—No te puedes basar en nada. No comprendo qué tienes contra esa chica. ¿Por qué no te informas sobre ella a través de alguno de tus amigos del Instituto? Por ejemplo, a través de..., ¿cómo se llama?, el viejo ese que tan bien te cae.

Al final Michael citó a Elisha Naveh para interrogarlo. El joven había continuado merodeando por las cercanías de la clínica y de la casa de Dina Silver (que seguía guardando cama), cada vez con un aspecto más desaliñado, según comentaba Raffi, que le iba siguiendo los pasos.

Naveh no se prestó a cooperar, negó cualquier relación con Dina Silver, sin siquiera pestañear cuando Michael le recordó que había estado tratándose con ella en la clínica de salud mental. No había manera de llegar a él.

Michael le contaría a Hildesheimer más adelante que, durante todo el interrogatorio, había tenido la sensación de que el muchacho «no estaba allí. Estaba

en otro mundo, oyendo otras voces en lugar de la mía. Incluso traté de amenazarlo diciéndole que iba a ponerme en contacto con su padre y que lo haría detener por posesión de drogas, pero se limitó a dirigirme una mirada ausente, como si yo no existiera. Después de dejarle marchar, algo de lo que sigo arrepintiéndome hasta el día de hoy, comprendí que el chico estaba más allá del miedo, y cuando eso ocurre no se puede hacer nada». Pero esta conversación tuvo lugar mucho tiempo después de que todo hubiera concluido.

Después de dejar que el chico se marchara sin haber conseguido extraerle ninguna información, Michael volvió a sentirse perdido. Y Yuval empezó a quejarse de nuevo de que le oía rechinar los dientes por la noche.

Terminaron por pedir autorización para intervenir el teléfono privado de Dina Silver, pese a que su marido fuese quien era, y Michael puso en ello sus esperanzas de salvación. Estuvo a la escucha durante dos semanas sin descubrir nada. Se vio obligado a admitir que Dina Silver no era precisamente charlatana, ni siquiera cuando estaba enferma, y el hecho de que estaba enferma era irrefutable. Las únicas personas con las que habló por teléfono fueron sus pacientes, Joe Linder y algunos otros analistas del Instituto.

Hasta algún tiempo después Michael no recordaría la llamada telefónica del día en que le dieron el aviso desde el hospital Hadassah de Ein Kerem. Dina Silver dijo «dígame» varias veces sin que nadie le contestara y al final se oyó un clic. Localizaron la llamada, efectuada desde una «cabina de la plaza de Sión», según le dijeron a Michael, y no volvió a pensar en ello hasta después de haber acudido al Hadassah. Y para entonces ya era demasiado tarde, como le diría a Hildesheimer más adelante.

Desde que terminara sus prácticas de psiquiatría, Shlomo Gold hacía guardias en el hospital sólo dos veces al mes. Estaba de guardia en su domicilio seis veces al mes, pero rara vez recibía un aviso a horas intempestivas. Y siempre se aseguraba de que el Hadassah de Ein Kerem no fuera el hospital de guardia las noches que le tocaba estar allí; así podía confiar en pasar una noche relativamente tranquila, según le explicó a Rina, la enfermera jefe de urgencias.

Esa noche el hospital de guardia era el Hadassah del Monte Scopus, en el otro extremo de la ciudad, tal como le dijo a Rina cuando la enfermera se incorporó a su turno a las diez y media, de manera que Gold confiaba en que le diera tiempo de escribir el informe de sus sesiones psicoanalíticas, ya que no había podido hacerlo durante la semana; al día siguiente le tocaba supervisión con Rosenfeld. Pero aplazaría el momento fatídico con mucho gusto para quedarse a charlar un rato con ella. Rina, una soltera bastante regordeta de cuarenta y pocos años, le dirigió una mirada seductora desde el otro lado del mostrador, acercándole su rostro vulgar y sin atractivos, y le preguntó con picardía si de verdad tenía que dedicarse a escribir esa noche.

Gold se ruborizó avergonzado. Nunca había logrado emular el tono guasón y despreocupado de algunos de sus amigos, que flirteaban con Rina sin comprometerse a nada y pasaban las noches de guardia, según contaban a la mañana siguiente, entregados a juegos y bromas ardientes, siempre, claro está, que el hospital no estuviera de guardia esa noche.

Divertida por el aturdimiento de Gold, Rina se le arrimó todavía más. Él retrocedió hacia la puerta y trató de dominar el rubor que le subía al rostro. Terminó por decirle:

–Deja de portarte así. Me estás poniendo nervioso –y sus ojos desvaídos eludieron la mirada de regocijo de la enfermera. La aparición del médico de guardia de la unidad de cuidados intensivos respiratorios salvó la situación, pues Rina concentró en él sus insinuaciones en cuanto entró y se recostó en el mostrador junto a Gold.

A diferencia de Gold, el joven doctor Galor era desenfadado y campechano. Pese a no ser especialmente guapo, irradiaba ese tipo de aplomo que Gold nunca había logrado adquirir. Galor dirigió una sonrisa incitante a Rina, pasó al otro lado del mostrador, le rodeó los hombros con el brazo y comenzó a jugar con el cuello de su bata blanca cerrada con cremallera. La cremallera empezó a abrirse como

resultado de las manipulaciones del doctor Galor, que hizo caso omiso de las débiles protestas de su dueña.

Con el semblante aún más arrebolado, Gold se disponía a salir de la sala de urgencias cuando entraron en ella dos hombres llevando una camilla. La expresión de Rina se volvió repentinamente fría y formal mientras decía con severidad:

–Éste no es el hospital que está de guardia esta noche –su voz restalló como un ladrido seco en el silencio de la sala de urgencias, casi vacía. Gold estaba convencido de que iba a echarlos, pero entonces entró precipitadamente Yakov y la expresión de Rina se transformó en otra de interés y preocupación–: ¿Qué ocurre, Yakov, es algún conocido tuyo?

Yakov, un estudiante de cuarto curso de medicina, que trabajaba en urgencias como auxiliar y que despertaba en Rina unos sentimientos maternos hasta entonces desconocidos en ella, no despegó los labios; se limitó a asentir con la cabeza mientras señalaba la camilla, de la que sobresalía un brazo unido a un gotero. Los auxiliares que llevaban la camilla trasladaron delicadamente al paciente a la cama vacía más próxima, junto a la que se había parado Yakov.

Rina miró al joven de la cama y después a Yakov y dijo:

–¿No es el que vive contigo? ¿Ese chico tan guapo? ¿Qué le ha pasado?

Yakov se enjugó el rostro con la manga y dijo con voz entrecortada:

–Se ha tomado un montón de pastillas y también ha bebido algo. Tiene el pulso muy débil –dirigió una mirada desesperada a Rina y añadió–: ¡Haz algo! ¿Por qué nadie hace nada? ¿Qué estáis haciendo ahí parados?

Y entonces dio comienzo lo que Gold había dado en llamar la danza de los derviches. Galor se precipitó hacia la cama para tomarle el pulso al paciente. Rina exclamó de pronto:

–¡El neumólogo de guardia! ¡Que venga él también! –y alguien dijo algo sobre un lavado gástrico con carbón activado. Galor dictaminó que no había tiempo para radiografías, la sala de urgencias comenzó a llenarse de gente vestida con bata blanca, y mientras arrastraban la cama, que tenía ruedas, hacia el pasillo, solicitaron de Yakov más información. Corriendo en pos de la cama, el estudiante respondió que había visto una botella de coñac, pero no sabía cuánto había bebido Elisha, y también había visto envases de medicamentos vacíos. Según sus cálculos, dijo, Elisha se había tomado veinte antidepresivos y diez barbitúricos, y se los había tragado con alcohol.

Galor miró a Yakov con inquietud y le dijo:

–Quédate aquí, no tienes buen aspecto. Ya te avisaré para que vengas, te lo prometo –y se fue corriendo pasillo adelante detrás de la cama.

Yakov empezó a sufrir un violento temblor, se cubrió el rostro con las manos, tomó asiento en la cama más cercana al mostrador y dijo con voz trémula:

–No sobreviviré. Lo he descubierto demasiado tarde. Ay, Dios mío, no

sobrevivirá.

Gold no tardó ni un segundo en llegar a su lado. Rodeó con los brazos al estudiante de medicina, que era el favorito de todos, que siempre sonreía, que trabajaba tres noches a la semana en urgencias para pagarse los estudios, que nunca se quejaba de nada, y en cuyo rostro siempre se veía una expresión de admiración hacia los médicos, de compasión hacia los pacientes y de infantil veneración hacia la ciencia médica en general.

Hacía tan sólo una semana que había regresado de Londres, según sabía Gold, de visitar a sus padres, que pertenecían al servicio diplomático. Yakov había vivido solo desde que destinaron allí a su familia. Después de terminar el servicio militar y de ingresar en la facultad de Medicina, se había mantenido a sí mismo. Lo único que le salía gratis era el alojamiento, porque actuaba in loco parentis con su compañero de piso, cuyo padre también estaba destinado en la embajada de Londres.

Hacía unos meses, durante una noche de guardia, Gold había estado charlando con Yakov y éste le había revelado sus dudas con respecto a la especialidad que elegiría. Estaba contemplando la posibilidad de hacerse psiquiatra, le dijo con mucha seriedad, y miró a Gold como si fuera Dios. Después le habló de su compañero de piso.

—Un chico con mucho talento que está destrozándose. No puede ni imaginarse cómo está desperdiciando la vida —dijo Yakov con tristeza, y añadió que estaba muy unido a su compañero—. Para mí es como un hermano pequeño y no sé qué hacer.

Desde detrás de sus gruesas gafas los ojos castaños del chico le habían dirigido una mirada atormentada, inteligente y confiada, y Gold se encontró pronunciando una larga conferencia sobre la especialización en psiquiatría. Sin una formación clínica complementaria, dijo Gold, el licenciado en psiquiatría descubre que sólo está capacitado para tratar a sus pacientes con medicamentos. Si Yakov realmente pretendía especializarse en esa área, tendría que realizar otros estudios además de formarse en el hospital. Para concluir, Gold posó la vista en aquellos ojos serios y confiados, sonrió y dijo que, probablemente, Yakov cambiaría de idea una docena de veces antes de licenciarse en la facultad de Medicina. Entonces Yakov le respondió humildemente que quizá cambiara de idea, pero que lo que le había dicho Gold le interesaba mucho y que realmente no sabía qué hacer con su compañero de piso, a quien tenía a su cargo. Gold le sugirió que lo enviara a alguna de las clínicas de salud mental de la ciudad. Entonces, según recordaba Gold, en la cara del estudiante apareció una expresión amarga mientras le preguntaba si había oído hablar de una tal doctora Neidorf.

Gold le dirigió una sonrisa de complicidad y dijo que la conocía, desde luego, personalmente.

–Bueno, pues el padre de Elisha también la conoce personalmente... Elisha es el chico que vive conmigo..., y fue a verla, y ella lo envió a la clínica de salud mental de Kiryat Hayovel, y desde que empezó a ir allí está peor que nunca. Creo que lo que ha ocurrido allí ha sido un desastre.

Pero en ese momento habían avisado a Gold para que acudiera a una habitación y después se olvidó de aquella conversación interrumpida. Debía de haber pasado un año desde entonces, pensó Gold, y hasta ese momento no se había detenido a pensar en ello. No se había molestado en saber qué era lo que había ido tan mal en la clínica ni lo que preocupaba tanto a Yakov, que ahora estaba sentado a su lado, con la mirada perdida.

Rina cogió a Yakov de la mano y se lo llevó al cuarto trasero, utilizado como comedor por los médicos de guardia y el personal de urgencias. Le hizo sentarse allí y le puso en las manos una taza de café muy azucarado. Después, dirigiendo un guiño a Gold con el que quería decirle «ponte a trabajar», se marchó.

Gold tuvo que preguntarle varias veces qué había ocurrido exactamente, al principio en tono afectuoso, después con insistencia. Al fin, Yakov arrancó a hablar. Había ido a la sesión de tarde del cine, necesitaba tomarse un descanso en los estudios, y al salir de casa pensó que Elisha estaba durmiendo. Cuando regresó, a las diez, todas las luces estaban encendidas; las vio desde fuera. Entró y llamó a Elisha, pero no hubo respuesta; entonces entró en el dormitorio de su compañero y se lo encontró tumbado encima de la cama deshecha. A su lado había una botella de coñac y la habitación apestaba a alcohol.

–Es importante que sepa que Elisha detestaba el alcohol –dijo Yakov, y miró por primera vez a Gold, que asintió con la cabeza y le pidió que continuara. Yakov le habló de los envases de medicamentos que había junto a la cama, por los que supo lo que había tomado Elisha–. Esos estuchitos pequeños de la Seguridad Social... No sé de dónde los sacaría. En uno de ellos estaba escrito «Elatroll» y en otro «Pentobarbital», y no sé cuántas pastillas se tomó, pero sí sé que sería difícil imaginar una combinación más destructiva –dijo, y rompió a llorar.

Sin decir nada, Gold le dejó llorar. La puerta se abrió y por ella asomó la cabeza de Rina. La enfermera contempló la escena con expresión adusta y sacudió la cabeza. Gold le indicó con un gesto que saliera y cerrase la puerta, y ella obedeció.

A lo largo de las dos horas que pasó con Yakov, Gold consiguió que el estudiante diera voz al sentimiento de culpa que acompañaba el estado de conmoción provocado por haber encontrado así a su amigo. Parte de la culpabilidad derivaba del hecho de que había sido él quien le había contado a Elisha «cómo no se puede uno morir», según su propia expresión. Un día habían visto una película de televisión en la que la protagonista trataba de suicidarse tomando Valium.

–Y yo tuve la genial idea de explicarle que para suicidarse a base de Valium habría que tomarse unas doscientas pastillas, o algo así, y que es imposible matarse

con tranquilizantes si no los tomas en cantidades ingentes. Elisha quería saber cómo había que suicidarse, y yo le pregunté si estaba planeando algo en ese sentido, y él me respondió que no dijera tonterías. Luego, cuando terminó la película, le comenté algo sobre el Elatroll y el peligro de combinarlo con alcohol y barbitúricos –Gold murmuró unas palabras de consuelo pero Yakov continuó hablando apasionadamente, como si no le hubiera oído–: ¡Qué desgracia! No sé si ha conseguido ver lo guapo que es. Vuelve locas a las mujeres. Y además es inteligente, interesante, y tiene sentido del humor, y mucho encanto. Atrae a la gente como la miel a las moscas. Y no es porque sea tan guapo, sino porque te transmite la sensación de que te necesita desesperadamente, y es una sensación que le transmite a todo el mundo. Éramos muy amigos, ya se lo he dicho, y yo le creí; aun antes de irme a Londres ya tenía la impresión de que algo iba mal, pero nunca pensé que lograría conseguir Elatroll, no se puede comprar sin receta, no sé quién se lo puede haber dado.

Yakov siguió acusándose a sí mismo, a ratos llorando, a ratos alzando la voz, y Gold se alegró de que el muchacho hubiera superado el estado de conmoción entregándose a la ira. Después le explicó, en el tono más positivo posible, que no había manera de detener a alguien que había decidido poner fin a su vida.

–Cuando alguien ha tomado esa decisión seriamente, tan sólo podrás retrasar el momento, pero no puedes impedirle que lo haga. Es un acto que debe entenderse como la consecuencia de una enfermedad, de una enfermedad mental como cualquier otra, y tú no eres responsable ni culpable, no podrías haberlo evitado.

Cuando Gold estaba terminando de hablar, Rina volvió a asomar la cabeza por la puerta y le dirigió una mirada cómplice. El chico ha muerto, pensó Gold, y Rina quiere que se lo comunique. Pero Yakov también vio la mirada y comprendió su significado; apoyó los brazos en la mesa, reclinó la cabeza sobre ellos y rompió a llorar.

Un poco más tarde apareció Galor, agotado, y explicó disculpándose que habían hecho todo lo imaginable sin ningún resultado.

–Ha hecho las cosas a conciencia. Aunque hubiese llegado antes al hospital, dudo mucho que hubiéramos podido hacer algo –y posó la mano en el brazo de Yakov.

–Gracias –dijo Yakov enjugándose los ojos–, ya lo sé. Sabía que no podrían salvarlo –y volvió a prorrumpir en llanto.

–Hemos probado todos los métodos imaginables, pero empezó a fallarle el corazón. En realidad, al principio me sentí optimista, creía que lo habíamos cogido a tiempo, pero por lo visto me equivoqué –y Galor suspiró y tomó asiento junto a Gold–. Tan joven y tan estúpido. Hay que tener muchas ganas de morir para hacer así las cosas.

Gold se llevó al muchacho a la sala de guardia del departamento de psiquiatría y lo metió en la cama después de convencerlo de que se tomara un Valium. Luego

volvió a la sala de urgencias, donde lo estaba esperando Galor; tendrían que comunicárselo a la policía, dijo. Gold se estremeció al recordar los acontecimientos de aquel sábado de hacía dos meses: el interrogatorio en el barrio ruso, la sensación de impotencia. Pero no había forma de evitarlo.

–Muerte por causas no naturales. Es el procedimiento establecido, hay que hacerlo –dijo Galor, y se enderezó las gafas–. Vamos, llama a la policía. Yo quiero quedarme en la sombra. Y no pongas esa cara, que no ha muerto bajo tus cuidados.

¿Por qué me tiene que pasar a mí? ¿Por qué siempre me toca a mí?, se preguntó Gold desconsoladamente al ver aparecer al inspector jefe Ohayon en la entrada de urgencias. Gold había convencido a Rina de que llamara a la policía para ahorrarle «esos líos». Después llegó el agente de turno, el mismo pelirrojo que lo había escoltado hasta el barrio ruso aquel sábado. Al ver el nombre del muerto, había intercambiado unas palabras con Rina y le había pedido un teléfono. Después llegó Ohayon. «No es verdad, no es posible», se dijo Gold mientras Ohayon y el pelirrojo avanzaban hacia la esquina del mostrador donde él estaba parado observándolos, dominado por una sensación de pavor que aumentaba con cada paso que daban.

–Así que nos volvemos a encontrar –dijo el pelirrojo–. Un placer inesperado, ¿eh, doctor Gold? –y dirigió una mirada jocosa al médico.

Lleno de rabia, Gold estaba a punto de quejarse del tono chistoso del policía, pero se contuvo al ver el semblante lívido y tenso del inspector jefe Ohayon. Otra vez, pensó Gold con desesperación. Rina lanzó una mirada feroz al cigarrillo que Ohayon se colocó entre los labios y, mientras le advertía que no lo encendiera, sus miradas se cruzaron, y la expresión de la enfermera se transformó, adquiriendo un aire soñador. Gold presenció un aspecto nuevo del comportamiento de galanteo de la enfermera jefe, que en lugar de coquetear de manera automática como era habitual en ella, adoptó unos modales seductores derivados de la atracción hacia un objeto específico, aquel policía alto de ojos oscuros y melancólicos..., el sueño de toda solterona hecho realidad, pensó Gold con saña mientras Rina conducía a Ohayon a la unidad de cuidados intensivos respiratorios obedeciendo a su petición de ver el cadáver.

Una vez más, Gold se encontró sentado frente a Michael Ohayon, esta vez en su propio territorio, donde el inspector jefe parecía sentirse a sus anchas, como si llevara toda la vida compartiendo con él las noches de guardia; pero Gold descubrió con alivio que él no era el centro de interés del interrogatorio. Era Yakov en quien estaba interesado Ohayon, Yakov y lo que sabía del muchacho fallecido.

Cuando Ohayon regresó y le pidió a Gold que lo llevara a algún sitio donde pudieran hablar, éste revivió todo lo que había sentido aquel sábado en el Instituto. Pero la expresión del inspector jefe, diferente de la de entonces, más tensa, más

desvalida, le permitió dominarse y recordar que en esta ocasión las cosas eran distintas.

El inspector jefe tenía un gesto acre, severo. Y Gold vio en él algo que le recordó la expresión de Yakov. Algo semejante al sentimiento de culpa.

—¿Qué le ha pasado al chico? —preguntó Ohayon impaciente.

En lugar de encender el cigarrillo, lo dejó en una esquina de la mesa, y Gold vio las marcas de sus dientes en el filtro.

Gold repitió todo lo que le había contado Yakov. La combinación de medicamentos y alcohol, la personalidad inestable.

Él había hecho su tesis sobre el potencial letal de los medicamentos psicotrópicos, según le explicó a Ohayon. De hecho, en el hospital nadie lo aventajaba en conocimientos en esa área. No es que lo dijera con esas palabras, pero sí confirmó lo que Galor ya le había explicado a Ohayon cuando subió a ver al joven muerto. Una oleada de placer inundó a Gold mientras le explicaba al inspector jefe, que le escuchaba con atenta seriedad, los peligros de tomar Elatroll: el fallo cardíaco, que era un efecto colateral de tomar una sobredosis, y el peligro de combinarlo con alcohol. Ohayon preguntó cómo se podía conseguir ese medicamento.

—Ah —dijo Gold con una seguridad nueva y desconocida—. Sólo hay que ir a cualquier médico de cabecera de una clínica de la Seguridad Social y decirle que tienes una depresión, y si el médico sabe lo que hace, quizá no la primera vez, pero definitivamente la segunda, te prescribirá Elatroll en dosis gradualmente mayores, y te mandará a la farmacia de la clínica con una receta correspondiente a la dosis mensual. La cuestión es —explicó Gold en tono didáctico— que pocos profanos conocen los riesgos de este medicamento, no saben que una sobredosis pone en peligro el funcionamiento cardíaco. La mayoría de la gente —y Gold pestañeó al ver la mano trémula que estaba encendiendo un cigarrillo— cree que una sobredosis de somníferos, de barbitúricos o de tranquilizantes te puede matar. No se dan cuenta de que hay que tomarlos en enormes cantidades para morir. Pero los especialistas saben que una combinación de Elatroll, en cantidades suficientes, digamos dos gramos, es decir, veinte pastillas de cien miligramos cada una, que puede ser la dosis de un par de semanas..., esa dosis, combinada con unos cuantos barbitúricos, como los que él tomó, y con alcohol, te ofrece muchas posibilidades de morir, sobre todo si tardan más de, digamos, dos horas en descubrirete; entonces ya te pueden lavar el estómago con carbón activado, como a él, hasta el día del juicio final, porque no servirá de nada; la mezcla ya habrá sido absorbida por la sangre.

Michael le pidió que fuera a despertar al estudiante de medicina, Yakov, el compañero de piso del difunto.

—¿Le hace falta verlo ahora? Trajo los envases vacíos en el bolsillo. Los cogí al

meterlo en la cama. Yo le puedo decir qué tomó exactamente y dónde lo consiguió –dijo Gold atrevidamente–. El pobre chaval está agotado, déjele reposar.

Pero Ohayon se había recuperado, su rostro había vuelto a adoptar la expresión de pantera con la que Gold ya estaba familiarizado, y, con calma y resolución, le dijo al psiquiatra que despertara a Yakov inmediatamente y que no le contara a nadie, ni de fuera ni de dentro del hospital, lo que había sucedido.

Gold se rindió y condujo a Michael al departamento de psiquiatría, donde despertó a Yakov sin excesivo esfuerzo. El muchacho se incorporó en la cama, abriendo unos ojos que parecían desnudos sin las gafas, buscó éstas a tientas y los miró abatido. Los labios le temblaron cuando Gold explicó, con el mayor tacto posible, quién era Michael Ohayon. El inspector jefe se sentó en la cama y, con una delicadeza de la que Gold no le hubiera creído capaz, posó la mano en el brazo de Yakov y le dijo:

–Lo siento muchísimo, pero necesitamos su ayuda.

Yakov se serenó, y mientras Gold iba a traer café para los tres, dijo con desesperación que no comprendía cómo nadie podía servir de ninguna ayuda, que era demasiado tarde para ayudar, pero que estaba dispuesto a hacer lo que le pidieran. Su cara se contrajo y pareció a punto de echarse a llorar, debilitado como estaba por el cansancio y por el tranquilizante que Gold le había obligado a tomar, pero se repuso y bebió un sorbo del café que el doctor había traído de la máquina del pasillo.

Gold tomó asiento al fondo de la habitación y se dispuso a escuchar la conversación. Michael Ohayon no le había pedido que se marchara; y, en general, parecía como si algo se hubiera roto en el interior del policía pensó Gold.

Eran las cuatro de la mañana cuando Ohayon inició el interrogatorio. Al principio formuló las preguntas predecibles: a qué hora había encontrado a Elisha, cómo había conseguido éste los medicamentos y el alcohol, si había dejado algo, una nota, lo que fuera. Yakov dijo que no se había parado a mirar; estaba demasiado ocupado tratando de salvarle la vida. A primera vista, se diría que no había ninguna nota, dijo.

Michael señaló que en ese preciso momento estaban buscándola, y un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Gold al imaginarse a la policía registrando el piso de los chicos. En su cabeza aparecieron imágenes de intrusión y desorden. Cuando Michael hizo una pregunta relativa a Neidorf, Gold comprendió repentinamente el cambio que había advertido en el inspector jefe: todavía estaba investigando el asesinato, dos meses después de que se hubiera cometido. Ahora Gold entendía por qué Ohayon tenía esas ojeras oscuras, y algo, una leve sombra de simpatía, un sentimiento de compañerismo, empezó a filtrarse en su corazón casi a su pesar.

Y después Yakov comenzó a hablar de la clínica de salud mental. El padre de

Elisha le había hecho una consulta a Neidorf hacía casi tres años. Era amiga de la familia.

—Habían sido vecinos o algo así, no me acuerdo muy bien, pero la cuestión es que Mordechai, el padre de Elisha, lo llevó a ver a la doctora Neidorf, y ella lo remitió a la clínica. Mordechai estaba tremendamente preocupado por Elisha... No era un chico normal..., y estuvo yendo a la clínica durante dos años, dos veces a la semana, y luego dejó de ir.

Sí, dijo vacilante, sabía por qué había dejado de ir, pero —miró a su alrededor con desasosiego—, era un asunto muy delicado y no sabía si debía hablar de ello. Gold esperaba que Ohayon se lanzara sobre Yakov como un tornado y se aprestó a defenderlo. Ya tenía los puños cerrados cuando vio con asombro que el inspector jefe se recostaba en silencio contra la pared, con expresión relajada, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Gold sintió la necesidad apremiante de sacudirlos a ambos y de chillar. Se levantó y fue a buscar más café.

En un tono diferente y más bajo, Ohayon preguntó cómo se encontraba Elisha Naveh en los últimos tiempos. No lo había visto mucho últimamente, dijo Yakov con expresión culpable. Había vuelto de Londres hacía una semana y, desde entonces, había estado empollando para los exámenes. Y Elisha desaparecía durante días enteros; no sabía con exactitud en qué andaba metido, dijo Yakov con desesperación. Ahora que pensaba en ello, cuando coincidían en el piso tenía una pinta extraña y decía cosas raras, incoherentes. Pero había imaginado que su comportamiento estaría relacionado con su vida amorosa, que era muy complicada. Y, llegado a ese punto, Yakov volvió a quedarse callado.

Ohayon encendió otro cigarrillo y preguntó con quién había mantenido relaciones Elisha y, una vez más, Yakov comenzó a lanzar miradas inquietas a su alrededor. Gold les ofreció un café y se quedó mirándolos sin comprender nada. Yakov miraba de hito en hito la pared y Michael contemplaba la taza de café que tenía en la mano. Después preguntó, con mucha suavidad, si Yakov sabía que la doctora Neidorf había muerto.

El muchacho se quedó paralizado. Luego dijo con voz trémula:

—¿Cuándo? —y Michael se lo dijo. Entonces Yakov preguntó: ¿Cómo? —y recibió un breve resumen de los hechos. En la habitación se hizo un silencio prolongado. La respiración de Yakov se convirtió en una rápida sucesión de jadeos y Gold, incapaz de seguir soportando la tensión, se dirigió a la ventana, desde donde podía observarlos a ambos y tratar de comprender lo que estaba sucediendo. No entendía a qué venía aquello, como tampoco lo entendía Yakov, que formuló una pregunta al respecto.

A modo de respuesta, Michael le preguntó si no había leído los periódicos israelíes mientras estaba en Londres. No, no los había leído, repuso Yakov, ni tampoco sus padres, ni el padre de Elisha, pero Elisha sí debía de saberlo, y no le

había dicho nada. Durante las dos primeras semanas estuvieron de viaje por Escocia, explicó. Y el padre de Elisha estaba en alguna parte de Europa; sólo lo vieron los últimos días.

—¿Pero por qué no me lo contó Elisha? —repitió Yakov, primero con perplejidad y después con rabia.

A continuación Michael preguntó a Yakov si había visto alguna vez a la doctora Neidorf.

Gold miró al joven con curiosidad, que se trocó en asombro al oír su respuesta. Sí, la había visto, dijo; incluso había ido a hablar con ella en una ocasión.

Gold ahogó en el café las preguntas que pugnaban por escapar de su boca y escuchó con atención mientras el inspector jefe preguntaba cuándo había tenido lugar aquella conversación.

—Hará unos tres meses. No recuerdo la fecha exacta, pero fue hace unos tres meses. Dos semanas más tarde se fue al extranjero —dijo Yakov. Se quitó las gafas, limpió las lentes con una punta de la almidonada sábana, se las caló y se quedó mirando a Michael. Después volvió a dirigir la vista hacia la pared.

—¿Por qué fue a verla, si me permite preguntárselo? —inquirió Ohayon, y Gold supo que esta vez no iba a dejar escapar la presa.

—Por Elisha —susurró el muchacho con desesperación, y después dijo que estaba mareado. Gold le llevó un vaso de agua y abrió la ventana.

—¿Qué pasó con Elisha? ¿Por qué por él? —preguntó Ohayon, y encendió un cigarrillo mientras Yakov se bebía el agua a grandes tragos.

—Por lo que pasó en la clínica.

—¿Qué pasó en la clínica? ¿Se refiere a la clínica de salud mental de Kiryat Hayovel? —preguntó Michael, y tiró la ceniza del cigarrillo a la papelera, que había arrastrado hacia sí sin desviar la vista de Yakov. El estudiante asintió con un gesto sin decir nada.

Michael pidió educadamente a Gold que los dejara solos. Yakov no protestó, pero la mirada que dirigió al inspector jefe animó a Gold a preguntar si realmente era necesario que se marchase. Ohayon parecía indeciso, y entonces el muchacho preguntó si Gold podía quedarse con ellos. Gold miró a Ohayon, que dijo encogiéndose de hombros:

—Como quiera. No quiero someterlo a más presiones después de todo por lo que ha pasado esta noche.

Gold se sentó detrás de la oscura mesa chapada en formica que estaba junto a la ventana de aquel cuartito donde de día se realizaban sesiones de psicoterapia. Michael permaneció sentado en el borde de la cama, junto al joven, que estaba recostado contra la pared.

—¿Qué ocurrió en la clínica? —repitió con suavidad.

—Bueno, ya no tiene importancia, Elisha ha muerto, y no sé lo que voy a decirle

a su padre –dijo Yakov, y dirigió una mirada angustiada al inspector jefe, quien repitió la pregunta pacientemente.

–Lo que ocurrió –dijo Yakov a toda prisa, como si deseara quitarse un peso de encima– es que la zorra ésa se enamoró de él.

Gold tuvo la sensación de que la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor y se agarró al borde de la mesa. Tenía la garganta seca y sentía algo muy parecido a lo que sintió el sábado en que descubrió a Neidorf. Abrió mucho los ojos y oyó que Michael preguntaba con impaciencia:

–¿Quién se enamoró de él?

–Su terapeuta, su psicóloga, Dina Silver.

Yakov tenía la vista fija en la pared de enfrente, en un punto situado justo sobre el hombro de Gold. Éste estaba a punto de protestar cuando un torrente de palabras comenzó a salir de la boca de Yakov. En tono monocorde y casi indiferente, el estudiante de medicina a quien Gold sólo había oído decir cosas sensatas, y a veces ingenuas, dijo que en un principio él no comprendió lo que estaba sucediendo. Elisha, que siempre llevaba a casa a sus amigas, por lo general mujeres mayores que él y a veces casadas, sin tomarse la molestia de informarse sobre los planes de Yakov, se había vuelto precavido inopinadamente y había empezado a preguntarle dónde iba a estar, cuándo iba a salir...

–Y yo pensé que al fin tenía algo serio entre manos, ya me entiende –y miró a Michael con desaliento–. Pensé – prosiguió Yakov– que ese chico que se había acostado con medio mundo, porque supongo que perdió la virginidad cuando estaba en el colegio, a tal punto lo perseguían las mujeres, pues bien, pensé que por fin se había enamorado de verdad y que estaba empezando a demostrar cierta delicadeza, porque no era particularmente delicado cuando se trataba de cuestiones sexuales; creí que no quería ponerla en evidencia, a su nueva chica. Nunca hablaba de mujeres, nunca se tiraba el rollo, ya me entiende, y lo que yo sabía, lo sabía porque lo había visto directamente, por las llamadas telefónicas, los regalos y las cartas que recibía. Pero esta vez no me enteré de nada ni me atreví a preguntar nada. Durante el último año siempre había una mujer en casa, siempre que yo no estaba, cuando iba a ver a mi tía al kibbutz o cuando estaba trabajando en urgencias. Después, hace unos seis meses, una noche llegué a casa de improviso. Tenía fiebre y Rina me mandó a casa a media noche, y pensé que Elisha no estaba, de no ser así no habría entrado en su habitación, pero le había dado mis aspirinas el día anterior y fui a cogerlas. Y estaban juntos en la cama, dormidos. Encendí la luz y los vi. Ellos no se despertaron, de manera que cogí las aspirinas y me fui. Ella estaba tumbada boca arriba, con una pierna destapada, y le vi la cara perfectamente al encender la luz. No comprendo cómo no se despertó; Elisha siempre dormía como un tronco.

A Yakov se le ahogó la voz y la respiración se le aceleró. Gold estaba

estupefacto, pero seguía sin comprender a cuento de qué venía aquello. Estaba estupefacto porque, entre todas las cosas imaginables, aquélla era la peor. Era algo que ni siquiera se citaba como un problema en los seminarios. Ni el mismo Linder bromeaba sobre eso, pensó Gold. La idea de mantener relaciones sexuales con un paciente era el tabú número uno en su profesión... ¡Y Dina Silver, precisamente ella! Pensó en su belleza fría, en cómo él la había imaginado incapaz de albergar ninguna pasión, en el ágil ademán con el que se retiraba el pelo de la frente, en su ambición, en el hecho de que estaba a punto de convertirse en miembro del Instituto.

Volvió a oír la voz de Yakov contestando una pregunta que se había perdido mientras trataba de digerir la espantosa noticia.

—No, yo no la conocía, no la relacioné con nada. Pensé que era muy guapa y que parecía bastante mayor; pensé: «Otra mujer casada». Le vi el anillo de casada en el dedo; no me pregunte cómo capté tantos detalles. En fin, no tenía intención de echarle la bronca a Elisha. Ya era mayor de edad y, además, cuando le decías algo que no le gustaba solía encerrarse en su concha; me fui a la cama y, a la mañana siguiente, no comenté nada. Pero unos días después..., no se lo va a creer..., estaba en el banco, esperando mi turno, y la reconocí, era la mujer que tenía delante en la cola. Había un cajero nuevo y ella iba a ingresar unos cheques y él le preguntó a nombre de quién había que abonarlos; entonces dijo cómo se llamaba y yo me hice una composición de lugar y estuve a punto de desmayarme, porque sabía cómo se llamaba la psicóloga de Elisha y me di cuenta de que era ella. Después, al llegar a casa, le hablé a Eli-sha de la psicoterapia, porque ya me había contado que había dejado de ir, y ese año había sido catastrófico para él; el ejército lo rechazó, y no dormía ni comía, parecía un fantasma. Así que le pregunté cuándo iba a retomar la psicoterapia, y él me dijo que nunca, que no le hacía falta. En esa época Elisha circulaba como si estuviera permanentemente colocado, no iba a clase, se pasaba el día sentado junto al teléfono y empezó a interrogarme sobre los medicamentos y sobre todo tipo de cosas absurdas. Su padre me llamó por teléfono queriendo saber por qué Elisha no le había escrito y qué le estaba pasando. Había días en los que parecía que no reconocía su habitación ni sabía dónde estaba, y al final, al ver que estaba perdiendo el norte, decidí ir a hablar de él con la doctora Neidorf, porque había sido ella la que lo remitió a la clínica, o sea que era responsabilidad suya.

Gold se enjugó la frente y miró a Michael, que metió la mano en el bolsillo de su camisa y tocó lo que parecía ser una cajita cuadrada. Súbitamente, Gold comprendió que era una grabadora en miniatura, como la que tenía un amigo suyo periodista, pero en seguida se amonestó a sí mismo diciéndose que tenía que dejar de portarse como un paranoico y volvió a prestar atención a lo que se estaba diciendo.

—¿Qué ocurrió en la consulta de la doctora Neidorf? — preguntó Michael, y una

vez más desencadenó un aluvión de palabras.

Cuando la llamó y le explicó quién era, dijo Yakov, Neidorf le había sugerido que llevara a Elisha a su consulta, o que le dijera que la llamase por teléfono, pero él le explicó que era imposible comunicarse con él.

—Y en realidad sí traté de convencerlo de que fuera a verla, pero se rió en mi cara y dijo que no se había sentido mejor en su vida, y un montón de tonterías por el estilo, y vi claramente que lo único que le pasaba era que estaba enfermo, muy enfermo; es imposible que una persona sana no haga nada, lo que se dice nada de nada, durante meses y meses. Ni leer un libro, ni ir al cine, ni salir con los amigos, ni trabajar, ni estudiar, lo único que hacía era quedarse sentado o desaparecer, y pretendía que me creyera que todo iba bien. Hasta se lo consulté al doctor Gold en cierta ocasión, pero no nos dio tiempo de tener una conversación seria, y hasta que comprendí lo que estaba sucediendo con su psicóloga, seguí pensando que aún estaba a tiempo de volver a la clínica. De todos modos al final convencí a la doctora Neidorf de que me recibiera. No tenía la intención de entrar en detalles, sólo quería describirle el estado en el que estaba Elisha, pero ella consiguió sonsacarme lo de la psicóloga, y cuando se lo conté no me creyó, es decir, me creyó, pero me preguntó doscientas veces si estaba seguro, y dijo que era una acusación muy grave y otras cosas por el estilo. Yo sólo quería que se ocupara de Elisha, pero ella no paraba de preguntarme todo tipo de detalles, hasta que terminé por sugerirle que podía llamarla por teléfono la próxima vez para que lo viera con sus propios ojos. Me dijo que no tenía tiempo para atender a Elisha personalmente, que se iba a marchar al extranjero dentro de un par de semanas, pero que cuando regresara hablaría con él y lo remitiría a alguna persona de confianza. Cuando volví de Londres no tuve tiempo para llamarla. Apenas veía a Elisha; o no estaba en casa o se quedaba tirado en la cama con la vista fija en el techo, y no me di cuenta de lo urgente que era todo. Prácticamente no me hablaba. Yo trataba de hablar con él, y tenía la intención de llamar a la doctora Neidorf, pero siempre andaba de cabeza — la voz de Yakov se apagó y se convirtió en un profundo suspiro, mientras una expresión de culpabilidad, que se transformó en impotencia, se instalaba en su rostro.

Ohayon dirigió a Gold una mirada apreciativa. Gold sintió que se ponía pálido y que la sangre se le retiraba de la cara. Pero seguía sin comprender qué relación tenía aquello con el caso.

Michael le pidió que saliera con él un momento. Fuera de la habitación, en el largo pasillo iluminado por neones de la planta séptima, Michael le hizo sentarse en una de las sillas naranjas de plástico que estaban alineadas junto a la pared, lo agarró por el brazo, y en un tono escalofriante, distinto de todos los que Gold le había oído hasta entonces, le explicó que tenía que sepultar en lo más profundo de

su mente todo lo que acababa de oír y no hacerle a nadie el menor comentario al respecto.

—¿Se da cuenta de la importancia que tiene? —Gold no se daba cuenta, pero asintió mecánicamente—. Quiero que lo entienda: la resolución del asesinato de su analista depende por completo de esto. No lo comente con nadie, ni con su mujer, ni con su madre, ni con su mejor amigo, con nadie. De momento. Y que el chico se quede aquí también no le deje irse a casa. Durante un día o dos, como máximo, nada debe salir de aquí. Ni que Elisha ha muerto, ni la historia de Silver, nada. ¿Comprendido?

Gold quería quejarse, plantear preguntas, pero la determinación que transmitía la voz del inspector lo redujo al silencio. Ohayon le dijo que él se encargaría de comunicárselo al padre del chico y de tratar con el hospital para que guardaran allí el cadáver durante un par de días; no sería la primera vez que se hacía algo así. Luego volvió a recalcar que la misión de Gold era mantener la boca cerrada y evitar que el chico hablara con nadie.

—Sométale a un maratón, despéjele la cabeza, está atormentado por la culpa, la ira, la congoja y todos los sentimientos habituales en estos casos. Le va a dar mucho trabajo, no lo pierda de vista, ¿entendido?

Gold lo entendió y prometió que así lo haría. Se sentía básicamente asustado, asustado de Ohayon y de lo que había oído, pero como no podía compartir su miedo con nadie más que con el propio Ohayon se encontró diciendo que el suicidio había sido un acto dirigido contra ella, contra Dina Silver. Gold repetía unas palabras que Michael había oído de boca de uno de los miembros del Comité de Formación aquel sábado: el suicidio siempre era una venganza. Una venganza entre otras cosas, había puntualizado él.

Michael Ohayon se limitó a hacer una pregunta, una pregunta que desconcertó a Gold. ¿Habrían inhabilitado a Dina Silver temporalmente en el Instituto por lo que había hecho?

—¿Qué? —dijo Gold mirándolo con perplejidad—. ¿Inhabilitarla temporalmente? ¡Esa chica está acabada profesionalmente para el resto de sus días! Ni siquiera la admitirían en el Servicio de Asesoramiento a Estudiantes de la Universidad Hebrea, ni en ningún hospital psiquiátrico privado. Es lo peor que se puede hacer... ¡Y con un adolescente! —sólo entonces comenzó a comprender por dónde iban los tiros. Dirigió a Michael Ohayon una mirada interrogante y éste asintió.

—Sí, es exactamente lo que está pensando, y no me pida explicaciones ahora mismo, porque no podría dárselas. Límitese a hacer lo que le he dicho y no le quite la vista de encima al chico o tendré que detenerlo, y quizá a usted también —dijo amenazadoramente. Aterrorizado, Gold le aseguró que no haría nada más que seguir sus instrucciones al pie de la letra. Pero Ohayon, que no parecía convencido,

terminó por decir—: Quédese en la habitación y no salga de allí por ningún motivo, ni para telefonear, ni para nada. Voy a poner vigilancia a la puerta.

Eran las ocho de la mañana, las salas habían vuelto a cobrar vida y los médicos estaban a punto de comenzar sus rondas cuando el inspector jefe Michael Ohayon se marchó del hospital. Dejó a Eli Bahar, cuyo desayuno había interrumpido, a la puerta de la habitación de la planta séptima, después de desconectar el teléfono con sus propias manos. Lo hizo dirigiendo una mirada de disculpa a Gold, que comentó algo sobre la falta de confianza.

—Amigo mío —dijo Ohayon—, este asunto es muy serio. Demasiado serio para andarnos con juegos. Nos las tenemos que ver con una psicótica, y la vida de su joven estudiante peligra si alguien descubre lo que sabe.

Antes de desconectar el teléfono, Ohayon le pidió a Gold que llamara a su mujer y se inventara cualquier historia sobre una urgencia surgida en el hospital; su mujer tendría que anular las citas de los dos próximos días. Ese engaño dejó a Gold con una sensación de incomodidad y ansiedad no menos opresiva que la que había tenido hasta entonces, pero a la vez, hubo de admitir, con cierto sentimiento de importancia.

Cuando faltaban exactamente cinco minutos para las nueve, Michael aparcó junto a la entrada de la casa de Hildesheimer. Aspiró el aire fresco y tonificante de la mañana y se quedó a la espera en la acera de enfrente, hasta que vio salir a un hombre del viejo edificio y supo, sin saber cómo, que salía de una sesión con el anciano.

En el breve lapso que medió entre su marcha del hospital y su llegada a casa de Hildesheimer, Michael se las había arreglado para enviar varios mensajes por radio. Había mandado a Raffi a hablar con Alí, el jardinero de Dehaisha, que se había reincorporado a su trabajo como si no hubiera sucedido nada.

–Pero, ¿qué pretendes que haga, Dios mío, hipnotizarlo? –dijo Raffi por la radio–. ¿Crees que si hubiera visto un flamante BMW no nos lo habría dicho? –sin esperar respuesta, Raffi dio por concluida la conversación apresurándose a decir–: Bueno, bueno, ahora mismo voy.

El policía pelirrojo había dejado un recado en el Control: «Si Ohayon me necesita, decidle que he registrado el piso sin encontrar nada; no hay ninguna carta. Decidle que estoy en su despacho esperando órdenes». Naftali lo citó palabra por palabra, y Michael le dijo impacientemente por la radio:

–Dile que siga esperando. Hasta que me ponga al habla con él. Y dile a Tzilla que también se quede a la espera, tengo trabajo para ella.

Absteniéndose de hacer comentarios sobre el tono desabrido de Michael, Naftali se limitó a decir con voz neutra:

–Mensaje recibido, cambio. ¿Me vas a dejar algún teléfono?

Pero Michael no respondió.

Una vez que hubo salido el primer paciente de la mañana, Michael se aproximó a la puerta. Hildesheimer la abrió en respuesta a sus fuertes golpes y exclamó asombrado:

–¡Usted por aquí!

En su voz no había asomo de intimidación, sólo una combinación de enfado y alarma. Sin esperar a que lo invitara a pasar, Michael se introdujo en la casa y dijo con el más implorante de sus tonos:

–Profesor Hildesheimer, necesito hablar con usted inmediatamente.

Recobrada la compostura, el anciano lo miró con desconfianza.

–Pero tengo citados a pacientes a lo largo de toda la mañana –dijo con un acento alemán más marcado que nunca.

–Me temo que tendrá que cancelar, cuando menos, una de esas citas, ahora

mismo –dijo Michael en un tono más autoritario.

Hildesheimer lo miró severa e inquisitivamente, y, a continuación, el timbre sonó a sus espaldas. La cabeza rubia de una de las candidatas asomó a través de la puerta entreabierta. Michael recordaba que Tzilla había interrogado a esa muchacha flaca de pelo corto y facciones estrechas, como las de un pajarito. Hildesheimer dirigió una mirada de impotencia a Michael y, viendo que no se retiraba de la puerta, le dijo entrecortadamente a la chica que, sintiéndolo mucho, tenía que anular su cita porque había surgido «algo urgente», y miró a Michael con aire acusatorio. La candidata empalideció mientras le preguntaba a Hildesheimer si se encontraba bien. Se encontraba perfectamente, replicó el anciano; pero sentía mucho, muchísimo, no haber podido avisarla con antelación y que tuvieran que dejarlo para la semana siguiente. La chica aceptó de buen grado la disculpa y a Michael le dio la impresión de que, en tanto que el anciano estuviera vivo y bien, sus pacientes estarían dispuestos a aceptar cualquier explicación que se le ocurriera darles.

En un tono todavía enojado pero menos vacilante, el anciano dijo que, por suerte para Michael, aquella chica era una supervisada, pero que después vendría a verlo un paciente y que no tenía la menor intención de repetir aquella actuación. Michael Ohayon consultó su reloj: las nueve y cinco. Sólo quedaban cincuenta y cinco minutos antes de la siguiente cita. Pidió al anciano que la cancelara y añadió que hasta el momento no creía haberle dado al profesor Hildesheimer ningún motivo para dudar de su discreción.

Sin que mediara ni una palabra más, Hildesheimer entró en su consulta, donde, después de echar un vistazo a la agenda, marcó un número en un teléfono negro grande y anticuado y, con gran alivio de Michael, canceló la siguiente sesión.

A continuación, Michael, que había seguido a Hildesheimer a la sala de consultas sin pedir permiso, se acercó a la puerta y la cerró; después de echar una ojeada al viejo profesor, corrió la cortina que colgaba por dentro de la puerta. El anciano se sentó expectante en uno de los sillones y Michael se apresuró a tomar asiento en el otro. A pesar de que fuera brillaba el sol, la habitación estaba en penumbra. Una espesa cortina tapaba el ventanal. En el diván se veían restos de barro allí donde el paciente había apoyado los pies, y su cabeza había dejado un hueco en la almohada, que estaba cubierta con un paño blanco. De pronto Michael sintió el profundo deseo de tumbarse en el diván y romper a hablar sin mirar a nadie. El paño blanco, planchado e inmaculado pese a las arrugas que había dejado en él la cabeza del paciente, le parecía muy sugestivo, como si encerrase la promesa de un buen descanso, la promesa de que podía ponerse tranquilamente en manos de una persona de confianza. Quería que el anciano se sentara detrás de él y asumiera toda la responsabilidad de lo que iba a ocurrir. Pero no fue de los anhelos que en él despertaba el diván de lo que procedió a hablar al analista, que estaba sentado con

el codo apoyado en el brazo del sillón, la barbilla reposando sobre el puño y una expresión de fatiga y de expectación en la cara.

Michael sabía que le convenía justificar su interrupción cuanto antes.

El anciano estuvo escuchando durante una hora sin despegar los labios. Michael le expuso todos los hechos. Le habló de Linder y de su pistola, del coronel Alon, el paciente desconocido, del robo, de los contables, de las pruebas poligráficas, de las coartadas, de todo. Fue describiendo uno a uno los sucesos de las últimas semanas y, sin añadir ninguna explicación, condujo a Hildesheimer hasta el callejón sin salida a donde también él había ido a parar. Michael no tenía la menor duda de que el anciano no se estaba perdiendo ni una palabra, pese a que guardó un silencio absoluto hasta que se mencionó a Catherine Louise Dubonnet. Sí, había oído hablar de la doctora Dubonnet, dijo entonces, y también del encuentro en París, añadió avergonzado.

Ya eran las diez cuando Michael abordó el tema de su conversación con Dubonnet. La francesa había ido a ver a Hildesheimer antes de marcharse de Israel y había pasado todo el sábado tratando de consolarlo. Ante la sorpresa de Michael, el rostro del anciano no se iluminó al oír mencionar el nombre de Dubonnet; incluso se le veía azarado. Más adelante Michael recordó el comentario burlón de la francesa sobre los celos y sobre el hecho de que ni el mismo Hildesheimer era inmune a ellos.

A las diez y cuarto Michael llegó al suicidio del joven, después de haber descrito su aparición en el entierro, su manera de seguir a Dina Silver y el interrogatorio al que Michael había sometido a ésta; después le pidió a Hildesheimer que anulara su siguiente cita y el anciano trató en vano de atender a su petición. Una vez que hubo marcado un teléfono tres veces sin obtener respuesta, dijo con un suspiro que, en caso de necesidad, le diría al paciente que se fuera por donde había venido, tal como se lo había dicho a la supervisada de las nueve.

Michael extrajo del bolsillo de su camisa la minúscula grabadora y, bajo la mirada desconcertada del anciano, la encendió y subió el volumen al máximo. A modo de preámbulo, dijo sencillamente que era la grabación de su charla con el compañero de piso del joven, y después dejó que sonara mientras Hildesheimer escuchaba.

A las once y un minuto se oyó el timbre de la puerta y Michael pulsó un botón y detuvo la cinta justo antes de la historia de la aspirina. Cuando el psicoanalista regresó, Michael volvió a encender la grabadora sin decir una palabra y el anciano se sentó a escuchar, callado, impasible. No movió ni un músculo al oír la descripción de Dina Silver en la cama con Elisha, o cuando Yakov hablaba de cómo la había reconocido en el banco, ni siquiera cuando mencionó a Neidorf.

Su expresión le recordó a Michael una antigua máscara esculpida en piedra que en cierta ocasión viera en Grecia. «No hay nada nuevo bajo el sol» era el mensaje que transmitía. «Nunca conseguirá adentrarse en mi interior.» Y la expresión se

mantuvo hasta que la cinta concluyó en el momento en que Michael le pedía a Gold que lo acompañara afuera.

Entonces el anciano abatió la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. Se mantuvo inmóvil durante un rato, hasta que Michael empezó a alarmarse, y entonces levantó la cabeza y dijo con voz descompuesta:

–Fue paciente mía, ¿sabe?, durante cinco años. Siempre pensé que no había sido un buen psicoanálisis –una vez más se hizo un prolongado silencio, al final del cual, mirando a los ojos a Michael, que no se atrevía a moverse, Hildesheimer dijo–: Debería haberme dado cuenta. Post factum, no me sorprende. Todo encaja, como las piezas de un rompecabezas... –Michael encendió un cigarrillo, todavía sin atreverse a decir nada. El anciano prosiguió en un susurro–: Tres supervisores... ¡Cómo no nos dimos cuenta...! –y al final exclamó–: ¡Ach! –miró de frente a Michael, se encogió de hombros y con inmenso esfuerzo añadió–: Habría que creerse totalmente omnipotente para pensar que nunca vamos a cometer errores. No hay en el mundo ningún método que pueda impedir que la gente incurra en errores –Michael se estaba preguntando si habría terminado cuando oyó la siguiente exclamación–: ¡Cinco años! ¡Cuatro veces por semana! ¡Y yo que creía que estaba haciendo progresos! –el anciano parecía estar hablando para sí; luego volvió a clavar la vista en los ojos oscuros que lo observaban y dijo–: Tendría que ser muy narcisista para creer que todo ha sido culpa mía, pero, en todo caso, es difícil no pensarlo. Todos tenemos nuestros puntos débiles. A veces el proceso te hace perder el sentido de las proporciones –sólo entonces osó Michael decir algo. Y lo que dijo hizo que el anciano lo mirara con atención y asintiera–: Tiene razón. Aunque resulte paradójico, los analistas saben todo lo que hay que saber de sus pacientes salvo cómo se comportan en tanto que seres humanos fuera de la sesión psicoanalítica. Todo lo que sabemos es lo que oímos aquí, en el diván –volvió a sumirse en sus pensamientos y, al cabo, dijo–: Ni siquiera me hace falta ver en persona a ese estudiante ni volver a escuchar toda la historia, aunque lo haré por no dejar ningún cabo suelto. Pero lo cierto es que no me hace falta, porque, de alguna manera, lo he sabido desde el principio –y de pronto se quedó callado; su semblante asumió la expresión pétrea de una máscara mientras miraba fijamente de frente, y en la habitación sólo se oyó el irritante tictac del pequeño reloj colocado sobre la mesa que había entre ellos, con la esfera orientada hacia el analista.

A las doce menos un minuto, Hildesheimer abrió la puerta a su última visita de la mañana, un supervisado cuya cita aplazó a la semana siguiente; después canceló las dos sesiones de psicoterapia que tenía concertadas para la tarde y, volviéndose hacia Michael, le pidió que fueran a «ver al estudiante cuya voz había oído en el aparato».

Hicieron el trayecto en el Renault de la policía sin cruzar una palabra. El anciano iba mirando de frente, a la calzada, y Michael se fumó dos cigarrillos antes de llegar

al aparcamiento situado junto a la entrada de urgencias, donde hizo caso omiso de los gritos del guarda, indicándole con un gesto la matrícula de la policía. Los dos se precipitaron hacia el ascensor y subieron al séptimo piso.

En el pasillo, frente al ascensor, encontraron a Eli Bahar sentado en una silla naranja de plástico; dentro de la habitación, en la que entraron sin llamar, Gold estaba ocupado escribiendo. Yakov, tendido en la cama con los ojos entornados, se despabiló por completo al oír que se abría la puerta. Gold se puso en pie de un salto tan pronto como vio entrar a Hildesheimer y Michael estuvo a punto de sonreír al verlo tan agitado. Taciturno, el anciano le pidió a Gold que lo dejara a solas con el estudiante y Michael salió de la habitación detrás de Gold.

Aguardaron fuera una hora, en silencio. Eli Bahar tampoco dijo nada. Michael se fumó un par de cigarrillos más y le agradeció a Eli el café que le trajo. Gold rechazó el café con un movimiento de cabeza.

Cuando por fin salió de la habitación, el anciano tenía la tez grisácea y Michael, que empezaba a preocuparse por su estado físico, sugirió que fueran a beber algo a la cafetería, sugerencia que Hildesheimer desechó con impaciencia. Se despidió de Gold con una inclinación de cabeza y se dirigió a grandes zancadas hacia el ascensor. El inspector jefe hubo de apretar el paso para seguirle el ritmo.

En cuanto estuvieron en el coche, antes de que Michael tuviera tiempo de poner en marcha el motor, Hildesheimer se volvió para mirarlo y dijo:

–Bueno. Y ahora, ¿qué hacemos?

–Ahora –dijo el inspector jefe con voz ronca– tenemos que demostrarlo, que es lo más difícil. Tenemos el móvil, los medios, la oportunidad; su coartada puede desmontarse, pero tenemos que probarlo.

–¿Cómo lo vamos a probar? –preguntó el anciano, tamborileando con los dedos sobre su rodilla.

Michael dijo tener una idea, pero prefería esperar a que estuvieran fuera del coche para explicársela.

–Es un plan complicado y le exigiría poner mucho de su parte.

Hildesheimer no reaccionó.

A la una y media volvían a estar sentados en la consulta de la calle Alfasi, como si nunca hubieran salido de allí.

Michael encendió un cigarrillo y declinó la invitación a comer que el anciano le hizo sin mucho entusiasmo cuando su mujer asomó por la puerta su cabeza cubierta de grises rizos y, malhumoradamente, le preguntó algo en alemán.

Hildesheimer escuchó atentamente la explicación de Michael sobre lo que se requería de él. El inspector jefe repitió una y otra vez que los métodos convencionales no los llevarían a ninguna parte y se excusó diciendo un par de veces con mucho énfasis que la situación en la que iba a encontrarse el profesor lo obligaría a traicionar algunos principios que tenía por sagrados. Pero el anciano le

cortó en seco al señalar que también era posible ver las cosas desde una perspectiva muy distinta, la contraria, de hecho, y pensar que actuando de esa forma iba a defender los principios a los que el inspector jefe se había referido. Y así, a las dos de la tarde, el profesor Ernst Hildesheimer marcó el teléfono de la casa de Dina Silver y le pidió que fuera a verlo a su consulta a las cuatro de esa misma tarde.

A las tres en punto Hildesheimer abrió la puerta y les franqueó la entrada. El equipo del laboratorio móvil examinó la casa y revisó las habitaciones mientras Michael aguardaba en silencio, sentado en un sillón. El anciano estaba de pie mirando por la ventana. Después de llamar a la puerta, Shaul entró y dijo señalando la pared con la cabeza:

—Ya está. Todo listo. Tenemos que apostarnos en el dormitorio. Ahí hay un entrante donde la pared se adelgaza. Lo hemos revuelto un poco, pero después lo recogeremos todo —y dirigió al anciano una mirada interrogativa que no transmitía una petición de excusas bastante clara como para contentar a Michael, quien les había advertido repetidas veces que trataran al psicoanalista con el mayor respeto del que fueran capaces.

Michael se disculpó en su propio nombre y prometió que volverían a colocarlo todo como estaba antes, pero aquello no parecía concernir a Hildesheimer. Estaba en otro lugar, alejado en el tiempo. Por la ventana abierta contemplaba el descuidado jardín bañado por el sol de una tarde primaveral, que no penetraba en la fría habitación. Michael sintió que un escalofrío le recorría la espina dorsal al pensar que el anciano había cumplido ochenta años hacía un par de semanas.

Cuando el timbre de la puerta sonó, exactamente a las cuatro en punto, Shaul, el agente de Investigación Criminal, y el inspector jefe Ohayon estaban listos.

Dina Silver se presentó con un vestido rojo, el vestido con el que Michael la había visto la primera vez. Tenía el semblante pálido, y un mechón de pelo, con brillos negro azulados le caía sobre los ojos. Con un grácil ademán se lo apartó de la cara y preguntó sonriente si debía tumbarse en el diván. El psicoanalista señaló el sillón. Dina Silver tomó asiento y cruzó las piernas de lado, como una modelo de revista. Sus anchos tobillos conferían un aire levemente grotesco a esa pose. Michael volvió a reparar en las muñecas anchas, los dedos cortos, las uñas mordidas que, paradójicamente, le daban a sus manos un extraño aspecto predatorio en aquel momento.

Al principio se produjo un silencio. La visitante rebulló en su asiento y después abrió la boca para decir algo y la cerró sin haberlo dicho. Desde su escondite, Michael sólo alcanzaba a ver la cara de Hildesheimer de perfil; oyó que le preguntaba a Dina Silver cómo se sentía, a lo que ella respondió:

—Muy bien. Vuelvo a estar bastante bien —habló con voz queda y suave, pronunciando todas las sílabas claramente.

—Hace poco quería hablar conmigo —dijo el anciano—. Creo que tenía algún

problema.

Una vez más, Dina Silver se retiró el pelo de la frente, cruzó las piernas y, al fin, dijo:

–Sí. En aquel momento lo tenía. Fue justo después de la muerte de la doctora Neidorf. Pero no lo he llamado porque después me puse enferma. Pensaba ponerme en contacto con usted al recuperarme, pero ahora ya no tengo tanta premura. Quería usted verme. ¿Hay alguna novedad?

–¿Alguna novedad? –repitió el anciano.

–Pensé que quizá había ocurrido algo y... –Dina Silver cambió de postura. Hildesheimer esperó pacientemente. Su visitante no se atrevía a preguntarle directamente qué quería y sólo su cuerpo delataba la tensión que sentía, sobre todo por la forma de mover las piernas, que volvió a descruzar y a cruzar una vez más–. Pensé –dijo con mayor firmeza– que era algo relacionado con mi presentación; que habrían estado comentándola. Que quería exponerme alguna crítica.

–¿Por qué creía que la íbamos a criticar? ¿No quedó satisfecha con lo que escribió en la presentación?

Dina Silver esbozó una sonrisa, un rictus que a Michael ya le resultaba familiar, y explicó:

–No se trata de lo que yo piense o escriba. Ustedes tienen sus propias exigencias, y en eso mi opinión no cuenta nada.

La mano del anciano se elevó en el aire y volvió a caer sobre el brazo del sillón mientras decía:

–No. Quería verla para comentar su encuentro con la doctora Neidorf.

–¿Qué encuentro? –preguntó Dina Silver, y apretó los puños.

–En primer lugar el encuentro que tuvieron antes de que se marchara al extranjero, en el que se produjo la confrontación –dijo Hildesheimer como si estuviera refiriéndose a un hecho evidente e incuestionable, conocido para los dos.

–¿Confrontación? –repitió Dina Silver como si no entendiera el significado de la palabra.

Hildesheimer no dijo nada

–¿Le habló de nuestra confrontación? –preguntó la psicoanalista, y sus manos resbalaron sobre el fino tejido de lana de su vestido. Hildesheimer continuó sin decir nada.

–¿Qué le contó? –preguntó de nuevo, y el anciano persistió en su silencio. La pregunta se repitió dos veces más, y entre ambas, Dina Silver trató de buscar una postura más cómoda y las manos empezaron a temblarle. Alzó el tono de voz para replantear la pregunta–: ¿Se refiere a nuestra cita previa al viaje? Me dijo que era algo que quedaría entre nosotras, que no se lo iba a contar a nadie.

Hildesheimer se mantuvo callado.

–Bueno, es verdad que me criticó, pero sobre un asunto personal y muy

concreto, nada importante.

Hildesheimer no se dirigió a ella por su nombre ni una sola vez, según advirtió Michael. Sin cambiar de postura, le espetó en tono gélido:

–¿Qué es para usted un asunto personal? ¿Seducir a un paciente? ¿Considera que eso es un asunto personal?

Dina Silver se puso rígida y su expresión se transformó; entornó los ojos y un gesto malicioso apareció en su rostro mientras decía:

–Profesor Hildesheimer, me parece que la doctora Neidorf tenía un problema de contratransferencia. Estaba celosa de mí, creo yo.

Hildesheimer guardó silencio.

–Creo –prosiguió Dina Silver al ver que no le iba a responder– que entre nosotras había cierta rivalidad, competíamos por lograr que usted nos prestara atención. Soy muy consciente del papel provocador que yo desempeñaba..., lo comentábamos muchas veces..., la manipulaba para colocarla en una situación emocional determinada. Le di a entender que entre usted y yo había una relación especial, y creo que ése era el trasfondo de su necesidad de castigarme, que afloraba con harta frecuencia durante las sesiones.

Michael se moría por ver la expresión de Hildesheimer, pero, por primera vez, el anciano giró la cabeza hacia un lado para mirar por la ventana. Michael veía su cabeza por detrás, tan calva como un huevo, y el cuello sobresaliendo por encima de su chaqueta oscura. Al cabo de un rato, desviando la vista de la ventana y volviéndose hacia Dina Silver para mirarla de frente, el anciano dijo:

–Elisha Naveh murió anoche.

La expresión maliciosa se desvaneció en un segundo. Dina Silver abrió mucho los ojos y los labios comenzaron a temblarle.

Sin darle la oportunidad de decir nada, Hildesheimer continuó:

–Murió por culpa suya. Usted podría haber evitado su muerte desempeñando su labor como es debido y renunciando a las gratificaciones inmediatas –Dina Silver inclinó la cabeza y rompió a llorar. Con un gesto mecánico, el anciano cogió de la repisa la caja de pañuelos de papel y la colocó sobre la mesita antes de decir–: Usted sabía que la doctora Neidorf estaba bien informada sobre el caso. La evidencia que tenía ha pasado a mis manos. Junto con una copia de la conferencia. Allí consta todo por escrito, el tercer párrafo se refiere exclusivamente a usted.

–¡Pero si ni siquiera me menciona! –pronunció la frase en un alarido. Después guardó silencio y empalideció.

Michael temió que se desmayara y que todo se echara a perder. Pero Dina Silver recobró el color mientras el anciano decía:

–No quiero que me venga con evasivas. Aparte de la doctora Neidorf, la única persona que vio la conferencia fue quien acudió a verla el sábado por la mañana antes de la conferencia. La misma persona que la llamó temprano esa mañana y le

pidió que la recibiera por un asunto de vida o muerte, un asunto inaplazable. Conozco su estilo, no lo olvide. Y cuando la doctora Neidorf le dejó bien claro que no había marcha atrás, que su transgresión era imperdonable, la mató de un tiro... Sólo hay algo que no comprendo: ¿cómo no se le ocurrió, cuando la mató, cuando le quitó la llave de su casa, que antes de abrirle la puerta del Instituto, la doctora Neidorf me había llamado para decirme que estaba citada con usted? ¿Cómo no pensó en eso, después de haber pensado en todo lo demás: la pistola que robó dos semanas antes de usarla, las notas que se apresuró a sustraer de la casa aun antes de leer la conferencia? ¿Cómo no pensó en algo tan simple como una llamada telefónica?

—¿Lo llamó antes de verme? —dijo Dina Silver con voz ahogada, y comenzó a ponerse de pie.

Hildesheimer no cambió de postura. No movió ni un músculo mientras ella le decía:

—No tiene ninguna prueba, sólo lo sabemos usted y yo. Tal vez tenga pruebas sobre lo de Elisha, no lo sé, pero nadie sabe que me cité con la doctora Neidorf, nadie me vio.

Dina Silver estaba muy cerca del anciano, que se había quedado inmóvil en su asiento, cuando Michael entró en la habitación y dijo:

—Se equivoca, señora Silver. Tenemos pruebas, y en abundancia.

Entonces Dina Silver se lanzó sobre él, sobre Hildesheimer, y, como si se movieran solas, sus manos se cerraron sobre la garganta del anciano. Michael Ohayon hubo de emplearse a fondo para separar aquellos dedos de uñas mordidas de su presa.

—Y ahora —dijo Shaul después de verificar la grabación y de recoger el equipo— podemos ponernos a trabajar de verdad —tenía en las manos el liviano abrigo azul de Dina Silver y anunció en tono satisfecho que era de esa prenda de donde se había desprendido el hilo—. Creo —puntualizó, y, ajeno al alboroto que lo rodeaba, pues sus compañeros estaban restableciendo el orden en el dormitorio de los Hildesheimer, sacó de su maletín el sobre de plástico donde estaba el hilo y lo colocó sobre el abrigo.

Hildesheimer estaba sentado en su sillón en la sala de consultas; la cabeza echada hacia atrás en un gesto de indecible fatiga, el semblante ceniciento.

Michael se sentó frente a él, en ángulo de cuarenta y cinco grados, y encendió un cigarrillo. Sin saber por qué, ya fuera por la amargura de su triunfo, o por la tristeza que lo embargó al ver el rostro del anciano, o porque la fatiga le hizo perder en parte el dominio de sí mismo, entre todas las preguntas posibles, la que escapó de su boca fue:

—Profesor Hildesheimer, ¿a qué se refería cuando dijo, a propósito de Giora

Biham, que los argentinos son diferentes?

- ¹ «Hacer Aliyah» significa «volver a casa», y en la acepción que le dan los judíos se refiere a emigrar a Israel. (N. de la T.)
- ² Alcalde o notable de un barrio árabe. (N. de la T.)

Título original: *The Saturday Morning Murder. A Psychoanalytic Case*

Edición en formato digital: julio de 2014

fotografía de © Zastolskiy Victor/Shutterstock.com

© Batya Gur, 1988

© De la traducción, María Corniero, 1998

© Ediciones Siruela, S. A., 1998, 2002, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16208-26-5

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
1	4
2	16
3	32
4	40
5	61
6	70
7	80
8	95
9	117
10	134
11	147
12	162
13	171
14	189
15	209
16	218
17	233
Notas	243
Créditos	244